

# Tibor Fischer

## VIAJE AL FONDO DE LA HABITACIÓN



Oceane es una joven y espabilada diseñadora gráfica londinense que vive cómodamente en el sur de Londres tras hacerse rica a raíz de una llamada telefónica. Lo tiene todo: desde una casa equipada con el último grito en tecnología hasta una imaginación desbordante. Aunque le encanta viajar, no le entusiasma salir de casa. En realidad, ha decidido no pisar más la calle y se pasa el día en pijama, disfrutando de su particular paraíso, el del entretenimiento doméstico, e incluso viaja sin moverse de su piso. En el pasado, Oceane trabajó unos meses como actriz porno en un conocido club nocturno de Barcelona, el Babylon, un microcosmos donde convivió con personajes pintorescos, rodeada de sexo y estupefacientes, y hasta tuvo un noviazgo. Ahora Oceane empieza a recibir cartas misteriosas de Walter, su antiguo novio, supuestamente muerto, que le prometen revelar la verdad sobre los extraños acontecimientos que sucedieron en el club de Barcelona...

**Lectulandia**

Tibor Fischer

# **Viaje al fondo de la habitación**

ePub r1.0

AINoah 03.01.14

Título original: *Voyage to the End of the Room*

Tibor Fischer, 2003

Traducción: Victoria Alonso Blanco

Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis padres*

## Aquí

¿Cómo me hice rica? Gracias a que me encontraba en casa un viernes a las cuatro y media de la tarde.

¿Rica? Para muchos, sí. Para otros, tenía una posición desahogada. Yo diría que desahogadamente acomodada, en comparación con la mayoría. Soy propietaria de un piso más que aceptable para una persona, un espacio que en muchas ciudades del mundo (de las más sórdidas a las más modernas) podría considerarse excesivo. Dispongo de un estudio magnífico. Y de dos dormitorios, aunque el segundo sólo las agencias inmobiliarias lo clasificarían como tal, pues, si metieras dentro una cama, no cabría nada más. La sala de estar posee un tamaño digno, y también la cocina y el baño, pero además —un auténtico lujo— dispongo de un aseo con un váter y un lavabo minúsculo. El piso es un dúplex, y la espaciosa escalera contribuye a dar sensación de amplitud. Me relaja subir y bajar por su mullida moqueta. Al vivir en lo alto del edificio, me entra luz a todas horas, y la antigüedad y solidez de los muros atenúan las invasiones acústicas de mis vecinos; como estoy a dos plantas del suelo y rodeada de árboles (que alguien plantó con buen tino cien años atrás, y los humos y las tropelías de los automovilistas aún no han agostado), tampoco me llega el estruendo del tráfico. Durante las dos semanas de sol que en este país pasan por verano, disfruto del placer de una azotea y puedo permitirme sacar mis macetas a tomar el aire.

Muchas veces me he preguntado por qué me gustarán tanto las plantas; al principio pensaba que sería añoranza de la naturaleza, de su verdor tranquilizante. Luego empecé a sospechar que las macetas eran como animales de compañía para las personas que dudan de su capacidad para cuidar de un cuadrúpedo. Cuando se te muere una planta te asalta la culpabilidad, pero una aspidistra no te mirará con mala cara si no la sacas a pasear, y no llorarás la pérdida de un cactus. Además, ¿qué otro modo de respirar oxígeno existe hoy en día?

En fin, dispongo de mucho espacio. Muchas familias se las arreglan con menos. Poseo un ropero tan amplio que puedo localizar cualquier vestido con sólo echar un vistazo. Mis discos están almacenados de forma ejemplar y, aquí viene lo vergonzoso, el dormitorio pequeño se ha convertido en un zapatero y en su interior alberga ciento diecinueve pares de zapatos. Es un exceso, lo reconozco, porque no me entusiasma salir de casa y suelo andar descalza. Quisiera añadir, en mi defensa, que llevo diez años coleccionando zapatos y es mi particular forma de premiarme por mi buena conducta. Un vicio bastante inofensivo, dentro de lo que cabe.

Aunque mis pertenencias y yo no pasamos estrecheces, no vivimos en la zona más distinguida de Londres: el parque al que da el edificio —una maraña en una

tundra de cemento— atrae a pocas aves (la contaminación parece haber exterminado toda especie voladora a excepción de las nauseabundas palomas), pero sí a muchos transeúntes. Revueltas callejeras, tiroteos, robos de coches, atracos, reyertas, colchones abandonados, orines..., una gama exhaustiva de actividades desagradables, todas ellas observables desde mi butaca.

Al principio solía llamar a la policía, pero con el tiempo comprendí que no deseaban saber nada del asunto. O bien no acudían o se presentaban tan campantes cuarenta minutos más tarde, tiempo de sobra para que hasta el más flojo de los maleantes pusiera pies en polvorosa. Siendo un problema de tan fácil solución, resulta curioso que los muchos ministros, políticos, funcionarios y demás haraganes de las diversas instancias a quienes se les paga un buen sueldo para resolver esos problemas no hagan nada al respecto.

Pero aún queda la puntilla: soy también propietaria del piso de la primera planta. Aunque no se trata de un palacete, es lo bastante grande para una pareja, en caso de que algún día decida alquilarlo. Salió a la venta durante mi primera racha de bonanza, y ya se sabe que invertir en bienes inmuebles siempre es rentable. Mientras los taxistas etíopes, acordeonistas albaneses, informáticos suecos y mafiosos rusos del negocio del aluminio continúen llegando en tropel a Londres, no habrá quien lo discuta. Siendo propietaria del piso de abajo evito el riesgo de incordiar con la música a altas horas de la madrugada.

Todavía no he terminado. Sé que da asco, pero también dispongo de cierto dinero en una cuenta de alto interés. No es mucha cantidad, aunque sí la suficiente para mantener a una familia durante uno o dos años, y sigo recibiendo ingresos, por supuesto. Soy consciente de que existen mejores inversiones, pero, aunque suene horrible decirlo, confieso que el dinero no me interesa. Me encanta gastarlo, pero no soporto quebrarme la cabeza para dar con el negocio del siglo. En el fondo, me trae sin cuidado. No me gusta ingresar mi dinero en los bancos, porque es como dejarlo muerto y, al igual que todo el mundo, odio a los banqueros. (Me encanta el clásico chiste: «¿Qué nombre reciben mil banqueros asados vivos? Un buen comienzo»).

Últimamente no tengo muchos gastos, exceptuando los viajes. Dispongo de vestuario para cualquier evento: bodas, funerales, fiestas, entrevistas, veladas románticas... Tengo modelitos de marca guardados en su envoltorio de celofán. Y lencería vergonzosamente cara sin estrenar. Apenas uso la ropa, ya que, trabajando en casa, lo que más visto son pijamas y chándales viejos.

En cuanto a la música, me sobra y me basta con la que poseo.

El piso no es enorme, pero cuento con miles de esclavos a mi servicio: pianistas lituanos, violinistas coreanos, tenores islandeses, divas holandesas, clavicembalistas norteamericanos, violonchelistas senegaleses, percusionistas balineses..., esclavos vivos y muertos de casi todas las nacionalidades dispuestos a tocar para mí. Puedo

hacer que repitan la misma pieza tantas veces como quiera, y al volumen que desee.

Cuando quiero escuchar música, tengo tanto donde elegir que casi es un engorro. La primera etapa del proceso es fácil: escoges algo que te anime, algo que te calme o algo para remolonear un rato. Luego se trata de averiguar cuánto quieres levantar o calmar el ánimo. ¿Estás tristonera y quieres recrearte? ¿O bien prefieres alegrarte? Y, en caso de sentirte eufórica, ¿pretendes llegar al paroxismo? Acertar con el tipo de música que te apetece escuchar puede ser agotador, pero de vez en cuando resulta agradable equivocarse.

Al final, ¿cuántos discos escuchas? Yo, como trabajo en casa, puedo ponerme más música que el típico oficinista, y poseo más de quinientos *compact discs*, fruto de quince años de coleccionismo, regalos de cumpleaños o navideños e intentos de llevarme al huerto. Podría pasar seis semanas escuchando música durante doce horas al día sin repetir disco; además, tus temas preferidos no te dicen nada hasta que los has oído más de seis veces. Naturalmente, las grandes composiciones las puedes escuchar tantas veces como gustes y disfrutar más y extraer algo distinto en cada ocasión.

He decidido que sería un despilfarro seguir comprando música, pues tengo cubiertos todos los estilos y dispongo de dos o tres *compact discs* para acompañar cualquier estado anímico, aunque sin duda acabaré sucumbiendo a alguna de esas novedades que tanto prometen.

Por otra parte, las grandes piezas de los clásicos proporcionan un placer inagotable. Dispongo de veinticinco grabaciones distintas del mismo concierto para dos pianos. Sin embargo, reconozco que en el momento de adquirir la última versión temí por mi salud mental.

Resulta un tanto vergonzoso que te guste un gran compositor. ¿Cómo no te va a gustar? Parece tan obvio, tan soso... En materia de gustos, siempre existe cierta tensión: nadie quiere identificarse con la masa, balar a gritos con el resto del rebaño. Ese deseo contrasta con la necesidad de divulgar los hallazgos; queremos que los demás compartan nuestro placer, aunque sólo hasta cierto punto. No creo que nadie, ni siquiera los amantes de la música más hermética y horrisona, disfrute con algo y no quiera compartirlo con el prójimo. Quizá no estemos dispuestos a compartir la comida o el dinero, pero nuestro criterio sí. Deseamos que nos consideren personas de buen gusto, entendidas. Que los demás piensen que disfrutamos más que ellos. Necesitamos que nuestras mentes puedan darse cita. Una especie de Kilimanjaro del espíritu visitado por todos que nos permita comparar y decir: «Es más bajo, más alto o tan alto como el Kilimanjaro».

Música aparte, poseo una colección de películas formidable y, gracias a la antena parabólica, cientos de canales de televisión. Incluso cuando los programadores televisivos se esfuerzan por evitar cualquier atisbo de inteligencia en las pantallas, de



vez en cuando se equivocan. En suma: a pesar de mi riqueza modesta, apuesto a que ningún dictador, ningún potentado, nadie más adinerado que yo dispone de mejores fuentes de entretenimiento doméstico. Hasta los millonarios tienen una mente, una boca, dos orejas, dos ojos y una sola terminal de placer. La diversión es limitada. Cien años atrás, ni siquiera los que ostentaban la propiedad de un país o una fortuna escandalosa disfrutaban de tanto bienestar, y hace cincuenta años se consideraba reserva exclusiva de los magnates, mientras que hoy en día cualquier adicto al crack dispone de más fuentes de diversión de las que puede disfrutar.

La riqueza ya no se mide por una flota de yates, sino en la abundancia y la libertad. Siempre que puedas conservarlas, claro. Ahora mismo saldría a la calle y compraría muebles nuevos, renovarí mi vestuario o viajaría en avión a cualquier lugar del mundo y descansaría durante un mes en una suite con un minibar descomunal y un cuarto de baño del tamaño de un estadio de fútbol.

La distancia económica que separa la estrechez y la abundancia es, crueldades de la vida, bastante ínfima cuando una está soltera. Si pretendes sacar adelante a ocho criaturas, la cosa cambia, pero una vez te has liberado de la carga del alquiler y de los recibos de la tarjeta de crédito, todo resuelto. Existen pocas dichas tan grandes como saber que puedes cerrar la puerta, olvidarte del mundo y crearte el tuyo propio.

Por otra parte, si me hice medio rica no fue por astucia ni por empeñarme en ello. Fue por mis ganas de aprender a bailar flamenco.

El baile es como las sectas: te va absorbiendo poco a poco, te exige cada día más, y rara vez te brinda la oportunidad de ganarte la vida.

A los dieciséis años presioné a mi padre para que me diera el dinero con que apuntarme a clases de flamenco, además de las otras muchas clases de baile a las que ya asistía. Él, temiendo que acabaría cediendo, impuso una condición: «Sólo si te apuntas a algo útil». Como ya nos conocíamos, supuse que se refería a algo a lo que algún día pudiera dedicarme. Mantuve mi parte del trato, aunque con demora. Cuando quise matricularme en el centro politécnico del barrio, todos los cursos que merecían la pena, como el de diseño gráfico por ordenador, que me apetecía, ya estaban cubiertos; peor aún, lo estaban todos los cursos interesantes. Sólo quedaba uno con la matrícula abierta: «matemáticas con cierto intrínquilis». Busqué desesperadamente el de matemáticas sin tanto intrínquilis, pero no existía. Viendo que mi futuro profesional como diseñadora gráfica se quedaba en el tintero, hice de tripas corazón y me dispuse a averiguar dónde estaba el intrínquilis.

No llegué a averiguarlo, puesto que el profesor de matemáticas con cierto intrínquilis vendió su coche y compró un martillo neumático con el que perforó un boquete en el sótano de su vivienda, por donde pretendía llegar hasta el centro de la tierra y demostrar no sé qué teoría. Lo sustituyó el tutor de diseño gráfico, de modo que al final el curso fue una ensalada de diseño gráfico por ordenador espolvoreada

con un par de gotitas de matemáticas con cierto intrínquilis, aunque en esa época los cursos de diseño gráfico consistían en aprender a enchufar el ordenador. No obstante, mi padre estaba en lo cierto.

Cuando al cabo de los años me vi obligada a dejar de lado la danza, me convertí en diseñadora gráfica, probablemente porque sabía enchufar el ordenador y dibujar. Si hoy quisiera entrar en el mundillo con las notas de entonces, no me entrevistarían ni para un puesto de recepcionista.

Supongo que no fracasar como diseñadora gráfica contribuyó a mi fortuna. Me hice rica porque me labré una reputación y tenía teléfono. Era un viernes por la tarde: estaba cerrando la puerta de mi casa para salir a comprar té de menta cuando sonó el teléfono. Pude dejar que saltara el contestador automático, pero levanté al auricular y me ofrecieron el trabajo.

Yo no lo quería. Era el típico encargo para mañana por la mañana que suelen ofrecer a los trabajadores autónomos. Necesitaban crear un nuevo personaje para un juego de ordenador. Habría significado un infernal fin de semana sin dormir y no me apetecía. Al director del proyecto, el japonés resentido que se puso en contacto conmigo, tampoco le apetecía darme el trabajo. Despotricó contra el diseñador al que antes llamó, quien se echó atrás en el último momento para largarse a Bangkok y ganarse la vida como transexual; conocía a cientos de profesionales con experiencia en Japón, pero todos estaban ocupados, de vacaciones, en plena crisis espiritual, convaleciendo tras un accidente de esquí, dando a luz o participando en algún concurso de televisión. Enumeró, furioso, la lista de países a los que había recurrido: Estados Unidos, Alemania, Francia, España, Bulgaria, Polonia y la India.

Mientras me describía las inverosímiles vicisitudes que impidieron a cientos de diseñadores de talento aceptar su oferta, llegó hasta mí la fetidez de su aliento, el tufo a tabaco rancio impregnado en su ropa. (Al rato caí en la cuenta de que si en Tokio nos llevaban nueve horas de adelanto, aquel hombre cargaba con una larga jornada a sus espaldas). Me hablaba airado; en realidad, me detestaba, e intuí que quería que me disculpara por todos sus padecimientos. Pese a su obvia premura por encontrar a un diseñador, repasó mi currículum punto por punto antes de ofrecerme el trabajo, cosa que hizo de mala gana.

No me apetecía aceptar aquel encargo. Pero cuando trabajas por tu cuenta es difícil decir que no. Vives siempre con el temor de que no vuelvan a llamarte o, lo que es peor, a ofrecerte trabajo. De tus labios no puede salir nunca la palabra «No». Pronunciarla te acarrearía el infortunio profesional; suscitaría la cólera de los dioses crematísticos. Con todo, habría preferido que aquel encargo desapareciera.

Por eso dije:

—Tendrá que comentarlo con mi abogado.

Y salí a comprar el té, convencida de que no volvería a saber más del japonés,

pues yo abogado no tenía. Además, el abogado que no tenía sin duda estaría de fin de semana; y aunque no hubiera salido, no se acordaría de mí.

Yo no me había olvidado de él. Me hallaba en una fiesta buscando mi abrigo cuando me abordó:

—Soy especialista en propiedad intelectual y me gustaría follarte la tapa de los sesos.

Una entrada pobre, pero dicha con gracia, y sin la sonrisa lasciva y babosa de un director de recursos humanos. No era la clásica proposición ofensiva que se precia de serlo. Él estaba borracho, y a mí me apetecía. Después me ofreció su tarjeta por si deseaba que me representara, pero nunca le tomé la palabra porque no llegué a necesitarlo y porque, como todas las mujeres saben, los favores rara vez se cumplen a posteriori.

Esa misma mañana rompí su tarjeta y la tiré a la papelera. Odio guardar trastos viejos (los zapatos son imprescindibles para mi paz de espíritu) y me gusta tenerlo todo ordenado. Me parecía inútil conservar la tarjeta de un abogado casado, especialista en propiedad intelectual. Pero se me ocurrió que tal vez fuera un modo eficaz de quitarme de encima al japonés; rescaté la tarjeta de la papelera y le di el número de teléfono. Estaba convencida de que ahí terminaba la historia.

Más adelante me enteré de que el abogado estaba cerrando la puerta de su despacho en el momento en que sonó el teléfono, y que si contestó fue porque aguardaba la llamada de un jugador de lacrosse sirio. El abogado no sólo me recordaba sino que cuando regresé a casa ya había luchado empecinadamente por cerrar un trato gracias al cual conseguiría un porrón de dinero y, lo más importante, derechos de autor.

—Me encanta oírles lloriquear al teléfono.

Estaba furiosa con él, pero no podía negarme.

Aquel fin de semana dormí cuatro horas, terminé el trabajo el lunes por la tarde y desde entonces no ha dejado de darme beneficios. Es curioso que me pagaran, porque les habría resultado más fácil no hacerlo. Cobrar de empresas a dos calles de casa ya es bastante difícil.

No conozco a nadie que haya jugado a ese juego de ordenador. Ni siquiera he visto que se venda por aquí (en realidad no lo he comprobado). A juzgar por los talones que me llegan desde Japón, está teniendo mucho éxito. En circunstancias normales, mis honorarios me habrían dado para dos o tres pares de zapatos buenos, pero terminé con medio edificio y estabilidad térmica.

Por eso mi consejo para hacerse rico es no intentarlo.

Bajo al portal. Siempre me recuerda a una playa a la que van a parar los desechos y los restos de naufragios.

Veo varias cartas boca abajo —lo que quiere decir que los demás vecinos no han

asomado todavía o han salido a la calle antes de que pasara el cartero—, pero ninguna es para mí. Recojo cuatro sobres rezagados en un rincón del portal, cuya presencia llevo soportando desde hace semanas, dispuesta a deshacerme de ellos. Estoy un poco desilusionada, pues, aunque recibo sobre todo correo basura, como la mayoría de la gente, en el fondo albergo la esperanza de que algún día caigan del cielo buenas noticias.

Subo los seis tramos de escaleras que me separan de la cocina. Si escogí un ático fue porque, lo quieras o no, te obliga a hacer ejercicio. Incluso el paseo hasta el quiosco se convierte en una moderada sesión de gimnasia. Preparo el desayuno y me ocupo de los sobres abandonados. Suelo dejar el correo en el portal aun sabiendo que sus destinatarios no pasarán a recogerlo. ¿Por qué iba a darles por venir ahora si llevo años sin verlos? Sin embargo, siento que debo respetar su correspondencia, por más que salte a la vista que son chorradas, hasta que la pila empieza a incordiar-me o su tamaño oculta mis propias cartas, y por tanto mis posibles buenas noticias.

Si tuviera la dirección de los anteriores inquilinos, a muchos de los cuales llegué a conocer (en el sentido más amplio de la palabra), seguro que la culpa me incitaría a reenviarles la correspondencia, pero no es el caso. El correo no deseado en espera de destinatarios tiempo ha desaparecidos obstruye la playa.

Destripo los sobres mientras tomo un café. ¿Por qué sigo haciendo esto? Abrir el correo del prójimo hace ilusión, pero ésta desaparece a medida que descubres que la vida de los demás es tan aburrida como la tuya, y, cuando el remitente de la carta es una entidad financiera encargada de gestionar tarjetas de crédito, es lógico que no depare nada entretenido. Aun así, las abro antes de tirarlas para cerciorarme de que no contienen un mensaje desesperado de alguna víctima de un secuestro, y porque, además de esperar buenas noticias, también quiero divertirme un poco.

El primero es un sobre voluminoso de papel Manila. Empezaba a molestarme su tamaño, susceptible de ocultar mis cartas menos voluminosas pero con buenas noticias. El destinatario es un tal E. Lambert. En los diez años que llevo en este edificio no ha residido aquí ningún Lambert, y es la primera vez que llega correo dirigido a él.

El sobre revela un grueso catálogo de artículos eróticos. Al parecer se venden a millones cada año, lo que conduce a preguntarse si en este país existirá hombre, mujer o niño que no disponga del consuelo de un tapón anal. La dirección del destinatario es correcta, código postal inclusive, de modo que hay que descartar un lapsus o la posible equivocación del cartero. ¿Será que la empresa envía un catálogo a cada vivienda del país suponiendo que, tarde o temprano, alguien termina abriéndolo?

El siguiente sobre contiene un comunicado de prensa dirigido a un periodista que dejó el piso hace ya cuatro años, en el que se corrige un comunicado anterior sobre una nueva marca de bastoncillos de algodón que rompí meses atrás. Me sorprende,

pues Mitch, dicho periodista, se dedicaba a reseñar películas; además, no entiendo cómo sacan al mercado una nueva marca de bastoncillos de algodón. ¿Qué novedad pueden introducir? Y a la gente ¿qué más le da? El comunicado ocupa dos hojas y no dice nada: un ejemplo de vacuidad de la más absoluta pureza. Es admirable.

En el escalafón de incordios, Mitch pasaba de muy irritante. Durante años dejó una mesa de billar apoyada contra la pared del portal. Nunca ayudaba a limpiar las zonas comunes, pero siempre que me veía luchando contra la mugre decía: «La próxima me toca a mí». No sé si me habría resultado tan irritante que se hubiera callado. Bien mirado, tal vez Mitch no lo decía por mí, sino que hablaba para sus adentros. Se hipnotizaba intentando convencerse de que no era un capullo.

Ponía música salsa a todo trapo. Una noche, a las tres de la madrugada, salté de la cama por lo que parecía una fiesta sorpresa montada por mis vecinos de abajo. Me vestí dispuesta a encararme con ellos, pero al salir a la escalera descubrí que la música no procedía del primer piso (esto sucedió antes de que yo lo comprara), sino de la casa de Mitch. Lo peor de que te obsequien con un volumen propio de un estadio es que no oigan cómo aporrean febrilmente la puerta. Mitch se había hecho fuerte en su guarida, loco de salsa y drogas.

Se disculpó, todo hay que decirlo, y se ofreció a prestarme unas cintas de vídeo; tenía montones de ellas. Nunca le tomé la palabra, y con el tiempo descubrí que en realidad prefería guardar las distancias.

Un folleto de color malva anunciando un sarao en una discoteca celebrado un mes antes aparece en otro sobre, dirigido a una chica que abandonó el edificio dos años atrás. También descubro un impreso para solicitar una tarjeta de crédito a nombre de Sylvie, que se marchó hace tres años. De haberse quedado, hoy podría ser la titular de treinta tarjetas de crédito distintas. Quizás en otro tiempo las entidades financieras perseguían a los pudientes, pero ahora les interesan más los menesterosos. Sylvie ocupaba el armario antes descrito como el piso de la parte trasera.

La conocí en una fiesta en el norte de Londres. Tan al norte que cuando llegué, a las diez, estaba al borde de la extenuación. Además, fue entrar y darme cuenta de que había cometido un error. Los invitados ya habían renunciado a divertirse. Mientras tomaba una copa antes de emprender el largo viaje de regreso, entablé conversación con Sylvie. Descubrimos que ambas residíamos en el sur de Londres, en el mismo barrio, en la misma calle y, por si fuera poco, en el mismo edificio. Hacía nueve meses que vivíamos en el mismo bloque y no nos habíamos visto las caras.

Al principio la alarmé un poco: debió de sospechar que yo era un monstruo urbano, una psicópata y depravada que perseguía a desconocidas hasta su casa fingiendo que compartía domicilio.

Empiezo a barruntar que soy perfecta. Tal vez ése sea el problema.

Cuando las tribus selváticas que llevan tiempo aisladas del mundo caen bajo las

ruedas de la civilización, quedan aplastadas. No son nimiedades las que acarrearán esa destrucción. No es que no estén tan bien armadas como sus invasores, ni que no sean capaces de adaptarse o que no tengan nada que vender. Su aplastamiento se debe a la conciencia de que sus creencias han fracasado: lo demoledor no es enterarse de que existe un método más eficaz para dar caza a un pécarí, de que las fibras sintéticas pueden ser útiles o de que para entablar relaciones comerciales es preciso hablar varios idiomas. Todos podemos adaptarnos cuando nos conviene. Nos fastidia que nos pisoteen una creencia, pero al ver todas nuestras respuestas esparcidas como despojos por las calles de los conquistadores... No ganar la lotería o mojarse al salir de casa sin paraguas creyendo que no iba a llover no es lo mismo en absoluto que descubrir que toda tu familia te odia y que el banco donde ingresaste los ahorros de tu vida no existe.

Cuando pierdes esa sensación de que todo va a salir bien, ¿significa que por fin has madurado, o que estás mal de la cabeza? Yo ya no sueño. O lo hago sin convicción. Como cuando ves un partido de fútbol y no apoyas a ninguno de los dos equipos, ni conoces a los jugadores ni te interesa lo más mínimo ese deporte. Te entretiene un rato, pero te trae sin cuidado.

Cuando digo que soy perfecta no quiero decir «perfecta». En realidad, depende de cómo se entienda la palabra. En mi vida he cometido dos actos vergonzosos, que no lo fueron tanto, pero disfruté bastante con ambos, algo impropio de un ser perfecto. Uno de ellos estaba relacionado con un club de fútbol.

Tengo mal carácter y me enfado por tonterías. ¿Qué es mejor, enfadarse por tonterías o por cosas importantes? Es más comprensible enfadarse por cosas importantes, aunque no enfadarse debería considerarse señal de autocontrol. ¿Cómo no te van a permitir que te enfades por una tontería si te reprimes cuando se trata de cosas importantes? Hay que relajar la disciplina. Dado que mis únicas fuentes de preocupación son tonterías, quizá muestre mis puntos débiles.

Estoy enfadada porque esta mañana no he recibido un talón.

Hace un año que lo espero. No es una suma importante. Curiosamente, me molesta más que la productora Hit and Run no me haya pagado esa pequeña cantidad que si se tratara de una gran suma de dinero. Será desagradable y reprehensible, pero, si se trata de grandes cantidades, entiendes que no te paguen, ya que las compañías retienen el dinero el mayor tiempo posible. Sin embargo, Hit and Run es una empresa grande y boyante. Seguro que la alimentación del pececillo de colores que adorna su recepción supera la suma en cuestión.

Soy una persona afortunada. No necesito ese dinero. De todas formas, es una cantidad tan irrisoria que no me ayudaría. Explicaré el motivo de mi enojo.

Fueron ellos quienes se pusieron en contacto conmigo. Me llamaron para ofrecerme un encargo de poca monta. La señora con quien hablé estaba desesperada,

y lo acepté por hacerle un favor. En el mundo del diseño era el equivalente a fregar los platos. Facturé mi trabajo, como buena profesional, y desde entonces estoy esperando.

Primero pasamos por la etapa de las desapariciones. Tuve que enviarles tres facturas. El asunto se complicó con el cambio de mis interlocutores. Empecé tratando con Heather, luego con una tal Dawn, que al poco se convirtió en Gail, y después con otra cuyo nombre no recuerdo, hasta contactar con Nicola. Todas ignoraban lo ocurrido con mi factura y no estaban por la labor de solucionar el caso.

Solía telefonar cada tres semanas, para no incordiar, y era agradable con ellas: les preguntaba cómo estaban, si habían pasado un buen fin de semana, mostraba interés por su vida. Con Gail, sin ir más lejos, mantuve una larga charla sobre calzado deportivo; hablaba con ellas porque me gusta ser educada. Opino que no cuesta nada intentarlo, y en el mundo hay que entenderse, pero también confiaba, equivocadamente, en que mi cordialidad agilizara los trámites.

La mejor estratagema cuando no se desea pagar a alguien es prometerle que se le pagará. Si Hit and Run hubiera empezado diciendo «Antes nos cortamos las piernas que soltar un céntimo», al menos me habrían dado opción a recurrir legalmente, aunque con semejante cantidad en juego no habría obtenido ni el parpadeo de un abogado.

Lo más irritante es que no lo hacen con mala intención. Tienen la cabeza llena de pájaros, simplemente. Por aquel entonces estábamos en la fase «Este jueves». Siempre que me llamaban se desesperaban al saber que no había recibido el cheque, como dejando entender que, en el fondo, era culpa mía: estaba gafando una gestión sencilla. Mi interlocutora suspiraba y respondía: «Averiguaré qué ha ocurrido». Tras diez minutos de espera al teléfono oía una voz exasperada al otro lado del auricular: «Lo expedirán este jueves».

Me armo de valor y les telefono. Nicola ha sido reemplazada por un tal Mabarak. El cambio de sexo me animará. Expongo cronológicamente los hechos y la ausencia del cheque. Mabarak no suspira ni se agita durante mi perorata. Dice: «Averiguaré qué ha ocurrido y te llamo». En otras circunstancias, protestaría ante tan flagrante forma de quitárseme de encima, pero la varonil atención de Mabarak me inspira confianza. Decido tener fe.

Me llama horas más tarde.

—Te has equivocado. No consta que hayas trabajado para nosotros.

—¿Perdón?

—He estado investigando y nunca has trabajado para esta empresa.

—Pues yo te digo que sí.

—He mirado y no consta. Nos habrás confundido con otra compañía. Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti.

Estoy perdida. Me ha dejado perpleja. De ser intencionada, me parece una táctica magnífica. Contratas a alguien para que te pinte la casa y cuando llega el momento de cobrar niegas rotundamente que esa persona te haya hecho el trabajo. ¿Cómo demuestras que pintaste las paredes de color amarillo? Considero la posibilidad de renunciar a la persecución. Debo de haber gastado más dinero en llamadas telefónicas del que me deben. Me siento un rato a calibrar qué tal digiero la perspectiva de la capitulación. Una gota de ira toma cuerpo en mi estómago y se expande sin tregua. Mis tripas se niegan a seguirle el juego. Ojalá lo hicieran, pero no. Y con las tripas es inútil discutir.

De pronto recuerdo que, pese a no haberme pagado, y aunque sólo retocara unos píxeles, por alguna extraña razón me mencionan en su página web.

Llamo a Mabarak y le remito a la página oficial de la empresa, donde aparezco claramente acreditada junto a un batallón de gente que metió mano en ella. Mabarak no tiene nada que alegar. La irrefutable prueba de mi veracidad le fastidia. Cuelgo y pasan diez minutos. Mabarak al habla:

—Te expedirán un talón el próximo jueves.

Bajo a la playa a recoger el correo. Ha pasado casi una semana desde «el próximo jueves», pero el talón sigue sin aparecer. Hay dos cartas para mí, y dos para Sylvie. A la flota de ofertas de tarjetas de crédito que dicha inquilina deja tras su estela, hay que añadirle las misivas que le envían las agencias de gestión de deudas. El remitente de la primera carta de la mañana es una de esas empresas que se hace llamar Oficina de Gestión de Cobros de Impagados de Gran Bretaña. Un gran derroche de imaginación, y penoso intento de sonar augusta para una empresa con sede en un pueblucho como Kidderminster. Las agencias de gestión de cobros a morosos suelen ubicarse en ciudades de mala muerte del norte del país. Me divierten esas cartas porque llevan tres años amenazando con lo mismo: «Emprenderemos acciones legales».

En la nota de adeudo no consta firma ni nombre, supuestamente para que los morosos no la emprendan contra nadie. «En vista de que se niega a acusar recibo de nuestras cartas...», empieza la misiva. Gastan mucha pólvora amenazando con abogados y gestores, pero es evidente que a la quinta carta recibida nadie puede tomarles en serio. La más divertida es la que envían una vez al año, apenas una frase escrita con letras enormes y en negrita:

Si se empeñan en no pagar, atacamos con letras grandes. Calculo cuánto debe de costarles gestionar esos cobros. Los sobres llevan membrete urgente. El papel parece de buena calidad y, aunque su redacción siga un patrón fijo, alguien, por mal pagado que esté, tendrá que emplear tiempo expidiéndolas.

La segunda carta es distinta. La remite la agencia Dun Waiting. Es la primera vez que escriben. Está redactada con garra: «De nada le valdrá correr o esconderse. Pague ahora que puede». Bajo el aviso aparece una imagen a todo color de un hombre



vestido de karateka partiendo con el codo tres bloques de cemento. El karateka tuerce el gesto, sin duda a causa del esfuerzo, aunque se pretende que parezca más feo y agresivo, como si los bloques partidos no fueran suficiente... Leo el pie de foto: «Audley Bennett, nuestro gestor, tendrá el placer de visitarle». La empresa está ubicada en Sunk Island, lugar del que nunca he oído hablar, sin duda otro pueblucho del norte de Inglaterra.

La carta lleva posdata: «Sabemos cómo llegar a Londres».

Recibo una llamada telefónica de Garba.

—Espero que estés bien, Oceane —me saluda—. Finlandia está servida.

No puede haber muchos agentes de viajes como Garba; de hecho, apostarí a que es único. No trabaja por dinero. Bueno, sí, pero se gana a pulso la cantidad que le pago. El dinero no siempre posee el tirón que le adjudicamos. Tal vez tenga poder de persuasión, pero muchas veces farfulla o utiliza una jerga incomprensible. Si no, probad a pedir una tarta nupcial en una pescadería ofreciendo diez veces su precio. La mayoría de pescaderos no se molestaría en telefonar a la pastelería más próxima; qué extravagancia... En lugar de alegrarse por la oportunidad de llenar el bolsillo, se extrañarían de que no te dirigieras a un pastelero. Tengo suerte de contar con Garba para mis necesidades.

Me ayuda porque tiene un modo de pensar poco convencional. No obstante, le interesa el dinero. Garba hace cosas como humedecer los sellos de las cartas sin matasellos para reutilizarlos. Comprueba el cambio en las tiendas. Cuestiona punto por punto la cuenta del restaurante. («Ese cóctel no vale tanto. Le doy una libra»). Tiene muchos familiares, pero dice que gasta una miseria en regalos navideños y se propone reducir esos gastos. Y sí, es de los que guardan el papel de regalo para futuras urgencias. Naturalmente, cuando se hospeda en un hotel se agencia el papel higiénico y las bombillas (que sustituye por otras para que no se las carguen en la cuenta; bebe los botellines de vodka o ginebra del minibar, que luego rellena con agua y repone cuidadosamente). Se alimenta a base de las superofertas del supermercado. Le encanta ducharse y bañarse con agua fría y asegura que el jabón es perjudicial para la piel.

Pero Garba no es el clásico tacaño. También se divierte. Si quieres saber en qué establecimiento londinense puedes adquirir la botella más barata del *whisky* más caro, Garba te lo dirá; y si quieres saber dónde puedes comprar el juego de palos de golf más barato, también. Según él, el momento más feliz de su vida fue el día en que hacía cola para entrar en un club gay y, mientras admiraba al tipo que le precedía, de pronto cayó en la cuenta de que no tenía por qué esperar, pagar la entrada y tomarse una copa. Bastaba con invitar a aquel chico a su casa. Desde entonces no ha pisado una discoteca gay: se limita a frecuentar las colas de fuera.

Para él, la lucha contra el gasto crematístico constituye una aventura creativa y

una forma de amor por la verdad matemática. Se toma muy en serio que le cobren seis peniques de más en la factura de la luz, pues adora la precisión y ya no podrá invertir ese dinero en sus negocios. Además de la agencia de viajes, Garba regenta varios proyectos lucrativos: un taller de estatuas de musgo, una empresa que confecciona tarjetas de felicitación y una granja de escorpiones.

Me visto para la velada. Al salir de la bañera me asalta la eterna duda de hasta qué punto deseo ir elegante. Últimamente sólo me arreglo para salir al extranjero, pero hoy me suelto la melena.

Bajo dando un paseo hasta Finlandia.

Forcejeo con la cerradura del piso de abajo hasta que la puerta cede y me recibe cordialmente Mika, un veinteañero, aunque supongo que no en la franja veinteañera que él desearía. Luce un pañuelo en la cabeza, como si fuera modelo, una estrella del rock o un soldado impúber en una guerra mal organizada, cuando tal prenda sólo sienta bien si uno es modelo, estrella del rock o soldado impúber. Nunca hay que juzgar a la ligera, pero es probable que con ese pañuelo Mika pretenda poner de manifiesto un lado canalla y aventurero y una guerrillera displicencia, lo que no cuadra con su barriga ni con la rubicundez de un rostro más propio de un borrachín sesentón.

Sostiene un cigarrillo en una mano, y una botella de cerveza Lapin Kulta, en la otra. La cordialidad de su saludo podría deberse a los cuatro botellines vacíos de Lapin Kulta que descansan sobre el moderno y minimalista mobiliario. Me gusta cómo Garba ha decorado la estancia.

Los otros invitados, Silja y Tuomas, son una pareja de abogados internacionalistas que trabajan para una entidad financiera; su incomodidad ante la avidez cervecera de Mika salta a la vista. Los tres hablan un buen inglés, aunque preferiría que Mika no dominara los giros idiomáticos con tanta presunción. Monopoliza la conversación sorteando con garbo los intentos de Silja y Tuomas por cambiar de tema.

Mi interés por Helsinki no pasa de:

—¿Qué tal es Helsinki?

—Helsinki no es Finlandia. Te diré lo que es Finlandia: bosques y lagos. Lagos y bosques. Bosques y lagos. Lagos y bosques. Bosques y lagos y más lagos.

Mika da una larga calada a su cigarrillo. Observo que Silja y Tuomas están a punto de estallar, pero no desean liarse a tortas a tan temprana hora de la noche. Digo:

—O sea que bosques y lagos... ¿Y qué más?

—Finlandia siempre es igual. Hay más lagos y bosques de los que puedas creer. Apenas hay finlandeses en Finlandia. Es un país deshabitado. Imagina que repito las palabras «bosques y lagos» durante cinco minutos, hasta que empiece a sacarte de quicio. Pues bien, eso es Finlandia. El observador atento también puede ver saunas y teléfonos móviles. —Da otra calada—. Y tenemos renos y mosquitos. Los renos

huelen y los mosquitos pican. Tanto bosque y tanto lago acaba trastornándote. Por eso llevo cinco años en Madrid.

Mi guía del viajero me ha advertido que si bien los finlandeses son gente sociable, les gusta compartir un silencio igual que otras nacionalidades compartirían una cerveza. Es evidente que Mika no estaba en el país cuando redactaron esa guía. En cuanto a su traslado a Madrid, no me extrañaría que siendo Finlandia un país tan pequeño le hubieran prohibido la entrada en todos sus bares.

De buenas a primeras, Mika se sume en un ebrio mutismo. Silja y Tuomas me acribillan a preguntas sobre lo que hay que ver en Londres. Están mucho mejor informados que yo en cuanto a novedades de teatro, exposiciones y conciertos. A mí no me entusiasma salir.

En parte porque en Londres nada funciona. Absolutamente nada. Hace más de dos mil años, Julio César construyó un puente sobre el Támesis. Los isabelinos levantaron otro puente sobre el río, pese al lastre de creencias como que los patos surgían del estiércol en descomposición o que existían países cuyos habitantes sólo poseían un pie de grandes dimensiones, que cuando se tumbaban de espaldas podía hacer las veces de sombrilla. Todas las naciones del mundo han tendido largos puentes sobre las aguas turbulentas. Los rusos y los americanos construyen estaciones espaciales, y nosotros ni siquiera logramos levantar el metro y medio sobre las mansas aguas que van desde la catedral de San Pablo a la Tate. Retrasos, presupuestos desmesurados, inutilidades, extravagancias... He ahí lo que distingue a los ingenios británicos.

A veces me pregunto qué pensarán los usuarios de los trenes de cercanías, que llevan una hora esperando bajo la lluvia porque por tercera vez consecutiva han cancelado el tren que vienen cancelando desde hace dos días, porque a sus conductores se les fue la mano con los porros o no se han dignado hacer acto de presencia. Llegan tarde a la cita médica que esperaban desde hacía diez meses y no pueden consolarse con la perspectiva de unas vacaciones, puesto que la vida en la capital les chupa hasta el último céntimo de su sueldo y los carteristas analfabetos que acaban de birlarles las tarjetas de crédito liquidan su dinero con la más absoluta impunidad. Y yo me pregunto: ¿qué pensarán esos viajeros? No suelo pensarlo muy a menudo, ya que me deprime y no tengo necesidad. Londres es una ciudad imposible, y dentro de poco aquí sólo quedará gente del mundo de las finanzas, solicitantes de asilo político, turistas y yo.

Pero Silja y Tuomas están contentos de visitar Londres. Mika le ruega al chef que no vuelva a traerle las botellas de Lapin Kulta de una en una. Agarra la caja y empieza a ventilárselas de un modo digno de contar después a los amigos. A media tarde ya he dado una vuelta por Helsinki y me intriga descubrir una pequeña zona de estructuras metálicas junto al muelle. La gente sacude las alfombras que cuelgan

sobre los travesaños.

—¿Sacudir alfombras es algo así como un deporte nacional? —les pregunto.

Parece que no; se trata simplemente de una zona reservada a tal efecto, para que los habitantes de la capital sacudan sus alfombras mientras charlan con los vecinos. A continuación Silja me explica por qué la estatua del zar Alejandro II se alza en la plaza del senado.

—A muchos turistas les sorprende ver la estatua de un ruso en el centro de Helsinki. Pero bajo el régimen zarista se vivía bien. Nos dieron un trato de favor. Negociar es nuestro fuerte.

La historia de Finlandia se divide en dos grandes etapas: la opresión vivida bajo los pueblos situados a la izquierda del país, o sea, los suecos, y la opresión vivida bajo los pueblos de la derecha, o sea, los rusos. Los suecos dejaron tras de sí varios castillos y la lengua sueca. Los rusos no dejaron más que cuatro restaurantes de medio pelo, aunque de vez en cuando les mandan sus lobos y desechos radiactivos.

Ahora Silja y Tuomas discuten cuál de los dos habla mejor el sueco. Silja se escapó un verano a Estocolmo cuando tenía dieciséis años, para mejorar el idioma y trabajar limpiando en un hospital.

—Nos enseñaron su técnica de limpieza a fondo. Aprendí que las pequeñas colonias de microbios que se esconden bajo los lavabos se propagan a toda velocidad.

—¿Cuál es la técnica secreta de los hospitales suecos?

—Limpiar por todas partes a todas horas.

Silja refiere con detalle cómo trabajaba la jornada completa y luego se iba a la discoteca, donde un día llegó a besar nada menos que al guardaespaldas del rey de Suecia. Da la impresión de que guarde luto por su anterior yo, la chica de dieciséis años que no necesitaba dormir y vivía con la seguridad de contar con un hogar al que regresar. Diría que tiene mi edad, rozando la treintena, pero aquella joven de dieciséis se halla enterrada en algún lugar lejano junto con su empuje. La comprendo. Yo antes hacía cosas a las que ahora no me atrevería, sería incapaz. Mis aptitudes actuales me instan a desconfiar de mi memoria.

—No. Él te dijo que era el guardaespaldas del rey de Suecia —la corrige Tuomas—. Yo también lo fui en las discotecas. Y no sólo eso, sino un famoso piloto de combate.

—Hablas un sueco demasiado pobre para ser guardaespaldas del rey de Suecia. Como mucho podrías pasar por paseador de perros del alcalde de Malmö. Y que sepas que besé al guardaespaldas del rey de Suecia.

Llega el primer plato: paté de oso, que no está mal, aunque sabe demasiado a pimienta. Lo curioso es que sea de oso. No me hace mucha gracia comer oso; no me han hecho nada esos animales.

—El oso es un animal poco común, pero hay demasiados —observa Tuomas.

—Mejor no toparse con un oso en un bosque —añade Silja—. Ya no temen a los humanos. Ahora son osos urbanos, corrompidos, antipáticos. Es preferible no toparse con un oso sedado.

Ni Silja ni Tuomas ni Mika han conocido osos finlandeses. Después discuten sobre el protocolo a seguir en un encuentro con osos. Hacerse el muerto, no ceder terreno y romper a cantar parecen las tácticas posibles, aunque Mika opina:

—Respetar la naturaleza y pégale un tiro al puto oso.

Silja recomienda el museo local de la isla Seurasaari, donde se pueden visitar viviendas rústicas finlandesas de los siglos XVIII y XIX.

—Pero ándate con cuidado. Hay ardillas por todas partes. Y son peligrosas.

Mika escupe un trago de cerveza.

—Las ardillas no son peligrosas. Son pequeñas, rojas..., se las ve venir.

Silja se muestra categórica:

—Las ardillas muerden y se te suben a la cabeza. A un conocido mío le mordieron.

—Las ardillas de Seurasaari se sientan sobre las patas traseras y piden comida; en cuanto les das unas nueces se largan.

—Mi amigo estaba dándoles de comer cuando le mordieron; ése fue el problema, que se quedó sin nueces. Son ardillas con expectativas.

La discusión colea mientras degustamos otros dos platos: *tartar* de reno, una especie de *tartar* con sabor a caza, y a continuación el plato principal, pescado blanco con patatas, que el chef nos sirve casi disculpándose. No está mal, sin condimentos ni salsas que entorpezcan el sabor del pescado blanco ni de las patatas.

—Es el plato finlandés más típico —observa el chef.

Aprendo una expresión: «Ser más cabezota que un ostrobothniano», y practico con las cincuenta palabras en finlandés que conozco, bosque, lago y oso incluidas.

Mika, que desde hace un rato no dice nada, de pronto estalla:

—Antes todo el mundo me quería. A los veinte años era el poeta más conocido de Finlandia y todo el mundo me quería. ¿Qué ha sido de mí?

Silja y Tuomas intercambian una mirada. ¿«El poeta más conocido»? ¿«Todo el mundo lo quería»? Sellan los labios, obligados por la compasión.

Ciertas profesiones son de fácil acceso. Estás una tarde tumbado en la cama, sin empleo, sin experiencia laboral, sucio entre tus sábanas y sin amigos, sin dinero ni perspectivas cuando, por arte de magia, un ínfimo reajuste mental te permite dejar de ser un cero a la izquierda, un artista fracasado, y te conviertes en un poeta. Ni siquiera es necesario que escribas por los codos. Pero existen otras muchas profesiones fáciles de adoptar: cantante, productor cinematográfico, promotor inmobiliario, bailarín. No hace falta cobrar un sueldo.

Seguro que no soy la única. Seguro que casi todas las chicas atractivas..., no, no

creo que se precise ser atractiva... Estoy convencida de que cualquier chica que haya salido de juerga un sábado por la noche habrá conocido a un productor de cine.

La génesis es la misma: estás tumbado en casa una tarde, pegado a las sábanas, sin actividad en el frente, las únicas formas de vida dispuestas a tolerarte pululando en el fregadero de tu cocina, cuando, del mismo modo, tras un ínfimo reajuste mental, dejas de ser un haragán y te conviertes en alguien capaz de salir un sábado por la noche y pedir a las chicas que se quiten la ropa o se presten a actos íntimos. La mayoría te dará calabazas, pero no todas.

¿Qué diferencia existe entre un productor de cine auténtico y otro de pega? Ninguna.

Es fácil lanzarse: se mencionan algunas películas conocidas, de esas que a la gente le suenan pero que no tienen en casa para buscarte en los créditos. O, si tienes un nombre apropiado o estás dispuesto a cambiarlo, puedes adueñarte de la carrera profesional de otro como quien le roba el equipaje. Ponerse una bata blanca y hacerse pasar por médico es más ardua tarea, pues hay probabilidades de que te pillen en falso, y ser convincente requiere cierto esfuerzo. Para convertirse en un reputado productor cinematográfico basta con una tarde; de ahí que tantas actrices y bailarinas se hayan bajado las braguitas con un suspiro. Aún mejor, si quieres evitar posteriores indagaciones, finges que eres un productor de cine extranjero. Un francés residente en Inglaterra o un americano residente en Italia.

A mí me ocurrió en una ocasión. El marco parecía convincente: una lujosa habitación de hotel (fácilmente asequible con la tarjeta de crédito de otra persona). El productor francés me dijo «Hola», se bajó la cremallera y luego señaló con el dedo índice hacia su minga, por si se me había pasado por alto la introducción de tan crucial elemento en la entrevista.

Me decidió el odio que me inspiró el tipo nada más verle. Aunque al salir de allí me planteé la duda: ¿sería una desconsiderada? ¿Acaso era una práctica habitual en el sector ofrecer hospitalidad oral? ¿Un mero tributo? ¿Unos malos tragos de nada a cambio de una vida de facilidades?

En la vida surgen continuamente situaciones tipo examen como ésta, pero, a diferencia de lo que ocurre en los exámenes académicos, nunca llegas a conocer el resultado. Aunque en aquella ocasión descubrí que había acertado en mi juicio, ya que el productor de cine fue detenido y se descubrió que tras él no había más que un traje y una tarjeta de crédito robada. El tipo no se arrepintió, alegó «Haber hecho felices durante semanas a muchas mujeres sin talento» con la promesa de un puesto de trabajo. Ellas creían que eran unas profesionales. Por un tiempo la farsa funcionó a la perfección. Podían alardear con sus amigas, soñar en qué gastar el regalo caído del cielo e ilusionarse imaginando que las interrogaran sobre su dieta y sus hábitos de consumo.

Tal vez el tipo era inofensivo. Un vagabundo que merodeaba frente a las discotecas adonde solía ir transformó una botella de plástico vacía en réplica de una cámara, que él pulsaba como si fuera el clic de un obturador. Cuando llegabas su táctica para conseguir una limosna consistía en girar en torno a ti como un paparazzi fingiendo que te sacaba fotos mientras gritaba como un poseso:

—¡Miren quién está aquí! ¡Por Dios bendito, mírenla!

Me asusta reconocer lo agradable que resultaba.

La promoción inmobiliaria es otra profesión accesible por excelencia. Reconozco que de joven conocí a un promotor que me impresionó. Supuse que su trabajo exigía mucha responsabilidad, empuje y dinero a raudales. Pero estaba equivocada. No requiere nada en absoluto. No tienes más que plantarte ante un edificio y pensar: ése podría venderse.

El chico tenía su atractivo: un coche deportivo (muy antiguo, aunque por viejo, no por clásico), en el que yo ignoraba que vivía, tras invertir sus ahorros en un pequeño hoyo que ocupaba el lugar donde antes había una tienda de golosinas, en un barrio de Londres poco recomendable. Cuando años más tarde pasé por aquel barrio allí seguía el hoyo.

Es tremendo lo previsible de la mezcla del alcohol y los hombres: bulla, sensiblería y gatillazos poscogorza. Las lágrimas arrasan los ojos de Mika.

—¡Mi esposa! ¡Mi esposa! —grita con un sollozo cuya convicción se quiebra—. Mi esposa está muerta. —Se rasca el codo—. Sobredosis.

Reprimo el deseo de echarme a reír. Apenas logro controlarme. Tal vez la historia sea cierta, pero lo dudo. Hace poco que nos conocemos, pero ya he descubierto que Mika es una persona egocéntrica y superficial. Con él todo está a la vista, como los ingredientes de una pizza. En Mika no hay lagos ni bosques. Esa pena podría haber sonado algo más convincente diez cervezas antes. Por regla general, poco más o menos que invariable, los que buscan compasión a voz en grito son los que menos la merecen. Hay personas sin sentimientos; creen tenerlos, eso es todo. No es algo que yo pueda demostrar. Aunque no descarto que Mika estuviera calentando motores para, llegado el momento de acostarse, venirme con el cuento del hombre que necesita una mujer que lo salve.

Garba es un artista organizando veladas. Pero toda velada ha de contar con el gilipollas de turno. No acabo de entender si se debe a que el mundo está repleto de ellos o es que no les gusta quedarse en casa. Prefieren ir por ahí propagando el virus.

Llega el postre: bayas de color ámbar con nata montada. Silja y Tuomas me informan, batallando por hacer oídos sordos al candente drama de Mika, de que son moras de los pantanos.

Mika entra en escena subiendo el diapasón:

—Por eso bebo. Ya no puedo escribir. Soy un desgraciado.

«Deja de beber, deja de lamentarte, busca trabajo y verás como te sientes mejor», estoy en un tris de replicar. Pero nadie está dispuesto a escuchar buenos consejos, y la solución es tan obvia que a Mika ya se le habrá ocurrido. He aquí una lección que se aprende en la vida: es curioso lo sencillas y evidentes que son las soluciones a tantos problemas y lo poco que se ponen en práctica.

Mi ventana se abre a una enciclopedia de la delincuencia. Al otro lado del cristal, sin entretenerme demasiado, sin poner empeño, he presenciado atracos, agresiones, incendios, trapicheos con estupefacientes, robos, revueltas y violaciones. Todavía no he visto ningún asesinato, aunque no faltan en las intermediaciones, tanto domésticos como profesionales. Es más fácil morir en este barrio que en cualquier otra parte de Londres. La solución es sencilla: más policía. De acuerdo, ya sabemos que es imposible erradicar la delincuencia, pero más policía = menos inseguridad ciudadana. Es sorprendente que avises a la policía, como he hecho yo tras algún incidente «transventanal», y que no atiendan el teléfono, que acudan cuarenta minutos más tarde o ni siquiera se presenten.

Silja y Tuomas no prestan atención a Mika y hablan de los jóvenes que se reúnen por la noche en la urbanización de viviendas protegidas donde ellos están hospedados, y estropean los parterres de la comunidad. Imagino a esos jóvenes; hasta yo podría intimidarlos.

No sé qué memorables incidentes debería destacar del festival de vertidos ilegales, tirones de bolsos, incendios de coches, trapicheos con estupefacientes, tiroteos y mamadas que se vive en mi vecindario (el cual no es tan barato) para obsequiar a mis invitados. Enumero las mafias del crimen internacional con representación local: rusos, jamaicanos, italianos, turcos, colombianos. Observo con interés que mis interlocutores sienten cierta envidia. Ése es el problema de la civilización: ¿qué haces con ella una vez conseguida?

A Silja y Tuomas les encanta la campiña británica; por lo visto, la encuentran pintoresca. Yo allí no voy ni loca.

Aún conservo el recuerdo de las tiritonas en una tienda de campaña en agosto, las boñigas, los cardos y las zarzas que tuve que sortear, además de las vacas («de un arisco sorprendente», según nuestra guía *scout*) y los tejones, plagados de enfermedades y empeñados en buscar camorra.

—Hemos leído sobre el tema —añaden Silja y Tuomas.

Eso lo explica todo. A todos nos apetece ver lo que leemos. Supongo que a eso debo mi interés por los renos y su orín tintado de color hongo.

Mika se ha ensimismado. Pasamos a hablar de historia. No sé nada de historia y mucho menos de la finlandesa, pero, cuanto más conozco otros países y culturas, comprendo que da igual lo que te inventes: seguro que en algún lugar, en algún momento, ha ocurrido.



El personaje que se ata a seis buitres y salta de un acantilado con intención de volar. El cabrero que llegó a rey por su modo de hervir un huevo. El país que prohíbe la risa. Silja me informa, con la elocuencia del discurso preparado de antemano, sobre la Gran Guerra del Norte y la Guerra con Rusia, dos arduos periodos de la historia finlandesa. Aguardo al Incordio de tamaño mayúsculo y a la Pejiguera de proporciones pasables, pero no los menciona. Estoy convencida de que en algún sitio deben de andar. Lo peor son las guerras. Tenemos la Guerra de los Seis Días, la Guerra de los Diez Días, la Guerra de los Treinta Años, la Guerra de los Cien Años, la Guerra del Fútbol, la Guerra Falsa, la Guerra Loca, la Guerra de la Oreja de Jenkins... Escoged el nombre que queráis. La Guerra «Entramos en guerra aprovechando que nadie miraba» debe de haber existido.

La historia es una serie de crímenes destacados. Si el país es pequeño, lo invaden continuamente. Si es grande, invade otros, y, si la cosa no va de invasiones, siempre puede organizarse una guerra civil o tomarla con alguna minoría.

Pago la cuenta, horrorizada. Arqueo las cejas. Es la cena más cara de mi vida. Los londinenses sienten un orgullo malsano por la carestía de la vida en su ciudad. Pese a la humedad y pestilencia de la urbe, pese a que todos los servicios funcionan como si viviéramos bajo el bombardeo diario de fuerzas extranjeras, los londinenses, a diferencia de los turistas, podemos permitirnos vivir aquí. Mantenemos el tipo. Aguantamos las penurias. Es un consuelo descubrir que fuera de Londres también se pagan precios desorbitados.

Abono el importe a la camarera; ha sido correcta y eficiente, nada más. Hay naciones que destacan por la excelencia de su servicio. No es el caso de la finlandesa. ¿A mucha honra?

Mika propone tomar una sauna juntos, pero no me apetece darle el gusto de verme en cueros. Sigue una larga perorata sobre la historia de esos baños, y Mika menciona el museo de la sauna, donde se exponen fotografías de hombres barbudos retozando en la nieve allá por 1890, imagen tan ridícula entonces como ahora. No me importa pasar de la sauna, me parece un entretenimiento demasiado turístico. Silja y Tuomas se despiden, visiblemente preocupados por dejarme a solas con Mika. Ha sido un placer conocerlos. Me alegra saber que hay gente sensata y civilizada en el mundo.

—Otra cosa que me deprime mucho es pensar que todo lo que tengo en la vida es un bosque con árboles jóvenes que nadie quiere comprar porque el precio de la madera ha caído en picado. —Mika se inclina sobre mí preparándose para el último asalto.

No seré demasiado dura con él. Es una táctica. El tipo tiene desfachatez; sabe que no me cae bien, lleva una ropa de pena, está demasiado curda para intentar nada, pero él sigue erre que erre. Su estado es tan lamentable que dudo que pueda siquiera

hacerse una paja. La embestida oscilante es una táctica: el hombre se te cae encima con la lengua fuera. La culpa la tenemos las mujeres, por permitirselo. Aunque, si no fuéramos un poco comprensivas, la especie humana estaría en vías de extinción. Supongo que los hombres ignoran por naturaleza que abordar a una mujer en la cocina con frases tan torpes como «¿Tienes novio?», y acto seguido quedarse en pelotas, no causa buena impresión.

—No sé volver a mi casa —dice Mika al echarlo de la mía.

—Suele pasar —me despido.

Subo al piso de arriba y me pongo a ver la televisión para practicar las cincuenta palabras finlandesas que he aprendido, pero no menudean las oportunidades, pues la programación televisiva finlandesa se emite sobre todo en inglés, y son programas que ya he visto, con subtítulos reducidos a la mínima expresión, aunque el término «abogado» se repite una y otra vez.

Dan las noticias en finlandés, y lo bueno es que puedes adivinar qué están diciendo incluso sin recurrir a tus cincuenta palabras. Los informativos se atienen a un patrón repetitivo. Estés donde estés, aparece la frase: «Hoy el mandamás ha dicho que...». Habrá dicho algo del tipo: «Mejoraremos... o hemos mejorado...». Si el país vive en democracia, aparecen mandamases de segunda fila sacando faltas y diciendo perrerías; en los países no democráticos, en lugar de sacar faltas la toman con los extranjeros o las minorías.

Las noticias políticas suelen ocupar un lugar predominante, dado que los analistas políticos dirigen el cotarro y, dondequiera que te encuentres, habrá algún político avieso trapicheando por ahí mientras las llamas del escándalo le lamen las suelas de los zapatos. A continuación se añaden unas cuantas catástrofes. Generalmente, el orden que ocupan en el informativo viene dictado por la distancia geográfica. Los compañeros de trabajo del periodista son las hambrunas e inundaciones, los incendios, los picaros con las costillas asomando y los ancianos lastimeros a los que suelen sacar para que el reportero haga alarde de su compasión. Sin embargo, sólo consiguen que suspires aliviada de que no sea tu vivienda la que ha ardido en llamas. Luego vienen las guerras, en las que participan barbudos armados con pistolas y cargadores en forma de plátano. Los precios siempre dan mucho juego, pues o bien han subido o han bajado, con el consiguiente malestar general. Igual sucede con la divisa extranjera: demasiado baja o demasiado alta. Jamás anuncian que algo tiene su precio justo.

Por supuesto, cuando uno se informa se da cuenta de que no dicen más que tonterías. Durante la última revuelta importante que se vivió en el barrio, los equipos de televisión no entrevistaron más que a los organizadores del alboroto, quienes explicaron que la policía les obligó a quemar tiendas y saquear emporios de ropa deportiva. A los propietarios de dichos establecimientos no les preguntaron nada.

Lo absurdo de los informativos, o de todos los informativos que yo he visto, es que tienen una duración estipulada de diez, quince, treinta minutos o una hora, tanto si hay noticias como si no. Sería alentador que un día alzarán las manos y dijeran: «Hoy no hay nada de que preocuparse, un excedente de coles sin importancia, así que a continuación les dejaremos con unos dibujos animados». Pero no, tienen que recurrir a remedos. La nada remedando algo.

El quid de la cuestión está en saber de qué nos sirven los informativos. Hay personas que ignoran quién gobierna su país y, sin embargo, tienen que ver las noticias. ¿Será que gracias a ellas podemos opinar? ¿Que nos dan el parte humano? Desde luego abundan los lectores que nada más doblar el periódico se sienten con la autoridad suficiente para gobernar el mundo.

¿En qué nos basamos para creer que hay algo? ¿Y para creer que no hay nada? ¿Será el algo la nada disfrazada? Deberíamos poder sentarnos tranquilamente a resolver el dilema. No soporto a los que escarban y buscan los cimientos, pues, por más que digan no escarban nada, y, en mi opinión, no son más que artistas fracasados (de la peor estirpe), niños ricos con demasiado tiempo libre, chalados... ¿Cómo reconoces cuando te has convertido en uno de ellos?

Es como ese sonido que nunca alcanzarás a percibir, el de tu propio ronquido.

Noté que les había caído bien a Silja y Tuomas, aunque les desconcertara un poco. Para ellos la cena fue una humorada en el transcurso de sus vacaciones, una pequeña travesura que hicieron en Londres. «Nos invitaron a una cena para que pusiéramos una nota de color finlandés. Estuvo muy bien, pero fue muy raro».

Me gusta viajar, pero no me muevo de casa. En los dos últimos años he visitado Japón, Ecuador, Jordania, Italia, Nigeria, Indonesia, Brasil y China. Me encanta adentrarme en el país, aprender unas nociones básicas del idioma, informarme sobre el lugar y observar. La antena parabólica instalada en el tejado recaba toda la información, y el resto me lo proporciona Internet. Durante unos meses me empapo al máximo, y después Garba me organiza una o dos cenas en mi apartamento del piso de abajo. Garba tira la casa por la ventana para decorar y ambientar la sala, por lo que cobra una bonita suma, desde luego. Pero no tiene que esmerarse tanto.

Nunca hay que decir que no. Cuando me invitan a salir siempre respondo que sí. En primer lugar, es muy probable que esa persona que quiere verte se vea obligada a cambiar de planes o a cancelarlos. Después, a medida que se acerca la fecha, queda la opción de echarse atrás, de pretextar exceso de trabajo o enfermedad, o puedes insinuar que no te importaría invitarlo a tu casa. La mayoría de mis amigos no tiene inconveniente en desplazarse a cambio de una buena comilona. Todo el mundo va ajetreado. ¿Con qué frecuencia vemos a nuestros amigos, a menos que tengamos dieciocho años o sean vecinos? En Londres todos nos deslizamos en nuestras pequeñas rendijas, aunque tal vez en mi caso la caída haya sido más honda.

Nadie ha reparado en mi ausencia. De vez en cuando alguno se lamenta de que hace mucho tiempo que no paso por su casa, pero es una pena que, en cuanto dejas de verlos, tus conocidos se olviden de ti. Si quieres que te tengan presente, queda con ellos. Las invitaciones son cada vez más escasas. Con todo, no soy una ermitaña. Por eso me organizo viajes.

El hecho de no salir se ve como algo malsano, y en cierto modo lo es. Pero al final no hay nada sano. Cuando sales te embotas, te atiborras de chorradas mundanas como un pavo: cientos de futilidades que te obstruyen, te nublan y terminan trastocándote.

La señora de la tarta nupcial fue la puntilla. Me dirigía al metro cuando la vi tambaleándose por la acera con una tarta nupcial de tres pisos. Me chocó, pues no sabía que hubiera una pastelería en el barrio, y no vi ningún vehículo aparcado ni portal alguno adonde aquella mujer se encaminara; daba la impresión, por inaudito que parezca, de haber sacado la tarta a pasear, no sin cierta dificultad. Al colocarme a su altura, más inaudito aún, la señora me dio un puntapié en la barriga. Me doblé de dolor. La señora y su tarta pasaron de largo.

Ése no fue el motivo por el que dejé de salir. Pero puso punto final a una larga y desagradable locución. Desde hacía tiempo venía observando que siempre regresaba a casa de peor humor. Volvía cansada, eso como poco, pero sobre todo indignada por algún incidente. En Londres nada funciona, y es imposible dar un paso sin que alguien te pida dinero o quiera acostarse contigo. Mi barrio destaca en ese aspecto, pero en toda la urbe sucede lo mismo. Por lo visto, esta ciudad solía ser feudo de los ricos. Ahora lo es de los vagabundos, chiflados, borrachos y gamberros. Al menos me he convertido en una experta en el arte de la mendicidad.

La táctica elemental, «¿Una monedita?», requiere ser insistente y entrar en una espiral repetitiva o tener una pinta miserable. El atrezzo es primordial: se precisa manta (por muy absurdo que luzcas envuelto en ella) o el clásico perro atado a una soga; las dos cosas, mejor que mejor.

La mayoría de londinenses está inmunizada. El veinteañero saludable se las ve y se las desea para hacerse con su piedra de crack. Los artistas del oficio saben que el secreto radica en el contacto visual y telepático.

Así, tenemos al clásico tipo que te aborda con: «¿Sabes cómo se va a Twickenham?». Cuando alguien nos pregunta el camino para ir a donde sea respondemos automáticamente. Basta con preguntar para que te lleen. Lo difícil es evitar la historia de cómo el tipo (¿de Twickenham?) ha salido de prisión esa misma mañana (y anda que no se nota) y aún no ha visto a su hijo recién nacido que vive en Twickenham, a una limosna de distancia. La táctica presenta infinidad de variantes: «¿Sabe si hay un hospital por aquí cerca?». «¿Ha visto a un policía por los alrededores?».

«No soy un ladrón». Esta frase la emplean casi con exclusividad los tíos que te abordan en las zonas mal iluminadas; en realidad, viene a decir que podrían machacarte y dejarte sin blanca, por lo que deberías compensar generosamente su contención. «Apoya mi empeño por ser una persona honrada».

«Estoy inválido y tengo hora con el médico en el hospital». Cuando el mono de crack es acuciante, la frase puede alcanzar niveles de una vehemencia paroxística. A saber: «Estoy inválido y al cuidado de un padre inválido. Necesito urgentemente acudir al hospital para visitar a mi hermana inválida que tiene dos niños inválidos a los que van a operar el día de su cumpleaños».

O: «Acabo de prestarle dinero a una persona que necesitaba ayuda, y ahora usted tendrá que prestármelo a mí». Ésta no es tan frecuente hoy en día. Hubo un tiempo en que se oía a menudo el término «prestar», en lugar de «dar». Y después de la súplica se quedaban mirando la moneda con aire desdeñoso. «¿Eso es todo?». Al parecer, antiguamente la aristocracia creía que el mundo giraba en torno a ella. Ahora son los marginados quienes se empeñan en exigir su derecho a que los colmen de bienes. Y los últimos en ofrecer ayuda son los primeros en pedirla. Mi frase favorita de todos los tiempos, y con la que admito haber caído, es: «No quiero dinero». Fijaos en la genialidad del enunciado. Paras a alguien en la calle y le abordas con lo último que se imaginaría: «No quiero dinero, sólo necesito hablar». La mujer que me lo dijo se hallaba en un estado lamentable, como la mayoría de prostitutas adictas al crack. Me explicó con lágrimas en los ojos que la habían atracado el día de su cumpleaños (y mostró algunas heridas que más bien parecían picaduras de pulga infectadas), cuando se dirigía a visitar a su madre enferma, ingresada en un hospital de Cirencester (a una muy generosa limosna de distancia). Y me preguntó: «¿Podría ayudarme?», supongo que refiriéndose estrictamente a la cuestión monetaria, puesto que siempre había la posibilidad de que me ofreciera a acompañarla en coche los ciento sesenta kilómetros que nos separaban de dicha población.

Lo grave de la señora de la tarta fue que no se trataba de un cabeza rapada con un pitbull. Si ya no puedes fiarte ni de una señora cargada con una tarta nupcial, ¿en quién vas a confiar?

Ocurrió cuando fui al metro la siguiente ocasión. Me sentía cansada, las piernas me pesaban como plomo y se me caían los párpados. Nada más sentarme en el vagón, comprendí que no tendría fuerzas para llegar al centro, y mucho menos para el viaje de regreso. Casi me desmayé. Salí de la estación y llegué a casa poco más o menos que a rastras, exhausta tras un paseo de apenas media hora. Se me quitaron las ganas de salir.

Descubrí que en realidad no lo necesitaba. Para empezar, trabajo en casa. La mayor parte de mi vida discurre a través de la banda ancha. Y otra cosa no, pero Londres es una ciudad de servicios a domicilio. Es verdad que muchos mensajeros

tardan horas en dar con mi casa, incapaces de deducir que el número 55 cae entre el 53 y el 57, pero prácticamente todo, desde los alimentos hasta las culturas de otros países, puede servirse a domicilio. No tengo necesidad de salir al mundo; éste puede venir a mí.

Eso sí, me aterra dejar de disfrutar. Todavía me ilusiono con una comida, con la música, los zapatos y una buena conversación. Me asusta pensar que un día todo eso dejará de gustarme, igual que me ocurrió con el deseo de salir. Entonces no me quedará nada con que espantar el horror.

El cielo de esta noche refleja una absurda mezcla de color violeta y marrón. Las nubes son cuadradas. Si te detienes a contemplarlas no parecen reales. ¿Cómo va a ser cuadrada una nube? Si dibujo una nube como ésta en una ilustración, la armo. La naturaleza, en cambio, puede hacer lo que le plazca y faltar a su palabra. Le da igual lo que pensemos.

¿Por qué es tan importante eliminar el deseo? Si el sentido del yo es la subyugación del yo, ¿para qué tenemos un yo? Es como si alguien te tiende un folleto pidiéndote que te deshagas de él.

Llaman a la puerta. Me alegra que no ocurra a menudo, pues sin duda se trata de un vecino. No creo que sea huraña, pero odio a mis vecinos. Sobre todo a Gerald, porque ya no vive aquí. Alquila su piso a tontainas como Jack, el mochilero de Nueva Zelanda que ahora aguarda plantado en el umbral.

—Soy Jack, el de abajo —saluda.

Hemos coincidido en varias ocasiones, pero no se está presentando por cortesía o por temor a que no lo haya reconocido. No, lo hace porque las escasas neuronas de su cerebelo le impiden acordarse de mí.

—¿No tendrás por ahí un sacacorchos que prestarme? Te lo devuelvo enseguida —añade.

—¿Qué pasó la última vez que te llevaste un sacacorchos diciendo que me lo devolvías enseguida?

Jack se queda pensativo. Tuerce el gesto, concentrado, como si acabara de preguntarle por la línea de sucesión del imperio azteca.

—Que no me lo devolviste. —Le echo un cable.

—Ah, es verdad —contesta, ufano de haberlo recordado.

No sé si tendrá algo que ver con Nueva Zelanda, o simplemente he tenido la mala suerte de compartir escalera con los cinco neozelandeses más cortos del país.

—¿Y?

—No te preocupes. Enseguida te lo devuelvo.

Al día siguiente bajo al primer piso para pedírselo. No es que me haya encariñado con el sacacorchos ni que sea un objeto precioso. Tampoco posee valor sentimental, ni es herencia de familia. Puedes encontrarlo en cualquier establecimiento, y muy

barato. No me angustia que se extravíen mis pertenencias. Lo que quiero es que me devuelva el sacacorchos para abrir una botella de vino.

El olor que emana del piso de Jack te asalta desde lejos. El apartamento se compone de una única estancia en la que apenas cabe una persona, no digamos las hordas de neozelandeses que se congregan en él. Ya me violenta quejarme del ruido como para atreverme a pedirles que bajen el nivel de pestilencia, aunque no será por falta de ganas.

—Hola —saluda Jack al abrir la puerta.

Me mira perplejo. No tiene ni idea de quién soy. Le pido el sacacorchos.

—Sería un placer prestártelo, pero no tenemos ninguno —contesta. No lo dice por fastidiar, pretende ser servicial.

Le recuerdo sus movimientos del día anterior. Tengo la impresión de que no me cree, pero se pone a revolver entre sacos de dormir y cascos de botellas, ayudado por sus compatriotas, y a los cinco minutos exhuman el sacacorchos. ¿Quién vestirá a Jack por la mañana? Es imposible exasperarse con él.

Bajo a la playa. Los desechos se han amontonado. Estoy seleccionando los sobres que exigen eliminación inmediata cuando distingo una figura que se alza, imponente, al otro lado de la puerta. Oigo que suena el timbre del piso de atrás. Nadie contesta. Decido abrir la puerta y ser agradable.

Aparece un individuo alto, esbelto, con la cabeza grande y alargada, pero sin hombros. Parece un bastoncillo de algodón o un espermatozoide de malas pulgas con la cola para abajo, sin ánimo de ofender.

—¿Sylvie? —Sonríe.

—Lo siento. Hace años que ya no vive aquí.

—Vamos, Sylvie, a mí no me engañas.

Sin el equipo de kárate y la mueca no le había reconocido. Es el cobrador de morosos.

—¿Por qué no subes un momento? Eres Audley, ¿verdad?

Tras entrar en mi piso lo escudriña todo como un profesional, buscando las pruebas de que soy Sylvie y calculando el valor de mis pertenencias. Es evidente que sabe reconocer una cortina cara.

—Quisiera comentarte una deuda —le digo—. Eres bueno en lo tuyo, ¿no?

Baso juicio tan precipitado en esa misma visita a domicilio; después de una década de recaudaciones frustradas, es el primer recaudador que se presenta. Le explico la deuda que Hit and Run tiene contraída conmigo. ¿Puede echarme una mano?

—Por supuesto —responde—. Lo que gustes. Tus deseos son órdenes.

—¿Cómo te las arreglas para...? No emplearás la fuerza, ¿verdad?

Tiene su gracia imaginar que dan una tunda a los de Hit and Run, pero sé que si

algo así llegara a ocurrir me sentiría mal. Además, es difícil echarle la culpa a una persona en concreto. Me saca de quicio esa sarta de ineptas que ha estado dándome largas todo este tiempo, pero no las considero responsables de la dirección de la empresa, y a sus directivos, menos. La culpa es del sistema. No me importaría humillarlos, pero darles una paliza me parece excesivo.

—¿Has estado dentro alguna vez? —le pregunto.

—¿Dentro?

—En la cárcel. Hace falta una buena razón para ir a la cárcel, a menos que estés mal de la cabeza. Si agredes a alguien, vas a la cárcel. Las amenazas a veces funcionan, pero son ganas de complicarse la vida. No pienso dejar que me enchironen porque alguien se niegue a pagar las doce llamadas telefónicas que hizo a su novia mientras la chica estaba en Australia.

Señala el televisor y la cadena de música.

—Dinero no te falta.

—No.

—Verás, la mayoría de mis clientes está en la misma situación que tú. No les indigna que les deban dinero, sino que se rían de ellos. No se trata de recaudar deudas, sino de vengarse. O, para algunos, de darles un toque. Te advierto que soy eficaz, pero no salgo barato.

Audley aclara que sus honorarios ascienden a una suma veinte o treinta veces superior a mi deuda, según el tiempo que la empresa tarde en dar su brazo a torcer.

—Dispongo de un equipo y, dependiendo de la situación, movilizo al personal que más convenga. En un caso como el tuyo, una empresa grande y de postín con oficinas de lujo, el indicado es Wilf. Si yo me plantara allí preguntando por alguien, me pasaría el día contemplando la pecera de la recepción, y aunque llegara a hablar con la persona indicada ésta se me quitaría de encima enseguida y, si me pusiera pesado, llamarían a la policía.

»En cambio, si se presenta Wilf es otro cantar. Wilf es un histrión jubilado, adorable. En cuanto lo ves sientes ganas de llamar a la ambulancia. Cuando no está de servicio sigue siendo un abuelito de ochenta años, arrugado y temblón. La idea es que Wilf entre allí renqueando, con una parsimonia exasperante, apoyado en sus muletas y vestido de pensionista apestoso y miserable.

»Las secretarias lo observan durante la media hora que emplea en cruzar el vestíbulo de recepción resollando y alzando los ojos al cielo. Luego saluda: “Buenos días. Siento mucho robarles su tiempo. Sé que están muy ocupadas, pero le deben un dinero a mi nieta”. Y asunto resuelto. Sea cual sea la reacción de la empresa, lo tiene jodido. No hay salida. Lo mejor es extenderle el talón cuanto antes. Si dejan a Wilf en recepción, malo. Primero gimoteará un poco, luego se echará a llorar y, en casos extremos, se meará encima. Si lo echan, peor todavía. Incluso la policía se pondría de



su parte. “Lo lamento de verdad. Lamento tener que molestarlas. Sé que tienen mucho trabajo, pero mi nieta...”. En una ocasión un jefe se negó a soltar la pasta después de que Wilf pasara una semana trabajándose a conciencia, y todos los empleados de la empresa presentaron su dimisión.

Audley me entrega su tarjeta. Creo que recurriré a sus servicios. Me sonrío.

—No me gusta echar piedras contra mi propio tejado, pero podrías facturarles un trabajo que no has hecho.

—¿A qué te refieres?

—Mi amigo Phil se gana la vida falsificando facturas de hipotéticos trabajos a empresas, y algunas sueltan el dinero. Dice que basta que sea una gran compañía, y el importe lo bastante elevado para que valga la pena intentarlo. Aunque no debe llamar la atención de los contables. Hay que enviar una factura por los «servicios prestados», sin especificar demasiado, al departamento de contabilidad. Por lo general no hacen ni caso, pero algunas caen en la trampa. Él se gana la vida: se pasa el día en casa enviando facturas a diestro y siniestro. He estado tentado de probarlo, pero a mí me gusta salir y moverme.

Quizás Audley tenga razón. Siete años atrás entraron a robarme en casa. No se llevaron más que varios objetos, pero me dejaron la puerta de entrada hecha trizas, y eso sí salió caro. Cuando se tiene la casa abierta de par en par no hay tiempo para dar vueltas buscando la mejor oferta. La aseguradora se desentendió y me quedé a dos velas en un momento no muy boyante para mí. Por eso, dos años más tarde, cuando volvieron a robarme, me inventé una lista de artículos que reclamar, no con la intención de aprovecharme de la aseguradora, sino curándome en salud por si volvían a jugarme una mala pasada. Tras varios meses de dar largas terminaron pagando los objetos inventados, pero no los que realmente me robaron.

Ahora no estoy asegurada. Los objetos de valor que pudieran llevarse los ladrones son fáciles de reemplazar. Tengo suerte, pues para muchos no es así. Si lo perdiera todo en un incendio, dudo que el dinero me consolara de haber perdido mis zapatos y abalorios favoritos. Además, siendo realistas, de todos modos no me indemnizarían, porque no suelen hacerlo. Me alegra pensar que no les estoy soltando ni un céntimo.

—Gracias por el café —dice Audley. Señala un bolígrafo de propaganda, cuyo propósito es hacerte sentir culpable, que una organización benéfica envió a un inquilino que se mudó del edificio hace cinco años, y yo arrojé a la papelera—. ¿Lo vas a tirar?

—Sí.

—Ya sé que es tu basura, pero ¿te importa si te lo robo?

—Cógelo. Faltaría más.

—No, cogerlo no. Tengo que robarlo. Si no te importa, claro.

—Tú roba. No te cortes.

Audley se embolsa el bolígrafo.

—Cuando mi padre murió..., bueno, él cada dos por tres se estaba muriendo. Al menos lo hizo un par de docenas de veces. Pero el día que de verdad estaba agonizando nos reunió a todos sus hijos junto a su lecho. Somos siete hermanos. Y nos dijo: «Hijos míos, este mundo es una selva. Creéis saber lo mal que están las cosas, pero os equivocáis. Sé que muchos terminaréis robando a la iglesia, que engañaréis a vuestros allegados, seréis juzgados por homicidio, practicaréis el canibalismo, os haréis pasar por muertos, huiréis de la justicia, que en la cárcel haréis cosas indescriptibles con otros presos, en las que se verá implicada la mayonesa, y que os encontraréis con otras muchas situaciones inevitables en el transcurso de vuestra vida. Quiero que sepáis que estoy orgulloso de vosotros, y siempre lo estaré, donde quiera que me encuentre. Sois unos muchachos estupendos. Pero recordad que hay ciertas cosas que un hijo mío no haría. Nunca trabajéis para una compañía de seguros ni para la administración municipal. Y a Londres id sólo cuando tengáis que pegarle una paliza a alguien o robar algo». En fin. Cuando vengo por aquí siempre me agencio algo en su memoria.

—Pero de palizas nada, ¿no?

—Ya no.

Bajo con él a la playa. De pronto, Audley levanta el talón derecho y se da un puntapié en el trasero.

—No hagas caso —dice—. Es un tic nervioso.

Necesita que alguien le aconseje en la elección de calzado, pero lo reservaré para la próxima ocasión.

Recibo una llamada en relación con el talón extraviado. En esta ocasión mi interlocutora se llama Val. Les he enviado otra carta quejándome, pero me sorprende que se hayan tomado la molestia de telefonarme.

—Hemos estado investigando el tema de su factura... —me informa.

¿A qué viene este preámbulo? ¿Por qué no se limita a anunciarme que me han enviado el talón y se disculpa por el retraso?

—Lo que ha ocurrido es que el talón ha ido a parar a Marcia East.

—¿Y quién es Marcia East? —pregunto.

—No lo sé.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Por qué iban a mandarle el talón a otra persona?

—Es evidente que ha habido una confusión.

—Entonces ¿me mandarán el cheque?

—Sí. Tan pronto como Marcia East nos lo devuelva.

—A ver si lo entiendo. ¿Envían el dinero a una completa desconocida, y yo tengo que esperar a que ella lo devuelva?

—Sí. Lo reclamaremos. No debería tardar mucho.

No sé qué contestar. Me quedo sin palabras.

Considero la oferta de Audley y decido contratar sus servicios. Si lo hago es porque puedo: por divertirme y por saldar una deuda. Noto que Audley es como Garba. No le importan las rarezas. Está dispuesto a ir más allá, y cobrar por ello, lo cual me parece estupendo.

Lo llamo por teléfono y hablamos del trabajo. Tiene muchas ideas.

—¿Prefieres vergüenza, humillación o degradación total? —me dice—. Te advierto que la degradación total puede llevar meses, incluso años, normalmente sobrepasa el presupuesto de nuestros clientes y conlleva posibles riesgos para la salud. Hay que pensarlo dos veces antes de optar por ella. Sólo acepto esa opción después de cerciorarme de que la deuda es importante.

Me planteo contra quién apuntar. ¿El director de Hit and Run? Él es el último responsable. ¿O mejor contra el jefe de contabilidad? La culpa recae directamente en él. Aunque a él lo contrató el director de la empresa. Quizá no sea culpable de que me deban dinero, pero algo que ver tiene.

Es duro ser *freelance*. Si estás en la cumbre de la profesión, todo resuelto. De lo contrario, lo tienes crudo. Hay que sudar la gota gorda para conseguir un trabajo, sudar la gota gorda para hacerlo bien si quieres que vuelvan a llamarte, y encima, lo quieras o no, sudar la gota gorda para que te paguen lo que te deben.

—¿La vergüenza en qué consiste? —le pregunto.

—Te daré un ejemplo. Wilf, vestido de gala pero empapado de orín, se presenta de improviso, tambaleante y lloroso, en una importante comida de negocios de la empresa y aborda al director por su nombre de pila: «Pete, ¿por qué no te dignas hablar con tu propio padre? ¿Por qué te niegas a reconocer que soy tu padre?», o alguna patraña por el estilo que dé a entender que existe una relación íntima entre ellos. Puede que el tipo acuse a Wilf de estar loco; y que los comensales lo crean o no. Entonces yo llamo por teléfono preguntando si piensa pagar. Wilf jamás se ha presentado más de dos veces en una de esas comidas.

—¿Y la humillación en qué se diferencia?

—Pongamos que nuestro objetivo es un empresario casado que sale a solas de una fiesta o un restaurante. Le endilgamos a una hermosa jovencita y, tanto si se presta al juego como si no, ya sea en un portal o en el domicilio de nuestra agente, la chica le pide que le sostenga la chaqueta y..., visto y no visto, de pronto se queda con el busto al aire. Stacey, la bailarina de *striptease* que tengo contratada, lo hace sin que te des ni cuenta. Entonces acerca la blusa a la chaqueta de la víctima de forma que, mientras nuestro segundo agente toma la fotografía, parezca como si el tipo, en un momento de ebrio magreo, le metiera mano. Si no hubiera por medio una deuda que cobrar, estaríamos rozando el chantaje. Luego yo llamo por teléfono y le pregunto si piensa

pagar. Una vez más, aunque nuestro objetivo alegue que le han tendido una trampa, tal vez le crean o tal vez no. Lo más fácil es desembolsar el dinero. Le decimos: «Tú mándalo y haremos desaparecer la fotografía». Hay oídos que oyen lo que quieren oír.

—No suena humillante.

—Es que una vez ha pagado, enviamos la foto a su esposa de todos modos.

—Ya. ¿Y la degradación total?

—No suelo divulgarlo, a menos que exista contrato de por medio.

—Ya.

—Es muy fuerte.

—Ya.

—No quiero que la gente se lleve una impresión equivocada.

—Ya.

—Pero quizá tú puedas comprenderlo. Sólo la he puesto en práctica en dos ocasiones. Te contaré una de ellas. Fue por encargo de un amigo. A su hijo lo atropelló un borracho al que le cayeron seis meses de cárcel, o sea: tres meses jugando al Scrabble y a la calle. Imagínate cómo se quedó mi amigo al conocer la sentencia. Yo me ofrecí a... echarle una mano, ya me entiendes. «No hagas ninguna locura», le dije. Me ofrecí a echarle una mano definitiva. «Si te ayudo», le advertí, «ya no tendrá que ayudarte nadie más, no sé si me explico. Asunto zanjado». Pero él contestó: «Audley, no lo mates. Que pague».

»Estos casos hay que planearlos a conciencia. No puedes meter la pata. Es como los lanzamientos espaciales: si fallas, has despilfarrado el petardo más caro del mundo. Nos llevó semanas dar con la solución.

—¿Cuál fue?

—Goma de mascar. Pregúntame por la goma de mascar.

—Háblame de la goma de mascar.

—A nuestro hombre le encantaba conducir grandes coches. Empezamos pegándole chicle a las cerraduras de las puertas. Según el tiempo que el vehículo estuviera estacionado, o bien se le jodían un poco las cerraduras o se le jodían para siempre. Cuando te ocurre algo así por primera vez es molesto, pero, si empieza a repetirse semana tras semana y mes tras mes, es otro cantar. Al principio fue fácil. Más adelante, cuando nuestro hombre se percató de que alguien se la tenía jurada, tuvimos que recurrir a tácticas de contravigilancia por temor a cámaras ocultas o a que pudiera contratar a alguien que le vigilara el coche. Probó de todo. Cambió de automóvil, blindó el garaje... Pero nosotros nos armamos de paciencia; a veces teníamos que esperar durante meses para pillarlo. Era un percance, no había para tanto, pero lo dejamos hecho polvo. Si le hubiéramos gastado otras malas pasadas, como robarle el perro o romper los cristales de su casa, no le habría sentado tan mal.

Con los percances pasa como con todo, la diversidad ayuda. El problema es que estaba a la expectativa. Además, utilizábamos a distintos pega-chicles por si nos pillaban, para que no pareciera que se trataba de un agresor individual o un psicópata, sino de una conjura global. Eso es lo peor que puede ocurrirte; encontrar la prueba irrefutable de que el mundo tiene algo contra ti. Otra persona menos amante de los coches se habría rendido a las primeras de cambio; pero a él le encantaba conducir y terminó con los nervios de punta.

Bajo a la playa. La propaganda se acumula. Hay un catálogo de artículos de papelería dirigido a un tal Kirpal Singh, que se marchó de aquí hará por lo menos diez años. Los catálogos llegan cada tres meses, con el sonriente rostro del señor Lockhart, el presidente de la empresa, en primera plana, rodeado de fotos con sus artículos: carpetas colgantes y separadores de papel Manila. El señor Lockhart es un hombre maduro que pretende dar la imagen de anciano venerable, pero su aspecto no engaña: parece lo que es, un sinvergüenza haciéndose pasar por un anciano venerable. La misma fotografía ha adornado el catálogo todos estos años, y basta echarle un vistazo para saber que por nada del mundo desearías ser su empleado.

En mi trabajo nunca consigo dotar de tanta expresividad una sonrisa. La diferencia entre una sonrisa de anciano auténtica y una falsa es ínfima. Será fallo mío no saber expresarlo en píxeles. Es como las prostitutas que merodean por el parque de ahí fuera; es difícil imitar su espera. No se las ve expectantes, simplemente aguardan. Algunas lucen la inconfundible ropa de fulana, pero la mayoría no se molesta siquiera. Su forma de esperar las delata, y yo nunca he sido capaz de captar esa clase de sutilezas.

El señor Lockhart ofrece también una superagenda gratis (valor aproximado: un bocadillo barato), siempre que el pedido se formalice de inmediato. El catálogo cumple una función interesante. Me recuerda que existen oficinistas cuya única tarea consiste en hojear catálogos y encargar caballetes-carpeta y grapadoras transparentes; otros oficinistas se ocupan de repartirlos, y otros de utilizarlos. Y otros mandan el pedido de inmediato para hacerse con una superagenda gratis.

Dos nuevas agencias de gestión de deudas persiguen a Sylvie por carta. Descubro otro catálogo de una casa de la moneda que ofrece una colección de monedas de oro que conmemoran grandes acontecimientos de la historia mundial: la conquista del fuego, la invención de la rueda, el *ménage a sept*, el primer programa televisivo de entrevistas, etcétera.

Me dispongo a hojear mi correo. Tengo una carta de Soulstealer reclamando el cobro de unos libros que encargué. Me enfado porque hace un año que les pagué, y volví a hacerlo seis meses más tarde. Cuando digo pagar, me refiero a intentarlo. Envié un talón cumplimentado a la dirección indicada. Volví a repetir la operación seis meses más tarde, y hace tres semanas insistí de nuevo. Los talones no parecen

penetrar sus defensas.

Me preocupa pensar que ahí fuera alguien me tome por morosa, que me coloque en la misma categoría que a Sylvie y demás gorriones que han recalado en el edificio.

Salta a la vista que el siguiente sobre es más interesante. Contiene algo pesado. Aunque lleva unas señas extrañas. Están escritas a máquina, lo que da un aire oficial al envío, pero falta el apellido. El destinatario es Oceane, sin más, y abajo, la dirección. Por eso lo he dejado para el final.

Al abrirlo me quedo perpleja, después anonadada. La carta consta de una sola palabra: «¡Hola!». La firma: «Walter».

Un «¡Hola!» puede ser muy efectivo. Conozco a un chico negro que solía apostarse el día entero en la boca del metro, apoyado en la barandilla, y abordaba a cualquier chica atractiva, y no tan atractiva, que pasaba diciendo: «¡Hola!». Ninguna le respondía.

No era un buen partido: joven y fornido, pero con aspecto demasiado pasota incluso para ser camello; su higiene daba miedo, por la ropa parecía haber salido del trullo esa misma mañana y era dudoso que un tipo capaz de haraganear todo el día a las puertas del metro tuviera algo que ofrecer a largo plazo. Pero poseía un arte admirable. Como la araña que aguarda pacientemente en su tela, se limitaba a decir: «¡Hola!». Sencillo y directo. Nada de silbidos, gestos o requiebros a las transeúntes, y, por consiguiente, ningún rechazo. Podía pasar todo el día allí de pie, de hecho lo hacía, repitiendo: «¡Hola!». Porque él sabía que con eso era suficiente. Si la chica estaba interesada no tenía más que aflojar el paso y volver la cabeza. A partir de ahí empezarían las negociaciones. Y con la cantidad de transeúntes que andaban por allí, alguna habría que pensara: ¿Por qué no? Cuando una mujer está interesada, basta con abordarla educadamente.

El «¡Hola!» de Walter es simple y directo. Un saludo con una fuerza tremenda, el más efectivo que pueda encontrarse.

Walter falleció hace diez años.

Llamo por teléfono a Audley.

—Tengo otro encargo. Éste ampliará tus horizontes, ya verás. Conlleva viajar al extranjero.

Se hace un silencio.

—¿Oye?

—No salgo del país.

—Decías que te gustaba moverte...

—Y me gusta. Pero sin salir del país.

Me coge desprevenida. En circunstancias normales, Audley se desenvuelve con la energía y el aplomo de un corsario, y me extraña notarlo inquieto, incluso un tanto temeroso.

—¿Por el vuelo?

—No. Por todo.

—Ah, bueno, no pasa nada —respondo.

Me quedo cortada. Creía que Audley iba a ser la solución.

Al día siguiente Audley me llama.

—Soy un cobarde —afirma.

—Un karateka no puede ser cobarde.

—Por supuesto que sí. Lo sé por experiencia. Boxear, hacer kárate y cantar el primero en el karaoke son menudencias. Quiero tener agallas. Si el trabajo es interesante, iré. Pero cuanto antes lleguen esas inyecciones de capital, mejor.

—Todo el mundo teme algo.

—Todo el mundo no. He conocido a hombres muy duros.

—¿Cuál el que más?

—Una noche cruzaba la carretera con cuatro de mis hermanos cuando un coche volvió la esquina y empezó a pitarnos. Nosotros estábamos haciendo el ganso, pero el conductor no tenía por qué tocar el claxon. Le hice el gesto que todos conocemos, y el coche frenó en seco y de él bajó un tipo bajito que se acercó a nosotros enfundándose unos guantes. «¿Qué?», saltó con un hilo de voz. Eso fue todo.

»Nosotros nos dijimos: “Este tío sabe que somos cinco. Ve perfectamente que hay uno, dos, tres, cuatro, cinco tíos, y él va solo. No está borracho, ni le acompaña una chica a la que impresionar”. En una ciudad como Hull, si uno va por la calle y se encara con cinco tíos no se arriesga a que le dejen el ojo a la virulé sino a pasar toda la vida conectado a un pulmón artificial. O es el más macho de la ciudad o un temerario de narices. Mis hermanos y yo nos miramos, y el tío gritó: “Me lo imaginaba”, y volvió al coche. Muchas veces pienso en esa escena. A veces me da rabia no haberlo intentado, porque tenía curiosidad por saber si el tío lo decía en serio. La curiosidad es lo que peor se lleva.

Pongo a Audley al corriente de Walter. Al contrario que muchos charlatanes, me escucha con atención.

—¿Cómo lo conociste?

—Fue en Barcelona.

## **Barcelona**

Policía. Troglodita. Maestra. Colegiala. Doncella francesa. Enfermera. Novia azorada. Bailarina de la danza del vientre. Soldado. Geisha. Sargenta de nave espacial. El vestuario formaba parte esencial del espectáculo, ya que una vez eliminabas los trajes y la pobre coreografía quedaba lo que Jorge llamaba «el polvo». Yo hice de doncella francesa y de enfermera, pues éstos eran los trajes que me cabían.

Mis compañeras estaban contentas con la temática, salvo Marina, que intentaba introducir a mujeres históricas y legendarias supuestamente célebres de las que las demás nunca habíamos oído hablar: filósofas que murieron lapidadas, reinas cuya influencia en el cultivo de la patata no fue reconocida, estrategas violadas, químicas fanáticas...

—No —decía Jorge—. El público sabe lo que quiere.

—Estarán hartos de ver cómo dan por culo a una policía... —replicó Marina, la policía a la que daban por el culo.

—No hay público que se canse de eso. Diez años y ni un asiento vacío.

—Hay que evolucionar, Jorge.

—¿Para qué?

Tenía razón. La inercia arrastraba. Nuestro público estaba formado por turistas, y los pocos que no lo eran volvían. Salvo algunas excepciones, por supuesto. El crítico de la revista del gremio (hay revistas para todo) se dejaba caer a menudo por el local. Siempre había productores de televisión que venían a «documentarse»; cuando Jorge se enteraba de su presencia los ponía de patitas en la calle. Al doctor Alfonso, un anciano dermatólogo que lucía pajarita, lo veíamos entre el público dos o tres veces por semana. Era un fan chapado a la antigua. Nos enviaba notas encantadoras, escritas a mano en un inglés muy particular y una caligrafía preciosa: «No veía una doncella francesa así desde Amsterdam, treinta años hace». O: «Parecía invadida durante la magnífica escena con la enfermera. Espero se encuentre bien. Su presencia trasera me ha proporcionado una velada memorable. Su más umbilical admirador».

En el club se vivía un continuo trasiego de artistas, pues, aunque pagaban bien y las condiciones laborales eran dignas, una vez te acostumbrabas a hacerlo en escena, se convertía en un trabajo muy aburrido y difícil de aguantar. Además, no es que ese trabajo te abriera muchas puertas; bueno, quizá las abriera, pero en el mismo sector, y como carrera profesional no tenía futuro.

Mientras trabajé allí, por el local pasaron Christiana (luxemburguesa, metro noventa, capaz de plantar cara a los gorilas de la entrada), Nadia (rusa, veintidós años, con aspecto de doce), Severine (francesa, senos como dos bebés mamando), Erika (sueca, pecho como una tarjeta de crédito), Lou y Sue (acróbatas lesbianas procedentes de Dallas), Marina (suiza) y, entre tan ardorosa legión extranjera, una representación española formada por tres chicas: Lourdes y las dos Patricias (que parecían idénticas, pero montaban en cólera si alguien las tomaba por hermanas o las confundía, pese a que no podían trabajar juntas la misma noche de tan idénticas que eran). A una la llamaban Patricia «la Quejica», a la otra, Patricia «la Superquejica»; Patricia la Quejica podía pasar media hora quejándose de la falta de accesorios del secador de mano; Patricia la Superquejica, hora y media; muy pocos soportábamos el proceso de identificación.



Y, por supuesto, en el pináculo... Heidi (un híbrido belga-argentino, rubia, perfecta, guarra hasta la saciedad). En su presencia, los más locuaces caballeros se veían reducidos a un gemido y un cabeceo, presos de sus fantasías. Heidi no necesitaba hacer nada, le bastaba con ser ella misma; en un escenario repleto de mujeres desnudas era la única que parecía desnudarse de verdad. Solía aparecer al final del espectáculo, cuando el público empezaba a hartarse de tanta embestida carnal y se escuchaban murmullos. Entre bastidores, se oía la ignición de los hombres enardecidos y las vidas dando un vuelco. Creo que el secreto de Heidi radicaba en sus cejas, aunque debo confesar que una vez me crucé con ella en el camerino y pasar junto a su almeja fue como cruzar junto a una hoguera al rojo vivo. Incluso nuestros compañeros, una auténtica legión de norteamericanos, húngaros, italianos, polacos y británicos, a quienes suponías hastiados de las rubias explosivas, se ponían nerviosos en su presencia.

## **De jarana**

Mi primera reacción cuando me ofrecieron trabajar en un espectáculo erótico en directo fue echarme a reír y decir que no. O primero me negué y después me reí el día en que mi amiga Amber (que el año anterior estuvo empleada allí con su novio) me propuso pasar el verano juntas en Barcelona trabajando en un club. El dueño prefería contratar a parejas, pero, según Amber, ya se encargarían de buscarme un compañero. La idea de ser exhibida en un escenario cual si fuera un electrodoméstico me pareció de mal gusto.

Luego empecé a darle vueltas. No podía decirse que no conociera mi propia geografía. Había tomado el sol desnuda en más de una ocasión, para disfrute de los pervertidos. En uno de mis escasos empleos como bailarina, participé en una producción alemana que me exigió revolcarme por el suelo de un almacén de Darlington, felpudo afeitado y cuerpo rebozado en harina por toda vestimenta.

Ni siquiera podía pretender no haber disfrutado de intimidad sin demasiada intimidad previa. En varias fiestas accedí a algún que otro ligue relámpago, consistente en la localización del dormitorio con el chico de turno. No lo hacía habitualmente, pero tampoco podía fingir no haber disfrutado de la física olvidando la metafísica.

Bien mirado, recordé haber realizado el acto en público. Y en más de una ocasión.

David, mi novio de entonces, lo llamaba «ir de jarana». La primera vez ocurrió en una fiesta. Podría achacarlo a la coca, al alcohol y al monumental cuelgue que llevaba encima, pero no haría honor a la verdad. Ir de jarana consistía en un ayuntamiento vertical, con Dave corriendo conmigo en volandas, algo así como si me llevara a caballo pero de un modo más voluptuoso, frente a frente. O sea: emprendíamos una

carrera nudista en público a la vez que practicábamos una de nuestras actividades favoritas. Frote al galope. Tal vez atravesamos jaraneando la pista de baile sin tanta ovación como Dave esperaba.

Pero ahí no termina la historia. Mi novio era propietario de una furgoneta (vehículo del que ahora recelo).

## **Transportes**

A los hombres con furgoneta es mejor darles calabazas desde el principio; o bien manifiestan un interés fuera de lo común por las herramientas eléctricas, o son asesinos en serie. En cualquier caso, no les hables de acompañarte al ballet.

No penséis que soy una esnob. Os aconsejo encarecidamente que rechacéis a cualquier chófer vestido de librea que llame a vuestra puerta en mitad de la noche anunciando que un famoso os aguarda fuera en su limusina gigante. Sólo conseguiréis que os atiborren de heroína y que exijan de vuestro trasero la ejecución de tareas que van más allá del deber. Hay que evitar las limusinas gigantes, porque una persona capaz de alquilar una sala de fiestas, a diferencia de quien las frecuenta buscando compañía, no se interesará por vosotras, y es muy probable que no desee acompañaros al ballet.

Los coches caros también suelen ser un peligro. Un coche caro indica que su propietario es una persona adinerada, aunque pretende ocultarlo (tan traicionero como el propietario de la limusina, sólo que con otro estilo), y no se casará con vosotras, puesto que los ricos se casan con las ricas, salvo que sean octogenarios, en cuyo caso tal vez no hagan ascos a una jovencita de humilde condición. A mí esas cosas no me van. El coche caro puede pertenecer a alguien que se afana por impresionarte, lo cual no es buena señal; o, igualmente desagradable, de alguien obsesionado por los automóviles y no por vosotras.

En principio, los vehículos de categoría media o los de segunda mano no presentan inconveniente, aunque pueden indicar que su propietario es un vivalavirgen, quizá dispuesto a llevaros al ballet, aunque ¿podría pagarlo? Las motos son para los tacaños o los fanáticos de la donación de órganos. En fin, no sé qué medio de transporte aconsejaros.

## **De jarana**

Una noche David aparcó en Catford High Street, y nos lanzamos a jaranear a toda pastilla por dicha calle, pasando ante la asombrada cola a las puertas del cine y los comensales de una hamburguesería, para después saltar a la furgoneta y salir pitando. Es más divertido contarle que vivirlo, como esos juegos con esposas y nata montada

que de jovencita te sientes obligada a practicar, que acaban siendo un engorro y una lata de limpiar. Fue idea de David, pero toda relación es un toma y daca. Además, una no escoge la danza como profesión si no desea que la contemplen.

Mi jaraneo tocó a su fin en el club de atletismo de David durante una noche de otoño. (Mi novio corría los cuatrocientos metros). Cualquiera puede jaranear unos metros, pero aguantar una carrera requiere una energía fuera de lo común, el rasgo más atractivo de David, si no el único.

Tuve que saltar la verja para acceder al recinto, lo cual ya me puso de mal humor, pues me mojé la ropa y me manché. Echamos a correr por la pista, pero no me pareció ni placentero ni divertido; me admiró ver cómo David derrochaba energía. Sin embargo, hacía frío, llovía, había anochecido, y encima aquél era un club de poca monta de un barrio de Londres pasado de moda. Cuando un barrio se pasa de moda, por algo es. No se trata de que no estés a la última, sino de que tu modernidad ha caducado, o de que guardas cola para que te expidan el certificado, o de que al barrio en cuestión le trae sin cuidado la modernidad. Pero estar pasado de moda nunca es accidental. Mientras David y yo dábamos tumbos por la pista, me dio por pensar que ojalá estuviéramos en un barrio de moda, y de pronto me acordé de Tina. ¿A qué venía pensar en Tina?

Cuando ya llegábamos a la meta oí unas pisadas a nuestras espaldas que golpeaban contra el pavimento, y por un momento me quedé petrificada temiendo que las fuerzas del orden y de la fornicación en la intimidad nos hubieran pillado, pero nos adelantó un negro enorme a tal velocidad que parecía que David y yo estuviéramos parados. El negrazo jaraneaba con una tiarrona pelirroja que al pasar zumbando me lanzó una sonrisita como diciendo: «Estos hombres...».

—Nunca más —fue el comentario de David.

Debí suponer que cuando una práctica tiene nombre, es que hay necesidad de ella. David confesó que su entrenador le había recomendado practicar el jaraneo como entrenamiento suplementario, que él, por razones de seguros médicos, no podía autorizar.

## No

La inicial hilaridad al recibir la invitación de trasladarme a Barcelona y animar el cachondeo nocturno de la ciudad se transformó en curiosidad: ¿cómo sería el empleo? Amber trabajó en aquel club el verano anterior y, cuanto más la oía hablar, mejor sonaba. Te lo daban todo hecho, búsqueda de *penetrator* y alojamiento incluidos. El puesto parecía atractivo, en comparación con las demás posibilidades laborales que se me ofrecían, apenas apuntadas: acompañar a niños daneses de diez años a visitar el Stonehenge o contemplar cómo unos niños de catorce años

entraban en una boutique a desmontar las pilas de jerséis que había estado doblando durante horas; todo por el precio de una buena barra de labios. La ilusión de trabajar como bailarina no terminaba de disiparse, pero por alguna razón el mundo de la danza andaba de capa caída, y yo sabía positivamente que muchas bailarinas más buenas y mejor relacionadas que yo se ganaban la vida cortando el césped en casas particulares. Amber hablaba las mil maravillas de Barcelona, de lo agradables que eran la ciudad y el club.

Entonces me planteé: ¿y quién va a enterarse? A diferencia de ciertas ramas del comercio genital, no deja constancia. Hacer películas es distinto. Amber participó en alguna y concluía sabiamente al respecto: «Piensa en las cinco personas que conoces, ya sean familiares, amigos o enemigos, las que menos desearías que te vieran hacerle una mamada a un tío mientras otro te penetra por detrás. Esas serán las cinco primeras que verán la película». Además, no era como hacer la carrera. No tendría que soportar a los babosos directores de empresa, viejos y gordos, ni sus consecuencias. Otras bailarinas conocidas lo habían probado y, aunque se movían en hoteles de lujo, para mi gusto estaban demasiado encantadas de la vida; como esos yonquis siempre dispuestos a darte un pico. Follar por dinero te jode la mente. No me preguntéis por qué, pero te la jode.

Ése es uno de los inconvenientes de la danza. Forma parte del coto actriz-modelo-bailarina al que cualquiera con menos de veinticuatro años tiene libre acceso si está dispuesta a cerrar los ojos y abrir la boca. Para quien posee una formación en danza, es indignante ver cómo unas focas celulíticas se creen bailarinas sólo con decir: «Sí, soy bailarina». Desprestigian la profesión con toda suerte de actividades no profesionales.

Aunque Amber me pidió que lo pensara, a la mañana siguiente rechacé su invitación.

Me dejaron un mensaje en el contestador en el que me convocaban a un *casting* para una compañía de danza de Norwich. Dos días más tarde cinco personas entrábamos dando botes en la sacristía de una parroquia para informarnos de la vacante. Cuando se compite por una única plaza, hay que recurrir a la estrategia. No es tarea sencilla: en primer lugar, si el jefe es un hombre, muy probablemente será gay. Al fin y al cabo, la danza suele ser bastión de la acera de enfrente, y los que no pertenecen al club disponen de tal bufet de chichis que surte más efecto ofrecerles una buena crema hidratante que una mamada. Es preciso estudiar a las contrincantes: ¿están dispuestas a hincar las rodillas y abrir la boca? Yo era aún lo bastante joven e inocente para mantener esos pensamientos acordonados en el fondo de la mente, pero de pronto una mañana las otras cuatro aspirantes se esfumaron. Supuse que habrían echado a las que no servían y que me quedaba la prueba final antes de firmar el contrato.

Pasé otras dos semanas ensayando con la compañía y alimentándome a base de fruta y yogur, no por gusto sino porque el dinero no me alcanzaba para más. Y en lugar del ansiado contrato, comencé a detectar una creciente frialdad hacia mi persona. Al final pillé al director a solas y le pregunté a bocajarro:

—Entonces, ¿la plaza es mía?

—No hay plaza que valga. ¿No te lo han dicho?

Me dejaron tirada en un Bed and Breakfast sin un céntimo. En el pasado me había alojado en montones de pensiones parecidas de las que me habría largado sin pagar con mucho gusto, pero la anciana que regentaba aquel Bed and Breakfast de Norwich era encantadora. Como veía que pasaba hambre, me venía con la triquiñuela: «Estaba preparándome un bocadillo y he pensado que tal vez te apetecía uno», y así fingía que no me alimentaba gratis. Nada que ver con los tacañones de otras ocasiones.

## **Tacañones**

Por ejemplo: el Bed and Breakfast de Blackpool que decía incluir el desayuno completo en el precio. Cuando entrabas en el comedor te recibían con un minúsculo cuenco con un puñado de cereales. Después los dueños te preguntaban si querías salchichas o beicon con los huevos, y ya no volvías a verlos. Pasé toda una semana allí hospedada y no trajeron las salchichas ni vi que nadie degustara el desayuno completo. Los patronos, muy astutos, sabían que los huéspedes tenían prisa y a los diez minutos estarían hartos de esperar y se conformarían con atiborrarse de tostadas blandengues. Una mañana salí en su busca. Me colé en la cocina y pasé al jardín: ni rastro de los dueños, ni de las salchichas, ya fueran crudas o fritas. Dispondrían de algún pasadizo secreto donde esconderse.

A la mañana siguiente se presentaron diciendo:

—¿Dónde se metió ayer? Le estuvimos guardando el desayuno durante un buen rato.

Lo hacían porque podían. Dejaban a la vista un gran tarro de mermelada de fresa, que siempre estaba lleno, pues nadie era capaz de abrirlo; estoy convencida de que habían sellado la tapa con cola. Notabas que todas las bombillas y rollos de papel higiénico del establecimiento eran robados. Lo incongruente de los Bed and Breakfast es que suelen regentarlos quienes menos deberían. Gente que odia a la gente. Gente para quien una fina loncha de beicon posee la inmensidad de una tundra. Sí, de acuerdo, todos tenemos manías.

## **Banquetes**

Uno de mis bienes más preciados es una camiseta que me regalaron en un bar

hace diez años. Una empresa cervecera repartía camisetas de propaganda, y tuve la suerte de que me tocara una. Es de algodón de mala calidad y un estampado vulgar, pero aún hoy me produce satisfacción imaginármela primorosamente doblada en el armario. Allí guardo ropa de marca, pero la que he pagado de mi bolsillo, con mi trabajo. En cambio, esa camiseta supone una fuente de dicha para mí porque con ella estafé al mundo unas cuantas libras. El bar estaba muy concurrido, pero fui yo quien se la embolsó gratis. Es ridículo: una prenda que no cuesta más que un bocadillo me causa un placer enorme, porque la conseguí sin hacer nada, gracias a mi suerte.

## No

Hice trampa y pedí dinero prestado a mis padres para pagar el Bed and Breakfast. Pero nunca he estado tan desesperada por encontrar trabajo como entonces. Normalmente, si te empeñas a conciencia, terminas encontrando algo, aunque sea un empleo precario, humillante y por debajo de tus posibilidades. Sin embargo, esa vez era imposible. Al final, después de patear la ciudad durante días, vi en una papelería el anuncio de un puesto en un bar.

—Buenos días. Llamo por el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—¿De camarera?

—¿Quién le ha dicho que haya un trabajo?

—Lo he visto en su anuncio.

—¿Qué anuncio?

—El que pegaron en la papelería.

—¿De dónde ha sacado este número?

—Venía en el anuncio. ¿Hablo con Marco?

—¿Quién le ha dicho cómo me llamo?

—Lo decía el anuncio.

—Ahora no puedo entretenerme. Estoy muy ocupado. Llame más tarde.

El bar estaba cerca, y yo, al borde de la desesperación; de lo contrario no hubiera insistido. Tras varias conversaciones delirantes, Marco accedió a recibirme. Me presenté en el bar, llamé al timbre, esperé, llamé al timbre, esperé, llamé al timbre, esperé y aporreé la persiana metálica. Nadie contestó. Volví sobre mis pasos, enfadada, pero un nuevo día en el paro me tranquilizó y desarmó mi dignidad. Marco no aparecía. A la tercera abrió la puerta, malhumorado.

—Ahora no puedo hablar. Estoy muy ocupado.

Era la hora de comer. El bar estaba cerrado y silencioso; sin duda, vacío. Marco sufría delirios de grandeza: la imaginación se le había subido a la cabeza.

Al día siguiente regresé al bar según lo acordado y, para mi asombro, Marco

pretextó:

—Estoy atareado. Espero a unos críticos gastronómicos.

Fue una excusa tan disparatada como ofensiva, puesto que en aquel bar la única comida que se servía era pan con ajo. En cuanto llegaron dos noruegas me echó de allí a empujones. Pasé las veinticuatro horas siguientes maldiciéndole y carcajeándome de pensar en volver a verle la cara, pero al cabo de una tarde más en el paro ya estaba llamando otra vez a su puerta con la mejor de mis sonrisas. Una de las grandes ventajas de ser mujer es poder vengarse con una sonrisa; de haber sido hombre, me habría visto obligado a romperle la crisma.

Me condujo a su despacho, se desplomó en su sillón y se sacó el miembro suspirando:

—Rapidito, que tengo mucho trabajo.

Provocó en mí una indignación tan mayúscula que me avergüenza reconocer que no se me ocurrió una réplica cortante. Si el puesto en juego hubiera sido el de encargada, todavía, pero ¿esperar que te den gusto en tus partes por untar pan con ajo y arrancar chapas a los botellines a cambio de una paga rayana en la miseria?

Para pedir favores carnales se requiere cierta gracia, algo de lo que él carecía. Marco no era, y con esto procuro ser benevolente, la clase de hombre con el que sueñan las mujeres: poseía la típica rareza de un asesino en serie, pero no el arrojo.

El que posee unas migajas abusa de ellas sin contemplaciones. Yo sabía que no necesitaba vivir endeudada en un cuartucho inmundo contemplando algo parecido a una lagartija muerta mientras el cielo amenazaba lluvia. Podía irme a Barcelona.

Salí de aquel bar dispuesta a hacer dos llamadas telefónicas. Una a Amber, y la otra a una banda de moteros que me ofrecieron sus servicios si alguna vez necesitaba zurrar a alguien. No encontré el número.

## **Barcelona**

A los veintiún años no había viajado al extranjero.

Pero no porque deseara quedarme en Gran Bretaña o no me gustara ver mundo.

De pequeña disfrutaba yendo de vacaciones. Todos subíamos al coche ilusionados. Mi padre se instalaba al volante, y mi madre pasaba revista al asiento trasero, donde íbamos mi hermana y yo. Julia siempre se sentaba en el lado izquierdo; yo, en el derecho. Viajábamos con el coche atestado de entretenimientos vacacionales (cómic, música, tentempiés, ropa sin estrenar), que muchas veces comprábamos con meses de antelación pero no se repartían hasta el momento de la partida. Julia y yo nos entreteníamos jugando con todo aquello mientras nuestros padres verificaban las últimas tareas (desactivación de la entrega a domicilio del periódico y esas cosas). Los cinturones de seguridad se ajustaban con sumo cuidado.

—¿Listas? —preguntaba mi padre dirigiéndose al asiento trasero, como si nuestra participación en las decisiones familiares fuera de vital importancia.

—Lista —se adelantaba Julia, como buena hermana mayor.

—Lista —confirmaba yo.

El automóvil daba marcha atrás a cámara lenta por el camino de entrada a nuestra casa. Sobre Julia y sobre mí recaía la misión de vigilar que no vinieran coches.

Mi padre aguardaba a que le diéramos luz verde y reculaba hasta la acera de enfrente; maniobraba con el motor al ralentí y, tras un brusco acelerón, el coche daba una sacudida, señal de que la aventura comenzaba y nos poníamos en camino.

Aquellas salidas tenían algo primigenio: la familia reunida viajando como nómadas, preparados para cualquier eventualidad (hambre, sed, heridas, aburrimiento).

Sin embargo, mi padre no pasaba de la segunda marcha, pues el Travellers' Rest Hotel, donde disfrutábamos de nuestras vacaciones, distaba trescientos metros de casa. Cuando Julia y yo éramos pequeñas, no íbamos de vacaciones porque no teníamos dinero, pero desde que a papá lo ascendieron a jefe de departamento hacíamos una salida anual, aunque nunca más allá del Travellers' Rest Hotel.

A mi madre no le entusiasmaba el plan (lo que peor llevaba era que el hotel estuviera en nuestra misma calle), pero a Julia y a mí no nos importaba, y mi padre no quería oír hablar de otra cosa.

Pensándolo retrospectivamente, los argumentos que aducía a favor de ese destino no resultan del todo convincentes, pero tampoco parecían descabellados: ¿para qué desperdiciar tiempo y dinero viajando? ¿Quién quería pasar más de tres horas encerrado en un coche, angustiado por las necesidades fisiológicas y discutiendo a voz en grito cuál era la salida correcta? En el Travellers' Rest Hotel se podía leer la carta del restaurante y conversar con el personal sin trabas lingüísticas. Lo bueno de hospedarse allí era que, si olvidábamos algo o se nos ocurría echar un vistazo a la correspondencia, no teníamos más que dar un paseo, algo imposible si nos encontráramos en la playa o en el extranjero. Podíamos ir de vacaciones y seguir viendo a nuestros amigos.

Según mi padre, el propósito de las vacaciones era liberarse de las responsabilidades: que mamá no tuviera que cocinar, que él pudiera levantarse tarde, que Julia y yo no tuviéramos que hacernos la cama, que cada uno hiciera su santa voluntad... El Travellers' Rest Hotel se hallaba en una antigua mansión señorial, y sus instalaciones no eran nada del otro mundo, pero disponía de dos máquinas de videojuegos, un mini-golf, una pista de bádminton (aunque invadida por la vegetación) y una charca para pájaros a la que llamaban piscina; todas ellas cosas que a los doce años te ilusionan. Como también nos ilusionaban los chicos.

No había mucho donde escoger, pues se trataba de un hotel pequeño con una



clientela formada por hombres de negocios de medio pelo y cónyuges a quienes el divorcio les había cogido por sorpresa. Pero había movimiento. Un verano conocí a un egipcio llamado Mohammed.

—En Egipto todo el mundo se llama Mohammed —se lamentaba.

Mohammed me llevaba dos años y le interesaba más Julia, y a Julia, él; por eso se hacía la interesante, con lo cual el chico y yo pasábamos mucho tiempo juntos, mientras Julia echaba chispas.

Instada por Mohammed, terminamos jugando a esa variante del ajedrez que exige despojarse de una prenda de ropa por pieza perdida, y ahora comprendo que debió de escoger ese juego en lugar del póquer porque así eliminaba el factor azar de este último. Mohammed estaba convencido de que ganaría, pues era mayor que su contrincante. Yo, aunque apenas había jugado al ajedrez, le gané cinco veces seguidas; se puso tan furioso que arrancó de cuajo el lavabo del servicio de caballeros y no volvió a dirigirme la palabra.

Mi madre no renunció a viajar al extranjero. Durante dos años estuvo tomando clases de español en una academia, con el ánimo de sobornar a mi padre con su necesidad de practicar el idioma. Él accedió a que fuéramos a España si ella le demostraba que era capaz de mantener una conversación con un camarero en un restaurante español del barrio.

Pero suspendió la prueba. Muchos años después mi padre me confesó: «No te extrañe que aquel camarero no entendiera a tu madre; era turco».

Él no veía razones para viajar. Fue al extranjero una sola vez en su vida. Mis abuelos maternos les regalaron unos pasajes para cruzar en ferry a Francia. El transbordador atracó en Boulogne, y mi padre obligó a mi madre a hospedarse en el hotel más cercano al puerto, donde pasaron el fin de semana, comieron en el restaurante más cercano, tomaron una copa en el bar más cercano e hicieron sus compras en la tienda más cercana. Hicieron la travesía de ida con niebla y mar gruesa, y mi padre, desde cubierta, veía grandes olas por todas partes.

—Es un maldito océano —afirmó.

—Esto no es el océano —replicó un tripulante francés.

—¡Me va a decir a mí lo que es un océano! —insistió mi padre.

Nueve meses más tarde me bautizaron con el nombre de Oceane. Es decir, que sí he estado en el extranjero, en Francia, y a muy temprana edad, pero no vi nada ni conservo ningún recuerdo.

**Sí**

Cuando dije que antes de trabajar en Barcelona no había viajado al extranjero me equivoqué.

Hubo un intento fallido. Aquella insularidad de mi padre me parecía cómica, pero a los dieciocho años caí en la cuenta de que aún no había salido de Gran Bretaña. Tomé enseguida el ferry a Boulogne con la idea de visitar a unos amigos que estaban acampados en Dordoña. Si estuve o no en Francia es discutible. El ferry atracó en Boulogne, pero no llegué a desembarcar. Me quedé en el bote salvavidas con un chico encantador al que conocí en la tienda libre de impuestos, y con él volví a Folkestone para pasar una semana en la habitación que él tenía alquilada.

Al cabo de un tiempo Ganesh, uno de mis novios, me llevó a Bombay. Aunque también es discutible si ese viaje cuenta como salida al extranjero. Aterrizamos de noche y, desde el taxi que nos llevó del aeropuerto al hotel, apenas vi nada, pues estaba oscuro y pasé la mayor parte del tiempo quitándome de encima a Ganesh (estábamos al comienzo de la relación).

Al llegar al hotel descubrí el enganche. Estábamos muy ocupados para abandonar la habitación. Dormíamos hasta las tantas, hacíamos el amor (con detenimiento), comíamos lo que nos subían del servicio de habitaciones (con tranquilidad), hacíamos el amor (con detenimiento), cenábamos lo que nos subían del servicio de habitaciones (con tranquilidad), veíamos la televisión (con tranquilidad), hacíamos el amor (con detenimiento) y dormíamos (con detenimiento).

Ganesh era algo gordinflas, el último paradero conocido de miles de grasientas *saniosas*, pero poseía una energía fuera de lo común, y siempre es halagador despertar la fogosidad del prójimo. Aunque los hombres siempre vayan por la vida fanfarroneando de sus apetitos, son muchos los que prefieren despachar el asunto cuanto antes y largarse al bar con los amigotes o ponerse a revolver en el coche. Ganesh no. A mí me habría gustado salir de la habitación —con vistas a un muro de ladrillo—, pero, como el viaje lo había pagado él, no me creí con derecho a refrenar su ardor. Al tercer día intenté despabilar su conciencia y sacarlo de la cama.

—¿No tenías que visitar a tus parientes?

Ganesh sopesó sus obligaciones familiares unos segundos.

—No. Son todos unos capullos.

A finales de semana estuvimos a punto de salir de la habitación, pero contrajimos un virus estomacal. Ganesh sacaba fuerzas para un único cometido.

Regresamos de noche al aeropuerto.

## **Barcelona**

Le pedí a Amber que me apuntara. Siendo una antigua empleada del club, su recomendación bastó para que me ofrecieran el trabajo sin necesidad de entrevistas. Íbamos a viajar juntas, pero al final me marché sola porque el corneador de Amber padecía un ataque agudo de forunculitis. Me sentía algo nerviosa ante la perspectiva

de emprender el viaje sola y llegar a un lugar donde me follaran unos desconocidos, pero me consolé pensando que en verano eso es lo que hace la mayoría de turistas.

En el avión me tocó sentarme al lado de Paul y Priscilla, una pareja de locuaces sexagenarios. Me alegró poder charlar y dejar de darle vueltas a mi destino. Paul hablaba por los codos. Me enseñó fotos de sus nietos y le pareció estupendo que me fuera a trabajar a Barcelona, aunque no desvelé la naturaleza del empleo.

—Nosotros hemos comprado una casa cerca de allí para la jubilación. Yo era funcionario en el ayuntamiento de Lambeth. Ahora pasamos la mayor parte del tiempo en España. Es un chalet fantástico, con cinco habitaciones y piscina. No vaya a pensar que, sólo porque trabajaba en la administración municipal, me embolsé el dinero para...

—Claro que no.

—Ah, bien. Cuando dices que eras funcionario del ayuntamiento de Lambeth te toman por un mangante y un embustero. Es cierto que en algunos departamentos trapicheaban, y que uno de mis colegas se pasó veinte años construyendo barcos de guerra en miniatura en horas de oficina... Luego está ese escándalo que saltó a la prensa hace unas semanas..., pero hay de todo. Debería visitarnos en España. No tendrá algún familiar que trabaje en Hacienda, ¿verdad?

—No.

—Podría pasar el fin de semana con nosotros y..., si le apetece, podríamos hacer un *ménage a trois* conmigo y mi señora, aquí presente.

—Pero Paul... —intervino Priscilla.

Los dejé junto a la cinta transportadora esperando el equipaje. Por mucho que se estile proponer camas redondas como quien invita a café con pastas, y aunque te conserves pasados los sesenta, es preciso tener algo que conservar. Paul parecía un fiambre de morsa flotando a la deriva en el Atlántico.

—Hay que vivir el día a día —gritó Paul cuando ya me marchaba.

—Buen consejo.

Mientras me alejaba oí que Priscilla le regañaba:

—Te lo tengo dicho. Antes hay que drogarlas.

Estaba demasiado oscuro para ver nada durante el trayecto en taxi hasta el club Babylon. Me acerqué a la entrada principal, ladeada por el peso de la maleta. Al ser domingo, el local estaba cerrado y no había señales de vida. Tras arrastrar tontamente la maleta durante un buen rato, por fin encontré la puerta de servicio, y una mujer con el pelo rosa salió a abrirme.

—Hola, soy Oceane.

—Mentira.

—Me han ofrecido trabajo aquí.

—Mentira.

Ya me estaba enfadando. Mis deudas crecían como un universo paralelo. Me había desprendido del ordenador, el único objeto de valor que poseía, para comprar el billete de avión. Dos cachondos sexagenarios acababan de escandalizarme. Era de noche y cargaba una maleta que me estaba destrozando los brazos y los hombros. Aparté a la portera de un empujón y me abrí paso en busca del jefe.

En un despacho, tras un escritorio, vi a un tipo regordete con una primorosa barba.

—¿Eres Jorge? —le pregunté.

—Aquí no hay ningún Jorge —saltó la del pelo rosa a mis espaldas.

Jorge se levantó y asomó la cabeza por el pasillo.

—Ah.

No tenía pinta de regentar un club nocturno. Para empezar, me llevaba uno o dos años y había algo peculiar en su persona. Tardé un tiempo en descubrir el qué. No era su calma superlativa; siempre hacía una pausa antes de hablar, ya fuera en español o en inglés, como una tortuga adicta a potentes narcóticos. Ni tampoco el iridiscente traje bitonal que lucía, lo único en él con aire discotequero, sino su felicidad. Y Jorge no era feliz porque ingresara dinero, recibiera una buena noticia o ingiriera un potente narcótico. Simplemente era feliz. Sólo de acordarme de él me pongo de buen humor.

—Tendrás hambre —dijo.

Abrió una de las puertas del despacho y entramos en una reluciente cocina que se perdía a lo lejos, repleta de individuos vestidos de blanco trajinando de acá para allá, que corrieron solícitos hacia Jorge nada más cruzar el umbral. Junto al club había un restaurante, al cual Jorge accedía por su entrada particular cuando tenía hambre. Me explicó que ambos establecimientos se nutrían maravillosamente de sendas clientelas. Tras el espectáculo, el restaurante atraía al público que acudía al club, y el club, a los comensales terminada la cena.

Jamás he cenado tan bien, y Jorge no escatimó en el vino. A la media hora de conocerlo concluí que era el mejor jefe del mundo y ya deseaba casarme con él. Era el no va más: ¿qué hace sirviéndote el caviar cuando aún no te has quitado el regusto a zurullo de la boca?

Le pregunté por el trabajo, pues aún no las tenía todas conmigo, pero él le restó importancia.

—Es muy sencillo. Un solo consejo para los novatos: cuidado con los esclavos.

Todo tipo de hombres amantes del *bondage* invadieron el club para babear con el Big Lux, hasta el punto de que el local se llenó de tipos con cadenas, mordazas o atados a sogas colgando del techo que, supuestamente, se encargaban de desempeñar tareas inútiles. Jorge se vio obligado a hacer limpieza general después de que una chica polaca, que protagonizaba uno de sus números favoritos, se rompiera una pierna al tropezar con un esclavo atado de pies y manos que limpiaba a lametones el

suelo de un pasillo. (Jorge tuvo que admitir que la inclusión de la escayola en el número resultó un éxito).

—Aquí trabajan unos veinte artistas, y hace un tiempo terminamos con casi treinta amantes del *bondage* desperdigados por el club. Llegaban de todas partes de Europa: políticos, directivos de recursos humanos, funcionarios municipales... ¿Qué pasa con la administración municipal? Sobre todo la de tu país. Reservan con un año de antelación. Antes les iba el golf, y ahora, las cadenas. Son unos ladrones, y luego vienen aquí y gastan el dinero en asquerosidades. La ropa interior de los miembros del club corría peligro. Hubo que reservar el derecho de admisión: sólo diputados y redactores de periódico; nunca sabes cuándo puedes necesitar amigos. Yo suelo recomendarles el burdel que hay en esta misma calle, pero ni te imaginas la lista de espera que tenemos.

Los esclavos se convirtieron en una plaga. Rara vez hacían algo útil, y estorbaban. Durante mi estancia en el club permitieron la entrada a tres. Un abuelo con pañales se encargaba de la limpieza de las letrinas; siempre que entrabas en el cuarto de baño te lo encontrabas allí. Tal vez soy demasiado escrupulosa, pero no me parece muy higiénico limpiar una taza de váter a lametones. Aunque todos tengamos nuestros vicios y rarezas, no creo que el bienestar de Europa dependa de individuos así.

Por otra parte, ¿cómo limpiar el polvo desde el interior de una gigantesca pelota de goma hinchable asomando la cabeza con el trapo entre los dientes? Por suerte, al «Bola» podías apartarlo del paso echándolo a rodar. El menos incordiante de los tres era un tipo flaco y desnudo que se pegaba boca abajo en la entrada principal, a modo de felpudo humano, suplicando: «Píseme, por favor». O: «Me humilla divinamente». No servía como limpiabotas.

—Ah, un consejo más —añadió Jorge—. Si un tipo llamado Rutger te dice que yo te he exigido hacer guarradas con él, no lo creas. Rutger miente más que habla.

Por un módico precio, los empleados del club podían alquilar una habitación en el piso superior. Me instalaron en una habitación pequeña, pero alegre y fresca. Me acerqué a la ventana y desatranqué los postigos imaginando la vista de la Barcelona nocturna. A medio metro de mis narices se alzaba una pared que se perdía en el cielo.

Me acosté contenta. Una buena habitación y esperanza es todo lo que una necesita.

## **Desayuno**

¿Hasta qué punto sabría reírme de mí misma?

Por las mañanas el restaurante hacía las veces de comedor para el personal del club. Entré a tomar un café y un cruasán y me senté junto a Hamish, el director de

escena.

—Yo quería ser astronauta —afirmó.

Desde pequeño estaba obsesionado con viajar al espacio, de modo que desde edad temprana practicó toda clase de deportes y actividades científicas. Obtuvo una beca para cursar estudios universitarios, pero, al terminar el primer curso de la carrera en ingeniería eléctrica, ganó un concurso de diseño cuyo premio consistía en un fin de semana en Barcelona. En la playa conoció a una de las empleadas del club, y la noche en que visitó el Babylon dio la casualidad de que el director de escena se electrocutó. Hamish reparó la avería y descubrió su futuro profesional.

—De eso hace seis años —añadió mirando el cruasán como si fuera el hígado de su madre—. Ya no he vuelto a mi país. ¿Para qué? Pudiendo vivir en la ciudad más bella del mundo, con la gente más simpática del mundo y la mejor comida del mundo, y conociendo a mujeres guapas... ¿Mis responsabilidades? Pulsar varios interruptores y dar la orden a las chicas de que pongan a punto los pezones. Edimburgo, como si no hubiera existido. ¿El futuro de la humanidad? Chorradas. ¿A mí qué me importaba el progreso de la civilización?

—Estarás muy contento aquí...

—Pues no. Me muero de asco.

Aunque suelo ser muy flexible ante los imprevistos, pensé si no me convendría buscar otro lugar donde sentarme, pero no actué con la rapidez necesaria.

—Estoy enamorado —prosiguió.

—Qué bien...

—No. Dicen que el amor no existe. Pero existe, por desgracia.

La afortunada era la chica que conoció en la playa seis años atrás, cuando su futuro profesional dio un vuelco. Se acostó con ella en una ocasión, también seis años atrás.

—Está en el paro, sin blanca, sin casa, sin amigos... Y con un cáncer galopante. Pese a todo, no quiere saber nada de mí. ¿Qué ha sido de aquellas mujeres que utilizaban a los hombres por su dinero? Utilízame, despréciame, ponme los cuernos, pero vente a vivir conmigo.

—¿Has probado a salir con otras?

—Me habré acostado con unas cincuenta desde entonces. Todas ellas mujeres fantásticas, generosas, no sólo con pelvis capaces de destrozarte un brazo, sino de esas que se esmeran con los regalos de cumpleaños, a las que les interesa charlar de viajes interplanetarios. Estuve dos años casado. Uno se cree feliz y de pronto descubre que no lo es. Hay gente que mete la pata una vez tras otra, y sus amigos se preguntan: «¿Cuándo aprenderá este hombre?». Pero tú aprende, aprende, que no te va a servir de nada. Ya puedes convertirte en mete-gambas profesional. No creas que soy un hombre frágil. Corro un maratón en tres horas y cincuenta y dos minutos.

Estuve más de dos años sin verla, ni siquiera pensaba en ella. Pero al cruzarme con ella fue como si hubieran pasado dos minutos.

—Si te hubieras casado con ella, ¿habrías sido feliz?

—Seguramente no.

—¿Por qué cortasteis?

—Ni idea.

—¿Os peleasteis?

—No. Eso es lo que más me duele. Si la hubiera disgustado, podría poner mi arrepentimiento en un altar.

Pensé que nunca más volvería a sentarme con Hamish. En ese momento Lou y Sue se acercaron.

—Somos Lou y Sue. Estamos en la habitación dieciocho. Para lo que gustes —saludaron camino del *muesli*.

—Quizá no esté enamorado —añadió Hamish.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Un buen café resulta peligroso. Yo crecí tomando café instantáneo, y tan feliz, hasta que un día entré en una cafetería y pedí un café exprés. Basta probarlo una vez para que deje de gustarte el instantáneo. Pero si el exprés te sale muy caro o te cuesta encontrarlo, mejor ni catarlo y quedarse con el instantáneo.

—Me he perdido.

—El placer. No es por alardear, pero he corrido mundo, quizá sea eso lo que no consigo olvidar. Cuando has probado lo mejor, lo demás no tiene color. No haces más que pensar: esto no es lo mismo... Pruebas de todo, pero no puedes quitarte de la cabeza que no es lo mismo. El acicate es el placer, si no, ¿para qué trabajamos? No existe más dios que el placer. No sé lo que habría entre aquella chica y yo... pero tiraba de mi rabo. ¿Quieres otro cruasán?

Le creí. Los hombres, cuando no te ponen en cola para un abordaje inmediato, te colocan en lista de espera, te dedican algún piropo o atención con vistas a futuras transacciones. Yo para Hamish no existía como mujer; no era más que un receptáculo para sus cavilaciones.

—No le había contado a nadie todo esto —afirmó.

Menos mal que entonces apareció Jorge. Siempre es tentador arrojar algún consejo a la pila de problemas del prójimo, pero aquella confesión me dejó muda. Hamish me hizo pensar en esas personas que en un arrebató de ira zarandean las máquinas expendedoras pretendiendo recuperar el cambio perdido.

## **El polvo**

—Voy a presentarte a tu compañero de escena —anunció Jorge.

Me puse nerviosa al imaginar las lubricidades exigidas, y debió de notarse. Era absurdo, porque ¿cómo vas a joderla jodiendo? Pero estaba convencida de que metería la pata.

—Tu papel es sencillo, Oceane, te lo aseguro. Puedes darte con un canto en los dientes. La parte más dura recae en los hombres..., pero te advierto que en este trabajo la inteligencia y la imaginación son un escollo. Te presentaré a Rhino. Creo que está arriba.

Subimos la escalera. Había cajas por todas partes. En el interior de una abierta distinguí unos extraños objetos de cristal.

—Tiempo atrás me planteé instalar un ascensor —comentó Jorge—, pero así hacemos ejercicio. Todo el mundo quiere subir a la azotea.

Nos cruzamos con una anciana encaramada a una silla limpiando los cristales; me pareció de una crueldad tremenda permitirle cargar con una tarea tan arriesgada para ella. Jorge le manifestó su inquietud, pero la anciana lo despachó con un gesto. Tal vez era una antigua criada de la casa a quien se le concedía el honor de trabajar... Continuamos el ascenso. Era la escalera más alegre que había visto en mi vida.

—Rhino ha estado fuera. Un equipo de rodaje de Hollywood pasó por la ciudad y, como la protagonista tenía dificultades para pincharse las agujas en el brazo, contrataron a Rhino para animar la caravana.

Llegamos a la azotea, cubierta por una enorme terraza. Una bonita piscina, unas mimosas y unos laureles, recortados con primor, desafiaban el sol abrasador. Recostado en una tumbona, desnudo salvo por una máscara *bondage* de caucho con cremallera, yacía un hombre ancho como un armario, musculoso y enorme. Definitivamente, el *bondage* y el fetichismo han sustituido al té con pastas. ¿Habrá algún director de banco que no posea su separador de piernas o su mordaza con pelota?

—¿Qué pasa Rhino? —preguntó Jorge.

Permitidme que repita los adjetivos enorme y musculoso. Rhino era un prodigio de la naturaleza, una mole de músculo, y, claro, no pude evitar bajar la vista. Todo en él era perfecto. Músculos perfectos, pelo perfecto, bronceado perfecto, incluso su pedicura superaba la mía, pues tenía las uñas arqueadas como las ventanas de una iglesia. Era tan perfecto que no parecía real. Contemplé las mimosas, como si fuera una experta en plantas, para no echarme a sus pies.

—Rhino vive un sueño ilusorio y grandioso —me dijo Jorge—. El problema de esos sueños es convencer al mundo de que los secunde.

A menudo tomas una decisión y nada cambia. Otras veces tomas una decisión y te decepcionas. De vez en cuando tomas una decisión y aciertas de pleno. Y a veces tomas una decisión y descubres que es lo mejor que has hecho en tu vida. Yo acababa de salir arrastrándome de un largo túnel con un entramado de tinieblas, lluvias, mete-



gambas profesionales, pelmas y facinerosos para desembocar en un paraíso de unos treinta por cuarenta metros.

¿Podía considerarme afortunada? La pregunta volvió a asaltarme. ¿Por fin la vida me sonreía? Ésa era una de las cuestiones que me inquietaban. Había tragado muchos sapos. ¿Sería una broma del Aquí, o debía creermelo mejor que los demás? No te dedicas a la danza si no estás convencida de ser la mejor, aunque por desgracia últimamente había observado numerosos indicios de lo contrario.

Rhino me tendió la mano. Me alivió sentir que la estrechaba con delicadeza; fue como introducir la mano en una máquina.

Dos pensamientos cruzaron mi mente. Uno, mi deseo de casarme con él. No importaba lo incompatibles que fuéramos, lo mal que vistiera o si nuestro matrimonio duraba media hora; tanto daba si padecía una monstruosa enfermedad dermatológica o que la máscara ocultara una dentadura deforme, ni si tenía menos conversación que un besugo, ni cuántas mujeres se mofarían de mí: «Hay que ver qué tonta fue...». Habría merecido la pena porque durante el resto de mi vida podría apuntar hacia él diciendo que era mi ex marido, y todas las mujeres del mundo se morirían de envidia.

Estuve tentada de tomarle una foto y enviarla a todos mis conocidos con una nota que dijera: «Éste es mi trabajo». Me sentía absurdamente agradecida porque Rhino se hubiera dignado darme la mano. Era increíble que alguien tan atractivo trabajara en un club de Barcelona. ¿Cómo no le dieron un papel en aquella película? ¡Pero si era una portada de revista andante! Aunque algo atemorizador, dadas sus proporciones. Mientras acariciaba una mimosa, calculé si llegaría a caberme en la boca.

Jorge sonrió.

—Y dicen que el dinero no hace la felicidad. Una bonita mentira que han difundido los pobres.

La azotea del edificio daba sobre los inmuebles del vecindario, pero la rodeaba una tapia de considerable altura que impedía que alguien con unos prismáticos pudiera desde lo lejos verse expuesto a desnudeces. Esperaba contemplar la vista de la ciudad desde allá arriba, pero me faltaban treinta centímetros de estatura para poder asomarme. La vista ya no me interesaba tanto.

—Voy a cambiarme y ahora vuelvo —anuncié.

Jorge bajó conmigo, y aproveché para preguntarle a qué se debía la máscara. Supuse que el apodo de Rhino guardaba una relación evidente con su manguera, pero Jorge me explicó que el motivo de la máscara era la cirugía plástica y la afición de Rhino a operarse la nariz.

—Siempre dice: «Sólo la rinoplastia puede ayudarme, Jorge. No quiero avergonzarme de mis primeras películas».

—¿Va a actuar en una película?

—Le hacen ofertas todas las semanas.

Jorge dudaba de que algún día llegara a protagonizar alguna. Rhino era el empleado más antiguo del club. Trabajaba en el Babylon desde hacía cinco años, cuando salió zumbando de un pueblo andaluz, y estaba muy solicitado por los productores de películas porno y el mundo del cine en general. No había participado en ninguna producción porque aún no estaba conforme con su aspecto, y no había ganado, o mejor dicho, ahorrado, un céntimo, pues todo se le iba en operaciones de nariz. Cada cuatro meses hacía que se la acortaran, alargaran, estrecharan o ensancharan. (No hablemos de los pómulos, los labios y las ortodoncias).

Bajé a toda prisa a mi habitación, donde me asaltó el eterno dilema de qué ponerme y cuánto taparme. La pelota picada estaba autorizada en la azotea, eso era evidente, y me gustaba la idea del bronceado integral, pero no hay que jugar todas las cartas a la vez, o sea que necesitaba algo arrebatador de cintura para abajo. Luego empleé un buen rato arreglándome el pelo sin que se notara que me había peinado y, en total, con los últimos retoques, regresé a la azotea media hora después.

Rhino ya se había ido. Su lugar lo ocupaba un zarrapastroso con el pelo rizado y una camiseta raída al que inquietó mi presencia.

—Me odias, ¿verdad? —preguntó, muy inglés.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé.

Me pilló por sorpresa, aunque no me llevó todo el día dar con la réplica apropiada. Será que en la vida todos somos ocurrentes alguna vez.

—Antes tendrás que darme la oportunidad de que te odie. —Me pareció una respuesta amable, habida cuenta de la chaladura del tipo.

—Pero me odias, ¿verdad?

Tendí la toalla confiando en que en el futuro sólo conociera a españoles.

—No te conozco de nada.

—Está bien, lo confesaré todo.

Me dio la impresión de que por su cerebro desfilaba un tropel de potentes estupefacientes. Mejor para él que así fuera. Mi intención era broncearme, e intenté calcular cuánto tiempo podía pasar al sol sin ponerme como una gamba. Quería bronce sin gambas, y sin confesiones. El zarrapastroso me trajo a la memoria a un espectador frente al cual me senté una vez en el cine y en mitad de la película me pidió que dejara de mover la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado, Sandrine?

—No me llamo Sandrine.

—¿Por qué haces esto, Sandrine?

—Me llamo Oceane.

El zarrapastroso meditó mi respuesta.

—Tú no eres Oceane.

—Si tú lo dices...

—Te comportas como Sandrine.

Tuve ganas de regresar a mi habitación.

—Me llamo Oceane y me gustaría tomar el sol en paz.

Cuando aquel tipo del cine me pidió que no moviera tanto la cabeza, mi reacción fue ser educada y dejarla inmóvil, dando por sentado que en un cine uno no molesta a los espectadores a no ser que tenga un buen motivo. Después me di cuenta de que yo no sacudía la cabeza; cabeceaba ligeramente por efecto de la respiración. Además, ni siquiera soy alta. O sea, que aquel hombre quería que dejara de respirar; algo imposible, un abuso intolerable. Así que pasé de él. ¿Cómo iba a dejar de mover la cabeza si no la estaba moviendo? La demanda se hizo oír de nuevo en voz más alta. Me puso en un aprieto, ya que si me encaraba con él molestaría aún más al público. Pero, si me callaba, todos me tomarían por una impenitente sacude-cabezas que desdeñaba cualquier llamamiento a la razón. Tampoco podía levantarme y abandonar la sala. Todos los asientos de mi fila estaban ocupados y, saliera por el lado que saliera, tendrían que levantarse seis personas. Opté por la pusilánime táctica de concentrarme en inmovilizar la cabeza, con lo cual, como es lógico, no disfruté de la película. Para ser exactos, no me enteré de nada, sólo oía cómo a mis espaldas echaban pestes de los desaprensivos que obstaculizaban la visión de la gente decente que iba al cine. Y yo me preguntaba por qué una no se vería en situaciones así cuando la acompaña un novio machote chapado a la antigua y propenso a reaccionar violentamente contra los jetas.

Más tarde comprendí que la mayoría de los seres humanos no son humanos. Es imposible distinguirlos por el físico. La falsificación es perfecta: los surcos de la piel, las puntas partidas del pelo, los lunares como pasas, los canalones entre los dientes. Llegas incluso hasta el papel de calcar y compruebas que son idénticos, pero no son seres humanos. El parecido está tan logrado que hay que ser un especialista para notar la diferencia. Hablan como nosotros y cuentan chistes. Se mire por donde se mire, son indistinguibles de nosotros.

Son moldes hueros. Lo que ocurrió en aquel cine no tenía nada que ver conmigo. Fue resultado de una infancia traumática. Se deja el grifo abierto y el agua cae a borbotones a los pisos de abajo, y los que no cierran los grifos tienen que limpiar el estropicio, dado que a partir de cierta edad es imposible aprender a ser humano; lo puedes intentar, pero no conseguirás gran cosa. Uno aprende a ser agradecido. He ahí una de las lecciones más importantes de la vida. Todos somos capaces de dar las gracias, pero tenemos que aprender. Todos maduramos, pero tenemos que aprender cómo. Algunos quizá lo consigan sin ayuda, pero son muy pocos.

¿Cómo se detecta a un ser humano? No es fácil. El mejor método que se me ocurre es darle plantón: que en un día de frío, bajo la lluvia o a pleno sol, alguien te

espere en una esquina durante media hora o una hora porque dijiste que te presentarías.

## Consejos

No sirven de nada. La información, en cambio, es útil. Por ejemplo: «En esa alambrada hay un hueco por donde puede escaparse» es un dato útil. Éste también: «A la vuelta de la esquina venden las naranjas a mitad de precio». Pero que te digan «Voy a aconsejarte cómo huir o dónde comprar naranjas» no sirve para nada.

—¿Por qué te empeñas en decir que eres Oceane? —me preguntó el zarrapastroso.

—Porque soy Oceane.

Con lo cerca de la gloria que yo estaba... El sol doraba mi piel. Debía apartar de mi mente al zarrapastroso. Un silencio se abrió paso mansamente.

—¿Quieres saber qué es lo mejor del mundo?

El tipo esperaba que yo reaccionara. Pero no dije nada.

—Ir al cine.

Estaba convencido de que le preguntaría por qué. Pero no dije nada.

—Si sabes cómo disfrutarlo, es lo mejor del mundo.

—No pides mucho. —¿Por qué le daba cuerda?

—Sí pido. Porque si disfrutas del cine, es que tienes paz de espíritu.

Entorné los ojos ostentosamente. El silencio volvió a abrirse paso.

—¿Quieres saber qué es una lástima? —añadió.

Opté por una vía más franca:

—No.

—En la ficción, una lástima es dos pilotos con un único paracaídas en un avión averiado que cae en picado. Pero el colmo de la lástima es dos pilotos con cinco paracaídas en el mismo avión, y que ninguno de los dos salte a tiempo porque están enzarzados en una discusión.

—¿Por qué discuten?

—Por lo que tú quieras. Que si «Has cogido el mejor paracaídas»; que si «Hazte cargo de los mandos, mientras yo salto primero»; que si «Siempre te he odiado»; que si «Tú eras el encargado de repostar»... Y así sucesivamente. Eso es una lástima. Cuando hablo de paz de espíritu no me refiero a la calma que te invade tras mojar el churro.

Pensé: Me estoy bronceando. En mi mente se filtró el recuerdo de varios sermones sobre la importancia de llevarse bien con el prójimo.

—Te confesaré algo.

El tipo esperaba que me interesara. Pero no dije nada.

—Mi novia era *au pair* y yo trabajaba en un almacén. ¿Has trabajado alguna vez en un almacén? Andas tres metros, tomas algo. Lo llevas a la mesa de embalaje, unos tres metros más allá. Lo embalas, lo etiquetas y marchando. Luego andas tres metros y medio, tomas algo, lo llevas a la mesa de embalaje, lo embalas y marchando. A veces llegas a cubrir una distancia de cien metros. Algunos de mis compañeros llevaban siete años trabajando allí. El momento cumbre del día eran los chistes malos. A la media hora de estar embalando yo ya me moría de aburrimiento. Apenas ganaba para comer.

»Lo mismo que mi novia. Ella trabajaba como *au pair* para una ricachona. Limpiaba el hogar y servía de alarma humana antirrobo. Aquella casa estaba más fortificada que un castillo: rejas, sistemas de alarma a porrillo, muros antitanques. Y los perros..., ¿de dónde sacarían aquellos perros? He visto leones más pequeños y con mejor carácter. No me habría acercado a aquellos animales ni pistola en mano. Me imaginaba pegándole un tiro a uno, y el chucho ni guau, sin inmutarse...

—Un perro duro —comenté con tal de cambiar de tema.

—Ni que lo digas. No sé si habrás tratado a muchos millonarios, pero la fórmula es fácil: cuanto más ricos, más odiosos. Existen dos maneras de amasar fortuna: heredarla o robarla. ¿Sabes cuántos desgraciados hay en el mundo?

—Depende de lo que se entienda por desgraciado.

—En absoluto. Yo te diré cuántos hay: uno. Hay un único capullo hecho polvo en todo el universo. Porque todo el mundo tiene a quien dar por culo. Por más pelagatos que seas, siempre habrá alguien peor que tú. El limpia váteres de los váteres más asquerosos del país más asqueroso tendrá su ayudante, y éste el suyo, y así hasta el final de la cadena, hasta que llega un momento en que ya no queda nadie a quien dar por el culo, y eso... Eso sí es una putada.

—Una visión muy escéptica.

—Así reacciona la gente cuando le rebates algo y no sabe qué contestar. ¿Por dónde iba?

—¿Por el odio a los ricos?

—Ah, sí.

—¿Y qué hay de Jorge? Es buena gente.

—En efecto. Pero Jorge no es rico. Tiene dinero, no creas, pero no le sobra. Se nota porque es generoso; o, más bien, como es generoso nunca será rico. No hay pobre que se aferre a una moneda como un puto rico. Cuando decidimos robar en casa de los jefes de Artemis, mi novia, no fue por dinero, sino porque eran unos impresentables. La contrataron porque no tenía permiso de trabajo y podían pagarle una miseria, y encima la amenazaban con expulsarla del país.

»Fue idea suya. Se quedaba sola en la casa muy a menudo, así que un día me hice pasar por repartidor. Me coló por un pasadizo de malla metálica rodeado por los

perros, que se echaban encima. Birlé una colección de sellos, y luego, como sabíamos que Artemis levantaría sospechas, la até y amordacé como está mandado. Los dueños tenían que estar de vuelta al cabo de una hora. El plan era que ella y yo evitáramos el contacto durante esa semana. La policía se inquieta cuando las denuncias vienen de los ricos: podían pinchar los teléfonos, seguirla o algo por el estilo.

»Pasó la semana y esperé a tener noticias tuyas. Antes de que sus jefes pudieran estar de regreso, yo ya me había deshecho de la mercancía. Esperé y seguí esperando. Y luego empecé a preocuparme. ¿Artemis estaba extremando precauciones? ¿O habría saltado la liebre?

»Entonces fui a la casa. Con los prismáticos en mano, encaramándome al frondoso árbol de enfrente, vi lo que pasaba en el comedor. Artemis seguía atada a la silla, tirada en el suelo.

El zarrapastroso se quedó hecho polvo. Como era de esperar, habida cuenta del hallazgo. Lo natural hubiera sido que yo le compadeciera. Pero me sentí como cuando ves a una abuelita dándose un porrazo en la calle. La ayudas a levantarse, pero no puedes evitar pensar que ojalá hubiera esperado a que te encontraras lejos. Habría preferido que el zarrapastroso se fuera con su música a otra parte; estaba estropeando mi baño de sol.

—Enseguida llamé a una ambulancia, pero sabía que... Si los dueños de la casa no habían regresado, por algo debía de ser. Perdí los papeles y abandoné el país. Di tumbos de acá para allá trabajando como profesor de submarinismo, pero... en el agua saltan muchas liebres. Fue una injusticia tan grande... Al cabo de unos años regresé a Inglaterra y lo confesé todo. Es la primera vez que le cuento a alguien esta historia.

Permanecimos un rato sentados al sol. El zarrapastroso tenía las cejas muy cortas y picudas; parecía que le hubieran pegado dos acentos a la frente.

—¿Te metieron en la cárcel?

—No.

Esperaba que le preguntara por qué. No dije nada, pero, al verlo tan alicaído, le eché un cable a regañadientes.

—No fue culpa tuya.

—Supongo que no, porque fue idea de Artemis. Aunque a veces me da por aporrear las puertas de los manicomios a las tres de la madrugada.

La bondad es un arte al alcance de unos pocos. Alguien apareció dando brincos con un exiguo tanga.

—Hola, Sandrine. Soy Rutger.

Era un tipo atractivo, el típico guaperas que les gusta a tantas chicas: ni gordo, ni peludo, ni lo bastante fornido como para arrearte una paliza, y su rostro no había sufrido el ataque de un bate de béisbol. Lucía gafas de sol y esas patillas finas que,

puede que me equivoque, hace un siglo que nadie lleva en este planeta.

—Rutger, no me llamo Sandrine. Soy Oceane.

—Estoy buscando a la nueva, Sandrine.

—No la conozco, lo siento.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad, Sandrine?

—Ni te tomo el pelo ni soy Sandrine.

—Pero ¿eres nueva?

—Sí.

—Soy el director de derechos humanos del club y es mi deber instruirte sobre ciertos asuntos. Hola, Richard.

—Muérete, Rutger —saludó el zarrapastroso.

—No seas vulgar —replicó Rutger.

—Tu desaparición sería bien recibida —intervino un tercero que iba a bañarse en la piscina, quien una hora antes me habría parecido el hombre ideal.

Al principio lo confundí con un Rhino súbitamente encogido. Pero mientras que Rhino parecía creación de un gay cachas y obseso del músculo, el recién llegado tenía una corpulencia amenazadora, aunque con aspecto de chico normalito de buen comer y aficionado a deportes agresivos: rugby, hockey sobre hielo, boxeo. Con aquel cuerpo y aquella sonrisa picara debía de poner a cien los corazones femeninos. En resumen, el clásico canalla con encanto. No me marcharía de aquel club en la vida.

—Estás recortando mi libertad, Janos —le advirtió Rutger al recién llegado.

—Quien quiera vicio que lo pague —replicó Janos.

—Ossean —dijo Rutger volviéndose hacia mí—, Jorge me encargó que te instruyera un poco.

—Eso no es cierto —añadió Janos.

—No es cierto —terció Richard.

—No es cierto —repetí.

—Todo esto se debe a que mis polvos tienen un cariz político, ¿verdad?

—Tu desaparición sería bien recibida —insistió Janos.

Al final, Rutger se fue de mal talante.

—Richard, ¿tienes alguna anécdota de ahogados interesante? —preguntó Janos.

Richard también se marchó de mal talante.

Tras las presentaciones, Janos se quitó la ropa mientras yo miraba hacia otro lado. Después extrajo una pipa del bolsillo y la encendió. No era una pipa de marihuana, sino de las de toda la vida. Con tabaco de toda la vida. Como las que en nuestra infancia fumaban aquellos tíos mayores y poco interesantes. Hace cien años que fumar en pipa quedó desfasado, y aunque la virilidad de Janos y su carácter bullanguero compensaban, seguía resultando chocante. ¿Es importante ser moderno? Pues sí. Si no hemos venido al mundo para ser admirados, ¿para qué entonces? La

vida te brinda la oportunidad de escoger entre el modelito a la moda y el modelito carca, entre la música compuesta por personas exigentes y entendidas y la que componen cuatro gilipollas copiando cuatro notas manidas. Luego las personas con criterio merecemos un aplauso. ¿Acaso la vida no consiste en un cúmulo de criterios acertados y en los aplausos de la gente que importa? Si no, ¿para qué estamos aquí? Pensé que tal vez Janos pudiera poner de moda la pipa, pero no estaba convencida de ello. En fin, nadie es perfecto, ¿no?

Janos aspiró de su pipa con fuerza y exhaló una fumarada.

—Aquí estar guay —sentenció.

No tenía idea de qué me estaba diciendo, pero entendí a qué se refería. Alcé la vista hacia el glorioso azul del cielo. Seis mil millones de seres humanos pisoteándose los caretos en el mundo exterior. Sin embargo, me sentía feliz. Con el trajín de buscar trabajo y el viaje a Barcelona no tuve tiempo de pensar en los hombres. Necesitaba compañía y había caído en el lugar más indicado.

—Yo sentir por buena gente —musitó Janos.

—¿Por qué?

—Porque temprano o tarde joder bien jodidos a ellos.

Teniendo en cuenta que casi todos mis anteriores jefes lo intentaron, me sorprendió, incluso me decepcionó, que Jorge no procurara de mí ningún favor carnal. Era uno de esos bichos raros: un hombre felizmente casado.

—El mejor invento de la historia no es la rueda ni la imprenta, sino la esposa —observó.

—No muchos hombres opinan como tú —repliqué.

—Hay poca gente que sepa amar. Espero que tú sí, Oceane.

—Todo el mundo es capaz de amar.

—No. Todo el mundo no. Creen poder.

—Pero si crees que puedes es que puedes, ¿no? ¿Cómo sabes si eres capaz de amar o si sólo te crees capaz de ello?

—Yo te lo explicaré.

—¿Qué te atrajo de tu esposa?

—Que no hace preguntas.

Jorge me llevó al escenario y repasó conmigo mi papel en el espectáculo.

—La escena es la siguiente. Rhino, el señor de la casa, está sumido en el *bondage* y la depravación; llegas tú y lo pillas en el estudio, vestido de látex de arriba abajo, como un triste diputado o funcionario municipal. —En este punto Jorge torció el gesto con repugnancia—. Tiene una naranja en la boca, y Santos, su hámster, corre el peligro de ver maltratado su inocente cuerpecito y de emprender un solitario y tenebroso viaje. Entonces tú, la doncella francesa, irrumpes en la sala con el plumero y te quedas horrorizada al ver al señor en las garras del vicio. Como tienes un corazón



de oro, recurres a tus artes femeninas para salvarlo de tan bajas pasiones. Él te folla a todas horas del día, y más contentos que unas pascuas.

Obviamente, no todo el mundo está dispuesto a practicar lubricidades frente al respetable, pero lo recomiendo a quien desee quitarse las telarañas. La primera vez te parece extraño, como toda primera vez, ya sea al volante o dando una conferencia: lo has visto hacer, pero cuando te toca a ti tienes que superar la incomodidad.

Algo me decía que de repente saltaría algún espectador gritando: «¡Eso no se hace en público!». O: «¡No es lo bastante guapa para él!». Pero estaba equivocada.

Mi mirada se perdía en el vacío. Los decibelios cubren tanto como el ketchup. Rhino, puntual como el sol, se levantaba en el momento preciso. Dos funciones por noche conmigo, tres los sábados, y encima se cepillaba a Marina. Eso se llama acertar con la profesión.

El aplauso del público nos halagaba, aunque el más caluroso se lo llevaba el hámster. Al cabo de varias noches se convirtió en un trabajo como otro cualquiera; esos a los que supones tan eficientes y enterados, porque se dirigen a todo el mundo por su nombre y saben dónde están los clips, ni son eficientes ni se enteran de nada, sólo que entraron tres semanas antes que tú, por eso conocen a la gente por su nombre y saben dónde están los clips.

El intenso dolor de rodillas y la abrasión provocada por la moqueta resultaban preocupantes, pero empecé a observar a los espectadores y adivinar a qué se dedicaban: gamberros (ingleses, invariablemente); parejas (ellas con una expresión como diciendo «Me las pagarás», o frunciendo las cejas preguntándose: «¿Qué podríamos hacer para colar a todo el reparto en el hotel?»); hastiados hombres de negocios (que se embolsan todo recibo que pillan); traficantes de armas de alguna ex república soviética (que entregan a Jorge un maletín repleto de dinero diciendo: «Avísanos en cuanto termine»); funcionarios municipales disfrutando de unas vacaciones pagadas por el contribuyente. E, inevitablemente, la patulea de productores de televisión que venían a «documentarse» in situ. Jorge siempre les negaba su ayuda.

—Si dejas entrar a un equipo de televisión una vez, no vuelves a repetir. Son de la peor especie: unos mentirosos, unos falsos y unos ladrones. Y, por si fuera poco, te aburren. Los funcionarios municipales serán unos ladrones y unos canallas, pero al menos lo saben. Los productores de televisión no. Pensé en colgar un letrero en la puerta prohibiendo la entrada tanto a unos como a otros, pero ¿dónde pones el límite? ¿Cierras la puerta a los que disfrutan viendo maltratar a los animales? ¿A los amantes del golf? Éste es un negocio arriesgado. De la noche a la mañana puedes quedarte con un par de amigos en el público.

## **El mundo del espectáculo es falso**

El trabajo en el Babylon, con sus raciones de felicidad servida en bandeja, me ayudó a entender la transición del luminoso derroche de voluptuosidad del escenario, donde todo deseo se veía satisfecho, a la aglomeración de los camerinos: una moqueaba y sorbía con el pañuelo pegado a la nariz mientras se desgañitaba hablando por teléfono con el albañil que debería haberle arreglado el tejado de su casa; otra se quejaba a su aseguradora del sinnúmero de papeles que envió desde que le entraran en casa a robar (a la vez que intentaba encontrar canguro para su hija de tres años); una tercera se afanaba por descabezar la espinilla que le había salido en la nalga antes de entrar en escena para el mete-saca; y una cuarta se lamentaba de que, pese a su número de doble penetración dos veces por día cada noche (los sábados, tres), hacía más de un año que no tenía novio. Como digo, la transición era muy acusada. Y para más inri, un vendedor de seguros deambulaba de acá para allá anunciando a todo el que deseara oírle que todos acabaríamos desdentados, sin amigos, sin dinero y desahuciados de por vida si no depositábamos nuestros ahorros en sus manos.

Al final, Jorge lo puso de patitas en la calle.

—Es mi cuñado. Le dejo entrar una vez al año. Vas por el buen camino, Oceane. Ya eres casi tan popular como el hámster.

—Sí. Me siento parte de la familia. —Lo dije porque era cierto. Me sentía absurdamente a gusto.

—No es cierto. Si dices que te sientes parte de la familia es porque te lo has preguntado. Y si lo has hecho, es porque no te sientes parte de la familia.

Me dormía pensando que era feliz. Estaba contenta. Una de las particularidades de la felicidad es que, en el fondo de nuestro ser, la esperamos, como el estómago la comida.

Una obra de teatro sobre una persona que aguarda el paso de un autobús durante una hora no resulta tan cargante como esperar un autobús que tarda una hora en llegar. La realidad no tiene competidores; cumple su tarea mejor que nadie. El Aquí es el Aquí, y no se puede enlatar ni aderezar.

Pese a su gélida indiferencia inicial, Christiana se vio obligada a pedirme que le maquillara el grano. ¿Por qué teníamos que disimular su presencia? Christiana suspiró:

—¡No soy tan brillante como me gustaría!

Otra que tal. ¿Por qué querríamos todos ser brillantes? Me pregunté a qué vendría plantearse la pregunta.

Retorcerse de placer cuesta más trabajo de lo que una se imagina. Solía levantarme tarde y subía a la azotea a tomar el sol. Jorge estaba en marcha de buena mañana trajinando de acá para allá. Una mañana me lo encontré cargando una de aquellas cajas con objetos de cristal que había visto el primer día en las escaleras.

—¿Qué llevas ahí dentro?

—Trampas para avispas.

Pensé que sería una metáfora o que no me había entendido.

—¿Para qué son?

—Para atrapar a esos insectos amarillos, zzzzzzz.

—¿Adónde vas con ellas?

—Las llevo abajo. Tienen mucho éxito. Un polaco que trabajó aquí se dejó una caja, y yo pensaba tirarlas, pero la dejé en la ventanilla donde venden los programas y un espectador me preguntó: «¿Cuánto vale una trampa?». Y yo: «No están en venta». «Pues me va a vender una», insistió el hombre. Le dije: «No, esto no es una ferretería». Me sorprendió que sacara la cartera: «No pensaré pagarme todo eso, ¿no?». Y él contestó: «Pues sí». Le solté: «¿Es usted funcionario municipal?».

»Pensé: una y no más, pero de pronto el que estaba detrás en la cola dijo: “Yo quiero otra”. Vendimos la caja entera esa misma noche. El margen de beneficio es de un cuatro mil por ciento. —Los ojos de Jorge chispearon—. Es el negocio del siglo. Una lotería, porque nunca sabes qué hará que el cliente saque la cartera. Convencer a un extraño para que suelte dinero requiere una maña muy especial. El arte de la venta es la cumbre del progreso. —Me mostró una caja lacada de nogal destinada a albergar trampas para avispas—. Piénsalo: si creía que era imposible inventar nada más inútil, aquí tiene estas nuevas y fascinantes fragancias de avispa para sus trampas de avispas y una guía de las avispas de Europa, por si desea más información sobre esos insectos a los que está a punto de exterminar.

Entonces apareció Richard.

—Hace un sol espléndido —le saludé.

—*No'sta* mal.

—¿No te gusta?

—Prefiero no hacerme ilusiones. No durará mucho.

Yo no solía comer al mediodía, pero picaba algo de fruta mientras disfrutaba del sol. Casi siempre quedábamos en vemos al mediodía. Yo cuando quedo al mediodía, estoy allí al mediodía. Pero era la primera. Si eres puntual aguantas largas esperas.

Uno tras otro, el reparto subía las escaleras echando el bofe para tostarse al sol. Richard era uno de los primeros en llegar a la azotea. Tras él aparecía Vían, que desplegaba todas sus pertenencias.

Jorge se dejaba caer de vez en cuando para tratar con los artistas, repartir reprimendas o unirse a la holganza. Su lectura favorita era un álbum con recortes de periódicos que databan de hacía una década, en los que se relataban incidentes de ciudadanos agraviados del mundo entero que habían agredido a algún funcionario municipal, ya fuera a puñetazos, con botellas, navajas, pistolas automáticas o bombas. Se recreaba leyendo en voz alta los casos de chiflados que se habían llevado por delante varios departamentos de Suiza.

Los que nos hospedábamos en el edificio apenas salíamos a la calle, porque, al fin y al cabo, teníamos diversión y todo lo que queríamos a domicilio. Después del espectáculo subíamos el volumen de la música y bailábamos como locos hasta la madrugada. A menudo venían amigos, conocidos y completos extraños a la azotea, que se unían al popurrí.

—Mi vínculo es sincero —saludó Janos a Richard.

Janos siempre se descolgaba con alguna sentencia gnómica, pero bastaba con asentir con la cabeza y sonreír.

Richard nos leyó traduciendo sobre la marcha un panfleto que le dieron en la calle.

—«Pese a la creencia generalizada, Adán y Eva no fueron creados en el jardín del Edén. Recientes estudios bíblicos indican que la creación de Adán y Eva tuvo lugar en Barcelona».

—¿De verdad?

—Es impresionante. Según dice aquí, incluso se sabe exactamente dónde los crearon: Calle Vilá i Vilá, 35, en el tercer piso.

En aquellos días yo estaba convencida de que jamás abandonaría el Babylon.

A continuación apareció Rutger con un grupo de británicos que acababa de conocer en la playa. Me asombró que hubieran logrado llegar a España, pues al cabo de cinco minutos de escucharlos me di cuenta de que eran incapaces de hacer cualquiera de las acciones siguientes: pedir un folleto turístico en una agencia de viajes, reservar las vacaciones, trasladarse al aeropuerto... Tras unos minutos en su compañía, quise dejar de hablar inglés y solicitar pasaporte alemán.

Eran dos parejas, ambas procedentes de Hull: Jan y Ron, y Bazza y Toni. Dios sabe qué estará pasando en el norte de Inglaterra.

La conducta de Jan y Rob, una pareja de cincuentones, habría resultado impropia proviniendo de alguien mucho más joven. Aquellos ingleses eran un escándalo ambulante. A modo de presentación, Ron me succionó enérgicamente el dedo gordo del pie. Una táctica de elevado riesgo, incluso cuando quien la practica posee un cuerpo y una fortuna impresionantes, aunque sea del agrado de ciertas chicas. Si vas para viejo, estás parado y tienes diversas afecciones dérmicas y un aliento susceptible de alcanzar el olfato de la persona succionada, mejor no molestarse. Tuve que valerme del otro pie para quitarme de encima a Ron, que a renglón seguido se dirigió hacia las dos Patricias:

—¡Gemelas!

Las dos Patricias recogieron sus bártulos al unísono y desaparecieron.

Yo me divertía de lo lindo. Saltaba a la vista que Jan y Ron querían hacerlo con el primero que pasara. Tal vez sea una banalidad hacer distingos, pero no entendía que Rutger se mostrara tan simpático con ellos, pues, aun pensando los mayores vicios y

asquerosidades del mundo, era evidente que no podría practicarlos con Jan y Ron. No es cierto que la edad aporte sabiduría, por mucho que nos consuele.

Toni era la clásica cuarentona putón, con todo el cuerpo tachonado de *piercings*, que había llegado a la conclusión de que disponía de un cupo limitado de ocasiones de lujuria antes de morir y sabía que terminaría exhibiendo sus anillos labiales, lo bastante gruesos como para fondear una barcaza. Sólo se explicaba que saliera con Bazza porque el chico era veinte años menor que ella y, por tanto, capaz de levantar el aparato más a menudo que alguien de su generación, siendo éste el único atributo del que podía hacer gala. Ambos se jactaban de las ingentes cantidades de alcohol que introdujeron ilegalmente en el país para colarlas en los bares y pillar la cogorza sin tener que pagar. Comprendo que uno vaya mal de dinero, pero no que llegue a esos extremos.

Bazza llevaba bigote, pero sin dárselas de estiloso, como quien dice: «Tíos, fijaos lo macho que soy con todo este vello facial». Igual que muchos hombres bajitos, escuchimizados y enclenques, no era consciente de lo fácilmente apalizable que resultaba su persona. Janos habría sido capaz de asfixiarle con un solo dedo, y deseé que lo hiciera. Después de mediar en múltiples ocasiones para evitar que los hombres se liaran a tortas, observé, estupefacta, cómo Bazza derramaba una cerveza sobre Janos cuando éste le advirtió que tuviera cuidado de no derramársela. A continuación arrojó a la piscina su pipa, nuevamente pese a la advertencia de Janos, y luego se sentó sobre sus gafas de sol y se las hizo añicos, aunque Janos le pidió que tuviera cuidado con sus gafas, y extrajo la pipa de la piscina.

—Vaya una mierda de gafas —observó Bazza en un acto de contrición.

Todo indicaba que había llegado el momento en que Janos le demostraría lo que valía un puño húngaro. Pero se limitó a doblar su toalla y abandonó la azotea.

La proeza a la que Bazza recurrió para impresionarnos fue cagarse encima de un laurel. Incluso Toni se vio obligada a afearle la conducta.

—¡Eso no se hace! —exclamó.

—Nadie se va a dar cuenta —replicó él.

Entretanto apareció Jorge.

—¿Un funcionario municipal?

—No —respondí.

Jan trabajaba como recepcionista en una oficina de empleo, Toni cuidaba a niños y Ron y Bazza producían esperma a tiempo completo.

—Ah, la sociedad poscerebral...

Jorge se marchó sin hacer uso de su autoridad para poner a aquella purria de patitas en la calle. Me decepcionó.

Unos minutos más y habría alcanzado el bronceado capaz de hincar el mundo a mis pies, pero tenía que marcharme. Estaba doblando la toalla cuando Bazza se

zambulló en la piscina. Si no lo veo, no lo creo. Saltó a la piscina y casi se salió fuera: una ligera inclinación hacia atrás le hizo darse con la cabeza en el bordillo. Antes de caer en el agua sonó un fuerte crujido, pero los demás siguieron de cháchara. Aguardé a que emergiera. Nada. Uno de los inconvenientes de no estar borracha y no partirte los sesos y ahogarte en una piscina es que eres tú quien debe rescatar al borracho que acaba de partírseles y casi se ahoga en la piscina.

Bazza parecía muy sereno bajo el agua. La sangre tiñó el agua de la piscina a un ritmo vertiginoso. Me zambullí enfadada conmigo misma. Habría bastado con hacerme la loca un par de minutos más. ¿Por qué debía compartir el planeta con Bazza? Lo saqué a rastras de la piscina ante la mirada perpleja del resto. Supongo que Bazza sería muy dado a montar numeritos de esta clase.

Richard se ofreció a practicarle el boca a boca, y respiré con gran alivio, pues jamás nadie me enseñó tal práctica, además de que no me apetecía lo más mínimo. Bazza no tardó en ponerse a escupir, dar arcadas y mancharlo todo de sangre.

—Deberían verlo en un hospital —comenté.

—No le pasa nada —respondió Toni.

—Tengo que ir a un hospital —sollozó Bazza olvidando su papel de macho.

—Pues sal a buscarlo —replicó Toni.

La propuesta no tenía sentido. Bazza no habría dado con un hospital ni teniéndolo ante sus narices. Aquel chico era incapaz de encontrarse la picha a oscuras, por mucho que estuviera en la flor de la vida. Me disponía a comparar a la pareja con cualquier especie animal cuando recordé que los animales, sin ir más lejos, poseían ciertas habilidades, en muchas ocasiones tenían encanto, y los que vivían en manada cuidaban unos de otros. Supuse que, tratándose de Toni y Bazza, una pareja que compartía la vileza como hobby, habrían conectado. Mientras los simios inventaban los inventos, otros retozaban haciéndose muecas. Richard se llevó consigo al grogui de Bazza, y yo me quedé pensando que la única gloria a la que aquel chico podía aspirar en la vida era convertirse en fertilizante alternativo para rosaledas. La ocurrencia me avergonzó. ¿Quién era yo para juzgar a nadie? Pero la ocurrencia tomaba cuerpo.

—¡Casi te apuntas otro! —le gritó Rutger a Richard.

Yo era demasiado joven para comprender por qué Rutger había invitado a la azotea a aquella purria: le brindaban la oportunidad de sentirse importante. Comparsas para *amateurs*. La popularidad empieza por algún lado, y para quien pretende destacar lo más sencillo es alzarse entre pigmeos. Sin duda, al volver a Hull la pareja se referiría a Rutger, si acaso lo hacían, como «aquel capullo alemán», o «el hijo de puta de Rutger», pero por ahora era todo un personaje: personificaba el *glamour* de la farándula.

No conseguí visitar Barcelona. Me habría apetecido pero, a decir verdad, tan sólo

vi el edificio contiguo. Pasaba mis ratos de ocio en la azotea o comiendo en el restaurante y salí en una ocasión para comprar unos zapatos en la tienda aledaña. En el club se podían adquirir tarjetas postales. Una tarde decidí darme un garbeo por el centro. La parada del autobús quedaba al lado, pero lo perdí por unos segundos y, tras esperar el siguiente durante quince minutos, decidí posponer la visita.

Hubo otro par de ocasiones en las que estuve a punto de escaparme del club.

Me apetecía asistir a una clase de baile, de modo que le pedí a Jorge que me recomendara una academia. Sin embargo, perdí el papel con la dirección y llegué a la conclusión de que no me interesaba tanto. (Cuando llegas a cierto nivel es difícil mejorar). En el club disponían de una sala pequeña para ensayar, con espejos y una barra en la que ejercitarme.

Una noche hice un amago de poner los pies en la calle con Rhino. Él conocía la ciudad y siempre es más divertido que alguien te haga de cicerone. Además, me agradaba la idea de que las mujeres de Barcelona me vieran colgada de su brazo. (No tenían por qué saber que mi acompañante tenía menos conversación que una farola y que nuestra relación era puramente carnal). Ultimamente Rhino prescindía del antifaz y su rostro ofrecía un extraño aspecto, por la falta de costumbre de verlo así; impresionaba: no parecía real. Sospecho que él accedió a aquella salida no porque deseara mi compañía, sino porque quería practicar el inglés con vistas a su carrera en Hollywood. Lo hablaba a trancas y barrancas, de un modo poco interesante, aunque correcto. Era un domingo, nuestro día libre. Le propuse el plan a la hora de comer y quedamos en vemos a las siete para dar una vuelta y cenar algo.

En fin, debo reconocer que no soy una *amateur* peinándome y me acuso de haber abusado del cuarto de baño y de haber deliberado sobre qué ponerme. Tal vez sea algo que ocurre una vez en la vida, pero aquella tarde me miré al espejo y me dije: ¿Estás radiante? Normalmente te miras al espejo y encuentras alguna pega, algún detalle que falta: quisieras un vestido más nuevo, más caro o más rojo, o estar algo más bronceada, pesar menos, cambiar la correa del reloj... Sin embargo, ese día el espejo me devolvió una imagen risueña de mí misma y me deseó que lo pasara bien. No sólo me veía perfecta. Encima, estaba feliz.

A las siete y cinco me senté en la cama y aguardé a que Rhino llamara a mi puerta, pero a los diez minutos decidí no demorar la velada y me dirigí con paso ufano a su habitación para meterle prisa. En ese momento Rhino salía del cuarto de baño, con la toalla en la cintura y escoltado por el vaho; lo había oído entrar allí cuatro horas antes.

—Estoy preocupado por mi *pronator teres* —observó.

—Pero si está fantástico...

—Lo dices por decir.

—No.

—Este músculo de aquí lo veo fofo —añadió presionándolo.

Pasamos a su habitación. Nunca la había visto por dentro; al echar un vistazo descubrí más cremas y lociones que cualquier perfumería pudiera almacenar. La estancia albergaba la historia mundial de la cosmética y una cama. De la pared colgaba una imagen de un cuerpo humano, con toda su anatomía diseccionada. Las mujeres se lamentan de las deficiencias masculinas en materia de acicalamiento, pero entonces comprendí que tan malo era, si no peor, que un hombre dedicara todo su tiempo a emperifollarse. Deduje que Rhino tardaría un tiempo en arreglarse, pues, aun con la mejor voluntad del mundo, no sería tarea fácil escoger una loción para después del afeitado y una crema hidratante entre los cientos de botes a su disposición. Regresé a mi habitación.

Cuando, dos horas más tarde, Rhino por fin quedó satisfecho de su divinidad, yo estaba muerta de hambre y de aburrimiento. Dar vueltas sin hacer nada puede resultar entretenido, pero dar vueltas esperando a alguien es exasperante. No obstante, la aparición de Rhino disipó mi mal humor de inmediato.

Estrenaba conjunto: un traje caro, que le sentaba como un guante, un suntuoso cinturón de piel, una camisa de un blanco deslumbrante y unos zapatos italianos hechos a mano cuyo lustre habría sido la envidia del más borde de los sargentos. Casi sentí deseos de liarme con su ropa. Por si fuera poco, Rhino poseía el nivel justo de peligrosidad; todas deseamos a los hombres que rozan la impetuosidad o la violencia, o que al menos parecen capaces de ambas, pero, por lo general, no nos gusta que se dejen llevar por sus impulsos, a menos que nos apetezca esperar durante horas en comisaría o cortarnos con esquirlas de cristal. Nuestro matrimonio seguía en pie.

Al salir pasamos sobre el Felpudo. El problema del Felpudo, un destacado miembro del Parlamento europeo de origen italiano, era que siempre intentaba obsequiarte con sus improvisadas perlas de sabiduría e ingenio, las cuales él pretendía, sin éxito, pronunciar en diversas lenguas. De haberse contentado con soltar alguna frase hecha del tipo «Alegra esa cara, no es el fin del mundo» o «Una noche bonita», habría tenido cierta gracia, pero él la pifiaba por atrevido: «Todo beso es como la mejor cópula de un xilófono». El pobre iba camino de convertirse en un quebradero de cabeza para Jorge, pues se había vuelto pesimista y le daba por interpelar a quienes se limpiaban los pies en él preguntándoles si se habían hecho la prueba del cáncer recientemente.

—Buenas noches, tortolitos —saludó el Felpudo a nuestro paso—. El placer no está garantizado, el dolor sí.

Pese a todo, mi corazón me decía que aquél era uno de los momentos más trascendentales de mi vida. Esa noche no iba a pasar sin pena ni gloria. Una cálida noche de verano, una ciudad extranjera a mis pies, el mundo al otro lado de un barrio periférico de Barcelona, y yo del brazo del hermano menor y más guapo de Dios. Ahí



empezaba mi gloria.

Quería cenar bien, emborracharme, pasar la noche entera de juerga y asombrar a Rhino y a los barceloneses con mis pasos de baile. Por fin la vida cumplía mis sueños.

Rhino sacudió la cabeza.

—Es inútil. No puedo seguir.

Me preocupó el aspecto fúnebre que adquirió su rostro. ¿Tendría deudas apremiantes? ¿Habría pillado alguna horrible enfermedad? ¿Toda su familia había muerto?

—Debo trabajar ese *pronator teres*.

Volvimos a entrar en el club bajo la atenta mirada del Felpudo.

—Cada persona es una tragedia.

Rhino me hizo saber que necesitaba veinte minutos para tonificar la musculatura y darse una ducha rápida, pero no sé cuánto tiempo le llevaría ni si después llamó a mi puerta, porque me harté. Salí a la calle y me quedé plantada en la acera cinco minutos. No sabía adónde ir. Había demasiado donde escoger. El restaurante del club se me antojó la opción más cómoda y apropiada.

## La persecución del caracol

Sonará un tanto ridículo, pero no sentía un deseo imperioso de salir. Pasé las primeras semanas preocupada por la actuación y mi papel en escena. Los números no revestían gran dificultad, pero había que ensayarlos, y, aunque llevaba toda la vida desnudándome, necesitaba aprender ciertos trucos que dieran un aspecto profesional al espectáculo.

Todos los caprichos propios del *dolce far niente* se hallaban a nuestra disposición en la azotea.

Tanto si alguna vez habéis comprado una cachimba tamaño tiránido para llenarla de costo, como si nunca se os ha pasado por la cabeza semejante idea, os recomiendo una cosa: no lo hagáis. En cuanto fumas chocolate de ese modo no hay vuelta atrás. Descubrí que el humo es acre para disuadirnos de inhalar en exceso y de que lo retengamos en los pulmones, y eso se pierde con una mastodóntica cachimba.

La azotea se convertía en un auténtico fumadero, y sus ocupantes, en verdaderas amenazas para el medioambiente. La pipa era tan grande como un sillón, y Vían, el jefe del desmadre, oficiaba de sumo sacerdote, con su carbón de importación y aquel costo especialmente tratado. Vían nos obsequió con una elocuente disertación sobre el hecho de que la cachimba (a la que él llamaba narguile) la había fabricado una familia que se dedicaba al diseño de tales objetos desde hacía más de trescientos años, una familia que vivía en la cima de una montaña del Líbano a la que se accedía a lomos de una mula. («Faltaría más», observó Richard). En el fondo, me alegro de que la comercialización del narguile fuera tan restringida, porque si tuviera un aparato de éstos en casa habría terminado conmigo. Aquella cachimba te extirpaba la vida como un cirujano. Cercenaba días enteros de tu existencia. Entretanto, la cerveza se encargaba de empapar cualquier residuo de ambición que pudiera restar en nosotros. Por supuesto, la apatía siempre consuela.

Vían era un tiquismiquis, pero asumía la parte más pesada del ritual y sufragaba los gastos en combustibles. Me recordaba a esos individuos que se cuelan en las fiestas y enseguida se apropian del equipo de sonido; mientras desempeñen bien su cometido, todos contentos. Tú diviértenos y haremos la vista gorda.

Nunca me ha gustado fumar porque, en el mundo de la danza, hay que sacrificarlo todo. Lo cierto es que con aquella cachimba no te apetecía pasarle la boquilla a nadie.

—El problema no lo traen las drogas, sino la vida —observó Richard antes de desplomarse en una tumbona.

—Lo importante no es lo que se fuma, sino con quién se fuma —replicó Vían.

—Drogata entendido, drogata aburrido —murmuró Richard cuando Vían se hubo alejado.

No faltaban las discusiones en la azotea. Pero casi siempre se respiraba tranquilidad. Vivíamos fuera del tiempo. Llegué a dudar que algún día pudiera

abandonar aquel lugar. El único ruido que se oía era el de los cuerpos bronceándose al sol. Marina toqueteaba un bote de crema solar como si no estuviera engañándome.

—¿Quiénes fueron los cerrajeros más famosos de la Bohemia del siglo XVII? —preguntó Vían.

—No lo sé —contestó Richard.

—Yo tampoco los conozco por su nombre, pero puedo decirte quiénes eran —puntualizó Vían—. Se conocían entre ellos. En todos los países y en todas las épocas, los triunfadores han hecho causa común. Los célebres panaderos de la Italia del siglo XIV se conocían entre sí. Los célebres criadores de caballos de la Mongolia del siglo XVIII, también. En todas las épocas hubo camarillas. Y cordones de terciopelo rojo.

—Conocerían a desconocidos.

—¿Perdón?

—Pues que seguro que esa gente conocería a seres desgraciados y muertos de hambre. Los emprendedores famosos se conocerán entre ellos, pero eso no significa que no se crucen con gente desharrapada y desastrosa. Los biógrafos se saltan esa parte. Mira a Jorge: conoce a muchos peces gordos de Barcelona, pero te apuesto a que se relaciona con un porrón de don nadies que no tienen donde caerse muertos.

Vían era un ex geólogo que no había llegado tan lejos como habría deseado. Su fuerte consistía en invitar a copas a geólogos de renombre durante los congresos de geología, pero nunca logró pasar la prueba de fuego: que lo invitaran a pasar unas vacaciones con ellos.

—Debería haberle invitado a más copas —dedujo.

Aunque añadió que a un señor maduro, ex funcionario municipal y casado con una mujer obesa, le ofreció hacer un *ménage a trois* con su esposa.

Yo me entretenía mirando el caracol. Dentro de la pipa flotaba un enorme caracol de agua blanco y, aun sin haber fumado, me fascinaba observar cómo el animalito patrullaba el espacio agitando las antenas, nervioso. Creo que intentaba decirme algo. Si así era, debería haber puesto más empeño en entenderlo. Por el borde de la piscina zumbaba un limpiafondos en forma de media naranja, que también te relajaba, pero nunca pensé que intentara comunicarme algo.

No todos veían con buenos ojos la cachimba. Ewa y Piotr, el matrimonio polaco, presidían el sector más serio de la azotea. Se estrenaron en el club al poco tiempo de llegar yo, y se diferenciaban del resto por la actividad de sus horas de ocio. Mientras la mayoría matábamos el tiempo persiguiendo al caracol, ellos enviaban paquetes a sus parientes con colas para dentaduras postizas, cargadores solares de baterías o tuberías de cobre, o se enfrascaban en la lectura de sesudos libros de texto. Ewa estaba preparando un doctorado sobre la cría de animales, y Piotr, en la falsificación del dólar yanqui. Ellos mismos se encargaron de informarnos.

—El fallo no está en el papel ni en la plancha, sino en la tinta —explicó Piotr.

Ewa tenía casi terminado el doctorado, pero había desarrollado una fuerte alergia a los animales de granja. Creaba mal ambiente en la azotea, pues desdeñaba sin tapujos a los haraganes que pasaban el día entero tumbados al sol fumando chocolate y debatiendo los pormenores de su calidad. Quizá tuviera razón.

Sin embargo, ella se empastillaba. No soy médico, pero dudo mucho que proclamar «Estoy tomando el medicamento» ante tus compañeros de trabajo incremente la eficacia del cóctel. Si lo que pretendía era que nos compadeciéramos de ella o despertar nuestra curiosidad, su intento caía en saco roto.

—¡Cuéntanos otra de ahogados, Richard! —rogó Janos.

—¿Sabéis la del japonés?

Richard había trabajado como profesor de submarinismo por todo el mundo y poseía un nutrido repertorio de historias de ahogados. Algunas atroces, otras descacharrantes. Ninguna de las víctimas pereció por su culpa —nunca puse en duda la veracidad de sus palabras—, antes bien los accidentes ocurrieron pese al celo que puso en evitarlos. Las historias trágicas las protagonizaban niños o parejas de recién casados de diecinueve años; las divertidas, yanquis codiciosos o enteradillos japoneses. Todos infringieron las reglas. «El que se salta las reglas va listo», insistía Richard. Muchas de las víctimas terminaron en el fondo del mar por hacer un uso indebido de los cinturones de lastre. Un japonés falleció por atarse exceso de peso a la cintura. Richard se lo advirtió, pero con los clientes llega un momento en que ya no se puede discutir.

—Pretendía tocar fondo enseguida y lo consiguió. No encontramos el cadáver.

Un norteamericano se empeñó en bajar a husmear en los restos de un naufragio, posiblemente con la idea de saquearlo, en opinión de Richard. Lo encontraron haciendo compañía a los restos.

—Nunca averiguamos qué había ocurrido.

—Todo eso ya nos lo has contado —rezongó Piotr.

—¿Y qué hay de los ataques de tiburones?

—¿Tienes historias de tiburones?

—Esas escasean. Los tiburones son unos cobardes, y generalmente, si tú te atienes a las reglas, ellos también.

Pese a la rareza de tales incidentes, Richard había presenciado la mitad de los ataques mundiales de escualos con víctimas mortales.

—Una chavala de Nueva Zelanda quiso bucear conmigo por primera vez en su vida. Habría unos tres metros de profundidad, y estábamos a seis metros de la playa más o menos, en una zona donde casi nunca se habían visto tiburones. No estábamos sangrando ni removiéndolo el agua, sólo limpiando las gafas de buceo, cuando un tiburón limón, una especie que no es nada agresiva, un ejemplar pequeño, le arrancó la pierna derecha de cuajo.

—¿Sobrevivió?

—Consiguió regresar a la playa. Después supimos que un mocosito llevaba días arrojando carnaza desde el espigón para ver si atraía a algún tiburón. Y nosotros limpiando las gafas en el comedor del escualo... No fue culpa del pobre animal. Imagínate que vas a una hamburguesería, pides una hamburguesa y cuando vas a hincarle el diente el pedazo de carne grita: «¡Yo venía en son de paz!».

—Richard, eres un peligro ambulante.

Rutger se unió al grupo para hacer una exhibición de su profunda imbecilidad. Bajo el brazo llevaba un gato de color pardo, que arrojó por los aires en dirección a la piscina. El gato rebotó en el agua, y luego, maullando, saltó como un resorte al otro lado de la azotea.

—¿Qué haces? —preguntó Janos.

—Le enseño al gato a surfear.

—No se te da muy bien... —observó Richard.

—Tienes razón. Al próximo le daré clases en la ducha.

—¿Para qué quieres enseñarle eso a un gato? ¿Piensas entrar en los campeonatos mundiales de surf felino?

—No, pero mi intuición me dice que debería ampliar horizontes y entrar en el mundo empresarial, y un gato surfista podría ser un bombazo.

Hamish y yo seguíamos la conversación sentados en el otro extremo de la azotea.

—¿Crees que el ser humano tiene su merecido? —me preguntó Hamish.

—No llevo en este mundo el tiempo suficiente para contestar a esa pregunta. — Me sentí muy ufana de mi réplica.

—El verdadero inconveniente de las encrucijadas —prosiguió Richard— es que a primera vista no se reconocen.

Entretanto los demás corrieron escaleras abajo tras Rutger, supongo que con la intención de someterlo a alguna tortura acuática.

—¿Qué aspecto tienen?

—Aspecto de no ser encrucijadas. —Hamish llevaba unos días de buen humor, y bajo el sol estaba para hacerle un favor—. Las encrucijadas deberían tener aspecto de lo que son, así podríamos identificarlas.

—No tendrás intención de confesarme algo, ¿verdad?

—Ya que lo dices, quiero desahogarme y contarte algo. El invierno. Aquel año tuvimos un invierno muy crudo...

¿Por qué cuando alguien pretende confesarte algo nunca lo consigue? Una vez Hamish me hubo relatado la dureza de aquel enero, pasamos al meollo de la cuestión.

—Yo tenía una novia muy quejica con una mala suerte tremenda. Pero tremenda. La pobre salía un día a comprar rosquillas y se encontraba la tienda cerrada, luego se ponía a llover y cuando volvía a casa descubría no sólo que había pillado una

pulmonía sino que le habían entrado a robar. Hasta los amigos se cansaban de sus penas. Uno puede ser comprensivo una vez, dos veces, infinidad de veces. Sueltas el rollo comprensivo que haga falta. Cuando se trata de alguien cercano aguantas eso y más, pero si es alguien con quien sólo pretendías echar unos casquetes, llega un punto en que la cortesía empieza a decaer. Ella estaba en el paro, pasaba el día metida en casa, volviéndose loca y pillando todas las enfermedades raras habidas y por haber.

»Un viernes por la noche volví a casa y me encuentro un mensaje suyo en el contestador pidiéndome que la llamara. Estaba cansado, y ¿quería aguantar la paliza de la jaqueca que llevaba de cabeza a los médicos del país? No. Ya había oído esa monserga, y no una vez sino muchas, pero ella no escuchaba mis consejos, del tipo “Sal a que te dé el aire, espabila y haz algo”. A la mañana siguiente me levanté y pensé: ¿Quiero aguantar la paliza de la jaqueca y el dolor de rodilla? No, me voy al fútbol. Cuando regresé por la tarde tenía otro mensaje. ¿Quiero aguantar el rollo de la jaqueca y de la conspiración galáctica que le impide presentarse en la oficina de empleo? No. Descubrí un modo mucho más constructivo de emplear el tiempo: hacer otra cosa. Esa noche salí y al volver encontré otro mensaje: “Necesito hablar contigo”. Tres días más tarde recibo una llamada de la policía anunciando...

—¿Suicidio?

—Aquella fue su última llamada.

Oímos unos gritos distantes que procedían de Rutger. Los demás regresaron por turnos a la azotea e informaron de que Janos había agarrado a Rutger por los tobillos y lo había dejado un rato colgando de la ventana del tercer piso. La algazara prometía un ambiente estupendo. Me sentía muy a gusto. ¿Cuánto durarían esas amistades? ¿Serían retráctiles?

La cachimba se terminó. Vían telefoneó a su camello, pero estaba ocupado. Todos teníamos los ojos como asteriscos, pero el personal quería seguir fumando, aunque nadie estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de salir a la calle a pillar droga. Rutger fue nombrado voluntario de avituallamiento. Me sorprendió que no se quejara.

—¡Rápido! —le instó Janos levantando en el aire unos tobillos imaginarios.

Le encantaba firmar. A mí también, pero podía controlar mis ansias. ¿Tenía sentido hacerlo?

Rutger no se dio prisa. Vían limpió pacientemente los adminículos del narguile. Alzó la vista al sol.

—¿Qué es más terrorífico? ¿Pensar que estamos solos, que somos un desliz cósmico, o que somos una entre billones de civilizaciones, demasiado insignificantes para figurar en un catálogo de insignificancias? —A Vían le encantaban esa clase de preguntas.

Entonces recordé que no muy lejos de nuestra azotea, a una o dos horas de distancia en avión, estaban torturando a hombres inocentes, a las mujeres se las

lapidaba con el beneplácito de alguien, y había países muriéndose de hambre. Sucedió lo bastante lejos como para poder apartarlo de mi mente, pero lo bastante cerca como para llegar hasta allí andando en unas pocas semanas.

—Depende de si te asusta más estar solo o acompañado —respondió Piotr.

Janos anunció que no le importaría relacionarse sexualmente con alienígenas, siempre que fueran atractivas. Vían quiso saber dónde veía él el atractivo, pero nadie le hizo caso. Rutger no regresó del recado y la irritabilidad se reflejó en el espectáculo de esa noche.

## Noche

Rutger no se quitaba las gafas de sol para nada. Actuaba con ellas, comía con ellas, y con ellas y sólo con ellas se presentó en mi habitación a las tres de la madrugada.

—Oceane, mira qué erección tan mayúscula tengo.

—Rutger, eso no es una erección mayúscula.

Me alarmó que se colara tan fácilmente en mi habitación, pero en el fondo Rutger no era peligroso. Además, Janos, que ocupaba la habitación contigua, tenía mucho interés por comentarle su desaparición de aquella tarde y la no aparición de la mercancía.

—Este coloso es todo tuyo —afirmó.

Os aseguro que admiro el sistema educativo alemán.

—Déjame en paz, Rutger.

—No hablas en serio.

—Nadie mejor que yo para juzgar la seriedad de mis palabras.

—No quiero hacerte daño.

—Ven aquí, Rutger.

Le estampé tal bofetón que me quedó la palma de la mano dolorida. En ese instante me sentí muy agradecida, pues toda mi vida he deseado abofetear a un hombre, presa de un arrebató, por motivos justificados. Rutger se hincó de rodillas en el suelo.

—¿Un dinerillo ayudaría? —gimió.

—No.

Rompió a llorar.

—¿Si te pago dirás por ahí que me he acostado contigo?

—No.

Tuve que sacarlo a rastras de la habitación tirándole de la oreja. Quien quiera dárseles de sinvergüenza que al menos se esfuerce un poco.

Acudí al despacho de Jorge para comentarle el caso. Rutger nos estaba

fastidiando la piscina. Seguro que Jorge podía tomar cartas en el asunto.

—¿Tienes un minuto, Jorge?

—Llegas con retraso, pero sí.

—¿Retraso?

—Sí. Es por Rutger, ¿verdad? Las nuevas suelen acudir al cabo de una semana de empezar a trabajar.

Le hice un resumen del *affaire* rutgeriano.

—Nos saca a todos de nuestras casillas. Deberías despedirlo.

—Ya lo hice hace seis meses.

—¿Y por qué está todavía aquí?

—Porque no quiere irse.

—¿Trabaja gratis?

—No. Me paga. Esto es un negocio.

Ewa entró en el despacho.

—Jorge, ¿podría hablar contigo a solas?

Jorge se llevó los dedos a la frente y entornó los ojos.

—Déjame adivinarlo... Rutger.

—Jorge, no puedo trabajar con él. Es un capullo.

—O sea que trabajas con un capullo. En eso consiste trabajar, ¿no?

—Nos está fastidiando la piscina, Jorge.

Me incomodó sentirme de parte de Ewa. Jorge suspiró.

—Quizás haya llegado la hora de que Rutger demuestre su talento en otra parte.

Ewa y yo subimos a la azotea odiando a Rutger. Una hora más tarde me preocupó que Ewa pudiera convertirse en mi mejor amiga. De pronto ella terció:

—Tengo que confesarte algo.

—No lo hagas —le contesté.

—Creo que he arruinado mi matrimonio.

—¿Cómo dices?

—Obligué a Piotr a que diera las gracias. Mi madre nos hizo una tarta especial antes de marcharnos, para que nos la comiéramos en el viaje, pero con el trajín de los preparativos se me olvidó llevármela. Yo sabía que ella estaría esperando que le hiciéramos los cumplidos, así que le pedí a Piotr que le escribiera una tarjeta diciendo lo rica que estaba la tarta. Pero él se negó: «No quiero mentir. Dile a tu madre que nos la dejamos en casa». Yo insistí: «Pero si se tiró dos días cocinando... Tienes que mandarle una tarjeta». Al final me hizo caso.

—¿Y?

—Que mintió descaradamente, como si fuera lo más sencillo del mundo. Escribió la tarjeta de un tirón, decía que lo más rico de todo eran los tropezones crujientes. Sonaba tan convincente que tuve que telefonar a mi hermana para confirmar que la



tarta seguía en el piso. Jamás le pillé mintiendo. Me entristece, porque ya no podré confiar en él.

—Fuiste tú quien le pidió que lo hiciera.

—Pero no tenía por qué esmerarse tanto.

Merv trabajaba en la barra. No era el típico camarero que ansiaba dedicarse a otra cosa; se sentía en la gloria donde estaba. Siempre sería barman y siempre parecería un tonel tocado con una peluca. Era un asiduo del gimnasio, pero, tanto si pasaba el día ejercitando la musculatura como descansando en una tumbona, siempre sería un tonel. Apenas me sacaba unos centímetros de altura, pero en sus pantalones podían caber cómodamente cuatro como yo. Su especialidad era el vodka. No le bastaba con tres o cuatro marcas, tenía más de cincuenta a la vista y solía perorar sobre ellas para desespero de la clientela.

—No sé si debo servirte una copa de esto. El vodka de esta marca es un arma asesina que arde en deseos de desgraciarte la vida. No creo que lo aguantes.

(Jorge se desahogó conmigo en una ocasión: «Parece sencillo contratar a un camarero, ¿verdad? No tienen más que abrir botellas»).

Piotr le chivó a Merv que cierto contacto polaco hacía escala en Barcelona con un cargamento de vodkas especiales, perniciosos e ilegales: sabor a níspero, a goma de mascar, a *whisky*. El que más entusiasmaba a Merv era uno llamado Robaalmas. Merv, quien ya llevaba diez años residiendo en Barcelona, se ofreció a enseñarme la ciudad un domingo por la mañana, de camino a la cita con el polaco. Nos sentamos en el vestíbulo mientras aguardábamos el autobús y entablamos conversación.

—Me encanta Gales, cómo no —afirmó—. Pero uno acaba harto de tanto incesto y tanta violencia. Barcelona es mi ciudad, y yo sólo aspiro a ser barman. Aunque una vez intenté ganarme la vida de otro modo.

—¿Cómo?

—Fui corresponsal de guerra. Pero no funcionó.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te metiste en eso?

—Gracias a una antigua técnica de control mental druídica, transmitida de generación en generación durante siglos, que los no iniciados a menudo toman por mentira. Me preguntaron: «¿Tiene experiencia como corresponsal de guerra?». Y yo les dije: «Sí». A la pregunta «¿Se defiende bien en árabe?», contesté: «Sí». Ellos: «¿Tiene contactos útiles en Beirut?». Y yo: «Sí».

»El trabajo no estaba mal, pero no iba conmigo. Acabé harto de inventarme historias. Todo esto ocurrió cuando Beirut era una ciudad sin ley. Lo dejé después de la historia del perro con poderes.

—¿Poderes?

—Una de las milicias tenía un perro con poderes que les aconsejaba cómo invertir en bolsa. Se hacían de oro gracias a él y les permitía adquirir las armas más punteras.

Yo estaba sentado en un taxi en una barriada del extrarradio esperando al taxista, que había ido a concertar una entrevista con el perro, cuando un transeúnte se detuvo y me abordó en inglés. Iba vestido con mi jersey de Cardiff.

»Siempre que me lo pongo las mujeres me dicen: “No pensarás salir así...”. O: “Por Dios bendito, ponte cualquier cosa menos eso. Haré lo que me pidas, incluso guarradas”. Pero yo les contesto: “Me pongo este jersey porque me salvó la vida”.

»Resulta que aquel hombre pasó cinco años en Cardiff estudiando hostelería. Estaba un poco amargado. Tras el fuerte revés recibido por la industria hotelera en Beirut, vivía en un cuchitril en la más absoluta miseria, o sea que, según él, le habría dado igual pasar aquellos cinco años metiéndose zanahorias por el culo. Luego me dijo: “No es asunto de mi incumbencia, pero supongo que sabrá que su taxista le está vendiendo a la milicia”.

»Monté en cólera. Le pagué al taxista un buen fajo de billetes. No me importa que me timen, porque del timo vivimos todos. Que alguien me tima, pues bueno, ha sido más listo que yo, pero no me gusta que me vendan como un microondas robado a unos chavales y pasar diez años encerrado en un zulo. Entonces tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida. ¿Qué hago, espero a que vuelva el taxista y le parto la cara? Ganas no me faltaban, pero seguro que regresaría acompañado de los mercachifles del zulo. Así que me conformé con volver al hotel al volante de su taxi, prendí fuego al vehículo, y luego, antes de hacer las maletas, me dediqué a difundir falsos rumores que podrían costarle la vida. Pero la historia me persigue. De vez en cuando su cara se me aparece en sueños, y una de las pocas cosas que lamento es no haberle retorcido el pescuezo. Nunca sabes si has acertado, ¿verdad? Y en la vida todos tenemos algún percance con un taxista, ¿no?

—Es una lástima que no llegaras a conocer al perro con poderes.

—No, pero eso me pasó por meterme a periodista. Viví varios años en Beirut inventando historias o plagiándolas, acodado en la mejor barra de la ciudad y aportando mi granito de arena al país enseñándoles a hacer Martinis con vodka. Cuando por fin me enteré de un bombazo casi me costó la vida. Aunque al menos estaba informado. Ningún periodista mencionó una sola palabra sobre aquel perro. Y no creas que era un chucho de esos que ladran una vez para decir sí y dos veces para decir no. Nada de tonterías. No, el perro les daba detalles precisos y por escrito de a cuánto debían comprar y vender.

»Los expertos aseguran que la guerra civil libanesa fue un diploedro de mal levantino soldado a una *buckyball* de intrigas internacionales; pero yo les digo: Analicen la duración de esa guerra civil. Quince años. Curiosamente, el mismo número de años de vida que alcanzaría un perro recibiendo los mejores cuidados. Más claro el agua, ¿no? ¿Por qué crees que allí había tantos israelíes y sirios? Todos iban detrás del perro. Es comprensible que nunca se mencionara. ¿Quién iba a querer

dar una rueda de prensa para comunicarlo? “Invadimos el país porque andamos tras un perro que en menos de un año nos devolverá con creces las inversiones realizadas”. Mal asunto. No debí marcharme, ésa es la verdad. Hay muchas cosas que pesan sobre mi conciencia.

—¿No irás a contarme una tragedia?

—No sé si lo es. Antes de aquella malograda entrevista con el perro recibí la invitación de una milicia. Me acogieron con una hospitalidad admirable; café y *tajelmalek*. Mira, si yo abordara a un extraño con: «Hola, me llamo Mervyn. ¿Por qué no me invita a una copa y me cuenta cómo se tira a su esposa?», el tipo me molería a palos. Si en cambio le dijera: «Me llamo Mervyn y soy periodista. ¿Por qué no me invita a una copa y me detalla cómo se tira a su esposa?», el tipo lo pensaría dos veces. La gente, sobre todo la que nunca ha tratado con periodistas, se desvive por ellos. Creen que por fin alguien le reconoce su valía. Allí estaba disfrutando de la hospitalidad de aquella gente cuando se ofrecieron muy ufanos a mostrarme su nueva artillería en combate. Yo pensé: Pues mira, nunca he visto un cañón de artillería abriendo fuego de cerca. Y contesté: «¿Por qué no?». Lanzaron varias descargas, e incluso me dejaron efectuar una a mí. Fue un estruendo tremendo, vi el proyectil saliendo disparado hacia la inmensidad del cielo.

»Después me ofrecieron más café, tentempiés, un buen tabaco; en plan amigos todos y venga a reír. Pero de pronto me vinieron a la mente aquellos proyectiles desintegrándose a lo lejos. “¿Adónde iban dirigidos los obuses?”, pregunté. “Al poblado druso local”, fue su respuesta.

—¡Qué horror!

—No conocía a nadie del poblado. Ni tuve noticia de que hubiera heridos. Incluso puede que se burlaran de mí cuando dijeron eso. Además, la gente que vivía allí debía de saber que estaba a tiro, y supongo que tomarían precauciones. Lo que me duele es que nos dio por hablar de música de baile y salió a relucir una conocida banda negra norteamericana que realizaba una insólita fusión de ritmos de baile, acordes potentes y psicodelia, en homenaje a los topos de la ciencia ficción, cuyas obras ahora van muy buscadas por los coleccionistas. Tal vez ahí radique el secreto: si quieres que tu trabajo se convierta en materia de coleccionista, mejor no morir de éxito al principio de tu carrera. En sus inicios casi nadie los conocía, aún hoy son prácticamente desconocidos. Que casi nadie te conozca cuando aspiras a la fama es una tragedia, pero que casi nadie te conozca tras veinte años de poner punto final a tu carrera musical es fantástico para convertirse en banda de culto y aumentar el margen de beneficio. Mi anfitrión me prestó sus tres álbumes piratas favoritos de esa banda.

»Me dijo: “Eres el único periodista que se ha dignado hablar con nosotros”, y me besó. No me atreví a contestarle que no era periodista, ni siquiera sé escribir sin faltas de ortografía (alegué dislexia cuando me concedieron el empleo), y no tenía ninguna

intención de escribir sobre él, ni siquiera algo inventado. Si poco después me veía en la clásica situación: “periodista que se topa a solas en un lavabo público con el entrevistado de marras y los tres guardaespaldas más cachas del lugar”, algo que ocurre casi siempre, podía alegar haber redactado un maravilloso artículo con las palabras exactas del entrevistado, pero que el editor decidió suprimirlo o recortarlo en el último momento. De ser un periodista auténtico me habrían emocionado aquellas palabras.

»Pero, tras el episodio canino, tuve que salir por piernas y no pude devolverle los discos. Sigo sintiéndome culpable por habérmelos llevado. A todos nos pirra el pirateo, nadie quiere verse entre los pringados que aguantan el chaparrón, todos preferimos estar entre bastidores con la banda.

—Suerte que llevabas el jersey de Cardiff, si no aún estarías en Beirut.

—Todos necesitamos ayuda, pero en el momento apropiado. No tiene sentido invitar a una copa a alguien que se está ahogando, ¿no?

Al salir oí que Jorge sermoneaba al Felpudo:

—No puedes seguir así. Bastante tenemos contigo como para que ahora te dé por anunciar a la clientela su muerte en un accidente de tren.

—Esa señora me entendió mal.

—«Pronto morirá en un accidente ferroviario». ¿Dónde ves tú el malentendido? ¿La palmará en un incidente portuario? ¿Caerá de un parapente? ¿La matará un adolescente patibulario?

El autobús se detuvo frente al club. Cuando íbamos hacia él Merv se dio una palmada en la frente con el clásico gesto de haber olvidado algo.

—Tengo que llamar por teléfono a mi hijo. Es su cumpleaños.

No perdí el tiempo esperando su regreso. Comprendí que me había quedado sin plan y subí a la azotea.

Desde hacía unos días venía observando que Vían leía siempre el mismo periódico, arrugado y amarillento. Al final caí en la trampa:

—Ese periódico debe de ser fascinante —comenté—. Hace semanas que no te separas de él.

—Siempre leo el mismo, así me recuerdo a mí mismo que nunca ocurre nada. —Y me explicó que no entendía por qué pagábamos por leer las mismas noticias diariamente—. Es una chorrada comprar el periódico todos los días. No lo hacemos por aprender, porque de la prensa no se aprende nada; lo que pretendemos es que los demás nos vean como personas que compran diariamente la prensa.

Pensé que, según esa teoría, si uno lee el mismo periódico día tras día durante dos años, lo que quiere dar a entender, si alguien se fija, es que lleva dos años leyendo el mismo periódico.

—Aunque siempre veo cosas nuevas —añadió—. Tal vez sea el mismo periódico,

pero yo cambio. O quizá soy yo el que sigue igual y el periódico el que cambia, o bien penetro en un nivel textual distinto. Además, comprar el periódico es una actividad peligrosa.

—¿En qué sentido?

—¡Pero mujer! ¿No sabes cuántas historias trágicas empiezan diciendo: «Salió a comprar el periódico...»?

—Tengo un mal día —anunció Rutger cuando llegó a la azotea cargado con algo parecido a un desfibrilador.

—Me alegro —respondió Richard.

—Necesito que me cuenten desgracias ajenas —insistió Rutger.

—Aquí hay un artículo sobre unos mineros que quedaron atrapados en la oscuridad, en una pequeña bolsa de aire, a temperaturas bajo cero, con el agua helada hasta el cuello, y venga a dar golpes con la esperanza de que alguien acudiera en su rescate, pero llegaron demasiado tarde —le soltó Vían.

—No está mal como aperitivo.

—Claro que... —prosiguió Vían— todos estamos atrapados en una bolsa pequeña y oscura, con el agua helada hasta el cuello, esperando a que vengan a rescatarnos, y siempre llegan tarde.

Nos echamos a reír.

Entonces apareció Heidi. Era extraño verla en la azotea. Heidi tenía domicilio propio, una mansión situada no muy lejos de allí. Nadie sabía exactamente por qué continuaba trabajando en el club. A su camerino llegaban regularmente obsequios de valor, y sin que le exigieran nada a cambio. Gastos tentativos por parte de sus pretendientes. Heidi nunca devolvía los regalos.

Al quitarse la ropa la azotea pareció ladearse, como un portaaviones atestado de lujuria fondeando en un pueblo pesquero. Muchas compañeras estaban perdidas sin su maquillaje. Marina, por ejemplo, parecía enferma, y Ewa, un mamífero noctívago asustado. Heidi actuaba fueran cuales fueran las condiciones, era un todoterreno. Sus caderas ejercían tal tracción que incluso a mí, que nunca me interesaron esas cosas, me atraía.

Llegó acompañada de Walter. Los corneadores de Heidi se iban rotando, y por esas fechas le tocaba a Walter, el recién llegado, compartir número con ella. Walter nos gustaba a todas, especialmente a mí. Tenía unos músculos blandengues y a primera vista estaba rechoncho y vestía fatal. Pero poseía una fuerza sobrehumana, como descubrí el día en que le pedí que me ayudara a salir de la piscina y casi me lanzó en órbita con una mano, y como comprobó Rhino al perder, visto y no visto, los cinco pulsos consecutivos que echó con él.

—¿Por qué no parece fuerte? —se lamentaba Rhino—. No es justo.

También era una persona reservada, y no me prestaba atención, una técnica

demoledora cuando se emplea a corta distancia. Ser reservado y no prestarme atención desde un cuarto de baño a dos manzanas no tiene mucho efecto. Walter poseía el raro don de ser simpático con todo el mundo, pero manteniendo las distancias.

Era evidente que estuvo metido en asuntos muy turbios. A él no podías irle con preguntas del tipo «¿Qué miras?» o «¿Buscas pelea?», porque te soltaba un mamporro sin previo aviso, y antes de que cayeras al suelo ya había olvidado tu existencia. Pero luego no hacía alarde de ello, lo cual resultaba de un sexy insoportable. Pese a ser, a excepción de Janos, el duro del cotarro, un macho incorregible y sin duda pasaba noches en vela jugando al póquer, se alimentaba a base de latas, se desplazaba hasta el quinto infierno para ver un partido de fútbol o robaba coches deportivos, llamaba por teléfono a su madre regularmente y se acordaba de felicitar a su hermana por su cumpleaños.

—Aquí tenéis una rocambolesca historia de mala suerte: un limpiacristales voluntarioso del norte de Inglaterra trabajó doce horas al día, seis días de la semana, durante diez años con la ilusión de comprar el coche de sus sueños, un Rolls-Royce. —El tono de Vían se ensombreció—. La mañana que le entregaron el coche salió a comprar el periódico, y al abandonar la tienda fue atropellado por su propio vehículo, que había aparcado con el freno de mano mal puesto.

—Ja, ja —se rió Rutger.

—¿Rocambolesco dices? —replicó Richard—. Ahora sabrás lo que es un mal fario rocambolesco. —Las anécdotas de Richard tenían su gracia, pero no perdía ocasión de contarlas.

Con Walter, en cambio, tendrías que compartir una vida entera con él antes de que soltara prenda.

—Cuenta usted, *s'il vous plait* —le instó Vían.

—¿Qué tal si te mata una ballena?

—¿Te has quedado sin anécdotas de tiburones?

—Las ballenas son tan grandes que pueden matar a una persona. Nos aburren tus historias de submarinistas con mal fario.

—Ésta no va de submarinistas, sino de una ballena que mató a una persona en un restaurante de lujo.

—Las intoxicaciones no tienen nada de rocambolesco.

—¿Quién ha dicho que esa persona comiera carne de ballena? Hablo de un accidente en el que una ballena mató a una persona en un restaurante de lujo situado a cuatrocientos metros de la costa. Una ballena que va a por ti, que te elige entre los demás mientras mareas la perdiz con la carta de vinos.

—Las ballenas no suelen ser agresivas.

—Hablo de una muerte violenta por culpa de la ballena menos agresiva que

puedas imaginarte. Ocurrió en Tailandia. Mi amigo Suwat, un ricachón asqueroso, se hizo construir un hotel de lujo junto a una playa fantástica, con restaurante y escuela de submarinismo incluidos. Sólo el coste de la ropa de cama ya ponía los pelos de punta.

—¿Cuántos alumnos se te ahogaron?

—Ninguno. La escuela permaneció abierta tres días. La inauguramos por todo lo alto, invitamos a todos los gerifaltes del lugar. A la mañana siguiente, cuando ya tenían que llegar los primeros huéspedes, vimos una ballena muerta. Una enorme ballena varada en medio de la arena. Ya se sabe que las ballenas no huelen a rosas, pero aquélla te revolvió las tripas. Suwat, viendo que el animal le iba a joder el negocio, ordenó a sus muchachos que la devolvieran al mar. Pero nada, no hubo forma: la ballena no se movía. «Pues la enterramos», dijo Suwat. «Llama por teléfono a un contratista y dile que venga con un bulldozer». Naturalmente, falta que necesites un bulldozer para que no haya ninguno disponible. Suwat se subía por las paredes, pero cometió el grave error de pagar al contratista por adelantado. «No hay bulldozer que valga», soltó el contratista, «pero puedo hacerte un favor. Mandaré a alguien con unos cartuchos de dinamita». Aunque a Suwat no le entusiasmó la idea, quería perder de vista a la ballena como fuera.

»Entretanto saltó la liebre.

—¿Qué liebre?

—Se murió un cliente del restaurante. La mujer se tragó una avispa y, al ser alérgica a su picadura, falleció por asfixia. Suwat empezó a inquietarse. Se rumoreaba que sembraba el mal fario allá adónde iba, y su fantástica playa acababa de ser ocupada por una ballena azul, lo nunca visto en el país. Los científicos volaron a la isla para verlo con sus propios ojos, y, para más inri, la denta murió víctima de la picadura de un minúsculo insecto normalmente inofensivo. A Suwat la idea de introducir explosivos en las inmediaciones le puso histérico. Para ser sinceros, yo también preferí quitarme del medio. Los dos nos refugiamos en el restaurante, a unos cuatrocientos metros del animal. Entonces Suwat comprobó la carta, convencido de que poseía la más selecta bodega de vino francés del este de Dijon, cuando la ballena saltó por los aires.

»A mí me pareció una explosión nuclear. La playa entera saltó por los aires. Enseguida me di cuenta de que algo muy grave había ocurrido. Oí unos golpes sordos aproximándose: eran pedazos de grasa hirviendo que aterrizaron sobre el restaurante. A Suwat le pilló uno de pleno. Murió aplastado por un misticeto mientras se debatía entre el pinot noir y el cabernet. Todas las habitaciones del hotel quedaron barnizadas por una capa de arena y grasa, pero la ballena seguía intacta, apenas se desplazó tres metros. Tuve que buscar otro empleo.

Me molestó ver a Heidi y Walter juntos, no por un arrebató de celos, o tal vez sí.

Intenté ser agradable con ambos, sin realizar grandes avances en ninguno de los dos frentes, y por mucho que quieras quitarle importancia, escuece que dejen tu amistad sobre el mostrador sin desenvolverse. La mayoría de la gente, por ejemplo, Vían, se sentiría a gusto charlando en una habitación con completos desconocidos que no hablaran su mismo idioma. Pero a mí me importa quién es mi interlocutor.

En el Babylon nunca faltaba compañía, pero yo tenía mala sombra. No tuve una mejor amiga. Contemplando a mis compañeros en la azotea, intenté adivinar con cuáles seguiría en contacto a mi regreso a Londres. Me planteé quedarme en Barcelona y buscar un trabajo en condiciones como bailarina, pero me faltaban los contactos. Mi intuición me decía que, sin recomendaciones, mejor ni intentarlo.

En realidad, Heidi no hacía migas con nadie. Decían que sus padres la abandonaron en casa de sus abuelos a los seis años, y durante mucho tiempo le tocó cargar con el papel de niña pobre y no deseada, hasta que la biología acudió en su rescate. Los psicólogos son todos unos imbéciles, de eso no hay duda. La idea de que escarbando en los detritus del pasado se averigua todo es una tontería supina, pero en el caso de Heidi veías que seguía siendo una niña de seis años con un mosqueo como la copa de un pino, y que el mundo nunca podría recompensarla. Walter era más accesible, aunque nunca se esforzaba por entablar conversación conmigo. Además, no te devolvía más que una mínima parte de lo que ponías de ti.

Richard animó la velada tildando a Vían de franchute amariconado. Luego recapacitó y lo llamó franchute amariconado y arrogante.

—¿Te parece arrogante querer entender? —replicó Vían—. ¿Para qué somos inteligentes si no entendemos? ¿Tan arrogante es entender? Yo puedo entender cómo funciona un avión sin ser capaz de construirlo. Y un terremoto, aunque pueda hacer menos por evitarlo que una pelota de ping-pong.

—Franchutes —insistió Richard—. Vestís mal y lleváis bolso. ¡Y ya me contarás para qué queréis una legión extranjera! Eso es porque en Francia no tenéis lo que hay que tener.

Oí que Walter le mencionaba a Heidi que llevaba años buscando un *compact disc* de reggae muy poco conocido que escuchó una vez en un taxi. Quiso comprarlo al taxista en el acto, pero el tipo se negó en redondo. Había pateado todas las tiendas de discos sin dar con él. Tampoco conocía a nadie que pudiera prestárselo para grabarlo. Decía que no comprendía por qué estaba tan obsesionado con él, si porque era tan bueno como recordaba o por la imposibilidad de encontrarlo.

Consideré cuál sería el momento idóneo de intervenir. Aquél era uno de los *compact discs* que me traje de Londres. Yo no le veía nada raro ni excepcional, formó parte de la colección de mi hermana muchos años antes de que yo me lo apropiara. Aquélla era una señal evidente de que nuestra amistad tenía futuro. Oportunidades como ésa no se presentaban así como así. Obviamente, en el Babylon no se le daba



ninguna importancia al sexo, pero a la amistad sí. Sentí deseos de salir corriendo a por el *compact disc* y regalárselo. Luego pensé que sería mejor esperar a que Walter se quedara a solas, y así lograría que su gratitud aumentara. Después llegué a la conclusión de que mejor no se lo daba. Walter siempre se mostró correcto conmigo, pero no hizo ningún esfuerzo por conocerme. Si no le interesaba, ¿para qué iba a intentar, por así decirlo, comprar su amistad?

Un sonoro aleteo precedió la llegada del helicóptero de la policía. Ésta nos espiaba a menudo, pero el motivo de tanta curiosidad era un misterio. Si se trataba de mirones, las playas estaban llenas de abundantes carnes de todo tipo. Y si lo que pretendían era recabar material para actividades en solitario, había tiendas repletas de sofisticados artilugios con las más diversas formas y a precios asequibles de los que disfrutar en la intimidad. Por otra parte, si querían vernos en acción, la entrada del espectáculo no salía cara.

El caso es que algo atraía a aquel helicóptero a nuestra azotea. Circundaba nuestras cabezas con su cansino y ensordecedor zumbido casi a diario. Quizá se debiera a que la azotea sólo se divisaba desde el aire, a que nuestros cuerpos desnudos quedaban allí fuera de lugar, y el morbo radicara en el factor ojo de la cerradura. No tengo una vista estupenda, pero incluso yo era capaz de divisar en el interior del aparato ese espectáculo tan conocido para las mujeres de todo el planeta: la lejana o no tan lejana figura de un hombre toqueteándose.

—¡Lánzale una miradita de las tuyas, Heidi! —exclamó Richard.

En el espectáculo el número de Heidi siempre se desarrollaba con puntualidad matemática. Las demás parejas a veces se atascaban durante unos desesperantes minutos, y como mujer, artista o no, es un engorro dar con una polla que no funciona, pero Heidi se jactaba de ser capaz de empalmar a cualquier hombre en menos de treinta segundos. A las pruebas me remito: podías poner el reloj en hora con su número, porque una noche tras otra finalizaba al unísono con la música, y duraba exactamente diez minutos y cuarenta segundos. No importaba el hastiado manubrio con que le tocara trabajar (y a nuestros colegas masculinos les interesábamos tanto como el periódico de la semana anterior), ya que la cuenta atrás era matemática.

—Me basta con mirarlos —decía Heidi.

Corrían infinidad de teorías sobre el método que empleaba, pero, aunque interrogué a Rutger y Rhino al respecto, no saqué nada en claro.

—¿Quieres saber cuál es el secreto? —me preguntó Rutger—. Oceane, te lo diré porque eres tú. Es la mirada.

—Eso ya lo sé, Rutger. Y ¿qué tiene esa mirada?

—Te sonará extraño, pero es como hacerlo con seis mujeres a la vez.

—¿Cómo lo sabes, Rutger?

—Tú me lo has preguntado, Oceane.

Cuando lo consulté con Rhino, éste se quedó con la mirada perdida durante tanto rato que pensé que había olvidado la pregunta o no quería contestar.

—Hace que te sientas el hombre más importante del mundo —concluyó.

Heidi levantó los ojos, miró fijamente al piloto del helicóptero y, si no lo veo no lo creo, en ese instante el aparato efectuó un brusco viraje y desapareció de nuestra vista. A continuación oímos unos potentes chasquidos, seguidos de una explosión atronadora y, por último, una columna de humo negro y grasiento se retorció en el horizonte.

Nadie dijo nada. Fue como si no mencionando que Heidi provocó el accidente del helicóptero, nos convenciéramos de que el accidente no sucedió realmente. Nadie se movió. Uno no está preparado para estas cosas. Sabe cómo reaccionar en caso de infarto, mordedura de serpiente, ataques de osos, terremotos, crisis de todo tipo, pero el apartado helicóptero derribado por rubia no consta en ningún folleto.

Heidi alcanzó su bronceador factor 30 y se untó de crema en los brazos. Tal vez fuera dura de oído. Deseé decir algo, pero me callé porque si abría la boca, si decía que el helicóptero se había estrellado, significaría que el helicóptero se había estrellado, y ya nadie podría pensar en un posible descuido en una obra cercana o un coche recalentado.

Pensamos que vendrían a interrogarnos, pero no fue así. Continuamos subiendo a la azotea día tras día sin que, afortunadamente, la policía nos visitara. ¿Qué íbamos a decir? ¿«Mi amiga Heidi es tan descarada que es capaz de tumbar un helicóptero sólo con mirarlo»? ¿Cuáles habrían sido las últimas palabras del piloto? ¿«¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se me viene un chocho encima!»? ¿Y a qué conclusión habrían llegado los investigadores? ¿«El agente Díaz murió como habría deseado, con el miembro viril en la mano»? Es comprensible que nunca llegaran a preguntarnos nada.

Yo seguía esperando el momento oportuno para ofrecerle a Walter aquel *compact disc* de reggae tan especial, pero las circunstancias conspiraban contra mí. Pasé horas sentada junto a la piscina ansiando un encuentro a solas con él, mientras Lou y Sue no dejaban de dar la brasa con que «sólo una mujer puede excitar a otra mujer, y hay que ver lo que te estás perdiendo». Era una tortura china, y comprendí que haya mujeres cuyos hombres terminan siendo unos calzonazos, porque algunas resultan insoportables. Llegué a sentir ganas de decirles: «Os doy media hora, pero callaos ya, ¿vale?». Mi primera objeción contra las lesbianas es que no tengan otro tema de conversación. De vez en cuando me tocó hacer de lame-pezones suplente en uno de los números de Christiana, y trabajarme su pecho me resultaba tan excitante como lamer una butaca. Conste que esa práctica no me excita.

—No puedes ser lesbiana —interrumpió Vían.

—¿Perdón? —contestó Lou.

—No se puede ser lesbiana si se es lesbiana —aclaró Vían—. Sólo un

heterosexual puede ser gay.

Christiana, que gimoteaba de pie junto a la piscina, salvó a Vían de la furia sáfica. La chica observó que, dado el rato que Hamish llevaba sumergido en el fondo, estaba haciendo algo más que inspeccionar el suelo de la piscina. En realidad, abandonó el planeta tierra. Christiana notó que las cuerdas vocales no le obedecían. Daba saltitos y apuntaba con el dedo, pero no como uno reaccionaría en una situación de emergencia.

La opinión generalizada fue que a Hamish se le había ido la mano con algún estimulante. Sin embargo, no hallaron restos de drogas ni alcohol en su cuerpo. Algo encontraron, naturalmente, pero no en cantidad significativa. Tampoco se observó nada extraño en las circunstancias de su muerte: fue como si hubiera decidido echarse a dormir en el fondo de la piscina. Nadie notó nada, ninguno recordaba siquiera haber visto cuándo se lanzó al agua. En el momento de los hechos yo bastante hacía aguantando a las predicadoras como para aportar nada de interés a la investigación.

Jorge me pidió que recogiera las pertenencias de Hamish. En un principio, te parece un honor que te adjudiquen una tarea tan delicada, que te consideren lo bastante madura y entera para una misión así, pero después te indigna que te la hayan endilgado. La caja de pañuelos de papel, los zapatos apestosos, la taza de café a medio terminar, el letrero de madera con la palabra SEMENTAL dejaban de ser una caja de pañuelos de papel, unos zapatos apestosos, un café a medio terminar y un letrero de madera para convertirse en la caja, los zapatos, el café y el letrero de un difunto. Como tales, adquirirían una pátina indeleble y fúnebre.

Fue fácil desprenderse del café grumoso. Terminó en el desagüe. Pero resultó más arduo y perturbador deshacerse de los demás artículos, pues me hacía sentir cómplice de la aniquilación de Hamish. Casi toda su ropa estaba tan estropeada que no podía sino terminar en la basura. Nunca he comprendido si lo que mueve a los hombres a no desprenderse de una camiseta en veinte años es la fidelidad o el temor a salir de compras.

Hamish contaba con una única maleta, lo que determinó mi decisión de limitarme a las pertenencias que en ella cupieran y enviarla a la familia. No encontré fotos comprometedoras del difunto cepillándose a transexuales, ni cintas con marchas nazis, ni órganos escabechados de antiguos amantes. Pero sí infinidad de ofertas de tarjetas de crédito y fotografías de Hamish en habitaciones, bares y playas abarrotados de conocidos suyos, sonriendo falsamente a la cámara y blandiendo cigarrillos y vasos. Fotografías cuyo valor quedó cercenado. Una de las razones por las que acepté aquella tarea fue mi deseo de pillar a Hamish en paños menores, espiritualmente hablando. ¿Qué pasaría si pudiéramos ver en el interior del prójimo? ¿Nos escandalizaría, nos deprimiría o nos aburriría? ¿Acaso la vida interior es un cuento chino? ¿O es que la pega está en que nos conocemos demasiado deprisa?

La habitación aguardaba su regreso, como si Hamish acabara de salir a hacer un recado. Una pinza para papeles enorme sujetaba un fajo de hojas de color crema escritas a máquina en un idioma extranjero. La acompañaba una carta escrita en inglés por alguna ancianita (saltaba a la vista por la pulcritud y corrección del escrito), en la que la señora expresaba su deseo de que Hamish encontrara a alguien en Gran Bretaña interesado en las cartas de su tía abuela. La carta llevaba fecha de cuatro años atrás. «Se dice fácil», murmuré para mis adentros. Las hojas planearon sobre la papelería. No tenía ni idea de qué hacer con ellas. Ni idea de cómo enfrentarme siquiera a la tarea. Ni idea tampoco de si merecía la pena hacerlo. A nadie le gusta desilusionar a una ancianita que escribe cartas tan primorosas. ¿Qué contendría aquel manojito? ¿El equivalente a una indecifrible lista de la compra o las más bellas palabras jamás escritas?

Rutger irrumpió en la habitación cargado con un tronco. Sentí la tentación de preguntarle por él, pero llevaba escrito en el semblante el deseo de que así lo hiciera.

—¿Algo que merezca la pena? —preguntó mientras dejaba el tronco apoyado en la pared y me miraba como diciendo: «Pregunta, pregunta».

—No toques nada.

—Esto ya no lo va a necesitar nadie. —Agarró el bote de espuma de afeitar de Hamish. Jugueteó un rato con un cortaúñas y a continuación cogió un blíster de pastillas contra el mareo—. Me las quedo.

—¿Piensas hacer alguna travesía? —le pregunté.

—No, pero por si acaso.

Levantó el tronco con gran ostentación. Me miraba perplejo, sin comprender cómo no le había preguntado ya por él.

—Tengo un tronco —señaló.

Me eché a reír.

—Es un pedazo de historia —observó.

Yo estaba hurgando en uno de los cajones de Hamish.

—Éste es el origen de la música —prosiguió Rutger—. La percusión empezó con esto. Este tronco será mi primer álbum.

—Creía que querías dedicarte al cine.

—También, pero voy a fundar un emporio creativo. *Las múltiples voces del tronco* será un éxito.

—¿Sabes tocarlo?

—No.

Eché una ojeada al letrero con la palabra SEMENTAL, que se partió en dos: SEMEN y TAL. El letrero hacía las veces de goma elástica. Rutger no se iba. Estaba manoseando unas camisas. Pensé lo mucho que le habría molestado a Hamish que sus cosas acabaran en sus manos.

—La roja está muy bien.

—No puedes quedarte sus camisas.

Yo jamás me apropiaría de la ropa de un muerto, sobre todo habiendo fallecido de un modo tan trágico. Entonces recordé que, entre los cachivaches que solía comprar en las tiendas de segunda mano, debía de haber trapos de alguna difunta. Aunque no tenía conciencia de ello.

Rutger se desnudó.

—Si te apetece caricias, grita. —Se puso la camisa de Hamish: le quedaba enorme.

—Te queda grande —observé.

—Pero es roja y gratis.

—Debería ir a parar a una organización benéfica.

—No hay mejor causa benéfica que mi persona.

Opté por la táctica del terror.

—¿No temes que te traiga mala suerte?

—No. Oceane, ¿por qué no le caigo bien a nadie?

—Le caes bien a todo el mundo, Rutger. Y ahora vete a tomar por el culo.

—¿Quieres ser mi amiga, Oceane?

—Tu amiga se está despidiendo de ti en este momento.

—Tengo una confesión que hacerte, Oceane.

—No confieses nada.

—Debo hacerlo. ¿Sabes por qué me gustas?

—No.

—Porque has adivinado que en el fondo soy un gilipollas. —Ah.

—¿Por qué no poseeré un caché más atractivo?

Me senté a reflexionar. Cuando alguien te pregunta por qué no le cae bien a nadie, ¿qué desea saber? ¿Pretende que le asegures que cae bien, aun cuando sea mentira? ¿O le interesa desentrañar la causa de su impopularidad? ¿Habría defraudado a Rutger? ¿Podría haber expuesto con claridad lo desagradable que era su espíritu?

Contemplé las pertenencias de Hamish. Reparé en que habían transcurrido dos horas y lo único que había hecho era tirar el café por el desagüe. Vi un tubo grande de pasta dentífrica empezado. Yo sería incapaz de usarlo. Pero no podía donarlo a una organización benéfica. Si no especificaba su procedencia, algún destinatario le encontraría en el mundo exterior, y no sabía qué inventarme. Al final terminó en la basura.

Me hallaba en la azotea con Constance, un parásito profesional que vivía de subsidios y prestaciones del Estado y poseía dos viviendas en Londres, que alquilaba a pintores franceses mientras ella residía en Barcelona. Janos la conoció en la playa. Constance no necesitaba trabajar, pero le había tomado el gusto al club.

Janos y Sergio haraganeaban por ahí. Los dos se hicieron inseparables. Sergio sólo hablaba italiano, y Janos, que lo chapurreaba un poco, era su vínculo con el mundo. Janos siempre estaba de buen humor; hacía lo que quería en la vida: cobrar un buen sueldo por desenvainarla con chicas guapas a todas horas. Rhino, aun siendo un profesional, renegaba de todo. Janos soñaba con casarse con una rubia despampanante y comprar un gran coche y una gran casa; con eso le bastaba para ser feliz. Nunca le daría por buscar otra rubia, un coche ni una casa más grandes. Podría tontear con otras, pero sería de los que acuden puntualmente a cenar sin manchas de carmín en el cuello. Janos era la rectitud personificada.

Sergio, en cambio, tenía un lado inquietante. Corrijo: muy inquietante. Era flaco, más bajito que Rutger, y su singularidad radicaba en que siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuera y con quien fuera. Permittedme que insista: lo que fuera, con quien fuera y cuando fuera. Las fotos lo atestiguaban. Su éxito en el sector se debía a que la frase «Yo eso no lo hago» nunca salía de sus labios. A mí me admiraba tan omnívoro apetito, pero no podías evitar coincidir con Vían en que el hombre que folla con cualquiera no folla con nadie. Aunque la higiene era un requisito indispensable en el Babylon, yo me hice el firme propósito, dijeran lo que dijeran los análisis de sangre, de no trabajar jamás con Sergio. Se educó en un centro de menores y a los doce años se lió con su profesor de natación.

—¡Qué espanto! —exclamé, comprensiva.

—No —me corrigió él—. Fue fantástico. Él me quería y me hacía regalos.

Lo inquietante de Sergio era su incapacidad para distinguir entre una pregunta como «¿Tomamos una cerveza?» y «¿Secuestramos a alguien y lo atamos y amordazamos hasta que se asfixie lentamente mientras tomamos una cerveza?». Cuando discutimos la posibilidad de deshacernos de Rutger, el macarrónico italiano de Janos patinó, y Sergio, malinterpretando nuestras intenciones, sugirió por gestos tan campante que lo metiéramos de cabeza en la piscina hasta que se ahogara. Janos se echó a reír, pero todos nos horrorizamos al comprender que su amigo no bromeaba. No nos atrevimos a mirarle a la cara. Esto sucedió al poco de que Hamish pereciera en la piscina.

—Son unos buitres y unos asquerosos —decía Constance.

No recuerdo con qué políticos la había tomado ese día. La política no salía a relucir casi nunca en la azotea, pero, cuando surgía el tema en presencia de Constance, saltaban sapos y culebras. No existía figura política de partido alguno, ya fuera en el gobierno o en la oposición de cualquier país, que no mereciera los adjetivos de malvado, buitre, asqueroso o —su epíteto favorito para los gobernantes— detestable. Consumía grandes dosis de bilis despotricando contra el sistema o el *establishment*. Para una propietaria de bienes inmuebles, cuya única preocupación en la vida consistía en qué taparrabos ponerse por las mañanas, su furia resultaba

desmedida. Aparte de la política, lo único que le interesaba eran las faenas lúbricas. No sabría explicar el porqué, pero alguien que a los pocos minutos de conocerte ya te informa de que se ha acostado con ciento setenta y ocho hombres no me parece de fiar. ¿Por qué lleva la cuenta? ¿Por qué me lo cuenta a mí? Puede que una servidora se haya abierto de piernas más de lo debido, pero como récord *amateur*, y viniendo de una veinteañera, la cifra se las trae. Aunque, por otro lado, puestos a hacer cuentas, basta con llamar por teléfono a un autocar lleno de jugadores de rugby.

Sergio y Janos se estaban burlando de un anuncio que protagonizó Rutger. Los dos trabajaban a menudo en el cine, y Rutger intentó introducirse en el mundillo, pero al parecer su instrumento no daba la talla. En una ocasión Rutger acompañó a Janos a un rodaje y se empeñó en que el director le procurara dos o tres mujeres, porque una no sería suficiente. Como dijo Janos: «Tenía razón. Una fue demasiado». Pero el hecho de que no se le levantara ante las cámaras no le arredró. Viajó por toda Europa y América buscando platos, reapareciendo bajo seudónimos y con pelucas distintas, sin lograr levantar el asunto en el momento oportuno. Paradójicamente, pese a no haber llegado a cornear en pantalla, era conocido y odiado en el sector, hasta el punto de que un director publicó un anuncio de un cuarto de página en una revista del ramo con el careto de Rutger, una lista con todos sus seudónimos y el siguiente titular: «Razones para no trabajar con este hombre».

A los pocos días de mi llegada al club, Rutger me engatusó para que viera su filmografía, que, por cierto, no era muy extensa.

En la primera sección, la cual duró tres minutos, aparecía en dos tomas. Actuaba en el papel de novio ultrajado de una esteticista a la que un repartidor de pizzas forzaba delante de sus narices. La primera secuencia ilustraba la razón por la que Rutger aspiraba a hacer carrera en esa rama del cine: era un negado para la actuación y anulaba el talento de los demás actores. Su única tarea consistía en hacer de espectador, pero Rutger parecía exactamente lo que era: un tipo fingiendo el papel de novio ultrajado con semblante amargado.

Más tarde Janos me contó que Rutger consiguió el papel pagando al director y comprando él mismo la pizza.

Por suerte, el siguiente clip también fue breve. Una septuagenaria vestida con la parte superior del hábito de monja se afanaba por penetrar a Rutger con un toallero mientras Rutger fingía gozar horrores. Su actuación mejoraba sobremanera con la máscara de gas. La pseudo monja lucía semblante amargado.

A continuación se veía a Rutger caracterizado como porcicultor observando cómo una señora de edad avanzada, que a todas luces nunca había pensado en las bondades del ejercicio, la dieta saludable o la cirugía plástica, retozaba con el cerdo. El animal lucía semblante amargado.

La secuencia final mostraba a Rutger atado con cuerdas a un coche de Fórmula

Uno mientras una hastiada rubia con un escorpión mal tatuado en la nalga se ciscaba en él. Al parecer, Rutger consiguió el papel gracias a que él mismo proporcionó el vehículo. Janos me contó que el padre de Rutger era viceministro de algo en Alemania y regularmente le enviaba dinero a su hijo creyéndolo un yonqui.

—Voy a bañarme —anuncié al meterme en la piscina, por si el olvido de mis compañeros me hacía hundirme hasta el fondo.

La piscina era tan pequeña y tan poco profunda que parecía imposible sufrir un percance en ella, pero hay quien se ahoga en una bañera. Creí que disfrutaría del baño, pero fue imposible. No podía dejar de pensar en Hamish, que ya no podría chapotear alegremente bajo el sol. Sentir tristeza es inútil, pero es difícil evitarlo.

Constance se reía a carcajadas con Janos y Sergio. Su facilidad de trato me provocaba cierta envidia. Yo era entonces demasiado joven para comprender que muchos disfrutaban con las personas a las que no conocen demasiado, precisamente porque éstas tampoco los conocen a ellos. Ahí radica la atracción del forastero. Este tiene que conformarse con la información que tú le brindas, y es poco probable que rebata lo que le digas. No tiene por qué tratarse de un engaño de grandes vuelos. No hay que hacerse pasar por piloto de combate ni por la quinta señora más rica de España. Se trata más bien de omitir ciertos detalles, de retocar nuestro pasado para que luzca más favorable, de afirmar «Me encanta Nueva York», y que nadie te lo rebata: «Pero ¿no decías que era una ciudad horrible? ¡Si no paraste de quejarte en los cinco años que viviste allí!». A oídos nuevos, vida nueva.

Me vinieron a la mente los ciento setenta y ocho hombres de Constance, y, por contraste, me acordé de Tina. Tina y yo trabajamos amistad en el colegio por la sencilla razón de que en matemáticas las tres nos sentábamos en la última fila. Las tres éramos ella, Azra y yo. De no ser por eso, ni Azra ni yo nos habríamos molestado en dirigirle la palabra. Tina se casó a los diecinueve años con Phil, el primer hombre con el que se acostó, un anodino piloto de helicóptero. Vergonzoso. Me habría gustado prevenirla en contra, pero hubiera sido mala fe por mi parte, pues Tina hacía gala de una felicidad insultante. Azra podía alardear de haberse corrido infinitas aventuras en viernes noche. («Su hermano estaba durmiendo en su casa. Me lo pidió de buenas maneras»). Algo me hacía pensar que era muy posible que Phil fuera el primer hombre al que Tina besó. Aunque era atractiva, sus padres eran sumamente estrictos, y ella, bastante sosaina. Lo pasamos bien en su boda, como suele suceder, pero nos daba mucha pena. Fue como si le hubieran diagnosticado un cáncer. A los diecinueve años punto y final. Tina y Phil se instalaron en Malta.

A Azra le perdí la pista. Hay pocas cosas tan tristes como ver que termina una amistad. Yo entonces era demasiado joven para darme cuenta, y me entristeció no hacer nada por evitarlo. No fue por espaciar demasiado las llamadas telefónicas ni por enviar una tarjeta navideña barata. Al final descubrí que nuestra amistad se



reducía a que en matemáticas nos sentábamos juntas. En cualquier caso, Azra no necesitaba ser amiga de nadie; tenía las mejores tetas del colegio, según voto popular. Lógicamente, como toda mujer que ostenta tal supremacía mamaria, no podía evitar despechugarse a la mínima. Sospecho que cuando Azra se quedaba mirando al vacío en clase de matemáticas tramaba un pretexto para mostrar sus encantos en plena teoría de conjuntos.

Es cierto que a Azra le perdió la pista todo el mundo. Aunque a menor escala, ella fue otra Heidi, otra reina de los mares. Los hombres respetables se toqueteaban al pasar por su lado. ¿Y cuál es el objeto de deseo de la mujer que lo tiene todo? Lo que pertenece a otra. Todas estamos advertidas contra los hombres casados, pero no sirve de nada. Y contra las aventuras de oficina, pero también es inútil.

Como era de esperar, Azra acabó enfadándose con su hombre casado por estar casado. Pero no recurrió a los métodos habituales; no telefoneó a su esposa; no derramó ácido sobre su automóvil; no contrató a alguien que depositara en su jardín animales muertos, ni contrató a asesinos a sueldo. Azra se fue de vacaciones.

Se informó sobre las vacaciones que el señor Casado planeaba tomar junto a su esposa e hijos, y, cuando la familia se acercó al mostrador del aeropuerto para facturar el equipaje, Azra se plantó en la cola detrás de ellos con una elegante maleta. Chillar a voz en grito y arrojar objetos a un mostrador del aeropuerto podrá ser muy satisfactorio (además de violento para el objeto de los improperios) pero no es un comportamiento bien recibido entre las compañías aéreas. Si, en cambio, haces cola mansamente tras el adúltero, como una persona más, nadie tiene por qué llamar a las fuerzas del orden.

El Casado ve a Azra y al instante se sume en una hermética escafandra de terror. ¿Acaso estará pensando tomar un vuelo? ¿O será simplemente una funesta coincidencia? El Casado no sabe qué hacer. Sus exiguos bienes corren el peligro de verse pulverizados. Conoce los infinitos suplicios de los que una esposa es capaz. Comprende el temor de la hormiga ante la suela del zapato. De pronto, la espera en la cola se convierte en el mayor tormento de su vida. El sudor serpentea por su rostro como la hiedra, y está tan concentrado en no desmayarse que cuando su esposa le pregunta qué ocurre es incapaz siquiera de piar: «Nada». La azafata de tierra duda en autorizarle el embarque, lo ve tan alterado... ¿Será la presencia de Azra una advertencia? Vuelve la vista atrás un momento, ve que ella está facturando el equipaje y asume que se avecina un día espantoso.

Pero su silencio le anima. ¿Por qué aguardar si pensaba delatarlo? Sea como sea, se encuentra fatal y considera la posibilidad de escaquearse de las vacaciones. Su esposa lo observa con la suspicacia y la absoluta falta de comprensión que sólo una esposa es capaz de demostrar. Si ahora intenta escurrir el bulto lo acusará de abandonar a la familia para pasar más tiempo con su amante, porque inevitablemente

su mujer lo sabe; no conoce a Azra, pero es consciente de que hay otra. Y suspender las vacaciones sería tirar el dinero por la borda.

Eso es lo peor de los hombres casados: la falta de dinero. Dan la tabarra con los plazos de la hipoteca y las clases de ballet de las niñas hasta que te ofreces a pagar la cena.

El grupo al completo emprende vuelo a Ibiza. Al señor Casado le atormenta imaginar lo que le depara el futuro. No gana tanto como desearía, ni mucho menos, pero la familia de su mujer posee ciertos árboles en Perthshire, que, aunque jóvenes, en veinte años habrán crecido y darán buenos réditos. No le queda otro consuelo para las décadas venideras. Una vez en el aeropuerto de Ibiza Azra desaparece y el señor Casado se desploma en la habitación del hotel. A la mañana siguiente, cuando la familia despliega sus pertrechos en la playa, Azra extiende su toalla al lado y se presenta a la esposa:

—Me llamo Azra. Seguro que su marido le ha hablado de mí.

La familia se traslada a otro hotel situado en el extremo opuesto de la isla. Azra tarda quince minutos en dar con ellos y unirse a la comitiva. El señor Casado se enfrenta a la crisis tumbándose entre sollozos en una habitación en penumbra y fumando un cigarrillo tras otro, mientras las dos mujeres cotillean a sus anchas junto a la piscina. Al cuarto día Azra desaparece. Supuestamente, se ha cansado de la batalla.

De vuelta a casa, el señor Casado se consuela diciéndose que, en el peor de los casos, dentro de cincuenta años estará muerto y la visita de la policía para interrogarle sobre la desaparición de Azra no podrá agravar su estado. «El equipaje de mi amiga no salió de la habitación de aquel hotel ibicenco. Ése fue su último paradero conocido».

Me sequé con la toalla y regresé con Constance. Sentía una agradable tirantez en la espalda tras el baño. Janos y Sergio se fueron a incordiar a Rutger, y el sosiego de la tarde hizo mella en mí. Constance carraspeó. El primer carraspeo podía indicar que estaba aclarándose la garganta; el segundo era un claro preámbulo.

—Oceane, todos dicen que contigo se puede hablar.

—¿Ah, sí?

Primera noticia. Supongo que debía tomarlo como un cumplido, pero que se pueda hablar con alguien no parece una virtud muy deseable.

—Hay algo que me preocupa.

—¿No irás a hacerme una confesión?

—Necesito que me digas que soy tonta.

—Si te empeñas...

—Deja que te lo cuente. Mi madre me tuvo cuando ya era muy mayor, y siempre que salía el tema en la conversación yo le quitaba diez años. Luego me dio por pensar

que, si alguna vez le decía a alguien la edad de mi madre, a la pobre le ocurriría alguna tragedia. Entonces cumplió sesenta y cinco años.

—¿Por qué me lo cuentas si lo que te preocupa es que pueda ocurrirle algo?

—Porque ya se lo conté a otra persona.

—¿Y ocurrió algo?

—Que mi madre murió. Quiero que me digas que es absurdo pensar que fue culpa mía.

—Es absurdo.

El club poseía un equipo de sonido muy potente, y esa noche, mientras comparábamos esmaltes de uñas entre bastidores, funcionaba a todo volumen, razón por la cual no oímos que dispararan contra Mervyn. Al rato comprendimos que estaban desalojando el local y que algo raro sucedía frente a la puerta del Babylon. Nos informaron de que un grupo de libaneses que acudió a la primera sesión estuvo hablando con el charlatán de Mervyn. Tras intercambiar los típicos tópicos sobre el Líbano, uno de los libaneses le preguntó a qué hora terminaba su jornada laboral, pues le apetecía continuar la agradable charla después de atender ciertos asuntos. El libanés empleó las cuatro horas siguientes pateando los bajos fondos de la ciudad hasta dar con alguien que le vendiera una pistola. Volvió al club y pagó su entrada, efectuó cinco disparos a bocajarro sobre Mervyn y de camino a la calle, con toda su calma, disparó al Felpudo en el culo con la admonición «¡Idiota!», antes de fundirse en la noche.

—¿Te has enterado?

Una semana más tarde Christiana encontró a Patricia la Quejica en el fondo de la piscina. Se respiraba mal ambiente. Esto ocurrió en septiembre. En un principio me propuse regresar a Londres a los tres meses. Luego pensé que Navidad sería una fecha mucho más apropiada. Pero, habida cuenta de lo sucedido, tal vez debía llamar a una agencia de viajes de inmediato. Jorge estaba destrozado.

—Diez años en el negocio... y ni una sola pelea, ni un solo desmayo... Apenas alguna copa derramada. Y ahora esto.

Se habló de cerrar el club durante una semana. Parecía una solución razonable. A ninguno nos apetecía trabajar, pero quedarse de brazos cruzados tampoco servía de nada. Y por eso no te pagaban. No me hubiera importado tomarme una semana de vacaciones, pero había facturas que saldar, y entre todos convencieron a Jorge para seguir con el espectáculo.

Continuamos subiendo a la azotea a tomar el sol, pero el único que se bañaba en la piscina era Rutger. Chapoteaba haciendo grandes aspavientos mientras los demás nos pasábamos unos a otros la pelota de la pena. Aunque nadie intimó con Patricia, deprimía ver cómo una chica tan joven, tan exasperante y con unos senos tan atractivos, hubiera muerto de buenas a primeras. La ausencia de circunstancias en las

circunstancias de su ahogamiento avivó nuestra imaginación. Pese a carecer de conocimientos médicos, no tuvimos reparos en recopilar una lista de posibles escenarios de muerte repentina, extraídos de programas televisivos o rumores.

—Llega sin avisar. Una persona joven, rebosante de salud, sin preocupaciones... ¡Y pensar que lo último que se le pase por la cabeza sea si tiene que lavarse el pelo esa noche!

Me sentí impelida a ayudar a mis compañeros. Vían siempre se ocupaba del avituallamiento, Janos y Sergio bajaban a la playa en busca de jovencitas, la madre de Rhino mandaba paquetes con jamón y una especie de pasta de almendra rara de los que picábamos todos, y la Superquejica trabajaba en una empresa vinícola, por lo que a menudo teníamos a nuestra disposición cajas de vino tinto de una calidad sorprendente.

Un domingo me ofrecí a cocinar para todos. Disponíamos de una pequeña cocina con lo básico en la planta donde yo dormía. Dado lo precario de las instalaciones, decidí preparar pollo al curry, ya que como buena turista mochilera metí en la maleta una bolsita con especias, y porque, aunque el pollo al curry no te salga exquisito, es muy difícil pifiarla. Me salté el postre, pues en mi familia la encargada de los postres era Julia, y a mí me correspondía el plato principal. Por suerte, la falta de utensilios de cocina me excusaba de no aventurarme con un suflé de chocolate.

Invité a quince compañeros, Rutger incluido. No me apetecía que viniera, pero tampoco me atrevía a no decirle nada, pese a que al menos ocho de los quince comensales se opusieron a que el susodicho participara. En cierto modo, confiaba en no toparme con él en el transcurso de los cinco días siguientes. Por extraño que resulte, es posible vivir puerta con puerta con otra persona y pasar días sin verla. Pero Rutger se cruzaba en mi camino cada cinco minutos. Llegué a pensar que se trataba de una prueba. Rezando por que tuviera algún compromiso previo o fuera alérgico al pollo al curry, lo invité del modo menos atractivo que pude.

—¡Estupendo! —respondió—. Espero que cocines bien. Soy muy especial para las comidas. Aunque mi potencia orática es más que satisfactoria.

—¿Potencia qué?

—Potencia orática. ¡Hay que ver lo poco que dominas tu idioma!

El sábado por la mañana, trajinando con la cúrcuma, llegó un momento en que ya no pude engañarme por más tiempo: estaba muy nerviosa. El peligro de cocinar es que basta cometer un único error de cálculo o distraerse unos segundos para que te peguen en la frente el cartel de CALAMIDAD. Como con todo en la vida, en cuanto dejas de practicar pierdes arte, y yo nunca había cocinado para tanta gente, por lo que me tocó aprender ciertas lecciones de escala.

Al rato ya no pude engañarme por más tiempo: estaba aterrada. Intenté convencerme de que no importaba si el pollo quedaba chamuscado y la salsa

incomestible. Nos reiríamos todos juntos. Me lo repetía una y otra vez sin acabar de creerlo. Entraba en el baño cada dos por tres y me daban retortijones de pensar que mis invitados no se presentaran y me condenaran al ostracismo social, o peor aún, que se presentaran pero fueran incapaces de comer el pollo.

¿Quién me mandaba invitarlos? No tenía ninguna obligación. No era para menos: me pondrían a prueba. Por mucho que me dijera a mí misma, por mucho que dijeran los demás, suponía dar la cara. Iba a jugarme mi reputación. Aunque parecía una fruslería, iba a demostrar mi valía.

Sabía que podía contar con Janos y unos cuantos más. Con un cuchillo bien afilado en mano, Janos era capaz de comer un neumático si era preciso. Intenté apaciguar mis temores imaginándolo devorando el plato. Llegó la hora de la comida. ¿A qué norma de etiqueta se acogería una pandilla tan internacional? ¿Cuántos minutos de retraso se consideraban aceptables sin pecar de maleducado? Puse la mesa en mi habitación y esperé. Oía trajinar en las habitaciones contiguas y supuse que estarían abriendo apetitos. Me senté frente a las cacerolas de pollo y arroz y esperé. Me serví unas cucharadas. No es que estuviera exquisito, pero era comestible. Definitivamente, no estaba mal; me había salvado de la sierra mecánica.

¿Dónde se había metido la gente? ¿Debía llamar a sus puertas? Era demasiado tarde para seguir durmiendo, y percibí sonidos de verticalidad. Decidí no salir al pasillo y dar el aviso para no parecer desesperada.

Por fin se presentó un invitado: Rutger, cargado con una caja con una serie de diales. No pensaba preguntarle nada al respecto. Le serví un poco de pollo y atacó el plato con gusto. Como la conversación no tardó en decaer, hice caso omiso de mi intuición y le pregunté por la caja.

—Es un contador Geiger.

Vale, con eso me bastaba. Permanecemos un rato en silencio y entonces dijo:

—Podríamos darnos un revolcón mientras esperamos.

—Podríamos.

Le serví otra ración del guiso, que engulló relamiéndose de gusto. Mi intención era deshacerme de él cuanto antes, pero decidí que necesitaba su presencia. El fracaso empezaba a cuartearse sobre mi persona como una mascarilla de barro. Un invitado es infinitamente mejor que ninguno. Oía a lo lejos las voces de los demás, aunque nadie se acercó a mi puerta. En los días anteriores se lo había recordado a todos varias veces.

—Nunca había comido un pollo al curry tan rico —observó Rutger.

Eso sí que es penoso: recibes un cumplido, probablemente falso, de una persona a la que desprecias, y se te ablanda el corazón.

Supongo que Rutger se quedó otra media hora más por compasión. Incluso tuvo el detalle de repetir por tercera vez. Nadie más se dignó presentarse. Al cabo de dos

horas de espera tiré el pollo a la basura.

Sé que no tiene importancia. Sobre todo después de los acontecimientos de las semanas anteriores. Pero todavía hoy siento cómo la vergüenza me reconcome. Ese día aprendí que la verdad no es un plato de gusto. La verdad tiene muy buena prensa, pero, al igual que la mayoría de famosos, es susceptible de mal comportamiento. Yo no quería saber que mi amistad significaba tan poco como para que ninguno se molestara siquiera en dar dos pasos y comer de balde.

Pensé en el espíritu de grupo. Caí en la cuenta de que si Janos y Sergio compartían sus ligues era porque no les interesaban. Rhino nos ofrecía su pasta de almendras porque no quería engordar. Y a la Superquejica el vino no le costaba un céntimo.

Preferí no seguir por esos derroteros mentales, pues no conducían a nada bueno. Oía a los otros subiendo y bajando las escaleras, y rumores de conversaciones. Rondaban por allí pero no se presentaron. Confié en que después se disculparan por aquel feo, pero no hubo nada de eso.

Estoy convencida de que no lo decidieron por consenso. No hubo consultas previas ni boicot alguno. Fue una decisión personal de cada uno, nada más. Entonces reflexioné sobre mi conducta: ¿me había apropiado del secador de alguna compañera? ¿Había ultrajado a alguien? En cierto modo, eso aún era más doloroso. Si me hubieran vuelto la espalda, al menos podría haberme enfadado con motivo. Cuando alguien te pisa un callo adrede estás en tu derecho de vengarte sin contemplaciones, pero, si dan un paso atrás en un descuido y te hacen polvo el pie, por mucho que rabies de dolor resulta difícil, al menos para mí, tenerle rencor. Pero no indagué los motivos de aquella ausencia generalizada, en parte porque ninguno sabía que Rutger fue el único que se presentó. La comida fantasma podía haber existido, si no hacía preguntas.

—No te preocupes —dijo Rutger al despedirse—. A lo largo de tu vida tendrás uno o dos amigos que no te traicionarán. Ya te encargarás tú de traicionarlos a ellos.

Cuando te llevas un desengaño con los amigos tienes dos opciones: recordar u olvidar. Es obvio cuál es la opción más acertada, ¿no? Has aprendido una lección desagradable. Si te venden una prenda con tara o un electrodoméstico defectuoso, los devuelves al establecimiento donde los compraste, pero pocos podemos permitirnos cambiar a los amigos, por mucho que nos lo propongamos. No somos más que cerebros atrapados en sus cubetas. Varios amigos ingleses me prometieron visitarme en Barcelona, pero ni siquiera ofreciéndoles un suelo donde dormir cumplieron sus palabras. Luego te preguntas en qué habrás fallado.

Empezaba a presentir que no era como la mayoría de la gente: tenía sentimientos.

Recordé una conversación con Piotr y el mensaje que un anciano falsificador le dio tras cumplir una condena de diez años en la cárcel: «El universo tiene billones de

años de existencia, pero todo puede cambiar en cuestión de segundos. Pasas diez años de mierda y, de repente, adiós, muy buenas».

Al cabo de unos días subí a la azotea y me encontré a otra pareja de sanitarios, y a Richard y Vían de pie con cara de estupor. La desolación tiene un halo inequívoco. Se detecta incluso en la postura de la persona.

Rutger parecía tan jovial como siempre. Vían señaló hacia la piscina y aclaró con voz de ultratumba: «Marina». Yo pensaba que los de la ambulancia habrían subido a la azotea para realizar alguna práctica. No lo comprendí hasta que Rutger me lo explicó. ¿Cuándo se convierte el pánico en terror? ¿O es el terror el que engendra pánico?

Nuestro miedo alcanzó dimensiones estratosféricas. Hasta ese momento todos habíamos hecho de tripas corazón, muy ufanos de nuestra entereza, aunque ésta se debiera en gran medida a que nadie había trabado amistad con Hamish ni con Patricia. Todos nos llevábamos bien, pero hacía relativamente poco que trabajábamos juntos en el club. Además, uno siempre reserva cierta fortaleza espiritual para posibles contrariedades; y, si nos ponemos negativos, en lo más íntimo de nuestro ser existen fantásticas reservas de egoísmo e indiferencia a las que recurrir. Pero las cosas habían ido demasiado lejos.

La versión oficial volvió a ser la misma. Ni rastro de violencia, de alcohol ni de drogas. Marina, al igual que Patricia, no logró mantenerse despierta en la piscina.

Jorge la clausuró indefinidamente, como si a alguno de nosotros, con la excepción de Rutger, se le fuera a ocurrir meter un pie en ella. No sabíamos cómo actuar. Intentas convencerte de que el espectáculo debe continuar, y eso hicimos la primera vez. Pero nuestro estado emocional no sólo se debía a lo ocurrido con Marina. Tenía muy poco que ver con ella.

—¿Piensas despedir a Richard? —le preguntó Ewa a Jorge.

—¿Ahora a Richard? La semana pasada todos firmasteis una petición para que echara a Rutger.

—Richard colabora con la muerte.

—¿Cómo? —preguntó Jorge.

—Vino a parar aquí porque todos sus alumnos se ahogaban.

—No olvides los ataques de tiburones. Y dos se murieron por descompresión — corrigió Vían.

—Primero se estrella el helicóptero, luego Hamish, Merv, Patricia. Y ahora Marina. —Ewa gesticulaba con las manos.

—¿Cómo crees que Richard pudo hacer eso? ¿Tirando del helicóptero con un cordel? ¡Ni siquiera estaba presente cuando Hamish se ahogó!

—Richard atrae a la muerte. O se va él o me voy yo —sentenció Ewa.

—No digas bobadas —replicó Jorge.

Las palabras de Ewa no eran ninguna bobada. Nos había caído de golpe una carga excesiva de realidad difícil de soportar.

—¿Qué queréis que haga? ¿Que me eche a temblar como una abuelita? —preguntó Jorge haciendo aspavientos con los brazos.

Jamás he entendido esa expresión: para mí, las abuelitas son mujeres endurecidas por la vida que no temen a nada ni a nadie. El símil resultaría más apropiado con jovencitas o abueletes.

El tiempo se ralentizó hasta espesarse como el almíbar. No me ofrecí a ordenar los efectos personales de Marina. Hay verdades que conoces, pero que no sientes. A todos nos habían informado sobre la mortalidad, aunque una cosa es saberlo y otra que te venga la parca y se te siente encima.

—Mi esposa le agradece las horas extras. —Así se despidió el detective.

—Formamos un gran equipo —contestó Jorge.

Tal vez el equipo de música sea la cúspide del progreso. Disponer del club a nuestro antojo, con música a todo volumen y estupefacientes, había logrado animarnos en otras ocasiones. Sin embargo, no bastaba para levantar el espíritu. Ya no podíamos continuar con el espectáculo.

—Me los imagino en el cielo actuando para Dios —comentó Nadia.

Ewa y Piotr se despidieron. Hablaban (interminablemente) de quedarse otros seis meses y ahorrar para comprar un convento abandonado en la cordillera de Tatras y convertirlo en un club nocturno.

—No pienso morirme viva —declaró Ewa, y todos entendimos a qué se refería.

Nos felicitábamos por la valentía de seguir al pie del cañón. No hay nada como que alguien eche a correr para sentirte más fuerte. Lou y Sue, que hablaban (interminablemente) de marcharse, dejaron de hacerlo, y a cambio prolongaron su número otros diez minutos gracias a una batidora. Pero el miedo seguía pitorreándose de nosotros.

Durante unos días todo estuvo muy tranquilo. Las funciones se sucedían sin pena ni gloria, y la calma fue imponiéndose. Nadia y yo subimos a la azotea a tomar el sol. Jorge llenó la piscina de tierra y plantó unos arbolitos.

Las dos nos detuvimos en seco nada más llegar a la azotea, porque allí, junto a lo que antes fuera la piscina, vimos una gran vaca frisona tumbada de costado. Cuando digo grande debo aclarar que obviamente no soy ninguna experta en vacas, pero me pareció muy grande. En comparación, las piernas inertes que sobresalían bajo el cuerpo de la vaca eran bastante flacas. Reconocimos las raídas sandalias amarillas: pertenecían a Vían.

—Es una vaca —observé.

—Ya me he dado cuenta —contestó Nadia.

Aunque no entraré en detalles, no cabía duda de que tanto la vaca como Vían se



fueron al otro barrio. Nuestra conmoción fue tal que apenas pudimos dar la voz de alarma.

El miedo nos burbujeaba en las tripas. Cada vez que me bañaba llenaba la bañera dos dedos para no ahogarme. Usaba el cortaúñas con sumo cuidado, por si daba un traspies y me lo clavaba. Anuncié que debía regresar a Inglaterra para abrirme camino en el mundo de la danza, lo cual era cierto. Me consoló pensar en mi carrera profesional. Lo había pasado bien, pero lo único que saqué de mi estancia en el Babylon fueron unos brazos mejor torneados gracias a las muchas horas sobre el escenario en la postura del perrito.

No llegamos a saber de dónde salió aquella vaca. Vían tuvo una triste suerte. No es normal que una vaca caiga del cielo. Nadie denunció el extravío del animal, pero, a ver, ¿quién es el guapo que arroja una vaca desde las alturas, aplasta a alguien y se atreve a alzar la mano? Janos soltó que aquel bombardeo vacuno era una venganza de la policía por haberles derribado su helicóptero. A nadie se le ocurrió nada mejor.

A medianoche Rutger aporreó la puerta de mi habitación.

—¡Corre! ¡Richard está intentando suicidarse!

Me levanté, aunque sin brío. Un yunque de desconsuelo pesaba en mi estómago. Estaban pidiéndome lo imposible: que me enfrentara a otra desgracia. Intenté poner en marcha mi mente cuando Rutger añadió:

—¡Es una broma!

Tardé varios segundos en estamparle la puerta en las narices y proferir un gruñido, tras lo cual me desplomé de nuevo en la cama y decidí postergar el castigo para futuros episodios de vigilia.

Rutger volvió a llamar a la puerta.

—Era una broma. Es Constance la que ha intentado suicidarse.

Tras engullir un puñado de pastillas, vomitar y vagar por las calles, alguien la llevó al hospital, donde la desempastillaron, la volvieron a empastillar y la pusieron de patitas en la calle. La gente cree que dos personas procedentes de la misma isla se sienten responsables la una de la otra. Me halagó que me tuvieran por una persona formal, capaz de ayudar al prójimo en momentos de angustia, pero ese efecto no tardó en desvanecerse.

Instalaron una cama plegable en mi habitación para que cuidara de Constance.

—Depresión, ¿no?

—No.

—Entonces ¿por qué tomaste las pastillas?

—Estaba muy contenta. Pensé: ¿Qué sentido tiene suicidarse estando triste?

Constance tenía miedo a la oscuridad, por lo que dormíamos con la luz encendida, o más bien ella dormía mientras yo hacía lo posible por conciliar el sueño. Todos tenemos nuestras manías. Bueno, yo no. Pero mucha gente sí. A Azra le horripilaba la

mantequilla derretida. Nada más servirse, volvía a meterla en la nevera. La imagen de la mantequilla a temperatura ambiente le daba asco.

Entiendo que alguien tema la oscuridad. Lo que no entiendo es que vaya contándolo.

Sin embargo, lo consentí. Por si fuera poco, Constance olía mal. Se lo insinué varias veces, pero enseguida comprendí que debía pasar a la acción:

—Te está haciendo falta una ducha.

—Di que sí, tú dame órdenes. ¿Por qué a las mujeres siempre se les da órdenes? Haz esto. Haz lo otro. Y si no es haz esto, haz lo otro, es no hagas esto, no hagas lo otro. ¿Por qué no nos dejan en paz? Los hombres no se duchan si no les apetece.

El único modo de hacer que saliera de mi habitación era prestarle dinero para ir de compras, ya que la debacle farmacológica trastocó seriamente su capacidad para desplazarse hasta una oficina bancaria. Aguanté durante un tiempo porque un incidente así es cosa seria: la vida es sagrada, todos lo sabíamos.

Tres días más tarde Constance agotó mi paciencia. A decir verdad, llegué a desear que hubiera logrado su propósito. Algo me decía que mi designación como enfermera no se debía a mis particulares dotes para la compasión, sino a que me habían visto cara de prima. Nadie te agradece una tarea como ésa, y aunque lo hagan, «gracias» es una palabra que se lleva el viento. Al cuarto día, después de que Constance apagara su cigarrillo en mi pastilla de jabón, fui a ver a Jorge y le aclaré que o bien trasladaban a Constance a otra habitación o bien no respondía de mis actos.

Puse el grito en el cielo, le eché una bronca y sólo entonces reparé en el chico que había de pie en el rincón.

—Te presento a Juan —dijo Jorge—. Si te apetece, podrías enseñarle la casa.

Jorge sabía perfectamente que me apeteecía. Los guaperas no son mi tipo, pero Juan se convirtió en la excepción. Era demasiado atractivo para trabajar en el Babylon, o en cualquier parte. Deberían haberle subvencionado por ser quien era. Me vi a mí misma cambiando de pie de apoyo, jugueteando con el pelo y maldiciéndome por no haberme maquillado con más esmero. Era más joven que yo. Yo tenía veintiún años, y él, diecinueve, diferencia suficiente para añadir cierto morbo al asunto.

Le mostré el club procurando no babear. Supuse que Jorge le habría informado sobre los finados, así que hice hincapié en las bondades del Babylon.

—¿Qué hay arriba? —me preguntó el chico.

Yo pensé en omitir la azotea, pero no podía correr el riesgo de fingir su inexistencia por si Juan odiaba las mentiras.

—La azotea.

—Echemos un vistazo.

Habría preferido no volver allí nunca más, pero tenía que complacer a aquel chico y pasar más tiempo con él que nadie del Babylon hasta demostrarle que ninguna otra

chica podría brindarle mejor paraíso a su pilila.

Cuando vi a Richard en la azotea mi inquietud ascendió a niveles de histeria sofocada. Los supervivientes lo apodábamos «el Fin». Noté que mis hombros se encogían ligeramente contrarrestando el efecto de una vaca desplomándose desde las alturas y me vi centrifugada hacia el centro de la azotea en previsión de que el viento me arrastrara.

—Necesito hablar contigo, Oceane —anunció Richard.

—Luego.

—No te preocupes por mí —intervino Juan haciéndose a un lado.

Además era educado: me juré a mí misma que le haría gemir de placer.

—¿Qué? —pregunté. Quise decirle: «¿No ves que estoy ocupada?», pero no me atreví.

—Nadie escucha como tú —contestó Richard—. No puedo seguir así.

—¿Cómo? —Casi conseguí fingir que no sabía de qué me estaba hablando.

—Todo ha sido culpa mía.

—¿Por qué iba a ser culpa tuya?

Me pareció que, dadas las circunstancias, aquélla era la respuesta correcta. Desgraciadamente, no sonó convincente, tal vez porque en realidad me apetecía darle la razón.

—Daría cualquier cosa por no ser quien soy. Vaya donde vaya... estoy deseando irme.

Quise consolarlo, pero lo único que dije fue:

—Venga, hombre...

—Soy un cobarde.

—No digas tonterías —repliqué, muy en mi papel.

—Tengo que encontrar un buen modo de hacerlo. Algo digno de recordar, como lanzarme al agua atado a un vendedor de seguros. Algo que sirva de desagravio.

No me entretuve en la azotea con Richard. Ese mismo día desapareció sin despedirse de nadie. Dejó casi todas sus pertenencias en el club, aunque se llevó algo de equipaje. En consecuencia, Lou y Sue tuvieron que prolongar su número durante media hora para redondear el espectáculo. Se les ocurrió introducir el concepto de estrella invitada y bajaban a la playa a tentar con la concupiscencia a los jóvenes bañistas. O bien la oferta tenía mucho tirón o bien ellas ponían mucho esmero en el reclutamiento. La interpretación es el único empleo que conozco en el que se paga menos cuanto más se trabaja.

Antes de marcharme intercambié direcciones con todos excepto Rutger y Walter (con el que nunca coincidí). La suerte quiso que no me cruzara con Rutger en los días anteriores a mi marcha, así no tuve que enfrentarme al dilema de si informarle o no de mi paradero. Al entregar mis señas primorosamente escritas a los supervivientes

presentí que jamás volvería a verlos, mientras que intuí que volvería a encontrarme con Rutger. Acabaría apareciendo en mi vida. Era de ese tipo de personas.

No supe nada de ninguno de ellos. Es decepcionante perder el contacto con los conocidos. Te dices que la presión del calabobos de frustraciones cotidianas, de los platos sin fregar, la compra, el blanqueo de los azulejos del baño es lo que les impide responder a tu tarjeta postal, tu carta o llamada telefónica. Imaginas que un cambio de dirección, la pérdida del bolso y la agenda silencian a tus corresponsales, porque temes pensar que no mereces el esfuerzo por su parte o, incluso peor, que mereces el esfuerzo contrario.

Aun sin ser consciente, estaba viviendo el fin de una época importantísima: los últimos coletazos de una etapa en la que todavía podía perder el contacto con el prójimo. ¿Qué se hizo de la pérdida y la curiosidad, tan humanas emociones? De los dinosaurios a las discotecas, los amigos íntimos desaparecían dejándote una sensación de asignatura pendiente. Puede ocurrir todavía. El número de móvil y la dirección de correo electrónico cambian, aunque, a menos que alguien se empeñe en esconderse, es posible seguirle la pista. Hoy en día hasta los hamsters tienen página web. Entonces estaba en tu mano decidir si mantenías o no el contacto con otra persona. Al menos ahora sabes dónde se encuentran las personas, lo cual a menudo las hace menos atractivas, y las localizas si te apetece. Es mucho más difícil que te olviden y, por tanto, más difícil de aceptar.

Al final compré los zapatos caros. Estaba convencida de que en la zapatería (dos puertas más allá del Babylon) se burlarían de mí por derrochar semejante fortuna en unos zapatos, pero ni se inmutaron. Mientras los envolvían pensé que aún estaba a tiempo de echar a correr. Cuando la caja registradora marcó el importe sentí arcadas. Al día siguiente mi ánimo zigzagueó de la euforia por la compra a la vergüenza de haber pagado aquella suma. Comprendí que aquellos zapatos me gustaban tanto que acabaría no usándolos por miedo a gastarlos.

Los vi en el escaparate unos meses antes. Normalmente, no pierdo la cabeza por los complementos. Sin embargo, esos zapatos me harían mejor persona y proclamarían mi valía en el mundo. Calzada con ellos, siempre estaría satisfecha de mí misma. Fue una compra compulsiva. En fin, es un decir. Postergué el momento de comprarlos para obtener aún más placer. Disfrutaba diciéndome que no iba a gastar tanto en un simple par de zapatos, que era una chica sensata... Pero el capricho tiene un público entregado. Una botella de vino de trescientos euros no es diez veces mejor que una de treinta: no pagas por el vino, pagas por pagar.

Hay quien opina que la ropa es una banalidad: pedazos de tela con pretensiones. Pero están equivocados. Dicen que la moda sólo sirve para sentirse segura, invencible. ¿Y les parece poco? ¿Qué es más fácil: comprar ropa o triunfar en la vida? Además, la ventaja de sentirse así es que los demás también te ven como una

triunfadora.

Ya tenía el equipaje preparado, el taxi avisado y el maquillaje retocado. Estaba lista para irme, pero me daba pena volver a mi país. Aunque lo echaba de menos, quería quedarme.

Me vino a la mente Juan. Le di mi dirección e insistí con una sonrisa de oreja a oreja en que fuera a verme a Londres, pero me preocupaba no haber hecho suficiente hincapié. ¿Por qué jugárselo todo a una visita futura? Lo tenía allí arriba. Que el zorro viera al conejo. No sabía en qué habitación estaba... Se lo preguntaría a Janos.

Me crucé con Constance en el rellano. Confiaba en que al menos se dignara pronunciar esa palabra mágica que se lleva el viento. Un simple «gracias» por haber escuchado sus incesantes incongruencias y por haber intentado levantarle el ánimo. Es más fácil empujar a un elefante cuesta arriba que sacar a alguien de su tristeza. A fin de cuentas, Constance no tenía motivo de queja. Obviamente, nadie se traga un bote entero de pastillas si es feliz, pero a aquella chica las cosas le iban bien. Era joven, más atractiva que la mayoría, gozaba de buena salud y no había sufrido ningún trauma en la vida. No padecía una enfermedad dolorosa, no iba a morir de hambre. Dado lo acontecido en el Babylon, su conducta resultaba escandalosa.

—¿Aún no te has ido? —me preguntó, vestida con una de mis camisetas.

—Estoy en la cuenta atrás. ¿En qué habitación duerme Juan?

—No lo sé. De todos modos, ha salido unos días.

Una persona inteligente da las gracias. Es un segundo, no cuesta nada y así es más difícil que te odien. Nadie puede salirte con que «¡Y ni siquiera me lo agradeciste!». Agarré las maletas enfadada conmigo misma por no haberme ofrecido abiertamente a Juan. Entonces se me ocurrió que podía dejarle otra nota para que no le cupiera duda del tipo de recibimiento que le aguardaba en Inglaterra y de dónde encontrar vuelos baratos. La redacté con muchos subrayados y signos de exclamación; ahora me parecen una bobería, pero no era momento de contenerse.

Janos me indicó cuál era la habitación de Juan y, mientras deslizaba la nota bajo su puerta, oí movimiento al otro lado y la puerta se abrió, una gesta que Juan llevó a cabo libre de toda vestimenta.

Media hora más tarde, incapaz de tenerme en pie, me despedí de él, recogí mis maletas y las metí en el taxi que esperaba en la entrada. Lloraba a lágrima viva. Bochornoso, la verdad, porque yo, que no era una persona emotiva, tenía los ojos irritados... Me miré en el espejito del bolso y vi cómo los ojos se me hinchaban como a un camaleón.

—¿Al aeropuerto? —me preguntó el taxista.

No respondí. Estaba pensando en la polla de Juan, ladeada sobre su vientre como un soberbio bañista en una playa de carne. Generalmente, el miembro masculino suele ser fuente de hilaridad o desilusión: una acaba harta de babosas y engurruñidos

erizos de mar. Pero en Juan hasta el sudor era fantástico. Todavía hoy desearía poder bajar al supermercado y comprarlo a litros. Consulté el reloj. Tenía una hora para llegar al aeropuerto.

—Espere cinco minutos —le dije al taxista, y volví a subir a la habitación de Juan. Sabía que serían más de cinco, pero cuando un taxista te asegura que estará en tu casa en cinco minutos tampoco habla en serio.

Juan era demasiado guapo para albergar la esperanza de una posible relación estable con él. A un chico tan superdotado sexualmente le resulta imposible sentar cabeza. No hay mujer capaz de ostentar la propiedad absoluta de un hombre así, a lo sumo se puede aspirar a la multipropiedad. Además, a Juan le encantaban las mujeres; al contrario de Rhino, por ejemplo. A Rhino sólo le interesaba Rhino. Y a Janos, las rubias despampanantes con mucho pelo que enseguida accedían a la concupiscencia. Quizá Juan fuera una persona demasiado dócil para mí. Es como el adiestramiento canino: quieres que el perro te obedezca, pero le pierdes el respeto; le pides que se ponga rabioso de vez en cuando o que muerda al cartero sin tu permiso; que te recuerde que eres dueño de un animal amaestrado pero salvaje, no de un pelele. Un hombre debería poseer la fuerza suficiente para ahogarte con las manos.

No obstante, la idea de casarme con él y formar una familia se me pasó por la cabeza. Cuando regresé al taxi, comprendí que iba a necesitar mucha suerte para coger aquel vuelo. No sabía qué iba a hacer si lo perdía. Me fundí casi todos mis ahorros en los zapatos, y ya daba miedo ver el taxímetro.

Siempre he sido un desastre para ahorrar dinero. En cambio, ahorrar ilusión es mi fuerte: por eso compré los zapatos el último día. Y también quizá por eso aguardé diez minutos antes de pedirle al taxista que diera la vuelta y regresara al Babylon. Disfrutaba imaginándome otra vez con Juan. La imaginación lo es todo, y no hay nada como hacer el amor con alguien para soñar que lo haces con esa persona.

Mientras subía a tientos al dormitorio de Juan (los ojos me lloraban tanto que apenas veía), calculé que a esa hora, en Inglaterra, mis padres y mi hermana ya habrían salido de casa para ir a recibirme al aeropuerto. Debían de estar en un atasco. Me atormentaba: no me importaba fastidiar a Julia; al fin y al cabo, para eso están los hermanos. Si hubiera ido ella sola a recogerme al aeropuerto, habría tenido gracia. Pero disgustar a mis padres era otra historia.

Me llevaba muy bien con ellos. Con el tiempo descubrí que eso era insólito. En primer lugar, por el hecho de tener unos padres, en plural, y no uno solo y otro en tránsito. En segundo lugar, porque ninguno de los dos jamás me obligó a hacer nada que detestara. Ni a cumplir sus ilusiones frustradas. Nunca me he avergonzado de ellos. Mi madre no se paseaba amorrada a una botella de ginebra, y mi padre no recibía a mis amigos con la pilila fuera. Cuidaron de mí sin más que algún roce de vez en cuando por cuestiones de disciplina. Eramos unos bichos raros.

Recuerdo que pasé unas Navidades en casa con un novio que tenía por aquel entonces y nos robaron el coche, que habíamos aparcado en la entrada con todos los regalos dentro. Ni el vehículo ni los regalos poseían un gran valor, pero fue un disgusto. Mi padre pasó el día siguiente patrullando el barrio en busca del automóvil, sin encontrarlo. No fue una virilidad ultrajada ni una fanática observancia del orden público lo que impulsó aquella batida, sino simplemente el deseo de recuperar los regalos de su hija.

La desastrosa consecuencia de crecer en el seno de una familia educada y cariñosa es la mala preparación que aporta para la vida. El egoísmo, sin embargo, nunca te defrauda.

—¿Ya estás de vuelta? —me saludó Juan.

No estaba solo. El pelo de Constance ocultaba su entrepierna como una cortina; ella cabeceaba haciendo uso de esos pequeños extras que recuerdan al receptor que lo que está ocurriendo está ocurriendo, con una suficiencia que daba a entender que se creía la única conocedora de dichos extras. Definitivamente, aquel chico iba a tener que comprar una vara en condiciones para quitarse de encima a las mujeres.

—Has estado llorando —observó.

Nadie le pedía franqueza. Parecía que me hubieran pegado dos melocotones en los ojos, y en circunstancias normales habría corrido a esconderme en una habitación a oscuras con una bolsa tapándome la cabeza, pero estaba atrapada por el celo.

—¿No crees que esto es lo mejor del mundo? —babeó Constance interrumpiendo su faena.

Por supuesto, ésa no era la pregunta que ella pretendía dirigirme. Ni tampoco ésta la respuesta que esperaba:

—No —contestó Juan sin vacilar—. Lo mejor es pasear con un amigo.

Ocupé su posición mientras Constance se acompañaba a sí misma a la puerta. Las mujeres no están dispuestas a hacer una felación de cinco estrellas con cochinas *deluxe* a cambio de un desplante. La concupiscencia es la única empresa en la que todos deseamos destacar. A nadie le importa ser malo en algo, casi todos podemos reírnos de nuestros fallos en la cocina, en la pista de baile, en el despacho o en los exámenes. Pero nunca encontraréis a nadie que diga: «No te molestes en acompañarme a casa. No merece la pena».

Mi irresponsabilidad me chafó los planes. ¿Por qué me comportaba así? Los últimos acontecimientos me desquiciaron y, como con casi todo, actuaba de ese modo por gusto. En cualquier caso, incluso el goce más intenso puede ser considerado y dejar espacio en la mente para otros pensamientos. ¿En qué semáforo estaría mi padre despotricando en ese momento? Tiré mi blusa en un rincón, convencida de que se arrugaría. (Hoy en día eso tampoco supondría un problema. Tres personas en un coche: seguro que alguno de los tres llevaría móvil).

Durante la última y definitiva despedida de Juan, llamó a la puerta la Superquejica con la triquiñuela «Me he quedado sin pasta de dientes», pero oyó que no era momento de importunar a Juan.

Cuando regresé al taxi por última vez me encontré a Rutger apoyado en él.

—Adiós, Oceane —se despidió—. Quiero que sepas que el día del curry les dije a todos que habías cancelado la comida.

De camino al aeropuerto no vi gran cosa. Aún tenía los ojos hinchados y la mente en una nebulosa. Una vez perdido el vuelo, el impulso de volver a por más Juan desapareció. Me inventé un pretexto. Siempre tiendo a decir la verdad, ya sea porque no me gusta mentir o porque no se me da bien.

¿Me beneficiaría ir con la fanfarria de la verdad y el incienso de la franqueza por delante? Nunca antes había cometido un acto tan irresponsable. Lamentablemente, veintiún años de buena conducta no servían de nada en aquella situación. No podía presentarme tan campante diciendo: «Jamás le he fallado a nadie, así que exijo que me dejen volar gratis. Aquí está el certificado que atestigua que no suelo ser tan cabeza de chorlito. Gracias por su comprensión». Deberían permitirme excusarme: «Mire, esta mañana me he visto obligada a copular como un animal desaforado», y suscitar compasión, pues todos hemos sido devorados alguna vez por la bestia de la lujuria. Mientras no lo tomes por costumbre, la gente tendría que perdonarte.

Opté por el recurso femenino de las lágrimas. En un aprieto, un hombre siempre puede apelar a las amenazas o la violencia. Ellos sacan los puños, y nosotras, lloramos. Aprovechando el estado de mi rostro, me inventé que me habían atracado y violado camino del aeropuerto, con la consiguiente pérdida de todo mi dinero y el billete de avión. Quise añadir el colofón del hospital (iba a visitar a un amigo que estaba en coma) o del funeral (la muerte de mi hermana), pero decidí comedirme.

Fui hacia el mostrador como un alma en pena y, cuando le expliqué a la azafata de tierra que había perdido el vuelo por culpa de un atraco, ella contestó:

—Tiene mucha suerte.

Le entendí «mala suerte», pero dijo «mucha suerte». No perdí un vuelo, sino un funeral, el mío: el avión se había estrellado.

## **Yugoslavia**

No fue una prueba en toda regla, teniendo en cuenta el desplazamiento que Audley tendría que hacer, pero era necesaria.

Fuimos a dar un paseo por Sunk Island. Es un llano sin vida, un inmenso jardín de césped mal cuidado. La desembocadura del Humber tiene un aspecto poco apetecible esta mañana. Quizá siempre esté así. La humedad y la lluvia son persistentes, bien sea por el río o las panzudas nubes. El color grisáceo no hace justicia al paisaje. Aunque



ese gris, como admitió Audley, es casi perenne.

—Yo no vi el sol hasta que tuve seis años.

¿Quién querría vivir aquí? Es un sitio tranquilo, desde luego, y si uno desea dedicarse al campo, sobra tierra. Pero es preciso recorrer kilómetros y kilómetros antes de dar con la tienda más próxima, que no vende más que veinte paquetes de cigarrillos, diez latas de judías, cinco tabletas de chocolate y un tabloide sensacionalista.

Audley identifica la estación de lanchas de socorro en la otra orilla.

—Mi padre era socorrista.

—Estarás muy orgulloso de él, de que salvara vidas.

—Lo estoy. Esa gente arriesga el pellejo una y otra vez para socorrer a cuatro cantamañanas. Mi padre salvó la vida a bastantes patanes náuticos, pero de lo que más orgulloso me siento es del que devolvió al agua.

—¿Que lo devolvió?

—Recibieron aviso de hacerse a la mar con un viento de fuerza diez. Se trataba del yate de un financiero, que había volcado por desoír las advertencias de seguridad. La lancha estuvo a punto de volcar varias veces. Mi padre decía que nunca había visto un mar tan embravecido. Cuando sacaron a aquel patán del agua todo lo que dijo fue:

—¿Por qué han tardado tanto? En cuanto me recupere les denunciaré.

—Le daré una oportunidad para que se muestre agradecido —contestó mi padre—. No está obligado a ser sincero.

—¿Agradecido por qué?

—Es verdad —respondió mi padre, y lo tiró por la borda.

—¿Y ya no volvió a sacarlo?

—No.

—¿Y no se arrepintió?

—No. Según él, ¿por qué iba a sentirse mal por arrojar a alguien al agua? Ya sabría el Mar del Norte lo que se hacía.

Bajamos hasta la reserva ornitológica. Contemplé las aves durante unos minutos. Seguro que aquel aire era muy tonificante, si pudiera respirarlo.

—Esto es muy tranquilo.

—No siempre —contestó Audley—. A veces se vuelve loco. Una vez me asaltó un pensionista.

Me eché a reír.

—En serio. Una noche volvía andando a casa, ya tarde, y vi a un abuelete bajito tambaleándose hacia mí; recuerdo que pensé que el hombre no debería estar paseando solo a esas horas. Rondaría los ochenta, y no parecía muy ágil para su edad. Se detuvo delante de mí y me soltó: «Dame el dinero, si no quieres pasar un mal rato».

Yo me dije: El pobre hombre ha perdido la cabeza. Seguí mi camino como si tal cosa, pero entonces noté que me metía las manos en los bolsillos y le di un empujón. «Si no sueltas el dinero, llamo a la policía y les digo que me has atracado». La situación se complicó: a las tres de la mañana un gamberro-te robusto y joven, conocido por la policía local, y un carcamal hecho un casco. ¿A quién iban a creer? Por mucho que acabaran soltándome, pasaría la noche en comisaría. Así es que eché a correr, pero antes me había torcido el tobillo por hacer el chulito en la pista de baile y no podía ir muy rápido. El viejales corría tras de mí gritando: «¡Tengo una navaja y la voy a usar! ¡Para o me doy un tajo!». Entonces decidí soltarle un dinerillo. Al tenderle un billete de cinco me espetó: «¿Eso es todo, desgraciado?». Acabé dándole los zapatos.

—Qué vergüenza, ¿no?

—Las he pasado peores.

Oigo un porrazo, y Audley suelta una maldición.

—¿Qué pasa?

—Mi tic nervioso.

—¿Desde cuándo lo tienes?

Audley da un bufido.

—Desde hace mucho.

—¿Empezó así como así?

—No. Fue un día en casa; estaba pensando en sentarme a comer otra vez.

—¿Qué relación guarda una cosa con la otra?

—¿Me permites que termine? Tenía dieciocho años y estaba desesperado por echar musculatura. Siempre fui flacucho, y no paraba de rezar por que el día en que dejara de crecer me saliera músculo. Nada de eso. Levantaba pesas, hacía kárate, de todo, no te imaginas lo fuerte que me puse. Mi cuerpo parecía de acero. Pero seguía flaco. No me bastaba con ser fuerte, quería parecerlo. Y no hacía más que comer. Mientras mis amigos gastaban el dinero en mujeres, copas o ropa, a mí se me iba todo en comida. Por la mañana me levantaba temprano para prepararme un buen desayuno. Luego picaba algo. Después comía en condiciones. Volvía a picar. Luego cenaba bien y volvía a picar. Así todos los días. Odiaba el momento de sentarme a comer. Acabé sin poder tragar el chocolate y harto de salchichas de por vida. Cagaba cantidades industriales. Al año de seguir esa dieta engordé un kilo y medio.

—¿Y de eso te vino el tic?

—No. Estaba en casa pensando en comer por segunda vez, preocupado porque iba a perderme aquella guerra. Era la primera guerra auténtica, ya me entiendes, una guerra con buenos a un lado y malos al otro, con batallas como está mandado, con todos los juguetes. Una guerra comprensible. Y a las puertas de casa. Cuando vi las primeras fotos en la prensa no podía creerlo. ¡Una guerra en Europa! Yo pensaba que las guerras sólo se libraban en países tercermundistas de mala muerte. Aunque

tampoco andaba tan desencaminado.

»Por todas partes se hablaba del fin del mundo. Me dije: Ésta va a ser la última. Aquello llevaba semanas cociéndose y los diplomáticos no hacían más que vaciar minibares de hotel por todo el globo. Quise presentarme allí ipso facto, pero había ciertos inconvenientes. Para empezar, ¿dónde coño estaba Yugoslavia? ¿Y Croacia? Además, no tenía dinero. El día en que empezaron los combates compré una máquina de remo. Decidí que necesitaba trabajar un poco más el torso. Llegué a casa con el aparato, que me costó un riñón, y me encontré a Scargill viendo las noticias.

—¿Tu hermano el paraca?

—Sí.

»—La cosa se pondrá fea —me dijo.

»—¿Ah, sí? ¿Por qué? —le pregunté.

»—Porque son tal para cual —respondió—. Es como lo de Irlanda del Norte. Intenta explicarle la cuestión irlandesa a un camarero de Belice que no sepa nada del asunto. Sus habitantes hablan el mismo idioma, tienen el mismo Dios, son igual de idiotas unos que otros, y no se cansan de ver morir a sus propios compatriotas sólo porque unos cuantos pretenden que sus impuestos, que no pagan, vayan a parar a unos cabrones, una partida de chupópteros inútiles de Dublín que pasan por completo de ellos, mientras que otros cuantos pretenden que sus impuestos, que no pagan, vayan a parar a otros cabrones, una partida de chupópteros inútiles de Londres que pasan por completo de ellos.

»Scargill se levantó, se tiró un pedo y salió de la habitación. Recuerdo vivamente la escena. Tenía razón. Yo siempre quise ser como Scargill. Mejor dicho, no es que quisiera ser como él, es que quería ser él.

—Decías que estuvo en las Malvinas, ¿no?

—Pero nunca hablaba de eso. Una vez fui al *pub* con Scargill y su pandilla, y en un momento en que salió a echar una meada todos se apiñaron sobre mí, como cuando te cuentan algo muy importante, y me dijeron con mucho secretismo: «Seguro que tu hermano no te ha contado nunca que ganó la batalla de Goose Green. La cosa se estaba poniendo muy fea, los estaban acribillando, y a ninguno le hacía demasiada gracia estar allí. Entonces Scargill se levantó y gritó: “¿Quién está conmigo?”. Típico de él. Hay personas a las que seguirías al fin del mundo». «¿Por qué no le concedieron una medalla?», pregunté. Sus colegas se echaron a reír.

—No me sorprende que quisieras ser como él.

—Ése es el problema. Si deseas ser como otra persona es porque no eres como ella. A Scargill le salía todo bien. Siempre sabía cómo abordar a una chica... Él nunca habría comprado una mierda de máquina de remo que no funcionaba. En casa tenía un armario que daba gusto verlo, con todo doblado con mucho primor, impecable. Era capaz de planchar una camisa en menos de dos minutos y dejarla

como recién salida de la fábrica. A los portaestandartes se les hacía un nudo en la garganta al ver la raya de sus pantalones. Pasaba meses fuera de casa, pero en su armario nunca había una mota de polvo. Yo lo inspeccionaba con lupa, y ni mota. El polvo respetaba a mi hermano.

—¿Y tú por qué no te hiciste militar?

—¿Que por qué? Ésa fue mi gran ilusión durante la adolescencia. Fui cadete. Desfilábamos delante de la catedral de York. Me encantaba aquella vida. No sólo por las armas, sino por la idea de formar parte de un equipo, de un orden. Pero renuncié a ser paraca.

—¿Y eso?

—Porque ellos renunciaron a mí. Seguro que fui el aspirante mejor preparado de la historia del ejército. Me sabía de memoria las canciones del regimiento. Daba por descontado que acabaría como Scargill. Pero se enteraron de que sólo tenía un riñón.

—¿Qué le pasó al otro?

—Nada. Desaparecido en combate. Me tumbaron en el examen médico. Pude pasar a la reserva, pero no me apetecía ser plato de segunda mesa. Me llevé un cabreo impresionante. Estaba ya centrado en sacar el diploma de profesor de educación física y trabajaba esporádicamente como lanzacuerpos cuando estalló la guerra. Para entonces ya había olvidado la vida militar, pero de pronto pensé: Ésta es una guerra de verdad, a la antigua, y los buenos necesitan ayuda. No sabía cómo llegar al país, no tenía dinero... Y me preocupaba la ropa adecuada. ¿Qué se pone uno para ir a la guerra? Si vas de uniforme, ¿cuál eliges? Pero luego me dije:

Esto es lo que hay. No me lo van a poner fácil. Lárgate de una vez.

—¿Cómo llegaste hasta allí?

—Haciendo autoestop y andando gran parte del trayecto. Lo del autoestop no funcionó. En casa les conté que me iba a Francia a trabajar en un camping. Pasé dieciocho horas plantado en Birmingham esperando bajo la lluvia a que alguien me recogiera, y viendo cómo las chicas, guapas y feas, tenían mejor suerte, hasta que por fin paró un coche y me llevó hasta Austria. Quería engancharme para el partido comunista peruano.

—¿Era peruano?

—No. Trabajaba como funcionario del Ministerio de Vivienda en el norte de Londres. Parece que la mayoría de miembros del partido comunista de ese país se ha instalado allí. Una vez en Austria tuve que recorrer casi doscientos kilómetros andando bajo la lluvia, sin que nadie parara. Debí de hacer algo mal, aunque no acierto a saber el qué. Pero yo no me rindo fácilmente.

Entramos en un *pub*. Audley pide una pinta. Yo me ausento para hervir agua y prepararme un té. A mi regreso descubro a un pelirrojo empeñado en invitar a Audley a otra pinta, pese a que apenas ha probado la primera.

—¿Un amigo tuyo?

—No. Una vez le di una paliza.

—No lo entiendo.

—Cosas de la vida. Sigo contándote lo de la guerra. Estaba un día sentado en un café de mala muerte de un pueblo perdido de Hungría observando a tres macarrillas del lugar apiñados en torno a la única moto del pueblo..., nada del otro mundo. Me dolían los pies e iba a gastar todo el dinero que me quedaba en comida, pero la frontera quedaba cerca. Nadie hablaba inglés, y yo no entendía una palabra del idioma, pero por las imágenes que veía en la televisión el rollo bélico seguía en pie. Leía mi guía cuando una voz me preguntó:

»—¿Vas hacia el sur?

»Era un escocés cuarentón, con pantalón militar y cazadora de aviador, el pelo rapado y pinta de haber estado en el ejército.

»—Sí —le contesté.

»—¿Periodista?

»—No.

»—Mejor. Odio a los periodistas —contestó, y tomó asiento—. Soy “el auténtico” John. Hay muchos Johns, pero yo soy el auténtico. ¿De vacaciones?

»—No. —No sabía qué añadir, porque si decía que iba a la guerra sonaba idiota. Entonces comprendí que bromeaba.

»John soltó una risotada y dijo:

»—Yo tampoco. Que se preparen porque llegan los británicos.

»Era evidente que estábamos allí con el mismo objetivo.

»A mí me divertía tener compañía. Había pasado esos días solo y ni siquiera me sentó mal que acosara a la camarera. Le toqueteaba la mano y se la pasaba por sus cicatrices, incluso las que quedaban bajo la ropa, mientras le relataba: “Kolwezi, Belfast”, etcétera. A ella no le hacía ninguna gracia.

»—Has caído en buenas manos, amigo —añadió—. Tienes suerte de haberme conocido.

»Yo así lo sentía. John iba en un coche que había alquilado en Viena. Comparado con hacer autoestop, aquello era un lujo, gloria bendita. Lucía el sol, llevábamos la música puesta y nos íbamos a la guerra. Paramos en un bareto a tomar algo y se nos acercó un americano preguntando si pretendíamos cruzar la frontera.

»Tenía un nombre bíblico: Jeremiah. Hablé con él menos de quince minutos, pero descubrí muchas cosas sobre su persona. Era de Saint Petersburg, Florida, y vendía agujas a hospitales. Estaba muy orgulloso de su trabajo; despachaba más agujas que nadie en su estado.

»—Pero soy una persona polifacética, y ahora me dedico a explorar el campo de la fotografía.

«Convertirse en fotógrafo no tiene ningún mérito; no hay más que comprar una cámara e irse a la guerra.

»Mi idea de desplazarme a Yugoslavia ya no parecía tan original. Seguro que en la frontera aguardaban autocares repletos de voluntarios. Me sentó mal que el auténtico John se ofreciera a llevar al americano hasta allí porque perjudicaba nuestra imagen, pero el coche era suyo y quizá Jeremiah sacara mi foto en la prensa.

»Circulábamos a toda velocidad cuando Jeremiah anunció que tenía que mear. Se apeó del coche, se dirigió hacia unos arbustos y John arrancó y se alejó, poco a poco. Jeremiah echó a correr tras el coche, el cabrón era un fofo seboso, venga a reírse sin ganas como si la bromita le pareciera descacharrante. John paraba cada equis metros y, en el momento en que Jeremiah se acerca echando el bofe, aceleraba de nuevo. Después de repetir la jugada varias veces, pisó el acelerador a fondo y desaparecimos. Los bártulos de Jeremiah se quedaron en el coche. No entiendo mucho de fotografía, pero sé que llevábamos una pasta en material. John se reía como un cabrón, y yo con él. Llegamos a la frontera, paramos a beber algo y nos pusimos a imitar a Jeremiah con cara de desesperado.

—No veo dónde está la gracia —regañé a Audley.

—¿Gracia? Nos reímos durante una hora. Nos parecía tan gracioso que nos metimos en el coche y volvimos al lugar para ver a Jeremiah. Apenas se había movido, estaba sin blanca, sin pasaporte, llorando junto a la carretera. Le ofrecimos devolverle el pasaporte a cambio de los pantalones que llevaba puestos.

«—Queríais timarme otra vez —nos dijo.

»—No. Danos los pantalones y te devolveremos el pasaporte.

»Y en cuanto nos los entregó salimos zumbando.

»—Le estamos haciendo un favor. El hijo de puta debería darnos las gracias —comentó John—. En Yugoslavia no habría durado ni cinco minutos.

»¿Lo diría por tranquilizarme o porque los cabrones de verdad nunca se reconocen como tales?

»Llegamos a la frontera. Casi todo el tránsito salía del país. Apenas entraba nadie. Yo llevaba un rato dándole vueltas a qué decir para que me dejaran pasar: “Me he enterado de que están en guerra. ¿Cabe uno más?”. John me rogó que lo dejara todo en sus manos. “Somos críticos gastronómicos”, mintió blandiendo mi guía. “Venimos a probar restaurantes”. Nos miraron con incredulidad, pero nos indicaron que pasáramos.

»Una vez llegamos a Zagreb John vendió las cámaras y el coche, que, según él, compró con la tarjeta de crédito de su suegra, y me cedió una módica parte de las ganancias. Aquel tipo era genial. Durante un par de días visitamos edificios vetustos intentando dar con alguien al mando, pero nadie mostraba ningún interés por nosotros. Dado que comprábamos la prensa inglesa, sabíamos que las cosas se

estaban poniendo feas. De lo contrario podría haber sido un verano caluroso como otro cualquiera.

»Un día estábamos sentados en un café; yo tomaba un helado de frambuesa. En la mesa de al lado un eurogilipollas grosero se quejaba de que se les hubiera terminado el helado del sabor que él quería, y en la calle tres chicos se peleaban por cómo colocar una tabla de windsurf en la baca de un coche. Ésa fue la primera lección que aprendí: estar en guerra se reduce a mandar a unos cuantos a joderse por el bien del país.

»—Ya está bien de hacer el ganso —saltó de pronto John—. No hemos venido aquí para esto. —Llamó un taxi—. Llévenos a la guerra, jefe.

»Tardamos un par de horas en llegar a las afueras de Osijek, que estaba sitiada. Un oficial que hablaba inglés nos dijo que en cierto pueblo se estaba organizando una legión extranjera. Los taxistas suelen ser unos capullos, pero aquél, todo hay que decirlo, supo llevarnos al meollo de la acción.

»Habían instalado el cuartel de operaciones en el colegio del pueblo. Apostado en la puerta, vimos a un tipo con el torso desnudo, rodeado de fragmentos de Kalashnikov, parecía un guarda de seguridad. En la frente llevaba tatuado un mensaje en inglés que decía JODE T, por lo que dedujimos que hablaría nuestro idioma.

»—Venimos a ofrecernos como voluntarios —anunció John.

»—Demasiado tarde —respondió Jode T—. Está completo. Fuera.

»—No me hagas reír —replicó John pasando de largo—. ¿Dónde está el jefe?

»En ese momento si no llego a ir con John me habría echado atrás.

»Me desilusionó descubrir que mi idea no tenía nada de original. Había montones de voluntarios tirados por todas partes, y casi todos gilipollas de una u otra especie. Aparte de Jode T, quien o bien cargaba con un traumático pasado a sus espaldas o había sido víctima de una malévol jugarrera en una despedida de soltero, la calaña del grupo quedaba resumida en Rico, un yanqui. Entró en el país vía Belgrado uniformado como si fuera de travesía por el desierto, y allí exigió ver a un general del Ministerio de Defensa, a quien le recalcó una y otra vez que “odiaba con todas sus fuerzas a los putos serbios” y que estaba deseando “cargarse a cuantos putos serbios se le pusieran por delante”, porque “odiaba a esos cabrones de mierda”. Huelga decir que Rico consiguió que lo destinaran educadamente a Croacia y le prestaran toda la ayuda necesaria. Luego contó su aventura a todo el mundo. En fin, antes de llegar al país yo tampoco sabía que Belgrado era la capital de Serbia, pero uno se informa y mira el mapa antes de comprar el billete.

»La jefatura se encontraba en una de las dependencias de la escuela. Al entrar vimos a dos tipos enjutos vestidos de negro junto a unos mapas, con cara de malos y pinta muy profesional, y a un tercero, repolludo y culibajo, el típico gordo de la clase al que todos hacen la vida imposible y que termina sus días de portero en un salón de

relax. John se cuadró ante los de negro y les anunció que nos ofrecíamos voluntarios. Los de negro lo dirigieron al repolludo.

»—Soy Roberto Díaz —se presentó éste.

»—¿Español? —preguntó John intentando guardar la compostura.

»—Húngaro —intervino uno de los de negro.

»—Y a mucha honra —terció el otro.

»—Tengo pasaporte español —corrige Roberto mirándolos de arriba abajo.

»—¿Sólo tienes un pasaporte? —preguntó el Negro Uno—. Yo tengo por lo menos media docena. —Y se puso a parlotear con el Negro Dos en croata. Los dos se agacharon sobre un reloj de pulsera manoseándolo con gran concentración.

»—Una pregunta —intervino Roberto—. ¿Habéis conocido a algún rico o potentado decente en vuestra vida? ¿Alguien que apreciarais de verdad?

»John y yo le dimos vueltas a la cuestión sin saber qué responder ni a qué venía la pregunta.

»—No os preocupéis —saltó Roberto—. No es un examen. Es que me gusta preguntarlo.

»Y nos reclutaron. Al día siguiente pasó por allí un camión de avituallamiento y nos entregaron a cada uno nuestro equipo. A juzgar por la sapiencia militar que circulaba de boca en boca por el campamento, los serbios no tenían nada que hacer. A mí, por mi experiencia, me hicieron responsable de la formación física, y los puse a todos a correr montaña arriba cargados con bidones llenos de agua. Hasta a los más duros los dejé hechos papilla.

»Me sentía tan a gusto... Era un héroe, me estaba bronceando y no corría peligro. En los alrededores no había enfrentamientos. Era como estar de turismo, salvo que sin mujeres, discotecas, bares, piscinas ni comida en condiciones. Las conversaciones giraban en torno a los diferentes ángulos de la lucha a navaja. Entre mis compañeros estaban Bazza, Gazza y Lazza, tres guardias de seguridad oriundos de Gosworth, un revisor procedente de Inverness, muchos escandinavos y un alemán que vino acompañado de su perro y se instaló en una tienda de campaña con toda clase de artilugios imaginables, incluyendo un chisme para cortar tomates con formas curiosas.

»Todos llegamos allí por distintos motivos. Bazza, Gazza y Lazza necesitaban un respiro de sus respectivas esposas. Aun sin ser psiquiatra, saltaba a la vista que más de uno estaba mal de la cabeza. Por ejemplo, Jode T o el doctor Muerte, un antiguo representante de fotocopiadoras procedente de Lille, incapaz de hacer diez flexiones, y al que todos zurraban en las prácticas de combate cuerpo a cuerpo.

»Al principio no lo pillé, pero no tardé en darme cuenta de que si nos dejaban a nuestras anchas era porque nos consideraban inofensivos. Los verdaderos combates se libraban en Vukovar y Osijek, las poblaciones importantes. A nadie le interesaba



aquella aldea perdida y, de haberse decidido un avance serbio, habríamos logrado ralentizar cinco minutos el paso de las tropas. Los croatas, el Negro Uno y el Negro Dos, no estaban allí como enlaces: su misión era entretenernos y asegurarse de que no fastidiáramos las cosas.

»John preguntó por la paga.

»—No hay paga que valga —dijo Roberto—. Lo bueno es que aquí puedes hacer lo que te dé la gana.

»Eso era cierto. Una mañana trajeron a seis prisioneros serbios. Corrió el rumor de que Roberto los compró a cambio del catálogo completo de antiguos singles de Stax. En cuanto llegaron los montaron en un helicóptero, que Roberto alquiló a cambio de unas lavadoras, y nos ordenaron a John, a mí y a otros que los acompañáramos. Los prisioneros no estaban muy risueños, y eso que no sabían el viaje que les esperaba.

»—Está comprobado científicamente —me comentó Roberto—. No hay país que no cuente con una expresión equivalente a “el dinero llama al dinero”. Muchos creen que eso se debe a los privilegios que la riqueza lleva consigo. Yo siempre replico que la riqueza es secundaria. Hay algo más en juego.

»Nos explicó que cinco de los prisioneros eran unos pobres desgraciados, pero el sexto era el rey de la repostería de Novi Sad. Según la teoría de Roberto, el universo se inclinaba por los ricos. Y mientras decía esto echó del helicóptero a un prisionero con un empujón. Volábamos a unos veinte metros de altura, por lo que el hombre tenía pocas esperanzas de salir con vida, aunque no me habría gustado comprobarlo.

»—¿Qué queréis? —chilló uno de los serbios interpretando que se trataba de un interrogatorio radical.

»—Quiero ver hasta qué punto tenéis suerte —respondió Roberto mientras John le ayudaba a arrojar a otro serbio al vacío como si fuera un fardo.

»Yo empecé a dudar de Roberto y de John. Estábamos en guerra, y los serbios habían cometido grandes atrocidades. Pero... me veía impotente. Tal vez debería haber dicho algo, pero no lo hice.

»El resultado de la prueba satisfizo a Roberto: Los cinco desgraciados murieron hechos papilla y el ricachón asqueroso fue a parar a una piscina. Se rompió ambas piernas pero fue rescatado por dos adolescentes que hacían *top-less*.

»—Esto se merece el Premio Nobel —repetía Roberto una y otra vez.

»En cambio, el Negro Uno y el Negro Dos estaban furiosos. Uno de los cinco desgraciados se estrelló contra el vehículo del señor que nos suministraba los bollos de pan recién hechos. Roberto intercambió con ellos un violento cruce de palabras en cuatro idiomas distintos.

—Entonces, ¿no se comía mal? —le pregunté.

—No, Oceane. Se comía fatal. Todo el tiempo espaguetis y caviar. Por amor a la

causa, se confiscó un camión serbio lleno de caviar. Al principio a los novatos como yo o como John no nos dejaban ni probarlo, pero acabaron tan hartos de caviar que nos lo ofrecían a todas horas. Aún hoy siento náuseas al pensarlo.

»Luego tuvimos las primeras bajas. Entre nosotros había un chico portugués que decía ser experto en *piercings*. Algunos decidimos perforarnos los pezones, como símbolo de la compañía. Dos días más tarde cuatro cayeron enfermos con septicemia. Era como si les hubieran injertado un balón morado bajo la piel. Salimos a despedirlos cuando los trasladaban a Zagreb, pero por ellos como si fuéramos princesas japonesas.

»Por el momento “manteníamos posiciones”, un término castrense para definir la pasividad total. Levantamos barricadas en las carreteras, barreras provisionales de cemento y tuberías de acero que después los vecinos nos obligaron a derribar. Para ellos éramos como una plaga que estropeaba sus tomates, y de nada sirvió recalcarles que estábamos allí para protegerles. El problema era que aquello estaba tranquilísimo.

»Nos ocupábamos arreglando el reloj de Guillermo, un chico de Madrid al que se le partió la correa del reloj nada más llegar al aeropuerto de Zagreb. En una guerra la puntualidad siempre es importante, por lo que enseguida compró otra allí mismo.

»La correa desató una airada polémica en el pueblo. Según algunos, la dependienta le timó. Otra facción mantenía que la correa era la apropiada, pero que precisaba una herramienta especial para su colocación. Se intentó engancharla al reloj con una pinza de puntas retráctiles, que a primera vista parecía más o menos del tamaño adecuado, pero nadie lo consiguió. Como no teníamos otra cosa que hacer, Guillermo pasaba horas manipulando la correa con aire cansino. Aquello era desesperante, por lo sencillo que parecía. A todos les crispaba los nervios verlo trastear con el reloj y se lo arrebataban queriendo intentarlo, pero terminaban subiéndose por las paredes. A nadie le gusta que una correa de reloj pueda con él.

»El otro gran pasatiempo era indagar sobre Roberto. Cada uno sabía una historia distinta. Se rumoreaba que sirvió en el ejército israelí, el español, el húngaro y el uruguayo. Colaboró con los rusos y los americanos. Teniendo en cuenta que no pasaba de los veinticinco años, era imposible que todo fuera cierto. Para quien sin duda trabajaba era para la prensa española. Se valía de un alias, con el que enviaba informes rutilantes sobre su persona bajo otro pseudónimo. No hay nada como entrevistarse a sí mismo. También les mandaba reseñas gastronómicas sobre restaurantes de Berlín, gracias a una guía de viaje antigua y a las cartas con los menús que aquellos establecimientos le remitían por correo. Cuando entrabas en su despacho te recibía diciendo: “¿A ti qué te parece el *dicke Bohnen mit Rauchfleisch*?”.

»Roberto parecía el típico retaco que se mea en la cama, pero tenía autoridad. Marcel, el alemán que vivía en su tienda de campaña, estaba muy ufano con las piruetas que le enseñó al perro. En una demostración, Roberto, que pasaba por ahí, le

dijo: “¿Por qué le hablas en alemán a ese chucho? Todos los perros hablan húngaro”. Entonces se dirigió al animal con unos gruñidos, y el perro, que estaba tumbado, dio una vuelta sobre sí mismo, alzó las patas delanteras y empezó a caminar hacia atrás. Marcel estaba furioso, pues siempre nos daba la lata con que el animal era un perro de un solo *führer* y sólo le obedecía a él. Temí por la salud del pobre animal.

»Cuando empezaba a estar cansado de todo aquello nos llegó la noticia del avance de los serbios. A ocho de nosotros nos enviaron en misión de reconocimiento, con Jode T a la cabeza. Nada más salir de la base me cagué de miedo. Estaba allí para combatir, y llegado el momento se me quitaban las ganas. Una cosa era morir en el frente porque te tocara la china, y otra que te mataran porque la persona al mando de la unidad fuera un ceporro que no supiera hacer la o con un canuto. Eso me decía a mí mismo, pero en realidad estaba aterrado. El problema no residía en la incompetencia de Jode T, sino en mí.

»Al cabo de unas horas de caminata me tranquilicé. Seguir con vida siempre es un consuelo. Entonces cruzamos un pueblo que ya había sufrido por la limpieza étnica. Yo me preguntaba una y otra vez si estaría avanzando en la posición más segura; pregunta ésta sin respuesta. Si cruzas una calle donde crees que hay apostado un francotirador, ¿eres el primero en pasar? No. El francotirador podría tener el dedo en el gatillo. ¿Y el segundo? No. Si el francotirador no está listo, ya habrá espabilado. ¿Y el tercero? No. El francotirador ya está listo de sobra. ¿Y el cuarto? Ni hablar. Tal vez el tipo pretenda dividir la unidad. ¿Y el quinto? Tampoco. En ésas, el francotirador ha tenido tiempo de sobra de ajustar la mirilla telescópica. O sea, que no quieres estar allí. El miedo era tan intenso que dolía.

»Oceane, no te contaré lo que vimos en aquel pueblo. Mejor que no lo sepas. Seguimos avanzando y nos adentramos en un bosque cuando de pronto empezó un tiroteo. Todos disparando sin ton ni son, como locos. No vi más que pedazos de ramas volando por los aires. Caí de bruces en el suelo con tal ímpetu que se me llenó la boca de tierra. Apreté el gatillo. El fusil se encasquilló. Vacíé la recámara. El fusil se encasquilló otra vez. Estaba intentando vaciar la recámara cuando mis camaradas salieron a toda leche.

»Para salir huyendo de una batalla hace falta estilo. Hay que poner pies en polvorosa sin que te disparen o te hagan prisionero; pero no tan rápido como para adelantar a todos y que se atraganten con el polvo que levantas.

»La retirada nos llevó hasta la cima de un monte. Fui el último en echar a correr, pero no en detenerme. Nos reagrupamos porque los demás no podían seguir la marcha.

«Frankie, un gringo, desapareció. Nadie lo vio ni sabía qué desencadenó el tiroteo. Al parecer, nadie disparó el primero. ¿Alguien distinguió al enemigo? No.

»Jode T preguntó qué hacíamos con Frankie, pregunta impropia viniendo del jefe

de un comando. Él confiaba en que alguno sugiriera salir en su busca. Nadie lo hizo. Lo más probable es que hubiéramos tenido un desagradable encontronazo con unos matorrales, pero nunca se sabía. Por otra parte, casi nos habíamos quedado sin munición, y, si alguien merodeaba por allí abajo, ya nos habría echado el ojo. Además, habíamos salido a la carrera, y una vez que echas a correr la cosa se convierte en vicio. La valentía consiste en no salir huyendo.

»Acordamos regresar a la base y decirles a todos que Frankie había desaparecido, pues parecía de gallinas dejarlo tirado. Por si acaso seguía con vida, nos pondríamos a buen recaudo unas horas antes de emprender el regreso, y así simularíamos que habíamos salido en su busca. Mientras aguardaba en aquel pueblo arrasado por las llamas, di el mejor trago de mi vida. Era agua de la cantimplora con sabor a plástico, pero me sentía vivo, tenía sed y jamás bebí con tanto gusto en mi vida.

»Pensé que ya era hora de volver. Me había demostrado a mí mismo que no era Scargill. Él habría resuelto todo aquello en cinco minutos. Sin más problemas. Me pregunté cómo podría salir de allí. El país entero estaba en guerra; resultaba tan peligroso salir como no moverse del sitio. Se estaba a gusto refugiado en una casa arrasada por las llamas, a salvo de los tiros, pero mucho más a gusto estaría, ya no me cabía duda, refugiado en una casa de un país que no estuviera en guerra, a unos cuantos países de distancia de la guerra más próxima, un país donde podría salir a tomar una copa sin que nadie me pegara un tiro. En Inglaterra, por ejemplo. Me había metido en un mundo de mierda y ya me había hartado.

»Supusimos que Roberto pondría el grito en el cielo cuando nos viera regresar sin Frankie. Pero reaccionó con toda tranquilidad.

»—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Jode T.

»—Sufrimos una emboscada. Tuvimos que salir a tiros.

»—¿Cuántos serbios?

»—No sabría decirte.

»—¿Ejército? ¿Chetniks?

»—No sabría decirte.

»—¿En qué parte del cuerpo le dieron a Frankie?

»—No sabría decirte.

»—Parece que no has visto gran cosa.

»—Sólo intento ser sincero.

»—De eso nada. Has fracasado ocultando tu fracaso.

»Nos recibieron con malas noticias. Los croatas perdían posiciones. Incluso el Negro Uno y el Negro Dos, que pasaban la mayor parte del tiempo carcajeándose y jugando a cartas, se agazaparon en el rincón más resguardado del edificio, armas en ristre, provistos de cascos y aferrados a una caja de naranjas que no querían compartir con nadie. Me hice con un mapa y me dispuse a memorizar el camino hacia la

frontera. He aquí el único consuelo: siendo tan insignificantes, quizá nadie se molestara en venir a matarnos.

»Esa tarde un todoterreno estacionó en la plaza del pueblo. De él se apeó un italiano. Me sorprendió que no le pegaran un tiro porque al menos habría treinta tiarrones apuntándole con treinta fusiles. “*Hello. Buon giorno. Guten Tag*”, saludó, muy sonriente. Tenía la exasperante manía de decirlo todo en tres idiomas.

»Resulta que el cabrón era viajante. Pretendía vendernos chalecos antibalas. Lo recibimos cordialmente porque dijo venir de Osijek, lo que significaba que la carretera estaba despejada, y nosotros, no completamente aislados.

»Luego todo fue de mal en peor. Estábamos haciendo cola para el caviar de rigor, y yo me disponía a alcanzar el bote de ketchup. En una ocasión le había pedido a Scargill que me diera un consejo fundamental como soldado, ese secreto que uno ansia transmitir al novato. “El ketchup”, me dijo. Supuse que sería una regla mnemotécnica del tipo “Ke todo chulo pringa”, pero estaba equivocado: se refería a la salsa de tomate. “No olvides los sobrecitos de ketchup. Acompaña con todo: insectos, ratas, verduras pasadas... Lo que sea”. Me disponía a alcanzar el bote de ketchup cuando el hombretón finlandés que estaba a mi lado se desplomó. Pensé que le había dado un ataque, pero entonces vi que le salía sangre a borbotones de un gran boquete en la espalda. Acabé atando cabos. Sentí ganas de gritar «¡Francotirador!» como todo soldado que se precie, pero me salió un grito de niñata de seis años. Roberto tomó el mando y ordenó que nadie abriera fuego ni se moviera del sitio hasta que se localizara al que había disparado. A su manera, Roberto era un líder nato, al estilo matón homicida.

»Al final desalojó a todo el mundo con un ademán. Yo me quedé junto al finlandés. Nuestro botiquín se componía de varias vendas y unas aspirinas. Dicen los manuales que a un herido hay que hablarle y reconfortarlo, lo cual no fue fácil en aquel caso, ya que el finlandés estaba en las últimas. Aunque le hubieran disparado ante el mejor hospital del mundo, no habría tenido cura.

—Tuvo que ser un mal trago —intervengo, comprensiva.

—No, Oceane. No me caía muy bien.

»—No te preocupes, saldrás de ésta —lo consolé.

»—Me estoy muriendo, imbécil —me respondió el finlandés.

»—Que no, hombre, ya verás como te pones bien.

»—Eres un pesado —me espetó—. Déjame en paz.

»Los demás regresaron y Roberto miró hacia donde me encontraba y soltó:

»—Eres un espía, ¿verdad?

»Incluso me di la vuelta para ver a quién se dirigía, pero a mis espaldas no había nadie. Entonces pensé: Seguro que esto es humor castrense. Sin embargo, nadie me miraba con cara de chiste.

—¿Por qué te tomé por espía? —intervengo en este punto del relato.

Audley traga saliva. Evidentemente, no le gusta hablar del tema.

—Por nada. Porque me tocó la china, eso es todo. Miré al grupito que Roberto tenía a sus espaldas y enseguida comprendí por qué no llegué a trabar amistad con mis colegas. Eran una pandilla de mierdas.

»—¿Echamos un vistazo a esos chalecos antibalas? —preguntó Roberto.

»Por un momento pensé que se había olvidado de las acusaciones de espionaje. Qué equivocado estaba... Me pusieron uno de los chalecos y me ataron a la verja de la escuela.

»—¿Para quién trabajas? —dijo Roberto.

»El corazón me latía con tanta fuerza que lo veía palpar bajo el chaleco. Habría dicho o hecho lo que fuera por librarme de aquello. Le supliqué:

»—¿Por qué me tienes en tan poca estima? ¡Yo no te traicionaría!

»—No te tengo en poca estima —respondió Roberto—. Ser leal no tiene ningún mérito. La lealtad es para los gandules. Traicionar es lo que cuesta esfuerzo.

»Incluso se me pasó por la cabeza confesar, pero estaba tan aterrorizado que no habría sonado convincente. Roberto me apuntó y disparó. Al menos tenía puntería: le dio al chaleco en lugar de a mí. Nunca me ha coceado un caballo, pero supongo que debe de ser una sensación parecida. El italiano llevaba consigo chalecos de todo tipo: baratos, de precio medio y caros. Le preocupaba el resultado de la prueba, pero no por mí, sino por el impacto en sus prendas. Cuando me pusieron el chaleco más caro, ya estaba para el arrastre, pero aún pude enterarme de lo que sucedió a continuación.

»El italiano negociaba con Roberto saltando de un idioma a otro. Seguía convencido de que le vendería unos chalecos.

»—¿Por qué no hablas húngaro? —inquirió Roberto.

»—Muy difícil. *Molto difficile*.

»—Ese perro lo habla —replicó Roberto obligando al animal a que hiciera una demostración.

»—*Ongrois pas utile*. No es útil.

»—Eso no es cierto. Es un idioma muy útil. Yo no cargo contra la gente que habla húngaro —aclaró Roberto vaciando la recámara en el italiano.

»Croacia no era el paraíso de las ventas a domicilio.

»Pensé que ahí terminaba todo. Pero entonces me sacaron de allí a rastras y me encerraron en el almacén de la escuela. Me dolía tanto el cuerpo que quería morirme. Pensé que a un espía infiltrado en el campamento le habría bastado con pasar un único informe: “Déjenlos que campen por sus respetos y en un mes se habrán matado entre ellos”.

»Roberto vino a verme al día siguiente.

»—En la vida hay dos virtudes importantes: el arrojo y el sentido del humor. No

tienes mucho arrojo, pero sí sentido del humor. —Me escrutaba como si fuera un conejillo de indias.

»Me lo gané a pulso. Era culpa mía por ir a Yugoslavia. En ese momento lo que más me aterraba era que me metieran en una de esas bolsas negras para cadáveres. Estaba convencido de que iba a morir, pero no me importaba lo que hicieran con mi cuerpo, con tal de que no me encerraran en un plástico.

»—Las personas no son personas —prosiguió Roberto—. Creen que tienen carácter, pero nada de eso. No es necesario torturar a alguien para que se venga abajo. Cuarenta y ocho horas sin dormir y seguro que se te dobla como si fuera de goma. Los militares están obsesionados con la formación física. Corra usted equis kilómetros con un petate. Cualquiera aprende a hacer cincuenta, cien, doscientas flexiones. Cualquiera. No tiene ningún secreto. La pregunta que merece la pena plantearse es: ¿Qué te queda cuando no te queda nada?

»—¿Por qué me tratas así, Roberto?

»—Porque me caes bien. —Dicho lo cual, se marchó.

»Parece fácil forzar una cerradura. En el almacén había una puerta trasera que daba al patio. Si conseguía forzar su cerradura y me escabullía de noche, tal vez no me pillaran. No me habían registrado a fondo, ocultaba una faltriquera atada a la cintura con un equipo de emergencia, que supuso una ayuda de mierda en aquella emergencia. Ni los anzuelos de pesca, ni las agujas, ni las cerillas sirvieron contra la cerradura.

»Pensé en echar la puerta abajo. Era muy vieja y sólida. Si no me hubiera encontrado tan débil y con las costillas rotas, quizás habría podido. Aunque el ruido me habría delatado.

»El lugar estaba repleto de muebles. En un viejo escritorio descubrí un pequeño cajón. Lo abrí y dentro encontré un juego de llaves. Me dije: Imposible, eso sí que sería de tontos, encerrarme en una habitación con las llaves dentro... Al anochecer introduje la primera llave en la cerradura y se abrió a la primera, como si acabaran de engrasarla. Asomé la cabeza a la oscuridad.

»El almacén estaba ubicado en la parte trasera de la escuela. Llegaban los rumores de una conversación. A unos veinte metros de mí se alzaba una verja, y tras ella, el campo abierto. Con un poco de suerte, podría llegar andando a la frontera en un par de días. Los vigías quedaban lejos, y el único visor nocturno se guardaba en el despacho de Roberto, de modo que si avanzaba con sigilo sería muy difícil que me vieran.

—¿Te escapaste?

—No. Abrí la puerta y oteé el horizonte durante un buen rato. Mi futuro como prisionero no me deparaba nada bueno. Tenía mucha suerte de seguir con vida, pero la situación me desesperaba. Seguramente me fusilarían. Pero si me pillaban saltando

la verja, por imposible que pareciera, no habría duda de mi culpabilidad y entonces seguro que me pegaban un tiro. Pasé toda la noche escrutando el horizonte frente la puerta. El valor tiene un límite, y yo me quedé sin agallas. Cerré la puerta y eché el cerrojo.

»Me concentré en pensar que Scargill y sus colegas acudían en mi rescate. Nadie conocía mi paradero y, de lo contrario, no les habrían permitido ayudarme, pero lo inverosímil de mi idea era lo de menos. Sentía que si lo deseaba con todas mis fuerzas, de algún modo ocurriría, y eso me reconfortaba.

»Roberto apareció al día siguiente. Extrajo las llaves del cajón y me pidió que no fuera muy duro conmigo mismo.

»—Esta guerra es decepcionante para todos —afirmó—. Antes uno era soldado por amor a la aventura, al viaje, al saqueo. Hoy en día más vale hacerse contable. Viajas por todo el mundo en primera clase; tienes todo tipo de ventajas; puedes falsear tu propia declaración y es raro que te peguen un tiro. O mejor aún, economista. Al fin y al cabo, a un contable tienen que cuadrarle las cuentas. Mientras nosotros estamos aquí sufriendo, en Zagreb los... ¿qué término hay en inglés que defina a un jeta, a un gusano chupóptero, asqueroso, impotente y repugnante? En fin, llamémosles economistas. Mientras éstos de Zagreb, los economistas que no saben nada de este país, que no hablan el idioma y que habrán leído diez artículos en la prensa sobre Croacia, arramblan con todo.

»—No te gustan los economistas, ¿verdad?

»—No le gustan a nadie, ni a los propios economistas. Es un fallo de la condición humana que todos nos sintamos mejor capacitados que el prójimo para vivir su vida. Tú crees que podrías ser un Roberto mejor, y yo, un mejor Audley. Fíjate en el reloj de Guillermo; todos nos creemos capaces de arreglar la correa, hasta que lo probamos. Nos sentimos obligados a ayudarnos unos a otros.

»—¿Puedo irme a casa, Roberto?

»—Ésa es una cuestión muy seria —me respondió antes de irse.

»A continuación se presentaron dos pánfilos.

»—Somos periodistas noruegos. Nos han informado de que mañana va a ser fusilado por espionaje. ¿Cómo se siente?

»Me hicieron una serie de preguntas igualmente brillantes mientras daban cuenta de unos bocadillos de salchichón. Yo no tenía hambre, pero decidí que debía reservar fuerzas. El auténtico John despidió a los periodistas, y cuando le pregunté si podía comer un bocadillo dijo que aquéllos de salchichón eran mi último ágape. Oí cómo los noruegos preguntaban la hora exacta de mi ejecución.

—¿Y qué ocurrió?

—Que no me ejecutaron, Oceane.

—¿Te escapaste?



—Preferiría no contártelo.

—No puedes dejarme así. ¡Justo ahora que ibas a ser ejecutado por un pelotón de mercenarios locos de atar!

—Ya te he dicho bastante.

—¿Fue porque los serbios invadieron el pueblo?

—No. Aunque ésa era otra de mis fantasías favoritas. Imaginaba que llegaban y obligaban a Roberto y los demás a comerse sus propios genitales para después coserlos a tiros. Lo malo era que luego me encontraban. Entonces yo les decía: «Soy espía vuestro». Y ellos respondían: «Mentira».

—¿Roberto confesó que todo era una broma?

—Me da vergüenza.

—No puede ser peor de lo que me has contado.

—Ésa es otra. Nunca pienses que las cosas no pueden ir peor. Yo te diré cómo terminó la historia. A la mañana siguiente se presentó mi madre en el pueblo. Pensé: Fantástico, no sólo me van a ejecutar sino que encima se cargarán a mi madre.

—¿Qué sucedió?

—Que me equivoqué, como de costumbre. Roberto y los demás no pudieron tratarla mejor. Marcel no hacía más que prepararle té. De buenas a primeras, toda la historia de la ejecución del espía se la llevó el viento. Luego cogimos un taxi y regresamos a Zagreb. Casi salieron a despedirnos.

—¿Cómo consiguió tu madre localizarte?

—Al entrar en el taxi con John un vecino de la familia que estaba de viaje de negocios en Zagreb me vio y me llamó, pero no lo oí. Cuando regresó a casa le comentó a mi madre la sorpresa que se llevó al encontrarme allí. En la prensa se hablaba de voluntarios extranjeros, así que fue a buscarme.

—¿Y consiguió dar contigo en plena guerra?

—No fue tan difícil como parece. Así estaban las cosas en Yugoslavia. Salías de casa por la mañana y te cargabas a tu vecino porque no te gustaba, porque te creías en el deber o porque temías que él se te adelantara. Luego, por la tarde, sacabas el mejor mantel y ofrecías a tu visitante inglés la más exquisita mermelada casera, de modo que el pabellón de tu país y tu hospitalidad quedaran bien altos.

—¿Y Roberto por qué te dejó en libertad?

—No lo sé. Le haría gracia. Nunca me he perdonado a mí mismo por presentarme en aquella guerra. De ahí el tic y esas patadas que siempre me doy en el culo. Aquel viaje fue una locura, un completo desvarío. Pero por mucho que critique a la legión de trepas, indeseables y dementes de Roberto, aquel pueblo no contaba con más protección que la nuestra.

Hace cinco horas que pusimos en marcha el equipo. Todo funciona a la perfección. El sonido es un éxito. Oigo el suelo húmedo crepitando bajo las pisadas

de Audley. Esperemos que el equipo funcione igual de bien en Chuuk.

## **Chuuk**

Audley viene a Londres en tren y hacemos una última prueba. Una vez se encuentre en Chuuk dudo que pueda contar con asistencia técnica. Toma asiento en su vagón mientras una esbelta señora sube y trastea con el equipaje. De pronto profiere un grito y empieza a correr de un lado para otro. Ha perdido el bolso. Lo llevaba colgado de una maleta de ruedas. Se ha quedado sin billete, sin dinero, sin bocadillos y sin sus objetos de valor. Se lamenta a Audley y demás pasajeros. Avisan al revisor y los lamentos prosiguen. Audley dice «¡Vaya por Dios!». A la señora le ha desaparecido incluso el libro que llevaba para el viaje, y el trayecto es largo.

Audley introduce la mano en el bolsillo del asiento y extrae una guía de Micronesia.

—Tome. —Se la ofrece.

El tren arranca. Diez minutos más tarde la señora le devuelve el libro.

—¿Tiene algo mejor?

Otro pasajero la invita a un bocadillo.

Audley cuenta con una ventaja sobre mí; él tiene un lugar de origen. Para viajar es preciso disponer de un lugar desde el que partir. Sunk Island podrá ser una planicie inhóspita, pero ofrece una agradable sensación de permanencia. Sus granjas y casas de campo llevan allí desde hace generaciones y se proponen continuar en su sitio.

El nombre del barrio donde pasé mi juventud todavía existe; pero el vecindario ha desaparecido. La mayoría de las calles se mantiene, pero el barrio ha sido arrasado. Lo fueron minando poco a poco, día tras día, desmantelándolo pieza por pieza. El hombre empleó más de veinte años en esta obra. Supongo que en la mayoría de barrios residenciales ocurre lo mismo, se reconstruyen hasta resultar irreconocibles. La última vez que pasé por allí no sabía dónde encontrar nada. Paradójicamente, en muchos sentidos el barrio no había cambiado: los servicios eran los mismos, pero todo estaba revuelto y remodelado. Todo a cinco o diez puertas más allá. Habían arrojado mi juventud por la ventana. No era mi intención frecuentar el barrio por muy intacto que se conservara, pero decepciona comprobar hasta qué punto tu pasado es desechable.

Me aburrían los ancianos de mi familia que despotricaban contra los cambios, pero ahora, con la mitad de años que ellos, me encuentro en la misma tesitura. A menudo echas de menos esos pequeños detalles: las escaleras por las que te caíste, el callejón donde te besaron, el banco donde solías sentarte con los amigos. Necesitas algo a lo que aferrarte, aunque sea un barrio infame.

Reclamos turísticos aparte, Londres se ha fluidificado: como un gran puchero con

su carne y sus verduras intactas, pero donde todo lo demás flota. Las empresas se trasladan, los empleados cambian de trabajo, todo está en continuo movimiento, excepto el tráfico. La responsabilidad parece un vestigio del pasado. Me he convertido en la persona más estable que conozco. No hay más que mirar alrededor.

Walter solía ser impuntual. Encima, cuando llegábamos a los sitios me lanzaba una miradita y decía: «Perdonad el retraso. Ya os imaginaréis a quién se debe». Al final terminé acudiendo por mi cuenta para evitar que me acusaran de tardona. Una noche nos invitaron a una cena, y a mí se me caía la cara de vergüenza porque ya hacía más de una hora que Walter debía haberse presentado, cuando por fin apareció. Pretextó que la policía lo había retenido debido a que en la casa de enfrente se había declarado un incendio.

Todos salimos a echar un vistazo. El fuego estaba demasiado lejos como para que nuestro anfitrión corriera peligro, la casa siniestrada, vacía, y, en cualquier caso, no podíamos ayudar, de modo que nos quedamos allí plantados bebiendo champán mientras los bomberos luchaban contra las llamas. Nunca antes había presenciado un incendio de esas dimensiones. Ver una casa ardiendo es pavoroso: las llamas se agolpaban en las ventanas con una especie de risa sardónica. A veces no queda otra opción que observar, aunque me pareció que nuestro anfitrión disfrutaba excesivamente con el espectáculo.

La segunda carta de Walter llegó tres días más tarde. Al igual que la primera, llevaba matasellos de Londres del día anterior, por lo que no podía tratarse de un retraso de ocho años en la entrega, lo cual, por otra parte, no es tan inusual.

«Querida Oceane:

»Qué sorpresa, ¿eh?

»Cuando leas esta carta, sin duda ya habré..., no quiero ni escribir la palabra..., qué tontería, ¿verdad?

»Supongo que estarás enfadada conmigo. Dicen que enfadarse es bueno para el corazón. Es importante someterse a examen de vez en cuando.

»Te escribo a oscuras, así que discúlpame si meto la pata de vez en cuando.

»Continuará.

»Walter.»

Al recibir la primera carta me enfadé. ¿Era una engañifa? ¿Una broma? ¿Un error? Reaccioné de distintas formas: con perplejidad, disgusto, enfado... Pero sobre todo me emocioné.

Quizá fuera culpa mía, y no de él, pero en mi vida me he emocionado pocas veces.

No te das cuenta de inmediato. Al principio no adviertes el vacío. Sin embargo, a medida que te haces mayor, se va haciendo palpable. Cuando recuerdo a los hombres que me la metieron de jovencita, me parece como si estuviéramos batiendo el récord

sexual, como si tuviera lugar algo de vital importancia. Tal vez fuera así: en este universo es un triunfo gozar en pareja.

Pero en mi adolescencia casi cualquier hombre con una piel limpia, unas costumbres de higiene dental rigurosas y un automóvil podía llevarme a la cama; simplemente, el afecto se te desborda y alcanza el objeto más próximo. Luego comprendes que la mayoría de los paquetes vienen vacíos. Hay pocos que te llenen.

No obstante, la concupiscencia acaba por confirmarse como la única actividad que merece la pena. Los amigos quizá te abandonen, pueden robarte el dinero, las casas se desmoronan, pero el goce perdura mientras se tiene memoria. El mete-saca es el único pasatiempo de calidad. Un espacio de tiempo que puede catalogarse como bien empleado. Uno lamenta lo que viene antes y después, pero puedo afirmar con absoluta franqueza que el acto en sí, incluso cuando no hace justicia a los prolegómenos, suele ser satisfactorio. Es una lástima que no se pueda practicar a todas horas, por muy atlético que uno sea; ahí es cuando empiezan los desengaños y las peleas. Gozar nunca causa problemas, sino las emociones y la logística. Pese a todo, no sería conveniente vivir inmersos en una espiral de lujuria. Nada debería esclavizarnos, por más que el mundo sea una gran máquina creada para atribularnos.

Ése es el riesgo de mantenerse en contacto. Te decepciona que una persona que solía babear con tu entrepierna no se digna cruzar una habitación para saludarte. De todas formas, a veces lo decepcionante es que lo haga.

No existe nada más grato que encontrarse con alguien a quien nos alegramos de ver y que se alegra de vernos; nada más conmovedor que la persona con quien deseas mantener el contacto mantenga el contacto contigo.

Me enfadé con Walter, como siempre. Recuerdo que llegabas a casa y te lo encontrabas tumbado en el suelo, inconsciente. Agarrabas el teléfono para avisar una ambulancia, y entonces lo oías reír entre dientes. Desde luego es un fenómeno conocido que todos los hombres llevan en su interior a un crío de cinco años, pero eso no tiene por qué ser negativo. Por supuesto, a las mujeres no nos gusta que un hombre se comporte a todas horas como un niño, sobre todo si empieza a lloriquear y quiere que le presten atención, pero el lado lúdico tiene su gracia. En cierto modo puede interpretarse como un halago. Al fin y al cabo ese crío, al menos en el caso de los individuos que merecen la pena, se halla encerrado en la última de las habitaciones, y complace saber que los celadores se han largado.

Por varias razones, Walter fue el más divertido de mis novios. En primer lugar, me dejaba que le diera patadas.

Cuando infringía las normas del lavado de platos reglamentario o salía a hacer la compra y olvidaba algún artículo, compraba lo que no debía o traía fruta en mal estado, como suele ocurrir entre el género masculino («Pero ¿te has fijado antes de comprarlo?»), se agachaba ante mí y decía: «Dos patadas». Y si no acertaba de pleno

en el trasero, añadía: «Tienes derecho a otra más». Aquello me colmaba de satisfacción.

Comprendía la creación del lenguaje. Cuando yo llamaba al timbre de su puerta él abría una rendija, me miraba de arriba abajo y me soltaba: «Lo siento, no me interesa». Y volvía a cerrar. Yo daba cuatro timbrazos, Walter abría de nuevo y me hacía pasar. Siempre lo mismo, semana tras semana. La primera vez no me pareció gracioso, aunque nunca tuvo la intención de serlo. No se trataba de la clásica bromita repetitiva, sino de nuestro saludo habitual.

La verdadera base de cualquier pareja se encuentra en su comportamiento en la intimidad. Lo que mejor evidencia hasta qué punto Walter podía ser divertido era un juego con el que nos entreteníamos. Al principio, con dinero de por medio. En los viajes largos o en las largas esperas él apostaba a que era incapaz de mirarle con cara seria durante más de treinta segundos. Yo comprobaba, consternada, que no duraba más de uno o dos segundos. No llegaba a hacerme muecas ni payasadas, bastaba con que me mirara para que rompiera a reír a carcajadas. Perdí mucho dinero con ese juego, pues me parecía imposible que, dejando la mente en blanco (y concentrándome en enfermedades, muertes, platos de repollo frío o pasando lista a las flores del jardín de mi madre: gordolobos, gisófilas, hostas...) fuera incapaz de aguantar los treinta segundos. El secreto de Walter consistía en no intentar hacerme reír nunca. Su rostro dibujaba un amago de malicia o picardía, y el convencimiento de que podía hacerme reír me hacía reír; al final, la situación resultaba tan ridícula que no podía contenerme y rompía a carcajadas.

Me encontraba en un *pub* del Soho con mi amiga Amber jugando a la Agenda. Este juego consiste en sentarse en un bar a beber, y lo gana la persona a quien se le acerca a saludar algún conocido. El perdedor o perdedores pagan las consumiciones. Se aconseja redactar y acordar el reglamento de antemano. Llevábamos allí toda la tarde cuando de pronto se acercó Walter y me dijo:

—Oceane, te he estado buscando.

Amber, que se quedó anonadada, se negaba a creer que no hubiera habido tongo. Al principio no lo reconocí, porque Walter llevaba ropa (ya no estábamos en Barcelona), y yo había bebido absenta y no esperaba verlo. Ocurrió a los pocos meses de regresar de España, tiempo en el que lamenté no haberme despedido de él.

Llegó a Londres esa misma mañana.

—Nadie en Barcelona tenía tu dirección, pero he venido de todos modos —explicó.

Fue directo al centro de Londres y dio conmigo en aquel *pub*. ¿Qué probabilidades hay de que suceda una cosa así? Es una de esas casualidades que no se dan más que una vez en la vida, y quizás una sea suficiente.

Me sentía a gusto con Walter. Tal vez ésta es la virtud que más cuenta: la paz.

Poder ser una misma, dejarse llevar, meter la pata sin que te lo tengan en cuenta...

—¿Por qué has venido? —pregunté.

—Porque me apetecía.

—Pero ¿por qué?

—Porque pensaba en ti.

—Apenas me conoces.

—Lo bastante.

—¿No echas de menos a Heidi?

—Una vez te la has tirado quinientas veces, pierde emoción. ¿No te apetece verme?

Pues claro que sí. Walter me cautivó con aquel optimismo insensato, y no dejó de impresionarme. La mayoría de relaciones amorosas empieza en lo más alto y con el tiempo va decayendo. Con él, en cambio, cuanto más lo conocía, más me gustaba.

Sus cartas siempre dejaban huella en mí. Tenía una letra preciosa, algo difícil de ver en un hombre. Más que escribir, dibujaba.

Me dolió su carta de despedida. En primer lugar, porque me sorprendió. Lo normal antes de una ruptura es que sientas ligeras sacudidas. Pero entre nosotros todo iba bien hasta que abrí aquella carta. El inconveniente con las personas que te marcan es que el impacto suele ser tanto positivo como negativo.

Me indignó que dijera aquello de «No es culpa tuya, soy yo». Vaya un cliché... No podía imaginar que fuera cierto. Interpreté su carta y su partida como la peor forma de cobardía. Luego resultó que, se mire por donde se mire, en sus actos no hubo cobardía. Noté que Walter estaba perdiendo peso, pero, como era un fanático del gimnasio, supuse que se estaría excediendo con el ejercicio.

Cinco meses después de la misiva con la que desaparecía de mi vida, me llegó el anuncio de su defunción. Fue por carta. En ella Walter decía algo que se me quedó grabado: «Sentirás deseos de gritar y llorar; ojalá pudiera estar contigo ahora».

Quizás en su decisión hubo cierto egoísmo, pero fue el acto más valiente que jamás he visto. Walter decidió dar el paso de la luz a la oscuridad en solitario, optó por recorrer el camino a solas cuando la mayoría de los mortales desea tener una mano a la que aferrarse. Si he de ser sincera, en parte me sentí aliviada de no tener que pasar por el suplicio de sentarme junto a su cama en el hospital. Es difícil encontrar hombres de verdad. Walter era el único al que podía considerar como tal. Aunque suene estúpida, no se me ocurre otra expresión. Hay tanto mequetrefe y tanto imbécil que recibe atenciones y halagos sin merecerlos... Yo he sabido lo que es la valentía. Entrar en la oscuridad solo, indefenso, resignado, con la certeza absoluta de que tienes la batalla perdida, es sin duda la mayor muestra de arrojo. Se da pocas veces, pero existe. En el momento en que Walter desapareció de mi vida no fui corriendo tras él, tal vez más por orgullo que por fortaleza. Puede que deseara haberlo

hecho. Nunca se sabe.

Lloré su muerte. Ya sé que era inútil, pero me pareció necesario.

Walter fue el único hombre con quien me planteé tener hijos. Hoy todavía lo pienso, pero incluso si se diera la situación ideal, tendría mis dudas. No sólo por todas las cosas espantosas que ocurren en el mundo, sino por el problema de cómo educarlos. ¿Qué se le enseña a un hijo? ¿Que sea honrado, sincero, trabajador? Eso no sirve de nada. Sería falso y cruel educarles en la confianza de que comportándose así tendrán garantizado el éxito o el afecto. Sólo conseguirás que los pisoteen.

Y de pronto llegaron más cartas. No tenía idea de dónde procedía aquella correspondencia póstuma. Deduje que Walter se las habría confiado a alguien. Pero dudaba de que fuera un amigo, dado que todos estaban algo majaras. A menos que me las hubieran enviado anteriormente, pongamos cinco años antes, podría tratarse de un amigo. No, tenía que ser un abogado, un banco o alguna institución.

Llegó la tercera carta:

«Querida Oceane:

»Tengo tantas cosas que contarte...

»Todo empezó con mi hermano. Durante unas vacaciones se apuntó a un curso de buceo y no regresó nunca más. Gestionar la repatriación de un hermano es lo más triste del mundo. Te ahorraré los pormenores. En Chuuk me enteré de que Richard iba dejando un reguero de accidentes allá por donde iba. Las pertenencias de mi hermano desaparecieron, sobre todo su dinero. Ya sé que el dinero no espera, pero me hizo sospechar.

»De ahí mi paso por Barcelona. Iba siguiéndole la pista a Richard, pues estaba convencido de que no fueron accidentes. Todos nos creemos capaces de jugar a detectives, ¿verdad? Quería pillar a Richard con las manos en la masa, y ya decidiría más adelante si le pagaba con la misma moneda o lo entregaba. Eso es lo que más nos altera, ¿no? La sensación de impotencia.

»Por si alguna vez lo dudaste, Richard no tuvo nada que ver con los incidentes del Babylon. Cuando sucedió el primer ahogamiento yo estaba en el dentista, y durante el segundo, en el mercado comprando un artículo para irrigaciones nasales. Puedo jurarlo porque pasé horas tras sus pasos. Al principio no lo creí inocente, pero tuve que admitir que no podía haber cometido dos asesinatos imposibles. Daba la impresión de que era el hombre con el peor fario del mundo.

«Entonces se me ocurrió otra posibilidad. Solía acostarme tarde para vigilar los movimientos de la gente, como buen sabueso. De ahí que no fuera el mejor conversador del mundo. Efectivamente, una noche ocurrió algo. Tu habitación quedaba a dos puertas de la de Richard. Oí que alguien andaba descalzo con mucho sigilo y vi que entraba de puntillas en tu habitación. Pensé que era Richard haciendo de las suyas; si no, quizás habría esperado a ver qué sucedía. Al llamarle la atención,

descubrí que no era Richard. Era otra persona. Y aquí viene lo extraño del caso: supo que lo habían pillado.

»—¿Una visita a Oceane? —le pregunté.

»—No —contestó cerrando de un portazo.

»Mentía. Fue la clásica situación en la que sabes que te están mintiendo y el otro sabe que lo sabes, pero le da igual y yo no tenía modo de probarlo. Su presencia en el pasillo a esas horas de la madrugada no era normal, pero tampoco la mía. Siempre podía alegar que quería echar un polvo.

»—Me ha parecido oír la alarma contra incendios. ¿Tú la has oído?

»—No ha sonado ninguna alarma.

«—Quizás alguien la ha probado por equivocación.

»—No. No ha sonado ninguna alarma.

»—Todo se acaba probando alguna vez.

»—Te digo que no ha sonado ninguna alarma.

»—Lo habré soñado.

«Comprendí que estaba ante el mal en persona. Fue como ir al zoo y ver el nombre anunciado en una placa, y de pronto la bestia salta de entre unos matorrales al otro lado de la reja y piensas: ¡Ah, conque ése es el aspecto que tiene...! No supe qué hacer. En principio, ser el mal en persona no es delito en ninguna parte, y algo me decía que mi palabra no bastaría. ¿Es usted un experto en el mal? ¿Dónde está el título que lo acredita? Dice que su profesión es tirarse a rubias... ¿Y pretende que le creamos? Se lo comenté a Jorge, pero no estaba de acuerdo.

»Yo sé muy bien lo que vi. Pero presiento que te salvé la vida. No te lo conté por temor a que pensaras que se me había ido la cabeza o que pretendía hacerte fregar los platos durante un año por simple gratitud. Puede que me equivocara, aunque sé lo que vi. Le pegué un puñetazo en el estómago y le grité que te dejara en paz. Algún mérito debe tener pegarle un puñetazo en las tripas al mal en persona...

»Tal vez ya te hayas enterado y el tipo ostente el título de mayor asesino en serie del mundo. Y a ti te hayan entrevistado por su causa: “Lo conocí en Barcelona”. Fui en su búsqueda cuando... No llegué a ninguna conclusión. ¿Crees que debiera haber insistido? No tenía en qué fundar mis sospechas.

»Me callé todo esto porque era una carga, algo que me aterraba. Después de tanto tiempo me aventuro; ahora quizá tú lo veas con más frialdad... Hay otra carta que contiene toda la información. Tendrás que desplazarte a Chuuk, una isla de Micronesia, no un poblacho perdido de Luisiana, y preguntar por Bruno. El tiene la carta.

»Me parecerá muy sensato que no quieras ir allí. Sea cual sea tu decisión, espero que te halles arropada por capas y más capas de felicidad.

»Con cariño,



»Walter

»P. D.: Cuidado con los ataúdes cómodos».

¿A quién descubrió? Tenía que ser Rutger, en (¿quién sabe?) un temprano o tardío intento por metérmela. Rutger, ¿el mal en persona? Más bien la imbecilidad en persona.

Walter siempre fue muy activo. Era de esas personas que saltan de la cama, se agobian creyendo haberse perdido algo si dan las siete y aún están durmiendo. Si me veía remolonear en la cama me recriminaba: «¡Si por ti fuera, te pasarías la vida ahí tan contenta!». Al meditar el comentario concluí que no era del todo cierto: no te abres camino en el mundo de la danza metida en cama, pero de ser posible no habría tenido inconveniente.

Una noche, después de regresar de una función, Walter cambió las sábanas (era muy perspicaz con esos detalles) y me recibió con su euforia casera. Estaba tumbada en la cama, con las sábanas limpias, satisfecha hasta la médula, y me dijo: «No podrías estar más a gusto, ¿a que no?».

Me di cuenta de que tenía razón. Me encontraba tendida en una cama sumamente cómoda, sobre un colchón con un óptimo nivel de flexibilidad, flotando en la fragancia de la ropa limpia, a una temperatura y una iluminación perfectas. Era imposible estar más a gusto... Paz y placer aunados. Ningún experto en confort, ningún dispendio monetario podría haber incrementado aquella sensación de relax; ningún déspota demente con años de experiencia en camas a sus espaldas habría superado aquel bienestar.

—¿Sabes lo trágico? —me dijo Walter—. Que dentro de un par de minutos habrás cambiado de postura.

No sé si serían dos minutos, pero al poco tuve que moverme. Se diría que la comodidad rueda continuamente, como una pelota por una leve pendiente. Es preciso moverse para seguirle el paso, reacomodarse con pequeños movimientos, aunque también puede ser, por supuesto, que la misma comodidad te impida moverte de verdad, como en mi caso.

Tenía que ir tras aquella última carta. No era una obligación, me apetecía. O bien podía enviar a Audley en mi lugar.

Localicé Chuuk en un atlas; nunca antes había oído ese nombre: Chuuk es una isla que se halla en el otro extremo del mundo, y comprende apenas algunos montículos de arena en el Pacífico.

El rostro de Walter surgió ante mí mofándose con incredulidad de que no hubiera visitado nada de Barcelona: «¿No fuiste a...? ¿No viste...?». Fueren las que fueren sus intenciones eligiendo Chuuk como escondrijo para su último comunicado, entre ellas figuraba el deseo de obligarme a viajar.

La población de Chuuk al completo cabía fácilmente en un estadio. Estudié el

mapa de Weno, la isla principal, que cuenta con una única carretera. Lo memoricé. Quizá la isla sea tan pequeña que no resulte embarazoso entrar en un bar preguntando si alguien conoce a un tal Bruno.

¿Cuál es la población mundial? Muy inferior a la de Chuuk. Allí no podrá haber más de unos mil habitantes, porque de hecho nuestro censo craneal no da para más. ¿Cuántos nombres caben en nuestra agenda? ¿Doscientos, trescientos? Incluso para el más servil de los trepas, ¿cuántos? ¿Dos mil, tres mil? Pero ¿a cuántos les sigues la pista? ¿A cuatrocientos, quinientos? Las familias numerosas, ¿cuántos suman en total? ¿Cien, doscientos?

Richard me dijo en cierta ocasión que una de las peculiaridades al bucear por primera vez es que mientras estás flotando en la superficie ves a mucha distancia, pero en cuanto te sumerges, dependiendo de la luz y del agua, no ves nada a más de cinco, diez o veinte metros de ti, o bien a quince centímetros si te encuentras en aguas de Inglaterra. El océano se divide en pequeñas piscinas; los seres humanos nos movemos de una a otra. Igual que el mundo: rara vez quedas con más de cien personas en la misma época. Dudo que logremos conocer en profundidad o fundirnos emocionalmente con más de mil seres humanos a lo largo de nuestra vida. Los demás son revisores, transeúntes, comparsas. Estampas repetitivas.

Me dediqué a la danza porque me encantaba bailar, pero también con el deseo de triunfar en la profesión. En última instancia, ese triunfo me habría reportado la consideración de un puñado de figuras relevantes en el mundo de la danza. La estima de un puñado de plumíferos. El reconocimiento de mi reconocimiento por parte de unos cuantos coetáneos. El orgullo de un puñado de amigos y familiares. Y el pique de un puñado de enemigos.

El dinero es fantástico. Y debe de ser muy estimulante llegar a un país y una ciudad que nunca has pisado y encontrarte a una multitud entregada. Pero no me importa que un vendedor de fertilizantes de Gabón no sepa de tu existencia (a menos que éste fuera compañero de clase o quieras acostarte con él). Todo se fundamenta en la admiración de un círculo reducido de personas.

Siento que ya he conocido a bastante gente. Es una de las señales de que te haces mayor, como la primera pata de gallo. Y nos afecta a todos en una u otra medida. Incluso los superricos y los superfamosos, que cuentan con estadios de admiradores que se los comerían a besos, tienen compañeros estables. El mundo emocional será siempre un pueblo.

El pastel. Ahí tenemos uno de los problemas básicos. Al principio uno cree, o al menos yo así lo hice, que el pastel es infinito. No envidiaba a otras bailarinas de talento porque estaba convencida de que habría pastel suficiente para todas. Que les fuera a las mil maravillas... ¿Será que la bondad se basa en la creencia de que nos irá bien en la vida? Si a la edad de cinco años alguien nos demostrara que nadie nos

echará una mano y que fracasaremos en todo lo que nos importa, ¿nos movería el deseo o la voluntad de ayudar al prójimo? A medida que acumulamos pruebas de que el pastel es muy pequeño, de que miles de personas persiguen un pedazo de felicidad, se necesita una fuerza sobrehumana para continuar comportándose con bondad. Antes de que los ligamentos de las corvas me desligaran de mi carrera como bailarina, una colega a la que conocía falleció en un accidente de automóvil. Si en aquel momento alguien me hubiera preguntado si deseaba su muerte, me habría escandalizado. Pero me avergüenza reconocer que, en lo más hondo de mi corazón, en el fondo de los fondos, sentí cierta satisfacción al ver con ello reducida la competencia.

A mi regreso de Barcelona viví una época de felicidad. Curro, uno de los porteros del Babylon, gran aficionado del fútbol, me pidió que indagara si a algún equipo inglés le apetecía organizar un intercambio. Dije que lo intentaría. Yo no tenía ni idea de fútbol, ni de cómo enfrentarme a una empresa así. Tampoco era una amiga íntima de Curro; nos conocíamos poco más que de «Hola» y «Adiós». Una mañana reflexioné sobre lo que aquel encargo conllevaba: imaginé las innumerables llamadas telefónicas, los días de mi vida desperdiciados en un proyecto que no me interesaba lo más mínimo, y todo por hacer un favor a alguien a quien apenas conocía. Entonces lo vi claro: no iba a hacerlo. Tal vez os parezca obvio, pero, siempre que me han pedido ayuda o favores, me he esmerado por cumplirlos. Era la primera vez que le fallaba a alguien, y fue un gustazo.

Me deprime pensar que ayudando a los demás no me ayudo a mí misma. Puedes pasar la vida haciendo favores, y no por eso conseguirás que te den un vaso de agua ni que el embotamiento de cabeza que te ha dejado el resfriado remita cinco minutos. Tal vez sea ley de vida, pero es evidente que los egoístas y los indiferentes viven mejor; no son necesariamente los más felices o los que más lejos llegan, aunque suele darse el caso, pero sin duda viven mejor. A veces pienso que la bondad es un elaborado timo que alguien me ha colado. O quizás una cuestión de estilo, algo así como elegir entre pintar las paredes de color magnolia o gualda.

Consulto el reloj. Audley debe de haber llegado a Chuuk. Me reuniré con él en breve.

Micronesia está muy lejos. Incluso si no me importara viajar al extranjero, lo pensaría dos veces antes de emprender un vuelo tan largo. Según los amigos que frecuentan los aviones, tras las once primeras horas de vuelo cruzas la barrera y te resignas a tu sino, y empiezas a encontrarle el gusto hasta el punto de que no te apetece bajar del avión.

Enviar a Audley a Chuuk en mi lugar tiene un punto de absurdo. Sería más fácil agarrar la puerta e ir en persona, pero no pienso hacerlo. La cuestión es resolver el enigma, y si tengo que recurrir a medidas un tanto engorrosas, mala suerte... Estoy segura de que no seré la única que ha empleado métodos extremos para solucionar

una simpleza.

Por mucho que odies a la persona en la que te has convertido y te debatas contra ella, no podrás evitarla, aunque pongas toda la voluntad del mundo. Sin un poco de suerte de nuestra parte, no somos nada. Pensé en pedir ayuda médica, pero no creo que el mundo merezca la pena. Me decepciona lo que ocurre ahí fuera. Eso no hay médico que lo cambie, ni argumento que lo rebata. Es como arrojar briznas de hierba contra un muro.

Una vez has estado entre bastidores, ya no ves el teatro del mismo modo. Una vez adviertes la fisura en el jarrón, el jarrón deja de ser lo que era. Una vez pillas a un amigo en un acto infame, tu amistad cambia para siempre. Lo que no significa que dejes de ir al teatro, ni que te desprendas del jarrón o de tu amigo. Puedes elegir.

Audley se visibiliza.

—¿Qué tal el vuelo? —le pregunto.

—Aburrido. ¿Has visto? ¡El aeropuerto es un cobertizo!

Veo a qué se refiere. El aeropuerto de Chuuk parece un hangar.

—Gracias por ponerte en contacto. ¿Todo bien? ¿Por qué no vas a un hotel y descansas? Ya entraremos en materia más tarde.

—¿Y cómo quieres que vaya al hotel? Por aquí no hay taxis. Esto es tan relajado que ni siquiera vienen a timarte.

Es cierto que incluso los ociosos, familiares y amigos que deambulan por el aeropuerto parecen hastiados por el esfuerzo de haraganear.

—Voy a dar una vuelta a ver si encuentro algo. ¡Tiene narices el trayecto para seguirle la pista a una carta...!

—Lo sé. Y te estoy agradecida.

—Te comprendo. La curiosidad puede tener una fuerza tremenda, y ser un auténtico tormento. ¿Nunca te he hablado de mi amigo Martin? Trabajaba para una empresa de fabricantes de órganos y tenía que hacer una entrega en una iglesia de Ipswich, que, como sabrás, es una ciudad tranquila..., en fin, aburrida. Estaba frente a la puerta de la iglesia ayudando a descargar el órgano, en un barrio que, incluso en Ipswich, podía considerarse residencial, cuando sintió un palmetazo en la nalga derecha, como si le hubieran golpeado con un bate. Se dio la vuelta, no vio a nadie allí de pie con un bate, y luego se desplomó. Tardó un tiempo en reaccionar, porque es lo último que uno espera. Le habían pegado un tiro en el culo.

«Teniendo en cuenta que le habían disparado, la cosa no fue grave. La bala era de pequeño calibre y poca velocidad, Martin apenas perdió sangre y a los pocos días lo dieron de alta. Le dejó una cicatriz y de vez en cuando siente punzadas en la nalga, pero aparte de eso, físicamente, ninguna complicación. Martin no lo entendía: “¿Por qué en el culo?”.

»Nadie supo encontrarle una explicación razonable. Martin residía en Newcastle

y aceptó el encargo a última hora en sustitución de un colega enfermo, de modo que, si se trataba de un ataque dirigido contra su persona, no tenían forma de saber que iba a desplazarse a Ipswich. Por otra parte, a nadie se le ocurrían motivos para estar siquiera molesto con Martin, y mucho menos para pegarle un tiro; se trataba de esa clase de personas.

»Era la primera vez en veinte años que se disparaba contra una persona en Ipswich. No existía club ni campo de tiro alguno en las inmediaciones de la iglesia. Los delitos con armas de fuego eran prácticamente desconocidos. La única explicación era que, en un descuido, a alguien se le hubiera disparado el arma mientras la limpiaba, o que alguien de pronto sintiera el morbo de atentar contra el culo de un descargador de órganos. Se efectuó un solo disparo. El incidente no volvió a repetirse. Martin se subía por las paredes, empeñado en descubrir el porqué. Se anunció el caso en la prensa local rogando a su asaltante que contactara con él.

—Debió de ser frustrante.

—Yo tengo mi teoría, pero...

—¿Cuál es?

—No, no. Dejémoslo.

Después de todo lo que Audley me ha contado sobre su pasado, no viene a cuento esa reticencia, pero seguro que tarde o temprano la historia saldrá a relucir.

—Tengo que dormir un poco —pretextó.

Ésta es la ventaja de viajar sin moverse de casa: mientras Audley pateaba la ciudad en busca de hotel, yo puedo bañarme o prepararme la cena. Hace diez años sólo un Estado habría podido permitirse el lujo de montar semejante tinglado. Hoy puedo sentarme en mi casa ante mi super-pantalla al tiempo que Audley me sirve Chuuk en bandeja, y todo gracias a un equipo no más grande que una cámara fotográfica. Audley pasa inadvertido con el auricular en el oído, como si estuviera escuchando música. La imagen y el sonido no son espléndidos, pero puedo salir de Chuuk cuando me venga en gana y dormir en mi cama.

## La danza

Mi carrera profesional como bailarina tocó a su fin al poco de regresar de Barcelona. Estaba cómodamente sentada en mi butaca haciendo *zapping* cuando noté un desgarró. Eran los ligamentos de mi corva izquierda. Ahí terminó todo.

Después pasé un año intentando entrar en el sector como administrativa. Envié cientos de solicitudes de empleo, no exagero. Conseguí una única entrevista para un puesto en Bristol. Me levanté de madrugada con el fin de llegar a tiempo para la entrevista, que era a las nueve, pagué la tarifa de hora punta en el tren, y al llegar allí me encontré a otros veinte candidatos esperando. Nos citaron a todos a la misma

hora. Saltaba a la vista que el departamento administrativo de la empresa necesitaba una mano. Entonces nos dijeron que el entrevistador estaba ocupado y que regresáramos a las dos de la tarde. Sin una disculpa ni un café. A las dos regresamos todos y nos condujeron en masa a una salita con dos sillas. Sin una disculpa.

La plaza vacante consistía en un puesto nulo con un sueldo nulo. Daban por sentado que encontrarían a una persona como yo, dispuesta a permanecer en el mundo de la danza a cualquier precio. A la media hora de espera en aquella salita, sin que dieran muestras de pretender entrevistar a nadie, me fui. Hubo varios que me miraron admirados, y otros tantos con una sonrisita de satisfacción. Aún hoy, cuando lo pienso, dudo que hiciera lo correcto. En cierto modo fue un golpe de orgullo: a mí nadie me trataba así. Me marché de allí porque podía; quería aquel trabajo, pero no lo necesitaba. Dado que no estaba dispuesta a tragar mierda quizás el empleo le correspondía a alguien que hiciera lo que fuera por conseguirlo. Aunque, a juzgar por lo que vi de la empresa, quién sabe si el empleo existía.

Fue duro dejar la danza. Continué asistiendo a espectáculos durante un tiempo. Cuando la obra era mala me ponía de mal humor, y cuando era buena, otro tanto. Al final dejé de ir.

## **Yo**

No soy como los demás. O tal vez sí. ¿Seré más sensible que la mayoría? ¿Acaso todos sentimos lo mismo y nos parece que los demás hacen de tripas corazón? Si no salgo de casa es porque puedo. Obviamente, si no pudiera, no lo haría.

Las compras me delatan. Antes, cuando salía, casi nunca encontraba ropa que me gustara. Aunque Londres es una gran urbe, pasaban días sin que diera con nada de mi gusto. Encontraba muchas cosas que me hacían falta, pero era raro que descubriera una prenda que me volviera loca en el acto, y si daba con ella no me lo creía. Me ocurría lo mismo con la comida. En cuanto salía a la venta un nuevo tipo de arroz, de bocadillo, galleta o salsa que me interesaba, a las pocas semanas desaparecía del mercado. Con el tiempo llegué a la conclusión de que alguien vigilaba de cerca mis compras, y cualquier artículo que adquiría no tardaría en dejar de venderse. Casi todos anhelamos ser personas famosas, gente importante, admirada, que destaque, pero se supone que para conseguirlo hay que ser distinto de los demás. De eso nada. Lo mejor es ser famoso, adorado por el público, pero igual que todo el mundo.

No puedo culpar a mis padres. Sin embargo, admito que crecer con cariño y con un trato amable es una mala preparación para la vida. Formábamos una familia unida y, por mucho que yo entonces no era consciente de ello, eso nos convertía en bichos raros.

Me asomo a la ventana. Un par de prostitutas hacen la esquina. Su condición no

salta a la vista. Son feas, visten mal, se comportan de un modo ordinario y, en su mayoría, despiden un halo mortuorio. Pero los interesados las reconocen y saben que pueden encontrarlas en esta calle. Me horroriza que tengan clientela. A ninguna mujer se le escapa que todos los hombres son capaces de meterla hasta por el ojo de una cerradura, pero, aparte de como objetivo biológico masculino, yo a las prostitutas no les veo la gracia. En los hoteles londinenses hay profesionales guapas y sofisticadas, pero éstas de la esquina no tienen nada, ni siquiera una habitación en la que ganarse la vida; con todo, el trasiego de hombres que acuden para ser atendidos tras los arbustos es constante. Y no se trata de pensionistas, incapaces de acceder a carne fresca. La mayoría son jóvenes y, en comparación con las prostitutas, muy bien parecidos y elegantes. La verdad es que pasma comprobar que los hombres sean capaces de meterla en cualquier parte, y que ese bulto en la entrepierna no guarde ninguna relación con su persona.

Reconozco que es asombrosamente fácil desgraciarse la vida. Un momento de descuido, o incluso ningún momento de descuido, y ya la has fastidiado. Odio a esas mujeres porque son el mal en persona. Una madrugada me despertó el timbre de la puerta. La mujer que llamaba me explicó que vivía en «la casa de la esquina» y necesitaba unas monedas para meter en el contador y así calentarle el biberón al niño. Miré el reloj. Eran las cuatro y media de la mañana. Cuando uno llama al timbre de una casa a las dos de la mañana, es probable que sus ocupantes no se hayan acostado aún. Si llama a las seis, puede que se hayan levantado temprano. Pero si llama a las cuatro y media, es obvio que perturbarás el descanso de sus moradores.

La historia del biberón era el típico rollo yonqui. A las cuatro y media cesaba el chorro de clientes. Vino diciendo que vivía en «la casa de la esquina», o sea, no una transeúnte cualquiera sin escrúpulos, sino una vecina, aunque no la conocía. Me pedía dinero a mí para su bebé, y no a sus compañeras. Habría jurado que mentía, pero era cierto que en la casa de la esquina se observaba un trasiego constante de chicas de paso y otras desgraciadas, y había visto cómo varias mujeres con recién nacidos perdían la cabeza y hacían cosas mucho peores que llamar a una casa a las cuatro y media de la madrugada. Quería volver a la cama y dormir a pierna suelta. Le di el dinero, y ella me juró que me lo devolvería cuanto antes. No lo hizo. Nunca más volví a verla. Al menos me quedó la satisfacción de haber acertado en mi juicio.

Ser el mal en persona consiste en no preocuparse de nada ni de nadie excepto de uno mismo, aunque sus efectos puedan ser tan poco dramáticos como fastidiar el sueño a otra persona.

## **Hotel**

Me reúno de nuevo con Audley, que ya ha encontrado alojamiento en un hotel tan

ruinoso y desierto que parece un edificio en obras. Audley avanza con paso resuelto hacia la recepción, vacía en ese momento. Da dos voces: «¿Hola?». No hay respuesta.

—Es un hotel de mala muerte —observo.

—Pero está al lado del aeropuerto. Tengo sueño —contesta Audley. Vuelve a decir «¿Hola?».

Empiezo a comprobar que no es necesario verle a todas horas. ¿Podré convencer a Audley para que se ponga en contacto conmigo sólo cuando ocurra algo importante? Audley da una vuelta buscando al personal. El hotel es enorme, pero está vacío. Pese a la mala calidad de la imagen observo que está cubierto de polvo.

Por la trastienda asoma un señor de corta estatura. La altura, como bien estoy a punto de descubrir, no es un rasgo habitual en Chuuk.

—Quería una habitación —le dice Audley.

El tipo, muy en su papel, reflexiona un instante.

—¿Tiene reserva? —pregunta a su vez.

—No —responde Audley, a todas luces demasiado cansado para devolverle el sarcasmo.

El caballero consulta el registro.

—Puedo ofrecerle la habitación número siete. ¿Cuántas noches serán?

Audley extrae su tarjeta de crédito para pagar.

—Si viaja con efectos de valor —le advierte el empleado del hotel—, le sugiero que los deposite en recepción. ¿Deseará lecciones de buceo?

—No, gracias.

—Permítame su maleta, caballero. Haré que se la suban a la habitación.

El recepcionista regresa con paso indolente a la trastienda, situada detrás del mostrador. Audley sube a la habitación número siete y forcejea con la cerradura.

Suena el teléfono de mi casa. Cuando regreso me encuentro a Audley otra vez en recepción.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. —Audley da un grito casi salvaje exigiendo que le atiendan—. No puedo entrar en mi habitación y el recepcionista está descansando. Ése es el problema de estos países. Les da todo igual. No dan palo al agua y luego se lamentan porque la mierda les llega al cuello.

Audley salta por encima del mostrador y se adentra en la trastienda. En su interior no hay nada, ni nadie.

—¡No me lo puedo creer! —exclama, furioso—. ¡El tío se ha largado con mis cosas! Me la ha jugado el muy cabrón...

Se ha quedado sin pasaporte, sin tarjeta de crédito, sin billete de avión, sin dinero y sin mochila. No tiene más que la ropa que lleva puesta y mi equipo de sonido.

—Ya habrá tiempo de armarla. Ahora me voy a acostar. —Agarra la polvorienta



llave de la número ocho del casillero y enfila hacia sus aposentos.

—¿No deberías avisar a la policía? —le sugiero.

—¡Cuéntaselo a Rita! Ampliación de capital; mandarme pasta, eso es lo que deberías hacer.

No hay vida en el edificio. La habitación ocho conserva el número en la puerta, pero poco más. Audley trastea con la cerradura. Empieza a mascullar improperios. Suena el teléfono de mi casa, y cuando regreso a la pantalla me encuentro a Audley dando voces y pateando la puerta.

Me aburre observar mientras alguien intenta abrir una puerta, pero me sentí obligada a apoyarlo.

—Audley, no sirve de nada enfadarse. —Nada más decirlo, me doy cuenta de mi error.

Audley monta en cólera. No hay nada peor para un hombre que quieran hacerle entrar en razón. Una hora más tarde vuelvo a conectar. Veo que está forcejeando con la cerradura de la habitación número treinta. Por fin entra en la estancia, aunque no por mucho tiempo. Las imágenes al principio son borrosas, pero me parece colegir que el suelo se ha desplomado bajo sus pies. Audley se está quitando de encima fragmentos de yeso y tarima.

—Bienvenida a la habitación número siete —anuncia—. Sabía que este viaje era un error. Por eso no trabajo en el extranjero. Me voy de aquí en el primer avión, y me da igual si tengo que secuestrarlo. Buenas noches, queridos espectadores. —Audley desconecta el aparato.

Lo que me parece significativo es que ya nadie parezca albergar esperanza. Hay esperanzas puntuales: que deje de llover, conseguir un empleo, ganar la lotería, salir con alguien atractivo... Pero creer en el futuro ya no tiene futuro. Se diría que el movimiento en pos de la perfectibilidad se ha detenido.

Me asomo a la ventana. La bronca se desarrolla a bastante distancia, pero la voz me llega con la suficiente potencia como para captar los pormenores. Dos albaneses han regateado con una prostituta por una mamada. Ella pide el precio de dos bocadillos por un servicio. Los albaneses ofrecen la misma cantidad a cambio de los dos servicios. Un chulo interviene, indignado:

—¡Vas listo si crees que te la hará por esa miseria! ¿Quién te crees que es?

—Una prostituta —responde uno de los albaneses.

—No soy prostituta —replica la mujer—. Sólo cobro por hacerlo.

El chulo asesta un navajazo en la pierna a uno de los albaneses. Somos todos iguales. Todos nos indignamos, sólo que por cuestiones distintas. Llamo a la policía, pero no cogen el teléfono.

Conecto periódicamente. Al día siguiente Audley está de nuevo en recepción, supongo que en busca de algo que robar o comer. Le informo de que le he reservado

habitación en otro hotel, con los gastos pagados. Parece de mejor humor después de haber dormido.

Un corpulento africano entra anadeando en el establecimiento.

—No quiero timos —avisa haciendo oscilar el índice en dirección a Audley, en ese momento tras el mostrador—. Soy una persona importante, que quede claro. Quiero la mejor habitación de la casa y al mejor precio. Sin trampa ni cartón. No consentiré que me time.

—Lo que guste, caballero —le responde Audley con voz irónica.

—No lo hagas, Audley —intervengo.

Audley me oye, pero no me escucha. Le ofrece al africano un setenta por ciento de descuento por la habitación, le vende unas clases de buceo al cuarenta por ciento de su precio, le gestiona una mamada con un descuento del diez por ciento, y se queda una de las dos maletas con las que ha entrado.

—¿Por qué lo has hecho? No creo que te sirva su ropa ni su pasaporte.

—Que espere al vuelo de mañana —me contesta Audley trotando calle abajo con la maleta—. ¿Dónde dices que está tu hotel?

La calle es un conglomerado de baches. De vez en cuando pasa traqueteando un todoterreno cargado hasta los topes de chuuqueses.

—¿Qué es eso de la derecha? —le pregunto.

Es una estatua de bronce de un señor a tamaño real. No sé nada de estatuas, pero reconozco las de baratillo en cuanto las veo. Pienso: Qué extraño... en medio de la nada, junto a la carretera...

—¿Qué pasa? —salta Audley—. ¿No has visto nunca una estatua?

Ahora entramos en un bar. Audley conversa con Kangichy, un lugareño que lo aborda con acento americano y le ofrece clases de buceo. Estudió la carrera en Estados Unidos. Según él, Chuuk no está en su mejor momento. Su gobierno es débil y corrupto y las inversiones escasean.

—Los inversores extranjeros se disgustan porque aquí lo único que interesa es la cerveza y el jolgorio.

—Igual que en mi país —observa Audley.

—Los jóvenes estudiamos fuera, y a los que volvemos nos desespera la situación, porque aquí lo que interesa de verdad es la cerveza y el jolgorio.

A continuación Kangichy explica que los jefes de Chuuk hablan su propio idioma.

—Igual que en mi país —observa Audley.

—No olvides preguntar por Bruno —insto a Audley.

—El alcohol no ha empezado a correr.

Osk, el camarero, es oriundo de Birmingham. Habla por los codos. Al principio te da la impresión de que simplemente se alarga en las réplicas, pero un par de horas más tarde comprendes que si el bar estuviera vacío seguiría cotorreando. A diferencia

de lo que ocurre con muchos charlatanes, su conversación resulta entretenida, aunque tres horas de barra más tarde presiento que hemos llegado al final del ciclo.

Osk se dedicaba a la venta de coches. Estaba casado, tenía un niño pequeño, y no andaba muy bien de dinero. Una noche salió de copas con unos amigos; se desplazó hasta Londres en taxi, compró un billete para el Concorde, voló a Nueva York y se tiró tres noches de juerga en un hotel asequible, teniendo en cuenta los precios de Nueva York, pero exagerado para el sueldo de un vendedor de coches de Birmingham con un historial de ventas más o menos digno.

—Creo que podría haber llegado a un acuerdo con la mujer; pongamos que veinte años lavando los platos. Pero se me ocurrió comer una hamburguesa.

Osk paró a tomar una hamburguesa camino del aeropuerto. Se la sirvió una camarera encantadora que trabajaba en aquel restaurante para pagarse la universidad. Ablandado por las virtudes y vicisitudes de la muchacha, con el dinero que le quedaba en la cuenta le dejó una propina trescientas veces superior al coste de la hamburguesa.

—Hasta ahí habría tenido un pase, pero me jodió la prensa.

Mientras Osk aguardaba su ignominioso retorno al hogar, en la estación de autocares de Londres, vio un artículo en el periódico sobre un caballero británico que le dejó una propina impensable a una camarera de Nueva York.

—Hasta ahí podía haberme librado. ¿Acaso no había guerras de las que hablar? ¿Ni gente muriéndose de hambre? ¿Dónde estaban las inundaciones y los terremotos? Mira por dónde, ese día la paz y la prosperidad reinaban en todo el puto universo. No había más noticias que la jirafa que hacía esquí acuático y mi caso. Si al menos me hubieran pintado como un enigmático caballero andante alejándose al atardecer a lomos de su caballo... Pero no, tenían que señalarme con el dedo: «Sólo sé que se llamaba Osk, que vendía coches en Birmingham y que su mujer es una persona muy afortunada», comentaba la camarera.

»Tuve que enfrentarme a la decisión más dura de mi vida: ¿Vuelvo a casa? ¿Es posible que mi mujer y mis conocidos sepan que he saltado a la fama? Una cosa es endeudarse hasta las cejas por culpa de una juerga ruinosa y descabellada; cualquier mujer espera eso de un marido, forma parte del contrato. Pero hacer rica a una camarera con una pechera despampanante es harina de otro costal, cuando, encima, dos semanas antes has armado la gran trifulca en casa porque tu mujer ha comprado una barra de pan cara y tú le recriminas que no cuida la economía doméstica.

»Muchos casados dicen “Mi mujer me va a matar”, pero eso se interpreta como sufrimientos cotidianos. Les arrojarán algún objeto, dormirán en el sofá, tendrán que comprarle un abrigo caro, les cortarán a tiras su corbata favorita... En el peor de los casos, les abofetearán o les morderán. Yo, en cambio, sabía que si aquello había llegado a oídos de mi mujer, me mataría de verdad.

»Es una persona de principios. Por eso me casé con ella. Sabía que no montaría en cólera conmigo; haría sus cálculos. Rumiaría cuántos años podían caerle si en un arranque de ira apuñalaba a un marido borracho y despilfarrador. Y concluiría que su hermana podría cuidar del niño durante los cinco o diez años que pasara en la cárcel estudiando. No le gustaría que la metieran en chirona, preferiría no tener que matarme, que las cosas fueran de otro modo, pero me mataría.

—¡Venga ya! —exclamó Audley.

—Hablo en serio. Cuando le pedí que se casara conmigo me rechazó una y otra vez. Hasta que un día me dijo: «Osk, yo no soy como las demás». Me asusté. ¿Acaso había estado retozando apasionadamente con un transexual? ¿Padecía alguna enfermedad horrible? ¿Le excitaba hacerlo con cinco hombres a la vez? «No soporto que me decepcionen», me soltó. «Ni tú ni nadie», le respondí. «No me has oído bien, Osk. Escúchame: no soporto los desengaños. Ojalá pudiera, pero no es el caso. Podremos enfadarnos, pero si me decepcionas te mataré. No encuentro palabras para disculparme, Osk. Si me engañas o me defraudas te ruego por lo que más quieras que no me entere, porque si lo hago te mato, literalmente, es decir, que te dejo para que te entierren».

—¿Y entonces viniste aquí?

—En un principio no. Primero estuve en Barcelona. Pero quedaba demasiado cerca de casa. Y sabía que cuanto más tiempo continuara impune, más empeño pondría mi mujer en dar conmigo. Saldaría mis deudas y ahorraría hasta poder contratar a detectives privados y asesinos a sueldo. Ésa fue una de las razones por las que me casé con ella. Es una mujer muy centrada y diligente; sabía que ella triunfaría en la vida, al contrario de mí. Yo confiaba en que alguien me cuidara. No he tenido amor propio. A estas alturas debe de estar forrada. Habrá contratado a alguien para que me siga.

—¿Cómo sabes que no me envía tu esposa? —le pregunta Audley.

—¿Quieres aprender a bucear?

—No. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Bruno?

—¿Bruno Munday? Te recomiendo que no aprendas a bucear con él.

—No, ya lo sé. Pero ¿sabes dónde puedo localizarlo?

—Nadie lo sabe —interviene Kangichy—. Va de aquí para allá. Pero si tienes paciencia, aparecerá. Cuando despida a la tripulación.

—¿«Cuando despida a la tripulación»?

—Suele hacerlo todas las semanas. Lleva veinte años lanzándose a la mar; ha trabajado con personas de todas las islas: Udot, Dublon, Uman. Aquí la gente se conforma con muy poco, lo que les interesa es beber cerveza y armar jolgorio, pero incluso ellos se han hartado de que los echen del barco a patadas. Sobre todo si a Bruno le da por tirarlos por la borda al despedirlos. Ahora contrata tripulación de

Filipinas o Malasia. Dicen que está conchabado con las líneas aéreas.

—¿Por qué los despide?

—Hay dos versiones. Por un lado la de Bruno, que se cree el último patrón a la antigua usanza, un lobo de mar con voz de mando y fuego en las venas. Piensa que los marineros de hoy son una panda de haraganes, ladrones, ignorantes y soberbios. Por otro lado, la tripulación tiene a Bruno por un loco perverso y peligroso que no debería estar al mando de un portaaviones.

—¿Un portaaviones?

—Sí. Aunque el buque ya está muy viejo y es pequeño.

—¿Alguien coincide con la versión de Bruno?

—Sólo Bruno.

—¿De dónde sacó el dinero para comprar un portaaviones?

—Lo pagó su madre.

Veo la imagen de Audley reflejada en el espejo, detrás de la barra. Lleva el pelo tan corto que parece pelusa. Debería dejárselo largo (en mi interior se esconde una peluquera ansiando salir a la superficie). Aunque haya rechazado todo lo castrense, podría pasar perfectamente por un recluta borde. Siempre viste ropa de baratillo y fácil de lavar, como si esperara pasar la noche en una zanja.

—¿Y qué hace Bruno con un portaaviones? —indaga Audley.

—*Tours* para submarinistas. Pero yo no recurriría a él si quisiera aprender a bucear.

—¿Y eso por qué?

—Hay dos versiones. La de Bruno, quien ve a los turistas que contratan sus servicios como a un puñado de caguetas inútiles y sin sangre en las venas; y la de los turistas, que opinan que Bruno es un loco perverso y peligroso que no debiera estar al mando de un portaaviones. Por poner un ejemplo: un buen capitán procura evitar los tifones, frecuentes en esta zona. Sin embargo, él disfruta enfilando hacia ellos a todo trapo para que sus pasajeros gocen de una verdadera aventura climatológica.

—¿Y los pasajeros disfrutan con la experiencia?

—Normalmente se desmayan y le suplican que los acerque al aeropuerto más cercano a cambio de grandes sumas de dinero. ¿Por qué te interesa tanto Bruno?

—Tenemos un amigo en común. No habrá ningún otro Bruno por aquí que no sea un loco perverso y peligroso, ¿verdad?

Osk, Kangichy y el resto de la concurrencia sacuden la cabeza.

—Si te invita a cenar no dejes de ir —afirma Kangichy, muy convencido—. Su hospitalidad es legendaria.

Audley comenta la desaparición de sus pertenencias en el hotel. A uno de los clientes del bar, un británico apuesto, le llama la atención un dato:

—Dices que esa persona era muy baja.

—Alto no era —le responde Audley.

—¿Y luego desapareció?

—Salió corriendo.

—¿Lo viste correr?

—No. Es posible que saliera andando a toda prisa.

—Crispin, no te esfuerces —interviene Osk—. Nuestro amigo Crispin anda a la caza de pigmeos invisibles, pese a que todo el mundo le ha dicho que aquí no los hay.

—Todo el mundo no.

—Deben de ser difíciles de encontrar —comenta Audley—. Diminutos e invisibles.

—Vosotros burlaos —replica Crispin con seguridad—, pero corren rumores.

—Ya.

Audley anuncia su intención de cambiar de bar. Osk dice creer poder transmitirle el recado a Bruno; tanto él como los demás le advierten a Audley que vaya con cuidado. En esa zona, el centro de Weno, las cosas están tranquilas, pero, al parecer, el norte y el sur de la isla son peligrosos. Allí podría suceder cualquier cosa. Le aseguran que en un bar del norte de la isla no correrá peligro, pero que vigile en el centro y el sur. En cambio, en el sur le aseguran que esa zona es tranquila, pero ellos desde luego no se atreverían a deambular por el centro y el norte de la isla.

En el último bar Audley conoce a un gay canoso y regordete que rememora con nostalgia el Nueva York de la década de los setenta y la brecha que entonces se abrió en los límites del placer.

—Por mucho empeño que pusieran en el pasado y accedieran a ciertas drogas, carecían de tecnología.

El individuo menciona el Libro que guardaban bajo el mostrador en una de las discotecas. La dirección del establecimiento ofrecía la cantidad suficiente para adquirir la mitad del local a la persona que aportara una práctica sexual desconocida.

—Llegaban muy ufanos al bar —decía aquel último superviviente del asalto a la euforia—. El camarero sacaba el Libro con un suspiro, señalaba el párrafo correspondiente y se volvían contritos a Iowa cargados con sus batidoras.

Una generación que se dio placer hasta la muerte suscita cierta admiración, y es inevitable hacer conjeturas sobre la propia capacidad para desbancar al Libro. Una pareja de británicos de edad avanzada se acerca a Audley.

—Hemos venido a hacer submarinismo. Es increíble lo caro que es, pero merece la pena.

—¿Verdad que sí? —les contesta Audley.

—¿Ha visitado el Fujiyama Maru?

—Por supuesto.

—Estamos pensando en prolongar la estancia una semana. Pero es tan caro para

unos jubilados... Hay que mirar el dinero. Yo trabajaba para el ayuntamiento de Lambeth, y todo el mundo da por sentado que los funcionarios..., ya sabe...

—No.

—Sí lo sabe.

—No.

—¿Desfalcos? ¿Cohechos? ¿Corruptelas?

—No tenía ni idea.

—Seguro que sí. Lambeth tenía fama de corrupto.

—¿Ah, sí?

—¡Pero si era el hazmerreír! Ineptitudes, disparates... Salía a diario en la prensa.

—No vi nada.

—Algo le llegaría. ¿Cómo se le pudo pasar?

—No lo sé.

—De todos modos, es muy pesado que en cuanto sale a colación que eras funcionario en Lambeth, enseguida te tomen por un rufián abotargado disfrutando de unas vacaciones en el trópico en su jubilación mientras las abuelitas de Lambeth pasan miserias.

—Debe de serlo.

—Consuela dar con alguien que comprenda que no todos los funcionarios de Lambeth son unos sinvergüenzas o unos tontainas. Nada más lejos de la realidad. ¿Le apetecería hacer un *ménage a trois* conmigo y mi señora, aquí presente?

—No le pegues, Audley, y no pierdas de vista la copa —le advierto.

Audley pretexta algo y se marcha. El camarero asegura poder transmitirle el mensaje a Bruno. Veo un expositor con tarjetas postales. Pese a la mala calidad de la imagen, observo que llevan bastante tiempo a la venta. Audley me da las buenas noches con la lectura de una de ellas:

—«Dices que eres todo. Y el mundo que no eres nada». —Devuelve la tarjeta al expositor y prueba con otra—: «Depresión: ese fascinante pasatiempo que sale barato».

Todo el mundo asegura poder localizar a Bruno, pero no sucede nada. Audley se sienta en la playa. Alrededor sólo distingo a una pareja de ancianos cumpliendo sus funciones de abuelos con un niño pequeño, a quien inician en el mar con mucha prudencia.

—¿Por qué no aprendes a bucear? —le pregunto a Audley.

Desde la playa la vista resulta un tanto decepcionante. Tiene un aire perfectamente tropical, con sus palmeras, su arena limpia aunque taladrada por los cangrejos ermitaños. Pero algo no cuadra. Tal vez es demasiado paradisíaca, y a uno le cuesta imaginarse en una playa tropical cuando uno está en una playa tropical.

—Te daré una buena razón: porque no me apetece —me contesta—. Nado mal.

—Me sorprende, teniendo en cuenta dónde te criaste —replico pensando en el río Humber y el mar a un paso de su casa.

—No. Cuando digo que nado mal me refiero a que tengo un estilo pésimo, aunque tampoco me apasiona nadar. Mi ex novia participaba en competiciones y siempre se empeñaba en corregirme la técnica. «Tienes que confiar en el agua», decía, y comprendí que tenía razón. Yo no confiaba en el agua y nunca confiaré. A mí no me engaña. Una piscina no es más que una conjura de líquidos. El agua acecha hasta en la bañera. Se hace la inocente, pero está esperando a que resbales, a caer sobre ti. Y si está fría..., el agua fría es lo peor, no importa que seas buen nadador, fuerte y resistente, el agua fría te mata en cuestión de minutos.

»Y mira esto. —Señala hacia el Pacífico—. Intenta volar sobre esto. Puedes pasar horas sin divisar tierra firme. Y cuando por fin la divisas, no ocupa más espacio que un campo de fútbol. Hay olas tan grandes como casas. Y lo más inquietante es lo que esconde. No ves lo que hay debajo: los tiburones y sus infames secuaces. Yo no me meto ahí dentro ni loco.

—La gente dice que en las profundidades hay buques fabulosos.

La ensenada de Chuuk era famosa por sus restos de naufragios. Los japoneses la convirtieron en una de sus principales bases navales durante la segunda guerra mundial y los americanos se ensañaron con ella. Era el reclamo que atraía a buceadores de todo el mundo.

—A mí que me lo expliquen. En tierra nadie prestaría atención a una pila de hierros oxidados, protestarían o avisarían para que se los llevara el camión de la basura. No soy un gran fan de los misiles ni de los buques oxidados. Eso atrae a la gente que no ha vivido una guerra. Yo he visto a marineros cagándose de miedo. Que no me muestren armas en lo que me queda de vida. Podrá matarte cualquier cosa: una almohada, un filete, un cacahuete, una sartén, un trozo de cuerda, un sujetador. Pero las almohadas o los sujetadores no se han creado con ese objetivo. Un arma, en cambio, sólo tiene un propósito; una afirmación en verdad espantosa.

—¿Y qué me dices de los peces?

—Los peces donde mejor están es en un plato. Que me den pescado cuando quieran.

—No es lo mismo.

—¿Una agorafóbica acusando de fóbico a un hidrófobo?

—No soy agorafóbica.

—Entonces ¿por qué no has venido a Chuuk?

—Es una fobia distinta. No creo que se haya inventado el nombre todavía.

La cámara sigue el campo de visión de Audley, por lo que seguro que distinguimos el busto al mismo tiempo. Una mujer pasea por la playa haciendo *topless*. Tiene unos pechos fabulosos, pero a medida que se acerca adviertes que son los



fabulosos pechos de una mujer que ya no está en la flor de la vida, y trata de sacarles partido mientras pueda. Reconozco esos pechos antes de identificar a su dueña. Es Azra, o alguien idéntico a ella, pero con unos años más.

Sonríe a Audley. Sé lo que esa sonrisa significa. Y también él.

—¿Qué tal el submarinismo? —le pregunta ella.

Audley se visibiliza.

—La cosa avanza. He recibido una llamada del capitán Bruno en persona.

Es un alivio para ambos. Audley lleva una semana vagando por ahí y empieza a estar harto.

Aun así, debe seguir matando el tiempo en el embarcadero. Esperar no es lo suyo. Una hora más tarde aparece en pantalla un bote que se aproxima al embarcadero a todo trapo, con tal descuido que deduzco que no es su dueño quien lo gobierna. El piloto desembarca y se encamina con resolución hacia Audley.

—¿*Nee-tude*?

—Sí, busco el *Omnitude*.

El hombre apunta con el pulgar en dirección al horizonte.

—Por ahí. Yo no vuelvo. —Se aleja contento.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Audley.

—¿Crees que voy a hacer el ganso por el Pacífico yo solo en ese trasto?

—Está bien. Ya lo intentaremos en otro momento.

Audley guarda silencio. Sorbe ruidosamente un trago de cerveza.

—Éste es el momento de una ampliación de capital.

—¿Cuánto?

—Un importe como Dios manda. Me hago mar adentro y, si atisbo el buque, sigo adelante.

—Un portaaviones no se esconde así como así.

—Para ti es muy sencillo. ¿Cuántas veces te has visto delante de un pelotón de fusilamiento?

—¿Por qué estás siempre repitiendo lo mismo?

—Porque yo me he visto en ésas.

—Dudo que en el mar te encuentres con ese problema. Podrás ahogarte o ser pasto de los tiburones, pero te aseguro que no darás con ningún pelotón de fusilamiento.

—Si los vieras a la primera, nadie moriría fusilado.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—No quiero hablar del tema.

—Pues si no quieres, abstente de insinuarlo siquiera.

—Será culpa mía. Mi padre falleció docenas de veces por mí. Cuando me dedicaba a trabajos de mierda en la construcción o hacía de lanzacuerpos en salas de

fiesta, recurrí muchas veces a la vieja treta del funeral para coger el día libre. Los jefes se olían que era un cuento, pero decían: «Nadie sería capaz de semejante barbaridad para librarse de trabajar un día». Quizá por eso me haya tocado vivir tantas experiencias límite.

—¿Cuántas has vivido?

—La de Yugoslavia fue la primera. Luego me encargaron que me desplazara a Las Vegas para recoger unos vestidos. Tenía mis dudas, pero pensé: Venga, que Las Vegas no es la guerra.

—¿A recoger vestidos?

—Me lo encargó una amiga de una amiga, que estaba en trámites de divorcio por las malas. Quería que le llevara sus pertenencias. Lo más peligroso que me podía pasar era cortarme el dedo con una lentejuela, pero de pronto me encontré en Camboya cavando mi propia tumba.

—¿Cómo te desviaste de Las Vegas hasta Camboya?

—Sin comentarios.

—¿Tuviste que cavar una tumba?

—Eramos cuatro prisioneros. Nos obligaron a cavar nuestras propias tumbas, dijeron que el que cavara con más ganas de los cuatro se salvaría. Todos pensábamos: Sí, claro, te crees tú eso. ¿Nos toman por imbéciles?

—¿Y qué hiciste?

—Cavar como un cabrón.

—No tenías mucha elección, la verdad.

—Te equivocas. Aunque las alternativas no te gusten, aunque sean tan horribles que pienses que no existe elección posible, la hay. En lugar de cavar, pudo darme por pedirles que me pegaran un tiro en el acto. Siempre tienes elección. Como cuando te despiertas por la mañana y debes acudir al trabajo; puedes optar entre levantarte, ducharte, afeitarte y arrastrarte todo el día bajando la cerviz ante cuatro gilipollas o hacerte una paja y seguir durmiendo.

—Es mejor hacer algo.

—En ese caso no. Una vez mi hermano, «Guita Gansa», y yo nos quedamos en el paro a la vez. Yo me levanté y pasé el día dando vueltas por la ciudad tragando quina. Dejé a Guita Gansa roncando cuando salí, y me dije: Vaya un manta estás hecho, cabrón, ya verás como vuelvo con un trabajo antes de que termine el día. Mientras yo iba puteado de aquí para allá, un bombón que trabajaba en una productora de televisión llamó por teléfono a casa y le pidió a Guita Gansa que se desplazara a Londres para hablar de su experiencia como parado en un programa sobre el desempleo. Lo hospedaron en un hotel de lujo, se tiró a la productora, robó un Ferrari, y a la mañana siguiente un telespectador concienciado le ofreció un empleo. Hay elección, aunque no siempre sabes si has hecho lo correcto.

—¿Y lo fue cavar?

—Tal vez no. Quizá debí mandarlos a tomar por el culo, porque quién sabe si aquel fusil se habría encasquillado en ese momento, y no más tarde, cuando ya terminamos de cavar las tumbas. Así me habría quedado con la satisfacción de portarme como un tipo duro.

—¿Un solo fusil? ¡Eso no es un pelotón de fusilamiento!

—Eran dos tipos. Unos críos sin preparación ninguna. En el ejército británico una de las primeras lecciones que aprendes es a llevar el arma como si tuvieras intención de utilizarla. No te apoyas en ella mientras te estás tocando las narices, porque en el segundo que tardas en levantarla y apuntar ya te han liquidado.

—¿Los mataste?

—No. Pero... digamos que no se hicieron mayores. Jamás he matado a nadie. Aunque en una ocasión tuve una buena oportunidad. Estaba en casa limpiando mi escopeta. En esa época robaban continuamente en las casas, y estaba pensando lo gracioso que sería que alguien entrara en ese momento. De pronto, se abrió la ventana y un tipo saltó al interior. Fíjate si sería idiota el tío que, aun teniéndome allí plantado delante, con una escopeta entre las manos, se le ocurrió entrar. Y una vez dentro tardó unos segundos en reparar en mí. Luego me miró mosqueado, como si acabara de pillarme en su casa. Escopeta en ristre, pensé seriamente en apretar el gatillo, pero me contuve. No creas que por razones morales o de respeto a la vida del prójimo, ni por miedo a que la policía terminara echándome el guante, porque no me cabe duda de que todos habríamos vivido mejor sin aquel tipejo.

»Comprendí que si apretaba el gatillo no habría vuelta atrás. Quizá después me hubiera quedado a gusto, pero, de lo contrario, no podría hacer nada al respecto. El caso es que le hice quedarse en calzoncillos y lo esposé a la verja de la calle. Era enero, llovía y hacía un frío de mil demonios. Pasó cuatro horas fuera hasta que llamé a la policía. Por mí lo habría dejado una hora, pero ya sabes que la policía nunca atiende las llamadas y no se presentaron hasta la mañana siguiente.

—¿Y los otros pelotones de fusilamiento?

—Después del viaje Las Vegas-Camboya ya no quise salir al extranjero. Pero me ofrecieron un trabajo que consistía en acompañar a una niña al colegio. La cría hacía novillos y me contrataron para que la dejara en la puerta del colegio. Así se aseguraban de que llegaba hasta allí. Parecía un empleo sin riesgos, y pagaban a toca teja. La criatura tenía once años, era menuda, y el colegio quedaba a la vuelta de la esquina. ¿Qué peligro podía correr? Fui a parar a Somalia.

—¿Cómo?

—No te lo creerías. Comparado con el viaje a Camboya, fue sencillo, pero aun así no me creerías.

Audley se hace a la mar en el bote.

Para su consuelo, divisa el *Omnitude* casi de inmediato.

—¿Volviste a cruzarte con alguno de los pirados de Yugoslavia? —le pregunto.

—Sí.

—¿Con Roberto?

—No. A ése no quiero verlo ni en pintura.

—¿Con el auténtico John?

—Bingo —responde, en el tono de quien no desea añadir explicaciones. El *Omnitude* no parece cobrar tamaño—. ¿Pero a qué distancia está ese puto buque? —El bote golpea contra las olas unos minutos, y Audley añade—: Durante años me entretuve imaginando lo que haría con él si volvía a cruzarme con él. Lo odiaba de verdad, pues, aunque no era amigo mío, me sentí traicionado. Pudo salir en mi defensa, tomarse alguna molestia..., lo que fuera. Pero no movió un dedo. De Roberto se podrá decir lo que se quiera, pero era un tipo legal. Además, existen dos clases de personas: las que son capaces de correr hacia una ametralladora que abre fuego contra ellas, y las que no. Dado que me cuento entre estas últimas, siento cierta admiración por las primeras. Roberto era un loco perverso y peligroso, pero tenía agallas y no se las daba de nada. El auténtico John, en cambio, era una piltrafa.

»No sabía cómo localizarlo. Decía que se apellidaba Smith, pero seguro que era mentira. Fui a Liverpool un par de veces, pero al cabo de una hora de estar plantado en la calle fijándome en los transeúntes noté que iba a estallarme la cabeza. Así que pensé: Aparece cuando te dé la gana, porque te mataré igualmente. Estaba empeñado en matarlo, y ni siquiera sentía rabia. La cosa iba más allá. Era como decidir que esa noche cenaría pasta. Una decisión como otra cualquiera, nada más. Al principio le di muchas vueltas a cómo lo haría, hasta que acabé olvidándolo. Nueve años más tarde, yo trabajaba como lanzacuerpos para una boda de alto copete de cierto ricachón de la ciudad, me lo encontré en el servicio de *catering*. No me reconoció; yo estaba cambiado, pero tampoco creo que pusiera mucho empeño en hacer memoria.

—¿Qué hiciste?

—Lo primero, encerrarme en el cuarto de baño y llorar a moco tendido. Una vez me hube calmado, decidí esperar a que terminara el banquete y saldar las cuentas.

—¿No lo mataste?

—No. Aguardé a que terminara el festejo y retiraran la vajilla. El momento era perfecto. John estaba a solas en la parte trasera de la casa cargando la furgoneta. Yo me había hecho con uno de los cuchillos de carne de la empresa. Me cercioré de que no hubiera testigos y lo abordé.

»—Hola, John. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

»El tipo me miró de arriba abajo.

»—No, lo siento, tío.

»—Yugoslavia. ¿Te suena?

»—Todos dando el coñazo sobre Yugoslavia...

»—Soy yo, Audley.

»—¡Ah! Me alegro de verte, Audley. Perdona que no te haya reconocido.

—Hizo como si no te conociera —comento.

—No, Oceane. No me conoció. Si me hubiera conocido, habría echado a correr a toda pastilla. No era una persona fuerte ni valiente, y tampoco llevaba en la mano un cuchillo de cocina.

—¿Qué ocurrió?

—Que me quitó el cuchillo de las manos y me dijo: «Gracias. Siempre se nos pierde». Yo estaba tan cabreado que me desmayé. Cuando recobré el conocimiento ya se había ido. Pude seguirle la pista, pero no merecía la pena.

El *Omnitude* empieza a cobrar volumen.

—¿Crees que las cosas pueden cambiar? —me pregunta Audley.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que es posible romper el molde?

—¿Qué molde?

—El molde. Nada cambia. Cuando estaba convencido de que iba a entrar en el ejército, me empapé a fondo de historia militar para dejarlos a todos impresionados. Escoge el pedazo de historia que escojas, por breve que sea, que lo contiene todo. ¿Sabes cuál es la guerra más corta de la historia?

—Pues no.

—Fue tan breve que no tiene nombre. En 1896 los británicos machacaron al pueblo de Zanzíbar. El combate se prolongó durante cuarenta minutos. Hay quienes dicen que menos. Pero todos concuerdan en el momento de su inicio: a las nueve en punto, hora en la que finalizaba el ultimátum que enviaron al jeque.

—¿Cuál era el ultimátum?

—¿Acaso importa? Si duró tan sólo cuarenta minutos quizá fue porque con el bombardeo no oyeron que los árabes se rendían a gritos. Hay una serie de elementos en este episodio que cualquiera que haya vivido una guerra podrá reconocer. Mentecatez a punta pala. El jeque y sus hombres sabían que costa adentro fondeaba una flota británica, de modo que se congregaron en un mismo lugar, el palacio del jeque, en plan blanco perfecto.

»Los visionarios de Zanzíbar presagieron que los cañones de los buques dispararían agua. En una guerra siempre hay lugar para la evasión de la realidad. Majaderías a punta pala. No creo que nadie sepa qué fue de aquellos visionarios, pero apuesto a que no se refugiaron en el palacio.

»Sólo arrasaron el palacio. Los edificios aledaños no sufrieron daños. Cuando el balandro del soberano arremetió contra la flota británica, fue tan leve la carga que el comandante británico hizo caso omiso y esperó a tenerlo a tiro para hundirlo.

Moraleja: un profesional no se chifla por matar, y gana la tecnología.

»Mientras el balandro del jeque hacía aguas, su tripulación izaba la bandera británica. Moraleja: en una guerra la mayoría de combatientes no desea estar allí y le falta tiempo para rendirse. Por eso hay tantas epopeyas heroicas en la historia militar, porque ha habido tan pocas...

Audley sube a bordo. Lo recibe Bruno, que no tiene aspecto de loco perverso y peligroso, aunque supongo que ésa ha sido siempre una de las armas de los locos perversos y peligrosos. Tampoco tiene aspecto de lobo de mar. Más bien me recuerda a un molesto maestro de coro al que conocí que se empeñaba en anunciar, cada dieciocho meses, la llegada del Mesías. Tiene canas, el pelo rizado y luce un jersey espantoso.

—¿Dónde está Tommo? —le pregunta a Audley con una amplia sonrisa.

—¿Quién?

—El que ha ido a recogerle.

—Ah, ése... Dijo que se retiraba.

Bruno se pone lívido. No parece real. Es como ver a un lagarto exótico en un ritual de cortejo. Ha pasado de la sonrisa a la ira en menos de dos segundos. Nunca he visto a nadie ponerse morado de verdad. Resulta desagradable.

—¡Ve a por él! —le ordena a un miembro de la tripulación a voz en grito—. Ve a por él y dile que queda despedido. Que lo despedí ayer. No, dile que nunca lo contraté.

Un malayo salta al bote con un entusiasmo que describiría, pese a la pobre calidad de la imagen, como sospechoso.

—¿Sólo tienen ese bote? —dice Audley.

—No. Hay cuatro. Para hacer submarinismo puede escoger cualquiera de ellos. —El rostro de Bruno se ha desinflado: sólo quedan dos pequeñas manchas.

—Estupendo.

—Y si desea jugar al tenis, disponemos de la única pista en mil kilómetros a la redonda. Y de la única bolera en dos mil.

El *Omnitude* se halla en mal estado. A lo largo de la visita, cada cinco minutos divisamos a algún miembro de la tripulación, oculto en la penumbra, que mira a Audley lastimosamente como deseando que le descerrajen un tiro. Pasamos junto a montones de cajas de embalaje, apiladas por doquier.

—Este buque habrá sido una buena inversión —comenta Audley.

—Hice ciertos negocios que salieron bien —contesta Bruno.

—Me han dicho que fue un regalo de su madre. —Parece que esta tarde Audley ha olvidado la diplomacia.

—Permítame que le ofrezca un refresco —dice Bruno. Abre una lata de Coca-Cola, la vierte en un vaso y se lo tiende a Audley.

—¿No tiene otra cosa?

—No. ¿Quiere una bolsa de patatas fritas?

—¿De avestruz a la barbacoa? Nunca he probado ese sabor.

—Dejaron de fabricarse hace cuatro años. Soy el propietario de los últimos contenedores.

Audley interrumpe la masticación.

—Dígame, Bruno, ¿cómo entró en el negocio de los portaaviones?

—En otro tiempo trabajé como asesor psicológico para familiares de fallecidos. Luego conseguí hacerme con un dinero y... *voilà!* La ventaja de vivir en un lugar como éste es que puedes pasar años sin largarte.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Quería comprobar qué se siente al volverse loco.

—¿Y cómo fue?

—Muy desagradable. Como vivir en el culo del mundo. Un Sevenoaks. Muy, pero que muy desagradable.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

—Por placer. Una vez conocí a alguien que deseaba ser ejecutado en público. ¿Nunca ha deseado hacer una locura?

Audley da un sorbo de la Coca-Cola.

—La otra gran ventaja de vivir aquí es que puedes hacer lo que te venga en gana.

Audley da otro sorbo de la Coca-Cola.

—No me ha dado las gracias por el refresco. Los mortales deberían ir con cuidado. ¿Conoce la historia del hombre incompleto?

—No.

—Es una leyenda local. El gran jefe murió y subió a las alturas a ver a «el Barbas».

»—Tiene mucha suerte de tenerme aquí —le saludó—. Soy la persona más importante que pisará el cielo.

«—Cierto —le respondió el Barbas—. Y como eres la persona más importante que pasará por aquí te necesitamos completo. Ve y recoge tu cuerpo.

»El gran jefe volvió por donde vino, recogió su cuerpo y llamó de nuevo a las puertas del cielo.

»—Ya estoy aquí —dijo a su regreso—. Déjeme pasar.

»—No, no, no —contestó el Barbas—. Te dejaremos pasar sólo cuando estés completo.

»—¡Pero si ya lo estoy! —replicó el gran jefe.

»—No lo estás. Te falta el pelo, la piel, las uñas, la saliva...

»—¡Pero eso me llevará una eternidad!

»—Pues ya puedes poner manos a la obra, ¿no? —añadió el Barbas.

»El hombre incompleto se vio obligado a recorrer el mundo en busca de su caspa, y eso le soliviantó. Pero como aún deseaba entrar en el cielo, sólo se vengaba de los malos. Los ponía a prueba y a los que fallaban, los mataba.

—Gracias por el refresco, Bruno. ¿Qué hay para cenar? —pregunta Audley.

—¿Quiere otra bolsa de patatas fritas?

—¿No tiene pescado?

—No lo pruebo.

—¿Por qué no?

—Por las ciguatoxinas. Son parásitos. Si yo le contara de los parásitos... Y cuando no son los parásitos es la contaminación del agua. Increíble. He escrito al gobierno para quejarme. Espere, le mostraré la carta.

Bruno desaparece durante cinco minutos. No sabría decir si Audley se ha relajado. Regresa con un fajo de cartas.

—Ya veo —dice Audley tras echarles un vistazo.

—Es imposible que las haya leído debidamente.

—Me he hecho una idea.

—Pues léalas con detenimiento —replica Bruno amoratándose.

Audley toma las cartas y deja pasar unos minutos. A aquel hombre hay que seguirle la corriente.

—¿Qué carta le ha gustado más? —inquire Bruno.

—Ummm... La primera.

—¿Es usted susceptible, Audley?

—No.

—Pues entonces permítame que le diga que es tonto de remate. En la primera carta no acertaba ni de lejos.

—Tiene razón. Precisamente quería preguntarle por una carta...

—Léalas con detenimiento —insiste Bruno sacando una pistola.

—Ya empezamos... —gruñe Audley.

Bruno guarda montones de cartas: reclamaciones a compañías aéreas por no saber atraer a más submarinistas hacia Chuuk; reclamaciones a diversas autoridades marítimas quejándose de los barcos de pesca que a menudo chocan contra el *Omnitude*; reclamaciones a los fabricantes de patatas fritas por retirar del mercado sus sabores favoritos; reclamaciones a los líderes del mundo entero lamentándose del efecto de su política sobre el turismo en el Pacífico; reclamaciones a las autoridades postales de diversos países por el evidente extravío de sus reclamaciones, pues no ha recibido respuesta...

—Mejor que desconectes, Audley, casi no nos queda batería —observo—. Confío plenamente en ti. Deberías advertirle a Bruno que hay personas que conocen tu paradero.



—Lo estoy pasando en grande, gracias. Y pensar que en Inglaterra a estas horas la gente debe de estar durmiendo...

Audley corta la comunicación. Localizo el número de la policía de Chuuk y llamo por teléfono, pero no me atienden. Me inquieta imaginar a Audley a merced de un loco perverso, peligroso y armado, pero no puedo hacer gran cosa, salvo ofrecerle una sustanciosa inyección monetaria. En mi disculpa, debo decir que duermo mal.

Audley se visibiliza.

—¿Oye?

Por su tono de voz detecto que la situación ha mejorado. Veo que Bruno está atado, y pese a la mala calidad de la imagen distingo sus ojos amoratados. Un miembro de la tripulación parece orinarse sobre él. Se sube la cremallera, y otro ocupa su puesto apuntando con aire distraído.

—¿Qué ha pasado?

—Tal vez no sea un tipo duro en comparación con mi padre, o con mi hermano, o con alguien como Roberto. Quizá no sea el tipo duro que me gustaría ser, pero en comparación con otros, maestros de primaria, flautistas, floristas, peluqueros y, por ejemplo, esos psicólogos que atienden a los familiares de fallecidos, soy duro como el pedernal.

—¿Cómo le has desarmado?

—A base de halagos. Le he dicho que hacía un uso de las comas propio de un genio y que tenía que leer otras cartas suyas. Hemos hecho muy buenas migas; se han abierto muchas latas de Coca-Cola y bolsas de patatas fritas. Y en cuanto ha dejado de lado la pistola le he pegado una paliza de la hostia. Será un loco perverso y peligroso, pero no de los duros. Ésa es la ventaja de un lugar donde todo está permitido, o puede que la desventaja, porque está al alcance de todos.

—¿Has encontrado mi carta?

—Todavía no. Aún quedan unos cuantos miles de contenedores de patatas fritas y Coca-Colas que arrojar por la borda. Bruno todavía tiene tiempo de prodigarse.

—Lo siento —se excusa Audley. Habla directamente a la cámara; veo que se ha puesto muy moreno—. No he dado con la carta. No creo que estuviera en ese portaaviones. Seguro que te he decepcionado.

Ciertamente. ¿Qué diría Walter en aquella carta y por qué se la habría confiado a Bruno? Conociéndolo, tanto podía contener incienso como una foto de su culo.

—Has hecho lo que estaba en tu mano. —Audley se merece la lisonja—. No entiendo por qué Walter le confió esa carta a una persona tan poco de fiar.

—Yo creo que Bruno no sabía de su existencia. Aunque, la verdad, hablar con ese hombre es como sacar agua de las piedras.

Audley regresa al bar para matar el tiempo. Y yo sigo conectada, porque no tengo otro pasatiempo. Chuuk es uno de esos lugares donde cada uno se busca su propio

entretenimiento. Kangichy le pregunta a Audley cómo le ha ido con Bruno.

—Me ha sometido a prueba, como es costumbre aquí.

—¿A qué te refieres?

—¿La historia del hombre incompleto?

—¿Qué historia es ésa? —Kangichy niega haberla oído.

Osk ha estado contando su juerga de nuevo. Entre la concurrencia hay un australiano que, pese a la mala calidad de la imagen, me asusta. Tiene esa mirada de autosuficiencia propia de los locos de atar. Ha vivido mucho tiempo en lugares remotos como las islas Salomón o Papúa Nueva Guinea. No me sorprende. Mejor no inspeccionar en el sótano de su casa.

—Antes de triunfar, primero hay que hacerse con una corte de aduladores y fulanas. El séquito es lo primero —afirma.

No bromea. Sin embargo, no veo que a él le rodeen ni unos ni otras.

—Aléjate del australiano —le advierto a Audley.

El cazador de pigmeos invisibles contempla su cerveza con gesto desabrido. Se enfrenta a un dilema: evidentemente, no le ha echado el guante a ningún pigmeo, pero no sabía si volver a casa. Por el momento en su país lo tienen por explorador, aunque sus amigos lo tachen de imbécil; pero si regresa lo tildarán de mamarracho. Empiezo a aburrirme y estoy a punto de desconectar cuando el australiano propone que cada uno relate la historia de lo peor que ha hecho en su vida. Intuyo que no es la primera vez que se le ocurre tal cosa, y siento curiosidad. Tras un par de hazañas abisales, enseguida cambio de opinión y desconecto para prepararme un té.

Me conecto más tarde. Al grupo se ha unido un francés idéntico a Vían. Menos pelo, más kilos, pero la misma cháchara incansable. El francés iguala a Osk con su historia de derroche desenfrenado:

—Me la contó un sintecho con el que entablé conversación. Un día, saltando de un portal a otro, con sus orines por toda compañía, un coche se detuvo ante él y un tipo le arrojó desde el interior un grueso sobre. «Para usted», le dijo antes de desaparecer. El sintecho, consciente de que a los de su condición no se les tiene en gran estima, receló y abrió el sobre con mucho cuidado temiendo que incluyera excrementos caninos. Pero dentro había una suma de dinero impresionante, el equivalente al sueldo anual de un obrero. Suficiente para comprar ropa nueva, alquilar una habitación y alimentarse durante todo un año. ¿Qué creéis que hizo? Un viernes por la tarde entró en el hotel más caro de la ciudad y echó mano del minibar de su habitación. El lunes por la mañana regresó a su portal tras agotar al servicio de habitaciones y a las dos rubias letonas del servicio de consolación. Y mi pregunta es: ¿Fue aquello una *chef-d'oeuvre* de la escuela de la cagada o un *carpe diem* aprovechado en toda regla?

Sondeada la opinión de la concurrencia, se concluye que el meaportales actuó

muy a la ligera y debería haber repartido el dinero al cincuenta por ciento entre el placer y la prudencia. Audley lo tacha de gilipollas y el caza-pigmeos insiste en que el hombre estaba en su derecho de gastar el dinero como le viniera en gana.

Por supuesto, al francés la opinión de los demás no le interesa lo más mínimo.

—Estáis muy equivocados. La respuesta es que no lo sabemos.

—Un momento —interrumpe Audley volviéndose hacia el australiano—. Tú aún no has contado el peor acto de tu vida.

No me sorprende oírle decir eso.

—Bueno... —empieza el australiano—. Hasta esta noche lo peor que había hecho era pedirle a una chica que se tapara la cabeza con una bolsa de papel antes de tirármela. No sé vosotros, pero a mí las mujeres guapas no me dicen nada. Prefiero a un auténtico callo. Tengo que verme en la situación de preguntarme: Joder, no pensarás irte a la cama con eso, ¿no? Porque si no, no me lanzo. Conque estaba ese día con la cacatúa, ella muy cachonda, y yo lo mismo, y quise comprobar hasta qué punto la tía estaba desesperada. Así que le dije que sólo cumpliría si se tapaba la cabeza con una bolsa de papel.

Miente. Ha hecho cosas peores.

—¿Y esta noche?

El australiano saca una pistola de la cinturilla y se la introduce a Audley en la boca.

—Lo peor que he hecho ha sido pegarle un tiro en la boca a un tal Audley —responde.

Calla un segundo y luego extrae el arma, vuelve a enfundarla y se echa a reír. Aguardo el puñetazo de Audley.

Mi amigo abandona el lugar mientras el australiano grita a sus espaldas:

—¿No sabes aguantar una broma?

Audley se tambalea en la oscuridad de la noche. La calidad de la imagen es sorprendentemente buena, teniendo en cuenta lo mal que se ve de día.

—¿Estás bien?

—Sí —responde de modo poco convincente.

No hay nada que yo pueda hacer, pero me siento obligada a acompañarle.

De camino a su hotel me fijo en la estatua. Le pregunto a Audley, más que nada por entablar conversación:

—¿Alcanzas a ver de quién es esa estatua?

—Está demasiado oscuro —responde.

—No importa. Hoy te has ganado el sueldo. Te dejo.

—Sí. Hacía tiempo que no le atizaba a nadie. La última vez metí la pata de lo lindo.

—¿Qué ocurrió?

—Fue en un *pub*, un día en que me sentía un poco víctima. Estaba en el paro, solo, y me dio por pensar en la guapa de la clase y en cómo nunca le había pedido que saliera conmigo. En cualquier colegio hay una tía buena. Pasaron años sin que me atreviera a dar el paso, hasta que un día volvimos juntos a casa. Estábamos solos, no tenía más que abrir la boca y preguntárselo. Y eso hice, o quise hacer. Abrí la boca, la boca se me quedó abierta, pero no articulé palabra. Probé otra vez. La boca se me abría pero no salía nada. No estaba nervioso, charlamos durante un rato, pero en cuanto intentaba pedirle que saliera conmigo se me iba la voz. En fin, en eso quedó todo.

»En el *pub* me compadecí de mí mismo cuando de pronto vi a un canijo en la barra, tipo banquero con traje pijo, riéndose con dos chicas a mi costa. El tío no me quitaba la vista de encima. Seguro que pensaba: Mirad a ese pobre desgraciado con su media pinta... Lo fulminé con la mirada a los ojos y él apartó la vista. Empecé a calentarme pensando en aquel mierda, con su traje y sus amiguitas. Y entonces me levanté con intención de irme, pero lo pillé otra vez mirándome. Me avergüenza confesar que, antes de zumbarle, llegué a soltarle un “¿Qué miras?”, el colmo del ingenio. Le arreé un mamporro de cuidado.

—A eso se le llama proponerse.

—Sobre todo cuando entre el borboteo de sangre oí que me preguntaba: «¿Audley?». Era el hermano pequeño de la guapa de la clase. Estaba en el paro, le habían prestado el traje para una entrevista de trabajo, y las dos chicas lo habían invitado a unas copas para animarlo un poco después de que su novia lo plantara. Me miraba con tanto interés porque le pareció reconocerme. Por lo visto, la tía buena preguntó por mí el día antes.

—La pifiaste.

—Qué va. El chico se lo tomó muy bien. Encima me animó: «Le puede pasar a cualquiera, Audley». Le dejé la cara hecha un mapa y el traje para el arrastre. Pero, aun así, conseguí una cita para cenar con su hermana. «No te preocupes, Audley. Le diré que me atacaron y tú saliste en mi auxilio». La mala noticia era que al día siguiente ella emigraba a Australia. Pero pensé que una noche podía ser más que suficiente. Llevaba años soñando con ella, y la perspectiva de pasar una velada con ella me consolaba. Además, cuando una mujer te invita a cenar a su casa ya sabes lo que eso significa.

—Que no tienes que preocuparte de cómo regresar a la tuya.

—Exacto. Pero debí suponer que la noche no saldría bien cuando vi los helicópteros de la policía.

—¿Helicópteros?

—Iba andando hacia su casa y vi unos helicópteros zumbando en el cielo. Me extrañó porque ella vivía cerca de Sunk Island, y en esa zona no se veían coches

patrulla, mucho menos helicópteros. Los aparatos planeaban sobre su casa. La carretera estaba cortada, y los agentes me mandaron a la mierda porque al parecer tenían acorralados a unos ladrones. «A mandar, caballeros», les contesté, pero luego tomé un atajo campo a través. A mí me importaban un pimiento los ladrones, hasta que, a unos cien metros del portal de la chica, alguien me metió una pistola en la boca y me empujó hasta una casa.

—Ahora entiendo aquello que decías del molde.

—Pues sí. Pasé toda la noche allí dentro con tres cacos que jodieron la redada de un restaurante chino. Mira, no sé si a las mujeres os pasará lo mismo, si tendréis la misma fijación con cierto elemento anatómico, pero yo llevaba años pensando en aquel chichi. Tenía tal empalme que apenas podía dar un paso. Fue la noche más dura de mi vida, Yugoslavia aparte.

—¿Se rindieron a la policía?

—No, a mí. Al día siguiente sería demasiado tarde. Intenté congraciarme con ellos y mencioné que mi hermano debía su nombre al restaurante chino que habían asaltado.

—¿Scargill?

—No, Scargill no. Guita. Antes de que él naciera mi padre charló con el dueño del restaurante sobre buenos augurios y esas cosas. Y como en casa siempre andábamos mal de dinero mi padre le puso Guita Gansa.

—¿Y funcionó?

—En dos terceras partes. Es verdad que para los hombres el dinero y la fama pueden ser muy importantes. Si eres más rico que yo, has descubierto la cura para una temible enfermedad, millones de mujeres se mueren por acostarse contigo y hablas cinco idiomas, quizá me provoques cierta envidia, o mucha, pero eso es lo de menos. ¿Serías capaz de molerme a palos? Ahí está la cuestión. En la mente de la mayoría de los hombres yace el deseo de entrar en un bar y que al personal se le pongan los pelos de punta. Nada de admiración, ni de respeto, sino terror. Guita es de esa clase de hombres: pone los pies en un *pub* y la gente salta huyendo por la ventana.

»Al mencionarles a aquellos tres fantoches que mi hermano se llamaba Guita Gansa se cagaron encima. Se excusaron por triplicado durante veinte minutos y me entregaron el dinero robado. “¿Quieres partirnos la cabeza? Venga, haz el favor. O las rodillas...”.

—¿Qué le hace tu hermano a la gente?

—No gran cosa. Eso es lo curioso, que no tiene que hacer gran cosa. Simplemente da pánico. Te seré sincero, durante mucho tiempo deseé ser un tío duro como él, dejar los bares vacíos. Pero ahora no quisiera ser Guita.

La mañana siguiente no espero a tener noticias de Audley, pues va de camino hacia el aeropuerto. Sin embargo, se visibiliza.

—Eché un vistazo a la estatua.

—¿Y?

—La inscripción casi se ha borrado, pero logré distinguir parte del nombre: Rotger no sé cuántos.

## Sunk Island

La última carta llegó a los dos días de regresar Audley.

«Querida Oceane:

»¿Qué tal el viaje?

»Ésta es la copia de la carta que te aguardaba en Chuuk. Es una isla de majaras, como quizá ya hayas descubierto, Bruno está aún más majara. Sabiendo que esa chaladura o su propia tripulación podían terminar con él antes de que tú llegaras, tomé precauciones.

»Me gustaría pensar que la travesía te ha sentado bien. No le enseñes esto a Bruno. Es un capullo rematado, pero hasta los capullos tienen su función en esta vida. Pueden presentarte a gente interesante. Para eso están aquí. ¿Recuerdas que fue Rutger quien nos presentó?

»Adivino que te convendrá un empujoncito, ¿me equivoco? Estos preámbulos se hacen muy pesados. Diez son muchos años. Pueden ocurrir tantas cosas en diez años, o tan pocas..., quién sabe. Pensar con diez años de antelación parece inimaginable, casi asusta imaginar lo que puede ocurrir en una década. Aunque dicen que el tiempo se acelera con la edad. Quizás estos años para ti hayan pasado como un soplo.

»No te enfadarás, ¿verdad? Soy como soy, no tengo remedio.

»Lo siento si te exaspero. Cuando haces un regalo a una persona siempre corres el riesgo de que no le guste. Perdona si te sienta mal, pero empleé mucho tiempo guisando el plan. Un temblor para tu tripa. ¿Acaso la intención no cuenta? ¿No? Diles a tus hijos que conociste a un payaso tontorrón amigo de las bromas.

»Lo peor de todo es ver a los que continuarán con vida: los coleccionistas de cajas de cerillas, esos viles gusanos que no te dan las gracias cuando les abres la puerta y les dejas pasar, los conductores que no saben aparcar, los agentes de seguros, los abogados, los yonquis con una salud de hierro, etcétera. Esté donde esté, Rutger vivirá hasta los ciento cinco años.

»Es duro comprender que uno no es mejor que los demás, ¿verdad? Y cuánto cuesta reconocer que no tenemos fuerza... Venga de donde venga, no procede de nuestro interior. Como cuando estás enfermo: tan pronto lo estás, como a los diez minutos dejas de estarlo, te pones mejor y saltas de la cama. Hasta que un día de pronto empeoras.

»Es difícil enfrentarse al miedo. Durante el día se soporta bien, la mente consigue

arrinconarlo. La razón y la luz predominan. Pero ojalá no hubiera que dormir por la noche, porque entonces es cuando crece, como un enorme y horrible regüeldo que sale de las entrañas. Puedes pactar con la mente, pero no con el corazón. Tengo mucho miedo, pero te querré mientras pueda. Deja que la felicidad sea tu guía.

»P. D.: El mal en persona se llama Xavier Quintero.

»Adiós.

»Walter.»

¿Xavier? No recuerdo a ningún Xavier. Paso lista a todos nuestros compañeros del espectáculo; ni siquiera recuerdo algunos rostros. A la mayoría los conocía bastante bien, pero en el Babylon había mucho movimiento: los que trabajaban de cara al público, los camareros... Será que tengo mala memoria, pero no me suena ningún Xavier.

¿Qué pasó en Barcelona? ¿Quién hizo qué? ¿Qué hizo quién? Al final, en este mundo nunca sabes nada. Las emociones, o al menos las buenas, son el único conocimiento que merece la pena.

Un detective se hallaba sentado en su despacho de una comisaría del sur del Londres cuando un coche echó abajo la pared a sus espaldas y por poco le aplasta. El conductor del vehículo murió, pero no a causa del accidente: se desangró de un balazo que le entró en la ingle. Al parecer, iba en busca de asistencia médica cuando perdió el conocimiento y el control del vehículo. El incidente tuvo mucha repercusión, sobre todo porque el difunto era un famoso delincuente londinense apodado Inocencio Máximo, quien se cambió el nombre con tal de divertirse al oír en los tribunales: «Inocencio Máximo, queda usted condenado a...». Estaba convencido de que el nombre decantaba al jurado en su favor.

La policía y los ciudadanos se alegraron de su muerte. Pero al no tratarse de una anciana que hubiera recibido un coscorrón en un atraco, sino de la muerte televisada hasta la saciedad de un canalla con antecedentes de violación y asalto a mano armada, se precisaba hacer algo. Surgieron todo tipo de especulaciones: luchas intestinas, asesinatos a sueldo, etcétera. La policía recabó públicamente la ayuda de los ciudadanos. Se acusó del disparo a rusos, jamaicanos, colombianos, albaneses y otras lumbreras del mundo del hampa, a todas las ex novias e incluso a la policía. La retirada de la circulación de Inocencio Máximo se relacionó con muchos otros asesinatos.

La vergüenza de las autoridades crecía a diario. La prensa montó una campaña de acoso y derribo. Al cabo de un año la policía recibió una cinta de vídeo grabada por un concertista de piano el día en que iniciaba su gira anual por el mundo. El pianista acababa de adquirir la cámara y al probarla enfocó casualmente hacia la calle. Captó entonces a alguien que salía de un coche y se llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón. A continuación se oía un disparo ahogado. Era Inocencio Máximo, que se

había disparado a sí mismo en el trasero con su propia pistola. El pianista no le concedió más importancia, pues en Brixton los tiros estaban a la orden del día. Al regresar de su gira se sorprendió del revuelo que se había armado.

La decepción por las especulaciones fallidas fue generalizada.

Todo el mundo apuntaba en dirección equivocada. El único sospechoso que no entraba en ninguna teoría resultó ser el culpable. Si las teorías no hubieran caído por su propio peso, nadie se habría dado cuenta.

Yo ahora dispongo de una respuesta, o al menos algo que se le parece, y no sé qué hacer con ella. ¿Walter me salvó o sólo hacía alarde de su capacidad de elucubración?

Me alegro de que escribiera esa carta. Con pocas personas me he sentido tan a gusto como con él. Y no ya sólo por las ventajas obvias de la unidad carnal y los placeres que no aguardaban a ser satisfechos. Me gustaban sus ronquidos. Roncaba suavemente, como un tren acercándose en la lejanía. El sonido de los trenes siempre me ha tranquilizado. Me gustaba comprarle caprichos, oír sus movimientos en el cuarto de baño. Y sus pasos al acercarse, la particular cadencia de su forma de andar.

Decido comentar la respuesta que me da la carta con Audley.

Más tarde lo llamo. Le pido que conecte el equipo.

—¿Por qué no hablamos por teléfono?

—Quería ver qué aspecto tenías.

Audley está moreno, pero parece exhausto. Me fijo en su cuerpo fibroso. Cuántos dedos no se habrán introducido en las gargantas del mundo de la danza para lograr esa acerada musculatura...

—¿Un vuelo pesado?

—Eso por una parte, y luego el vicio que todo el mundo tiene de intentar pegarme un tiro. Es como si hubiera conseguido lo que deseaba aun cuando ya no lo quiero. Como si me hubiera suscrito a una revista y ahora fuera imposible borrarla.

—Recibí la última carta.

—¿Cómo?

—Walter me envió una copia.

—¿Por qué no lo hizo a la primera? ¿Y qué dice?

—Cosas personales.

—¿Tú estás pirada? Me mandas a la otra punta del globo, ¿y ahora no piensas decirme qué te cuenta?

—Es privado, pero de todos modos ha merecido la pena. Ya sabes que te estoy muy agradecida.

No miento. Algo me dice que de no haber enviado a Audley no habría recibido esa carta. Era preciso emprender una búsqueda y pagar una prenda. Aunque la liberación no siempre llega como uno espera. Pensaréis que debería haberme hecho cargo yo misma, pero a veces cuesta más pedirle a otro que haga algo por ti que



hacerlo tú mismo.

Suena el timbre.

—No te vayas —dice Audley.

Desaparece de la pantalla para regresar andando de espaldas con una pistola en la boca. Quien empuña el arma es un tipo bajito y regordete con cara aniñada. Audley parece incluso más asustado de lo que uno espera de una persona encañonada de ese modo.

—¿Qué? —pregunta el visitante. Tiene un acento extraño.

Un gemido quejumbroso emerge de labios de Audley.

—¿Qué? —repite el otro.

Agarro el auricular y llamo a la policía. No obtengo respuesta.

Audley continúa gimiendo. El individuo aparta la pistola.

—Estaba convencido de que lo sabrías. Pero no es así. Audley, viejo camarada, ¿qué tal te va? —Debe de ser Roberto.

Encañonado o no, el tipo tiene a Audley muerto de miedo. Este emite unos jadeos angustiosos.

—Audley, eres un aguafiestas. ¿Dónde se reúnen los criadores de ostras?

La pregunta no es muy habitual. Audley tiene dificultades para entender el inglés.

—Audley, a veces es divertido ser amable con la gente antes de ser desagradable. Y otras ser desagradable antes de ser amable. Veamos. ¿Dónde se reúnen los criadores de ostras?

Audley se encoge de hombros.

—¿Y los analistas de manchas de sangre?

—¿En bancos de sangre?

—Ésa no es la respuesta correcta. ¿Y los peluqueros? La misma respuesta vale para los tres casos.

A Audley no se le ocurre nada. Se ha quedado en blanco. Yo, desde luego, no veo ninguna conexión entre los criadores de ostras, los analistas de manchas de sangre y los peluqueros.

—Pues en congresos, ahí es donde se reúnen todos. Cada gremio celebra sus congresos, allí intercambian ideas y hacen contactos. Para los asesinos, los congresos se llaman guerras. La guerra de Croacia fue como una feria de muestras a lo grande.

—Mátame y acabemos de una vez.

—¿Por qué iba a matarte, Audley? No me hagas reír. La vida no se ha portado bien conmigo desde lo de Croacia. ¿Quieres saber la clase de trabajos que me han ofrecido? Recibes una llamada de un país extranjero proponiéndote una reunión en un hotel. Te dicen: «Tenemos entendido que usted resuelve conflictos. Queríamos que se desplazara hasta nuestro país, donde pululan siete variedades distintas de hepatitis, y resuelva el conflicto que tenemos con fulanito, quien reside en un recinto

fortificado con suficiente tecnología como para un lanzamiento lunar y ejército particular a su servicio. Si algo saliera mal, no acabarían con su vida, le obsequiarían con cien años en una cárcel conocida como una de las diez peores del mundo, eso si la policía no le tortura hasta morir. Ah, y por cierto, no podemos ayudarle. ¿Le hemos dicho que deseamos que parezca un accidente?». Y acto seguido te hablan de unos honorarios que apenas alcanzan para pagar las copas consumidas en el hotel.

—¿Y qué hiciste? ¿Pegar una pastilla de jabón a la bañera para que resbalara? — Audley ha entrado en un terror histérico.

—Erizos.

—¿Qué es un erizo?

—Ese pequeño cuadrúpedo insectívoro, el que tiene púas.

—Ah, erizos. Pero ¿qué hiciste con ellos?

—Secreto profesional, Audley.

—Quedarían satisfechos...

—No lo suficiente como para pagarme.

—¿No te pagaron? Siendo tú, no me lo explico.

—Ése es el inconveniente de trabajar para gente que vive en recintos fortificados, con ejércitos particulares y demás zarandajas: que no pagan ni saben apreciar tu trabajo. Matar es fácil, desde luego. La ciencia está en hacerlo sin que te pillen. Audley, como bien sabes, el problema de acercarse a alguien con intención asesina es que el otro también puede matarte a ti. Me salió un trabajo en San Petersburgo, recinto fortificado y ejército personal incluidos. El individuo nunca salía de su casa sin protección. Pasé diez días sentado en una habitación, con una perspectiva prácticamente imposible de un portal a un kilómetro de distancia; tenía medio segundo para disparar mientras el tipo iba a toda prisa hacia su limusina a prueba de minas, y dejar en ridículo a los guardaespaldas. ¿Crees que el patrón valora que des en el blanco en un caso así? No. Piensa que ha sido suerte o que era sencillo y ajusta los honorarios. Por cierto, no tienes buen aspecto, Audley.

—Lo siento. Es toda una experiencia extrasensorial verte de nuevo.

—La desilusión nos acecha a todos por igual, Audley. Mi novia fue un día a la peluquería y me pidió un montón de dinero. Le pregunté si iba a comprar el negocio o a cortarse el pelo. Cuando regresó ni siquiera noté la diferencia, tal vez que iba mejor peinada, nada más. Cometí el error de decírselo y pasó una semana enfadada conmigo. Pensé: ¡Pues qué bien! Yo aquí jugándome las pelotas por un sueldo irrisorio y el mariconazo ese de mierda cobrando una fortuna por media horita de trabajo. Fui a ver al peluquero, le metí la pistola en la boca y le grité que a mi novia no volviera a cobrarle. ¿Problema resuelto? No. Es tremendo, pero incluso la violencia te puede salir por la culata. El peluquero desapareció, y mi novia, hecha una furia, frecuentó una peluquería más cara. Luego está mi vecino. Una mañana me

asomo y lo veo montado en un coche despampanante. El tipo es maestro de primaria. Yo llevo una tartana. Hay ciertas cosas que das por sentadas en la vida, ciertas certezas, y una de ellas es que te irá mejor que a un maestro de primaria. ¿Te acuerdas de nuestra guerra?

—Sí.

—Mientras tú y yo arriesgábamos las pelotas por unos emolumentos nulos, ese maestro se hacía rico. ¿Has oído hablar de Krt?

—¿Es una droga?

—Insularidad monolingüe la tuya. Es una isla muy apreciada por el turismo. Mientras nosotros combatíamos en primera línea de fuego, el maestro construyó una chabola, que luego vendió por un buen fajo de billetes. Entonces comprendí que me había equivocado en la vida.

—La crisis de los cuarenta.

—A lo que íbamos. Hace cuatro años me pidieron que me desplazara hasta un hotel de Inglaterra. La idea no me entusiasmaba. Llegué a la conclusión de que los países grandes desdeñan a los pequeños. Creen que somos idiotas y nos pirramos por los animales de granja. El ratón londinense no siente ningún respeto por el ratón de Kiskunmajsa.

—¿A quién tuviste que matar?

—A nadie. Eso aún me hacía menos gracia. Era una misión muy extraña. Querían que enterrara a alguien. Me preocupaba no haberlo entendido bien, que me hubiera fallado el dominio de la lengua inglesa. Manifesté mi sorpresa; no sabía que Inglaterra padeciera escasez de técnicos funerarios. Mi cliente deseaba enterrar a un amigo de modo extraoficial, y me olió a chamusquina.

—Pero aceptaste.

—Hacía tiempo que no me ofrecían emolumentos parecidos. El jefe dijo que me contrataba porque buscaba a alguien de fuera que pudiera mantener la boca cerrada. No le faltaban voluntarios, pero primaba la confidencialidad.

No creí una palabra, pero... —Roberto se encoge de hombros—. Aquí tengo que darte las gracias.

—¿Por qué?

—Mi misión consistía en localizar un lugar remoto y tranquilo donde nadie pudiera importunar. Recordé que me habías hablado de Sunk Island, que según tú era la capital de la «puta nada».

—No recuerdo haberte dicho eso.

—Estabas demasiado entretenido «himoteando» y suplicando que te perdonara la vida. ¿Se pronuncia así, «himoteando»?

—Sí.

—Una noche me encontré al pie de una enorme zanja abierta en pleno campo. Se

acercaron dos camiones portacontenedores enormes. A los conductores se les ordenó que se largaran. Mi cliente y yo descargamos un Rolls-Royce y dos Mercedes blindados. Primero cayó el Mercedes, del modelo más caro del mercado. En el interior del vehículo había dos guardaespaldas, fresquitos, con trajes caros, gafas de sol y armados con el más sofisticado armamento alemán. Luego fue a la zanja el Rolls-Royce, con otros dos guardaespaldas fresquitos en su interior, el amigo del patrón y tres prostitutas adolescentes muy bien vestidas y enjoyadas. Había botellas de *whisky* de marca, puros y estupefacientes sin adulterar por todas partes. A continuación cayó el segundo Mercedes, con dos guardaespaldas más. Quitamos el freno a los vehículos y llenamos la zanja con una excavadora. ¿Ves por dónde van los tiros?

—Estabais enterrando un montón de dinero.

—¿Tú has pasado por el colegio, Audley? Aquello fue un rito al estilo ancestral: muere el gran jefe y se lleva consigo su casa, su riqueza, aunque en este caso no se trataba de eso. Cualquiera puede comprar chucherías, pero pocos pueden decir: «Estoy muerto, pero ved de lo que soy capaz».

—¿Con qué fin?

—Impresionar a todo el mundo cuando dentro de mil años te desentierren. Nadie quiere caer en el olvido ni estar solo. ¿Qué esperas del futuro, Audley?

—No demasiado.

—¡Qué interesante! Por lo que veo, los optimistas son una especie en vías de extinción. Participar en un rito funerario suele ser perjudicial para la salud. Cuando se reveló la verdadera naturaleza del trabajo sentí una gran angustia.

—No parece haberte afectado.

—Pues lo hizo. Recuerdo esa noche con toda claridad. Recuerdo también que seis semanas más tarde desperté de un coma en un hospital tras sufrir un accidente de automóvil. En una profesión como la mía es difícil creer en accidentes mortales o muy graves. Quién sabe, quizá lo fue. Pero estoy seguro de que alguien intentó quitarme del medio cuando regresaba a mi país. Fue el señor Sleep, mi cliente, que salió tras mis pasos. La venganza me tentaba, pero a esas alturas quería regresar. A mi novia le preocupaba una gotera en el tejado.

—¿Qué me vas a contar...

—Imagina mi sorpresa cuando hace unas semanas recibí una carta del señor Sleep: «Hola. Tal vez me recuerde, casi consigo que lo liquiden». El hombre tiene un problema: se ha quedado sin dinero. Antes vivía en Folkestone. ¿Adivinas a qué se dedicaba?

—¿Al contrabando?

—Exacto. Tuvo una infancia tan pobre que cuando la policía lo detenía organizaban colectas en comisaría para comprarle ropa. Pero de mayor se hizo con el

control de los muelles. Y no sólo drogas, armas y emigrantes, sino de todo.

Amasó tal fortuna que optó por jubilarse. Tenía más dinero del que podía gastar. Se jubiló, y con él su socio, a quien le sobraba tanto el dinero como a él. Y cuando éste falleció celebró aquella peculiar despedida en su honor. Para él no suponía gran cosa, poseía esa riqueza desmesurada a la que sólo un delincuente espabilado es capaz de acceder. El señor Sleep era propietario de dos o tres calles en el centro de Londres; pero tenía un problema. ¿Adivinas cuál, Audley?

—¿El juego? ¿Las mujeres? ¿La estupidez?

—No. Quería ser cantante.

—Un equipo de karaoke no sale caro, a no ser que se hiciera construir el cuarto de baño más grande del mundo para cantar dentro.

—Se empieza con el karaoke y se termina de gira por Estados Unidos con setenta músicos. El señor Sleep estaba emperrado en ser cantante. Alquiló el mejor estudio de sonido, contrató a los mejores músicos, al mejor productor. Resultado: pura materia fecal.

—¿Perdón?

—No te vendría mal refrescar tu vocabulario de vez en cuando, Audley. El caso es que el señor Sleep alquiló otro estudio, contrató a otro equipo de músicos, a un maestro de canto y demás. Los músicos de sesión londinenses nunca se han visto en otra igual. Aunque había gastado mucho dinero en su casa, estamos hablando de apenas un cuarto de calle. Ninguna compañía discográfica se atrevió a arriesgarse con él.

—¿Por qué no compró una productora?

—Porque quería hacerse famoso por su talento.

—¿Y lo consiguió?

—No. No tenía talento ni oído ninguno ni formación musical. No sabía cantar ni bailar y estaba gordo y calvo, rasgos que quizá sean útiles para la comedia. Desgraciadamente, no le faltaba determinación, como es de esperar en un multimillonario que ha salido de la nada. No le preocupaba tenerlo todo en contra. Estaba convencido de que el público respondería a su estilo musical, si se le concedía una oportunidad. Para empezar emprendió una gira por Gran Bretaña. ¿No la recuerdas?

—No.

—Ni tú ni nadie. Salvo el señor Sleep y los múltiples músicos y técnicos que le acompañaban. Tocaron en veinte locales distintos sin que vendieran una sola entrada, aparte de las adquiridas por tres turistas holandeses que se equivocaron y creyeron acceder a un club gay. Sleep y su séquito se hospedaban en los mejores hoteles porque el señor no quería dar imagen de tacaño cuando lo entrevistara la prensa.

—¿Quién lo entrevistó?

—Nadie. Con los gastos de aquella gira perdió otro cuarto de calle. Entonces reflexionó largo y tendido sobre su carrera musical, y vio en qué se había equivocado: no ponía suficiente empeño en los ensayos. Necesitaba más músicos, más publicidad, más anuncios, mejor iluminación. Llegó la gira triunfal por Estados Unidos, que en su momento cumbre alcanzó una ocupación de quince asientos en un estadio de treinta mil, gracias a quince espectadores que se equivocaron en el momento de hacer la reserva. Voló una calle al completo. A continuación sufrió un infarto, un trasplante de corazón y un divorcio. Los médicos y los abogados se cebaron en él, y terminó en un pequeño apartamento de un barrio humilde de Londres. Postrado en una silla de ruedas, un día un adolescente lo tiró de ella de un empujón y se la llevó corriendo. Al oír sus imprecaciones, el ladrón regresó y se meó encima de él. El señor Sleep comprendió que no sólo había perdido su dinero. ¿En qué se equivocó, Audley?

—¿En gastar el dinero?

—No, en que debería haber montado una guerra. A eso todo el mundo se habría apuntado. ¿Dirías que se equivocó gastando el dinero?

—Eso parece.

—¿Crees que mereces tener dinero si no estás dispuesto a arriesgarlo todo por lo que desees?

—¿A qué has venido, Roberto?

—Ten paciencia. El señor Sleep hizo memoria y recordó algo sobre aquel funeral que yo desconocía. Aparte de las galas que vi con mis propios ojos, en los maleteros de los vehículos se escondía una pequeña fortuna en oro. No la suficiente para adquirir una calle de Londres, pero sí algunas mansiones, podrá mejorar su calidad de vida en la silla de ruedas. El señor Sleep quería desenterrar aquellos coches a toda costa, pero no podía.

—¿Por qué?

—Porque no recordaba su paradero. Yo escogí el lugar, fui yo quien los condujo a todos allí, pero él no prestó atención porque nunca creyó que necesitaría el dinero. Sabe más o menos cuál es el emplazamiento pero es imposible excavar toda la campiña en un radio de treinta kilómetros alrededor de Hull. Es decir, me necesita.

—Qué desfachatez...

—No, a la gente le parece muy natural querer matarte y luego pedirte un favor.

—¿A qué viene contarme todo esto, Roberto? Sea lo que sea, no quiero saber nada del asunto.

—¿No te interesa un tesoro escondido?

—No.

—¡Pero si no existe tesoro mejor que ése!

—Yo diría que el señor Sleep se equivocó poniendo en tu conocimiento su existencia.

—No. El error lo cometió llamándome por teléfono. Contarme lo del oro fue una decisión bastante inteligente; prolongó su vida cinco minutos. A ver, Audley, en un rincón tienes a un hombre que quizás en su juventud fuera un matón, pero que ahora es un viejo gordo y acabado con un pie en la tumba, sin dinero ni apoyo de nadie, que se cree capaz de tenderte una trampa; en el otro rincón me tienes a mí. ¿A cuál de los dos crees que habría que meter cabeza abajo en una bañera llena de agua?

—No pienso desenterrar ese dinero, Roberto. No me dedico a las excavaciones.

—Contaba con que te mostraras servicial, pero ya veo que no.

—¿Por qué no has ido en busca del oro? ¿A qué viene esta visita?

—Porque sé dónde está, pero no lo encuentro.

—¿Ah, no?

—Sufrí varias contusiones en el cráneo en el accidente. He perdido memoria. Recuerdo que enterré los coches, pero nada de lo que ocurrió las semanas anteriores o posteriores. He retenido la imagen del campo, pero un campo... es un campo. Y no voy a excavar un radio de treinta kilómetros alrededor de Hull. Resumiendo, sé que el dinero tiene que estar por aquí. No sé si llegué a pedirte ayuda, aunque lo pensé.

—Debía de estar en Camboya...

—Aunque de haber sabido algo, te lo habría notado. Soy capaz de leerte el pensamiento como si fuera un termómetro.

—¿No te preocupa que dé con el tesoro sin ti?

—No, Audley. Tú nunca me gastarías una jugarreta. Ayúdame a encontrarlo y recibirás tu recompensa. No muy abundante, naturalmente. Mi intención es instalarme en estas tierras. Siempre he deseado abrir un restaurante e investigar la diferencia ontológica entre la *galuska* y el *nokedli*.

Pese a la mala calidad de la imagen, observo que Audley no sabe qué decir. Existe una diferencia fundamental entre aceptar y claudicar. Mi familia y yo no íbamos de vacaciones al extranjero, pero hacíamos escapadas a la playa. Una vez levanté un castillo de arena que un niño revoltoso no tardó en pisotearme; mi recuerdo me dice que no lo hizo adrede, estaba saltando en un arrebatado testosterónico y dio con el pie sobre mi castillo. Pero la accidentalidad del hecho y la involuntariedad del crío agravaban en cierto modo lo ocurrido. Levanté entonces otro castillo más pequeño, bajo la tumbona de mi padre. Nuestra felicidad dura lo que se tarda en tomar una taza de café. Yo he claudicado, pero me duele detectar la misma mirada en el rostro de Audley. Tal vez veamos a los demás venirse abajo, pero rara vez presenciamos su lucha. Cuando sales al parque a hacer ejercicio y observas a los que vienen en dirección contraria sudando y dando tumbos, pálidos y jadeantes, no sabes si su agotamiento se debe a un esfuerzo de tres minutos o de tres horas.

Roberto toma asiento y le tiende la pistola a Audley.

—Pégame un tiro si quieres. Te diré lo que deberían hacer dos viejos soldados:

darle vueltas al pasado. A decir verdad, mi cronología está repleta de padecimientos. Cumplí condena en la cárcel.

—¿Por genocidio? ¿O por zurrar a peluqueros?

—No. Por impedir que un tipo me robara el estéreo del coche. Sucedió en Rumanía. Aunque procedo de un país pequeño, hay ocasiones en que creo oportuno desdeñar los países pequeños. Al acercarme al coche descubrí que me habían hecho añicos una ventanilla y se embolsaban el estéreo. Grité al ladrón, como cualquier propietario que se precie, pero el tipo no me hizo ni caso.

—Si no te conocen...

—Me abalancé sobre la bolsa y el tipo me chilló «¡Quita las manos de mi bolsa!». Y yo le endilgué un puñetazo. Cuál sería mi alegría cuando vi que se acercaba la policía, alegría que se esfumó enseguida al ser acusado de agresión. Un testigo aseguró que había agredido al tipo de la bolsa, que, según él, no era el que me había robado el estéreo. En fin, el caso es que me enchironaron durante seis meses y me quedé sin estéreo. Cuando ya era demasiado tarde para que sirviera de algo, alguien me dijo que todos estaban confabulados: el policía era cuñado del ladrón y primo del testigo.

Roberto le pide a Audley que le prepare un café, y luego se queja de su poco arte para ese menester. Prolonga una hora su visita porque está aburrido, necesita a alguien que lo comprenda, y porque salir de esa casa supone decidir adónde ir a continuación. Todos necesitamos a alguien que nos escuche sin tener que dar explicaciones.

—No soy gilipollas, pero valoro mi persona —confiesa Roberto—. ¿Tú qué opinas, Audley? ¿Crees que un desgraciado es un desgraciado o un triunfador en potencia?

Audley no contesta.

—Te estás comportando como un auténtico aguafiestas, Audley. Sacude ese aplomo. El hombre es un ser elástico. O se aplasta hasta quedar convertido en nada o se estira hasta la gloria, y todo gracias al destino. Dame al pringado más llorica, y en pocas horas te lo transformo en un monstruo engreído: dinero, fama, guateques con los mejores invitados, un séquito de heraldos de la adulación... Al final es inevitable terminar creyéndose un ser imprescindible para el universo. Podría darte infinidad de nombres, pero he conocido a muchos triunfadores antes de que triunfaran y eran idénticos a los desgraciados. Algunos me invitaban a copas sólo por tener con quien conversar. ¿Cuál es la diferencia entre un calienta-aceras y un personaje internacional? Puro estiramiento.

Cuando Roberto se marcha, no sin antes proponer una salida al cine al día siguiente, Audley se desploma en su butaca, empalado por el abatimiento. Guarda silencio durante un rato, luego suspira:



—No puedo más.

Nunca lo he visto así.

—¿Por qué no?

—El molde. Haga lo que haga, no logro romper el molde. Ya ni siquiera tengo que salir de casa. Se presenta en mi puerta.

—No estarás pensando hacer una locura, ¿verdad, Audley?

—Lo dudo. No tengo agallas. ¿Hay algo peor que sentirse suicida y ser demasiado cobarde para pasar a la acción?

—Venga, hombre. Si has pasado por pelotones de fusilamiento...

—¿Tú qué sabrás?

—Entiendo la suerte. —Lo pienso un momento, porque no es cierto; tengo que decir algo interesante y en ese momento se me ocurre añadir—: Pero basta con salir de la prisión una vez, por duro que sea. Te ayudaré.

Audley sonríe con sorna.

—Te veo esta noche.

Audley no responde. Está ensimismado.

—Te veo esta noche, ¿de acuerdo? —repito.

Audley asiente con la cabeza y desconecta el equipo. Debería terminar un proyecto pendiente, pero puede esperar. En previsión de una larga ausencia, riego las plantas.

Desempolvo una maleta y meto en su interior algo de equipaje. Si tengo la suerte de que hoy los trenes funcionen, debería llegar a Sunk Island al atardecer. Le prepararé a Audley una buena cena. Que se ofrezcan a prepararte una cena es uno de los grandes golpes contra la fatalidad. Ocurre lo mismo con las flores; podrás comprarlas cuando quieras, pero nunca huelen tan bien como las regaladas.

Ya fuera del edificio, bajo por el camino que da a la calle, por primera vez consciente de su función. Paso junto a un coche destartado con una nota en el parabrisas escrita a mano: «Ya han entrado a robar tres veces en este coche. Dentro no queda nada de valor. Por favor, déjenlo en paz».

En la parada del autobús hacen cola varias personas. Una mujer con el pelo cortado muy corto... Yo también lo llevaba así cuando era bailarina, porque me daba un aspecto más serio. Viste una camiseta con la leyenda: ODIAMOS EL ODIO. Un adolescente gordinflón habla por teléfono: «No soy ningún manta. Es que no me gusta hacer las cosas porque sí». Y una mujer con dos niñas de cuatro años a la zaga. A esa edad los niños parecen felices, como si supieran un hermoso secreto, y se esmeran por agradar. Una de las niñas me señala con el dedo y cuchichea al oído de la otra. Las dos se ríen con malicia. Compruebo si hay alguna anomalía vergonzosa en mi atuendo, pero no detecto nada. La niña advierte mi mirada, deja de reír y me dirige una amplia sonrisa, como suplicando ser mi amiga. El cambio es instantáneo y

asombroso.

Mi cabeza se expande por efecto de la luz, del espacio y de los sonidos de la calle. Ni rastro del autobús, pero no me preocupa. El adolescente se lamenta en voz alta por el móvil: «Este caos está organizado de pena. Me entiendes, ¿no?».

Sé que nunca habría dejado mi casa para salvarme a mí misma. Jamás. Pero lo haré por Audley, quien en una ocasión me contó que su padre, cuando era joven, estaba tan deprimido que quiso tirarse por el puente del río Humber. Al llegar allí se encontró con otro que se disponía a dar el salto en ese momento; el padre de Audley le soltó unos cuantos cachetes y le dijo que no hiciera el tonto. Ahora comprendo esa escena. Siempre luchamos contra nosotros mismos, pero eso no nos impide tener un aliado. De cuando en cuando todos necesitamos a alguien que nos frote la espalda del alma.

El hogar no se encuentra en un espacio, sino en las personas.